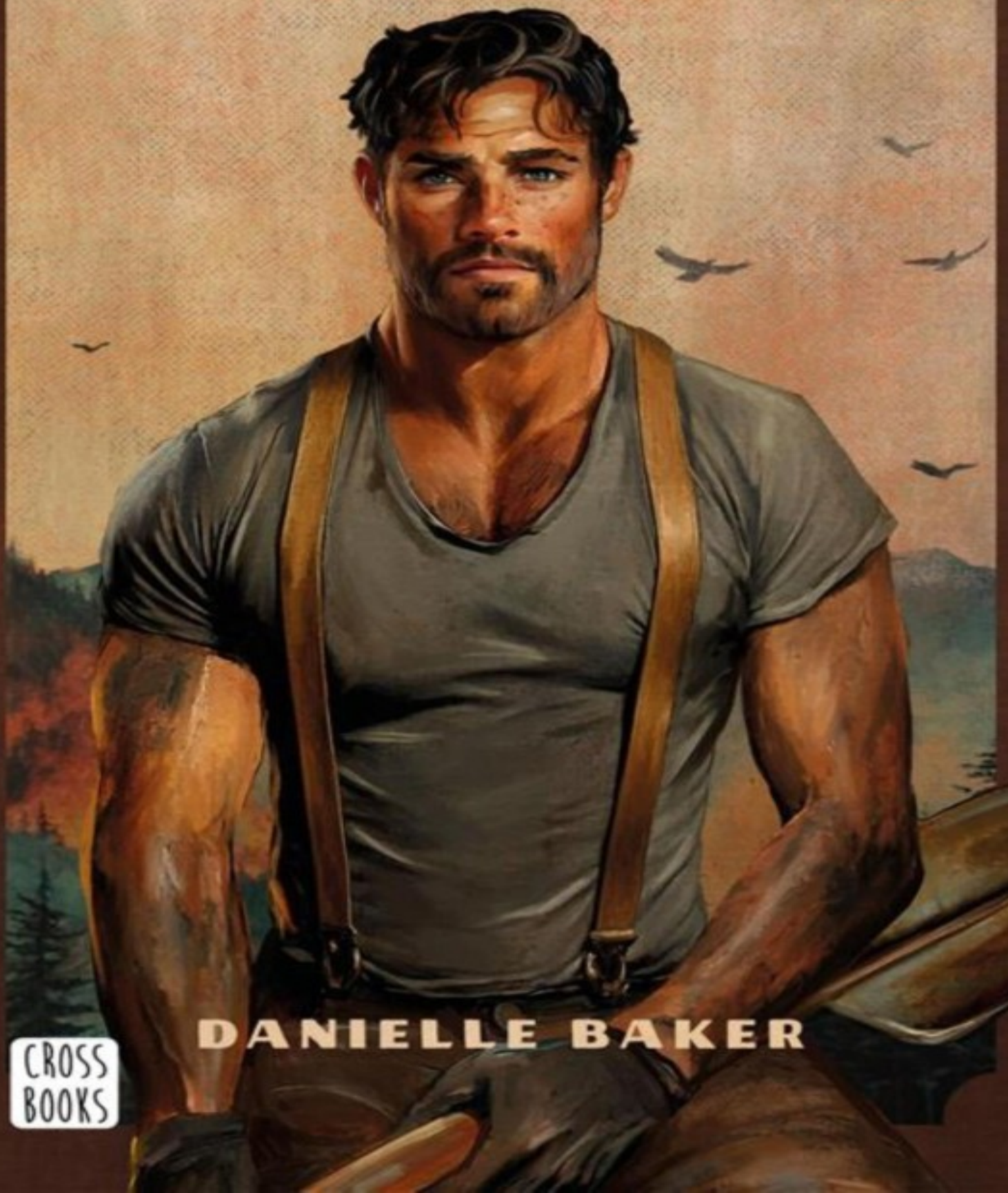
BOMBEROS DE SKY RIDGE 3

INCENDIO



DANIELLE BAKER

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Lista de reproducción

Advertencia de contenido

Glosario

Organigrama

Dedicatoria

Cita

Prólogo. Xander

1. Xander

2. Teddy

3. Xander

4. Teddy

5. Teddy

6. Teddy

7. Xander

8. Teddy

9. Xander

10. Teddy

11. Xander

12. Teddy

13. Xander

14. Teddy

15. Xander

16. Xander

17. Xander

18. Teddy

19. Xander

20. Teddy

21. Xander

22. Teddy

23. Xander

24. Teddy

25. Xander

26. Xander

27. Teddy

28. Xander

29. Teddy

30. Xander

31. Teddy

32. Xander

33. Teddy

34. Xander

35. Teddy

36. Xander

37. Teddy

38. Xander

39. Teddy

40. Teddy

41. Xander

42. Teddy

43. Teddy

44. Xander

45. Teddy

46. Xander

47. Teddy

48. Xander

49. Teddy

50. Teddy

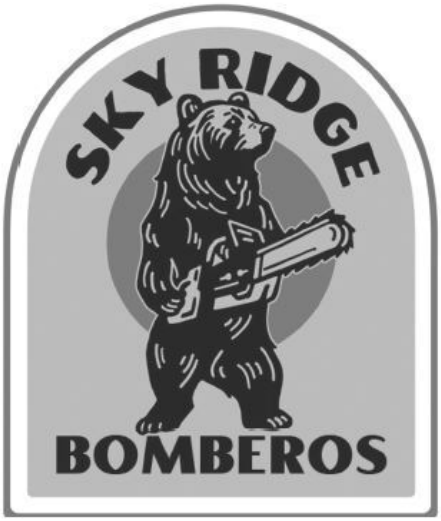
Epílogo. Xander

Agradecimientos

Créditos

INCENDIO

DANIELLE BAKER



CROSS BOOKS

Lista de reproducción

1. *Gettin' Warmed Up*, Jason Aldean
2. *If I Die Before You*, Chris Lane
3. *Wildfire*, Austin Snell
4. *World On Fire*, Nate Smith
5. *Lies, Lies, Lies*, Morgan Wallen
6. *Bulletproof*, Nate Smith
7. *Somebody's Problem*, Morgan Wallen
8. *You Look Like You Love Me*, Ella Langley & Riley Green
9. *In Case You Didn't Know*, Brett Young
10. *To The Men Who Love Women After Heartbreak*, Kelsea Ballerini & Kelly Clarkson
11. *Scared To Live Without You*, Morgan Wallen
12. *Spin You Around*, Morgan Wallen
13. *Come Back… Be Here*, Taylor Swift
14. *Stand By Me*, Lil Durk
15. *I'm Gonna Love You*, Cody Johnson & Carrie Underwood
16. *Bring That Fire*, War Hall

Advertencia de contenido

En este libro se abordan temas como la muerte de figuras parentales o de un cónyuge, el síndrome del estrés postraumático y la ansiedad. También aparecen escenas descriptivas de un parto domiciliario de emergencia.

Además, este libro contiene escenas sexuales con juegos de asfixia y de impacto.

Glosario

Antorcha de goteo: herramienta que sirve para crear quemas por puntos o quemas prescritas mediante el goteo de combustible en el terreno.

Aparato: helicóptero.

Autobomba: vehículo provisto de una bomba de agua y mangueras para sofocar incendios.

Bomberos de élite: equipo de bomberos forestales muy bien entrenados cuya función es enfrentarse directamente a las llamas y excavar líneas de defensa. En España, conocidos como EPRIF (Equipo de Prevención Integral de Incendios Forestales).

Brigada helitransportada: equipo de bomberos forestales entrenados para ofrecer apoyo a los helicópteros en las labores de extinción.

Brigada terrestre: bomberos forestales no especializados. Estos se suelen organizar en brigadas de entre dieciocho y veinte trabajadores que se dedican a crear cortafuegos, cortar árboles y arbustos con motosierra y crear quemas por puntos con las antorchas de goteo.

Buzo o Nomex: prenda ignífuga de color amarillo elaborada con tejido de aramida (Nomex, cuyo nombre suele utilizarse para referirse directamente a la prenda en cuestión).

Cadena: unidad de medida que se usa en el contexto de los incendios forestales de Estados Unidos. Ochenta cadenas equivalen a una milla (doscientas cincuenta y nueve hectáreas, aproximadamente), de modo que cada cadena mide sesenta y seis pies (unos veinte metros).

Ceniceros: agujeros en el suelo llenos de cenizas calientes y brasas.

Columna convectiva: columna compuesta por el humo y las pavesas generadas por un incendio y que, transportadas por el viento, pueden ayudar a su propagación. Las pavesas pueden llegar a cubrir distancias de dos kilómetros antes de tocar tierra.

Comandante de Incidentes (CI): dentro del Sistema de Comando de Incidentes (SCI), compuesto por docenas de personas, responsable a cargo de las operaciones, la planificación, la estrategia y los servicios de un incendio determinado.

Combustión arbórea: ignición de uno o más árboles.

Contrafuego: incendio provocado para apagar o cortar los progresos de otro incendio.

Crampones: pieza de metal con púas que se sujeta a la suela de la bota para escalar o caminar sobre el hielo o la nieve.

Cuadrilla: grupo de hasta diez personas asignadas a una autobomba con la misión de lidiar directamente, y en primera línea, con las llamas. Para ello, echan mano de herramientas muy variopintas, principalmente mangueras y agua.

Detector de incendios Osborne: tipo de dioptra que se usa en las torres de vigilancia para detectar el comportamiento direccional (acimut) del humo y alertar a las brigadas forestales de la localización de un incendio.

Escalera de combustibles: distribución de los combustibles en la vertical, que facilita el ascenso del fuego desde los combustibles de superficie hasta las copas de los árboles. Cuando las llamas ascienden por la escalera de combustibles, puede desatarse un fuego de copas.

Escarabajo joya o *Melanophila*: insecto que se siente atraído por los incendios forestales porque utiliza la madera quemada (y, a veces, aún ardiente) para desovar. Se congregan alrededor de las zonas arrasadas y tienen unas potentes mandíbulas que en ocasiones utilizan para morder a los bomberos forestales mientras realizan las labores de extinción.

Fronda: zona de espesura que aún no ha ardido.

Fuego de copas: fuego que se propaga por las copas de los árboles o arbustos. Es un fuego de gran intensidad, de rápido desplazamiento, conducido generalmente por el viento.

***Heliblade* o bambi:** recipiente rígido o flexible transportado por un helicóptero y utilizado para arrojar agua sobre el fuego, con o sin supresores o retardantes. Los *heliblades* se rellenan en lagos o ríos y pueden transportar casi diez mil litros de agua.

Jefe de sector: persona responsable de una sección del SCI, y a cargo de dirigir al equipo y las tareas de extinción en un incendio forestal.

Línea de control o línea de contención: cualquier barrera, ya sea natural o artificial, que sirve para impedir el avance de las llamas.

Línea de fuego: trazado en el cual han sido removidos los combustibles con el objetivo de detener el avance de las llamas. Las realizan los bomberos con la ayuda de herramientas como la Pulaski.

Madera muerta: árbol muerto, normalmente arrasado por las llamas, que se mantiene en pie y supone un peligro para las cuadrillas de tierra.

Meteorólogo especializado: meteorólogo especializado en incendios forestales.

Pedregal: montón de rocas sueltas de pequeño tamaño que conforma o cubre la pendiente de una montaña.

Pulaski: herramienta constituida por una hoja de acero con dos filos, uno en forma de hacha y el otro en forma de azada.

Punto de anclaje: localización estratégica desde la que se comienza a construir un cortafuegos iniciado en una zona ignífuga, como un sedimento de piedras, un riachuelo o un camino. El objetivo del punto de anclaje es evitar que las llamas rodeen el cortafuegos y corten la vía de escape a los bomberos.

Quema controlada o prescrita: quema de vegetación dentro de un área acotada, efectuada bajo condiciones predeterminadas que permitan el logro de reducción de riesgos y de restablecimiento de los ecosistemas naturales.

Raciones de campaña: ración ligera y de tamaño reducido que proporciona al consumidor una nutrición completa.

Salida: tarea de extinción de un incendio.

Salto de la línea de cortafuego: se da cuando las ascuas cruzan una línea de control o una barrera natural y arrasan

vegetación o cualquier otro tipo de material inflamable, dando lugar a nuevas llamas.

Stihl: marca de motosierras que usan los bomberos forestales para cortar vegetación, madera muerta y demás.

Tierra quemada: zona que ya ha quedado arrasada por las llamas.

Todoterreno: vehículo de transporte de personal que no tiene tanque de agua. Tiene ocho asientos y se utiliza para trasladar a grandes cantidades de personal a la zona del incendio.

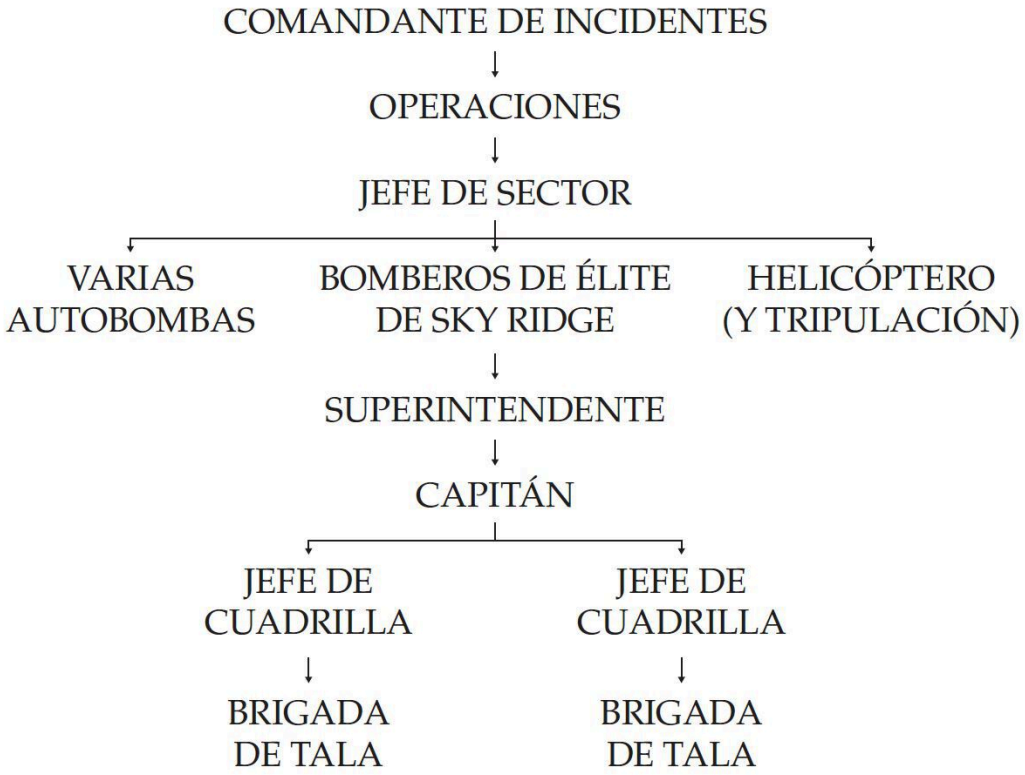
UTV: vehículo utilitario todoterreno (por sus siglas en inglés: *utility terrain vehicle*). Se trata de un vehículo todoterreno más grande que un *quad* que se suele utilizar con fines laborales en lugar de para actividades recreativas.

Vía de escape: ruta que permite alejarse de áreas de peligro en el caso de que el riesgo fuese demasiado alto.

Voluntario: bombero (forestal) voluntario.

Organigrama

En las operaciones contra incendios forestales trabajan miles de personas de distintas brigadas. Para que sea más sencillo, solo enumeramos los cargos mencionados en la serie *Bomberosde Sky Ridge*.



A quienes viven siguiendo su propio camino,
avivándolo todo un poco.
Podéis crear la vida que deseáis.

«Somos los guerreros del pueblo, los que estamos en el frente luchando contra la ira de la madre naturaleza; enfrentándonos a todo cuando todo el mundo sale huyendo. Nos enfrentamos al miedo, a la muerte y a la cólera del infierno para **proteger** almas que tal vez no conocemos, abriéndonos paso entre la desolación de las llamas. **Honramos** a quienes vinieron antes que nosotros y a las almas con las que **luchamos** con valor, hombro con hombro. **Somos bomberos**».

AUTOR DESCONOCIDO

Gracias en especial a los hombres y mujeres valientes que responden al nombre de Bomberos Forestales: Brigadas Interinstitucionales de Actuación Rápida.
Gracias por vuestro trabajo.

Prólogo

Xander

Hace seis años

—Gracias por venir.

La voz me suena hueca; lo noto hasta yo. He repetido esta misma frase hasta la saciedad y, ahora, las palabras parecen menos reales y más un idioma extranjero que no domino.

A mi alrededor es todo ruido, aunque moderado. Los asistentes están reunidos en pequeños grupos mientras esperan pasar a la otra salita para rendir homenaje a mi padre.

El superintendente Garrett Macomb, perdido en combate.

Miro al otro lado de esas oscuras puertas dobles de madera, abiertas de par en par y que dan a la entrada del tanatorio, a ese solitario altar que hay en el centro de la tarima. Flanqueado por una fotografía grande y enmarcada en un lateral y una bandera americana (doblada dentro de la vitrina pertinente por cuestiones de seguridad) en el otro. La Pulaski de mi padre (una herramienta que combina un hacha y una azada) está apoyada de pie, con su casco amarillo justo encima. Hay unos cuantos helechos y lirios de la paz esparcidos por el suelo. La luz de la tarima ilumina la urna de metal que descansa en el altar y cuyo color rojo pulido resplandece como las llamas. Lo único que distingo es el emblema dorado metálico de los bomberos, la Cruz de Malta, que decora la parte delantera de la urna.

Detesto ver esa urna. Está ahí para aparentar. Las cenizas de mi padre están en la montaña, donde dio la vida para salvar a su equipo.

Mi madre está a la izquierda de esa gran fotografía, mirando al hombre que sale en ella con su habitual buzo amarillo de bombero y el casco puesto y que le cae justo por encima de sus cejas canosas. Se le aprecian unas cuantas arrugas alrededor de los ojos; tiene la cara un poco manchada de mugre y hollín, pero sonríe de oreja a oreja. Es una instantánea; me acuerdo de cuando se la hicieron. Aunque han recortado la foto para que salga solo él, sé que estaba envolviéndome los hombros con el brazo. Estábamos posando para la foto después de enfrentarnos a un incendio en Arizona que duró más de un mes. Estábamos agotados, muertos de hambre, y teníamos unas ganas desesperadas de pegarnos una ducha, pero... Dios, fue un buen día.

Mi madre, vestida toda de negro, está de espaldas a mí, de espaldas a la sala aún vacía. Sola en su sufrimiento, llorando al hombre a quien amó y perdió hace casi treinta años solo para volver a perderlo ahora. Cuando veo que le tiemblan los hombros, las lágrimas provocan que se me cierre la garganta; mi madre estira el brazo y le acaricia la mejilla a mi padre en la foto. Ha pedido que le diésemos unos minutos a solas con él, de modo que mis hermanos y yo hemos salido.

Cuando aparece una sombra a mi lado, levanto la vista y abrazo a mi hermano pequeño, Zach. Es bombero estructural en casa, en Michigan, y va con su uniforme azul. Mi madre, Zach y el menor de los tres hermanos, Joel, han volado desde Michigan hasta Sky Ridge (Washington) para asistir al funeral. Michigan fue mi hogar durante los primeros veinticinco años de mi vida, pero, luego, para decepción de mi madre, seguí a mi padre hasta Sky Ridge. Opté por la profesión que le arrebató mi padre a mi madre hace tantísimos años; la profesión que, ahora, le ha arrebatado la vida a él.

Somos todos conscientes de los riesgos que implica este trabajo. Él lo sabía. Yo lo sé. Somos bomberos de élite, bomberos forestales, y el riesgo de no regresar a casa siempre está muy presente, por muy bien que nos hayamos formado y por muy meticulosos que seamos en el terreno.

En esa época, mi madre le dio un ultimátum a mi padre. Dios, si es que aún oigo esa discusión, el llanto, las súplicas. Mi madre le

rogó que no se fuera, que no volviera a dejarnos. Le dijo que como saliera por esa puerta, no le dejaría volver a entrar. Que lo necesitábamos más en casa de lo que lo necesitaba su brigada ahí afuera. Yo tenía once años, Zach, ocho, y Joel, seis. Mi madre le dijo que lo necesitábamos en casa, que los niños que están en edad de crecimiento necesitan a su padre. Mamá no se equivocaba... Pero mi padre tampoco.

Quiero a mi madre, en serio. Y sufro más por ella de lo que se imagina. Perdió al amor de su vida por culpa del amor de la vida de mi padre: este trabajo. Pero mi madre no lo entiende; no entiende que todos esos hombres y mujeres también son familia. Que el trabajo que hacemos, las vidas que salvamos... todo importa. Y para quienes nos dedicamos a ello, explicárselo a quienes no son del gremio es complicado.

Así que mi padre besó a mi madre por última vez y se marchó. Porque su brigada, sus hermanos, lo necesitaba. Y al cumplir los veinticinco, yo ya tenía decidido que iba a abandonar la seguridad que me ofrecía quedarme en casa, en nuestro pequeño paraíso en el norte de Michigan, para irme a Washington con mi padre. Porque mi corazón estaba ahí. Me uní al Departamento de Bomberos a los diecinueve, pero mi pasión no era extinguir incendios estructurales. Había nacido para ser bombero de élite. Yo lo sabía; mis padres lo sabían. Incluso por aquel entonces.

No miré atrás. Desde entonces, nunca miré atrás.

Trabajamos codo con codo, año tras año. Mi padre era un superintendente justo pero exigente. Daba exactamente lo mismo a nivel personal que lo que le exigía a cualquier miembro de la brigada.

Zach me da una palmada en la espalda y me aprieta el hombro, y yo vuelvo al presente. Inhalo y me paso la mano por el pecho en dirección descendente, por encima de mi buzo amarillo. Está limpio (bastante) y los pantalones de Nomex de color verde aceituna que llevo puestos son los más limpios que tengo. Tengo las botas rayadas y desgastadas, pero también las he lavado lo mejor que he podido. Estoy bastante seguro de que a mamá casi le ha dado un aneurisma cuando he aparecido con la ropa de trabajo; ha insistido

para que me marchara a casa y me pusiera un traje negro, pero me he negado.

Para nosotros, el uniforme es como un símbolo de honor. Es la forma que tenemos de mostrar respeto a quienes hemos perdido.

Zach se saca una petaca plateada del bolsillo interior de su uniforme y abre el tapón antes de pasármela. Intercambiamos una discreta sonrisa antes de que yo levante el recipiente en cuestión y le dé un buen sorbo. El *whisky* favorito de mi padre me abrasa la lengua y la garganta al tragar. Le devuelvo la petaca a Zach y él hace lo propio antes de volver a guardársela.

—Superintendente.

Al oír el título, me tenso, me giro y asiento para saludar al hombre que me ha llamado. Mack Treynor, el superintendente de la brigada de bomberos forestales de Vantage, Colorado, un hombre que trabajó con mi padre durante gran parte de su carrera. La solemnidad le inunda esos ojos color avellana y muestra una expresión estoica mientras alterna la mirada entre Zach y yo.

—Sé lo terrible que debe de sonarte ahora mismo este nombre —me dice el amigo de mi padre con ternura, alargando el brazo para darme un fuerte apretón en el hombro. Lo hace con firmeza, enraizándome—. Tu padre era un hombre increíble, y te ha dejado el listón muy alto, hijo. Estaba muy orgulloso de saber que ibas a seguir sus pasos. Lamento que no haya llegado a jubilarse. —Se me encoge el estómago. Doce putas semanas y se habría jubilado, no habría estado de guardia ese puto día, no habría muerto en esa puta montaña... Mack carraspea porque sus propios sentimientos le impiden hablar. Desvía la mirada hacia Zach y dice—: Estaba orgullosísimo de todos sus hijos por haber seguido sus pasos.

Mis dos hermanos son bomberos en Michigan. Cuando yo aún vivía allí, antes de que me mudara, los tres estábamos en la misma brigada. Joel acababa de unirse cuando me fui. Ahora Zach está casado, tiene las dos hijas más monas que he visto jamás (no es que lo diga yo porque soy su tío ni nada, eh) y está esperando una tercera. No tengo ni idea de qué se lleva Joel entre manos últimamente; lo único que sé es que mamá está hasta el moño de él.

Zach asiente.

—Gracias, Mack —le dice—. Este trabajo era el amor de su vida.

Pero el hombre sacude la cabeza y se le llenan los ojos de tristeza. Desvía la vista hacia mi madre, que sigue llorando delante de la foto del altar, y responde:

—No solo este trabajo.

Me da otro apretón en el hombro, se gira y se aleja, dejándonos a Zach y a mí a solas. Aunque no nos quedamos solos durante mucho rato porque, a través de las puertas de vidrio cromado que dan al exterior, veo a un grupo de hombres acercándose desde el aparcamiento y vestidos con los uniformes de bomberos de élite más limpios que tienen.

Mis hermanos, mi brigada; un total de dieciocho hombres. Todos formidables, algunos de los cabrones más valientes que haya conocido nunca.

Callahan Woods, que se ha convertido en mi capitán hace poco, guía al grupo. Dos de nuestros nuevos fichajes lo siguen de cerca: Jacob Taylor y Rowan Kingsley. Son jóvenes, no deben de tener más de veintidós años, pero hay que ver lo mucho que se lo curran. Jack Taylor, el padre de Jacob y la mano derecha del mío, camina unos cuantos pasos por detrás del resto. Lleva siendo el líder de nuestra cuadrilla desde hace tanto tiempo que ya ni recuerdo cuándo empezó. Ha decidido prejubilarse. Quiere acabar esta temporada trabajando con su hijo, Jacob, pero luego lo dejará.

Perder a mi padre le ha afectado mucho y nos ha abierto los ojos a todos para que no se nos olvide cuáles son los riesgos de nuestro trabajo. Jack tiene familia, esposa... Y ha optado por apartarse para centrarse en ellos. Teniendo en cuenta lo que estamos haciendo hoy aquí, no puedo culparlo. La esposa de Jack y su hija, Violette (la hermana melliza de Jacob), siguen al grupo. También han venido a rendir homenaje a mi padre. Somos una familia. Sobre todo, en días como hoy.

Jack se ha colocado al lado de Dixon, uno de mis compañeros, que camina más despacio porque va con las muletas y una pesada escayola en la pierna derecha. El corazón me late con fuerza, y el miedo y la ansiedad vuelven a adueñarse de mí, al igual que ocurrió

en esos aterradores minutos en la montaña. Estuve a nada de perderlos a casi todos y ese recuerdo me atormentará de por vida. Los salvaron la valentía y el liderazgo a los que tanta importancia daba mi padre; y sé que él habría vuelto a arriesgar su vida cien veces más con tal de salvar a su brigada, igual que hizo hasta su último aliento.

Las puertas se abren y entra mi equipo. Hoy el grupo entero está decaído y nada tiene que ver con los escandalosos juerguistas a los que estoy acostumbrado. Han venido a rendir homenaje al hombre que los guio en tantas situaciones; un hombre que fue jefe, amigo y padre de todos y cada uno de ellos.

Cal se detiene frente a mí y nos damos un apretón de manos. Me saluda con la cabeza. Tiene los ojos más ensombrecidos que de costumbre. Sé que está sufriendo. Fue el último en salir de ese incendio; oyó el crujido de un tronco que había caído y fue él mismo quien presenció los últimos instantes de vida de mi padre. Ser consciente de que no podría haber hecho nada para salvarlo le afectó demasiado. Le doy un fuerte apretón en el hombro y él me agarra el codo con firmeza; una silenciosa conversación antes de que pase dentro.

Acto seguido, Rowan y Jacob se acercan para darnos un apretón de manos primero a mí y luego a Zach, y enseguida entran en la sala con Cal mientras el resto de mi cuadrilla va desfilando, tendiéndonos la mano y dándonos el pésame con la voz áspera. A duras penas soy consciente de lo que le digo a King; algo parecido a que mi padre estaba muy orgulloso de la temporada que habían tenido él y Jacob. Me siento tan jodidamente desconectado de todo... Es como si estuviera aquí sin estarlo.

En ese instante, el cura de la iglesia local se nos acerca para informarnos de que ya ha llegado la hora y Zach les pide a los asistentes que, por favor, tomen asiento. Las personas que han venido atraviesan las puertas y llenan las filas de bancos y sillas.

Mi cuadrilla sola ocupa dos filas enteras. Camino hacia el frente y cojo a mi madre por los hombros con ternura para guiarla hacia el primer banco. Zach y Joel se sientan uno a cada lado de mamá, ambos vestidos con su uniforme azul, y le dan la mano. Voy hacia el

frente de la sala y, antes de dirigirme a los asistentes, me aclaro la voz.

—En nombre de mi familia, me gustaría empezar dando las gracias a todas las personas que habéis venido hoy aquí y a todas aquellas que nos han hecho llegar su pésame. Vuestras efusivas muestras de amor y vuestro apoyo nos han reconfortado en estos momentos y han sido un claro recordatorio del impacto que tuvo mi padre en tantas otras personas. En nombre de mi cuadrilla, os damos las gracias por ayudar a la comunidad mientras hay tantísima gente más sufriendo. —Carraspeo y trago saliva para deshacerme de las emociones que me impiden seguir hablando. Prosigo—: A mi padre le encantaba su trabajo; lo que hacía, las vidas, los hogares y los bosques que salvaba año tras año... Una vez me dijo: «Todo el mundo nace siendo igual, pero solo unos cuantos acaban convirtiéndose en bomberos». Y esa frase se me quedó grabada de por vida. Murió haciendo lo que más le gustaba, luchando por aquellos que no podían hacerlo y protegiendo a aquellos que sí. Lo honraremos con sacrificio; honraremos su valentía en vida y su estoica muerte. —Agacho la cabeza y carraspeo de nuevo mientras los ojos y la nariz me escuecen con la presencia de unas lágrimas poco viriles—. Gracias.

Tomo asiento a la izquierda de Zach y mi madre alarga el brazo por encima del regazo de mi hermano para apretarme la mano. La miro a los ojos, esos ojos azules que tanto se parecen a los míos y que ahora están llenos de lágrimas. Le tiemblan los labios.

—Os quería, chicos. Esto era el amor de su vida. En serio. Habría querido irse así —dice.

Y, finalmente, las lágrimas empiezan a resbalarme por las mejillas a la vez que veo, en los ojos de mi madre, algo que ella no dirá: que ojalá ella también hubiese podido ser el amor de su vida. Que ojalá la hubiese amado lo suficiente para quedarse.

Prometo honrar a mi padre, su valentía y su sacrificio lo mejor que pueda.

Porque, con el paso de esta aflicción, lo único que me queda es el honor.

1

Xander

Presente

Qué cerca ha estado, joder.

Camino con firmeza mientras salgo del Hospital Bakersfield, pero lo hago con los hombros tensos y la mente cargada.

Me froto la cara con la mano y exhalo mientras salgo fuera, donde me recibe la cálida luz del mes de mayo. Atravieso el aparcamiento y voy hacia la camioneta. Me giro la gorra para que la visera me aporte cierta sombra a los ojos.

Dios, me están saliendo canas antes de hora por culpa de estos cabrones.

Somos todos conscientes de los riesgos que conlleva este trabajo, pero no por eso resulta menos aterrador verlo con tus propios ojos, leches. Ver a tu compañero de brigada, tu hermano, retorciéndose de dolor o conectado a máquinas y vendado de los pies a la cabeza... Es sobrecogedor. El incendio de Skykomish fue brutal y tardaré muchísimo tiempo en quitarme de la cabeza la imagen de King en ese cenicero.

Nos sirve a todos de recordatorio de que no somos invencibles y de que las bestias a las que nos enfrentamos son más fuertes que nosotros, más despiadadas y muchísimo más diabólicas.

King saldrá de esta, aunque todavía le esperan bastantes días de curas por delante. Casi me río mientras salgo del aparcamiento. Si Violette Taylor puede tomar cartas en el asunto, se recuperará; la chica es demasiado tozuda para no asegurarse de que King esté bien del todo, y él está demasiado pillado de esa mujer para

decepcionarla. Por más que ninguno de los dos se dé cuenta todavía, están colgadísimos el uno del otro.

Me vibra el móvil en el bolsillo. Lo pesco y deslizo el dedo por la pantalla para responder.

—¿Sí?

Soy hombre de pocas palabras. Denunciadme.

—¿Comemos en el Shifty's? —pregunta Callahan, mi capitán, sin preámbulo alguno.

Miro la hora en el salpicadero. Todavía es temprano, pero ¿por qué no? A la mierda. Después de haber visto a King en el hospital, no me vendría mal una copa.

—Hecho.

—¿En diez minutos?

—Sip.

Veinte minutos más tarde, nos encontramos sentados el uno al lado del otro en el Shifty's, el abrevadero que, aunque me avergüence reconocerlo, se ha convertido en un segundo hogar, más que mi propia casa. Tras pedir cada uno un plato de alitas picantes y una cerveza, comemos en silencio. Cal es mi hermano en todos los sentidos de la palabra menos en el biológico, y llevamos años trabajando en la misma brigada.

—¿Qué tal has visto hoy a King? —se interesa, con la boca pegada a la cerveza.

—Bien. Le daban el alta luego —respondo dándole un sorbo a la birra. Apoyo los antebrazos en el borde de la barra y clavo la vista en el plato—. El cabrón ha tenido suerte.

Cal suspira, se lame la salsa de los dedos y asiente.

—No, si ya. Nos acojonó a todos, tío. Fue como revivir lo de Jacob.

Asiento sin decir nada porque tiene razón: fue justamente eso.

Lou, el camarero que nos atiende, nos deja delante un par de cervezas más y le damos las gracias con la cabeza.

—Oye, gracias otra vez por echarme un cable con la mudanza de Teddy y los niños —dice, arrancando un trozo de carne con los dientes y masticándolo—. Ahora que ya no vive a cuarenta y cinco minutos de aquí, puedo estar más pendiente de ella.

Vuelvo a asentir y me llevo un palito de zanahoria a la boca.

—¿Cómo está?

Cal resopla, se encoge de hombros y sacude la cabeza al mismo tiempo.

—Sobreviviendo, supongo —contesta. Me da un vuelco el estómago y él continúa—: Detesto no estar aquí para ayudarla más. No me imagino por lo que debe de estar pasando. Perder a Logan estando embarazada... Está a punto de dar a luz y me preocupa que nos destinen por ahí cuando pase. Pero al menos tiene a Scottie, que se queda mientras yo no estoy. Y me alegro de que, cuando estamos en casa, tú vivas justo al lado.

Asiento de nuevo y le doy un buen trago a la cerveza. Hace unos seis meses, Teddy, la hermana de Cal, perdió a su marido justo después de enterarse de que estaban esperando un tercer crío. Cal, que es un hermano mayor muy protector, insistió en que Teddy se viniera a vivir más cerca de él y su novia para poder ayudarla. Sin embargo, como solemos estar fuera muy a menudo, tampoco lo tiene tan fácil. Aunque el hecho de que sea mi nueva vecina ayuda.

—Estaré pendiente, en serio —digo con la voz rasposa—. No está sola, Cal.

—No sabes cuánto te lo agradezco —responde con un hilo de voz —. Ya, eh... Ya sé que procuras por ella, Xander.

Trago saliva con fuerza. Sigo con la vista puesta al frente sin apartarme la cerveza de los labios. Nosotros no hablamos de estas cosas. Al menos, no en voz alta.

—Siempre, tío —reconozco con un grave susurro.

Cal asiente. Porque lo sabe. Aunque yo nunca lo haya verbalizado y, seguramente, nunca lo haga.

2

Teddy

He decidido que las contracciones de Braxton Hicks son la cosa más inútil y molesta del universo.

Apoyo las manos a cada lado de mi enorme barriga y exhalo con pesadez. No es que sean dolorosas en sí, pero tampoco es coser y cantar.

—¿Estás bien, mami?

Sonrío a mi hijo de ocho años, Dalton, a través del retrovisor.

—Sí, estoy bien, peque. ¿Todo en orden ahí atrás?

Asiente y sus ojos color chocolate encuentran los míos a través del retrovisor.

—A Penny se le ha caído el bibe, pero ya se lo he cogido.

—Eres un superayudante —le digo.

Le dedico otra sonrisa mientras hago marcha atrás y saco el monovolumen del aparcamiento de la tienda de comestibles. Tengo la parte trasera del vehículo hasta los topes; la bebé nacerá en un par de semanas, así que estamos preparándonos y hemos comprado un montón de cosas.

Tiemblo nada más pensar que tengo que entrarlas en casa.

Me duele la espalda, tengo los pies hinchados (aunque, llegados a este punto, tampoco es que pueda vérmelos siquiera) y estas estúpidas falsas contracciones son tan incómodas que estoy más sensible que de costumbre. Sé que Dalton, mi miniayudante, me echará un cable y cogerá algunas bolsas, pero las pesadas me tocará entrarlas a mí.

El trayecto hasta casa es corto; sin embargo, cuando aparco en la entrada, Penny, mi hija de cuatro años, ya está ansiosa por bajar de

la sillita. Dalton la ayuda a desabrocharse el cinturón mientras yo salgo del asiento del conductor y pillo el bolso. La bebé se estira, yo apoyo una mano en el punto donde noto que me ejerce presión con el trasero justo debajo de las costillas y sonrío.

—Ya casi estamos, chiqui —susurro. Me da una patada y río.

A pesar de la sonrisa, se me encoge muchísimo el corazón. Ha sido un embarazo agridulce (y eso, siendo generosa).

Jamás pensé que haría todo esto sola. Ir a las citas médicas, ver las radiografías, oír el sibilante latido de su corazón a través de la pantalla... Todo sin Logan.

La cosa no tenía que ir así. Yo no tenía que estar haciendo esto sola.

No tenía que quedarme viuda a los treinta y uno, con dos (¡casi tres!) hijos. Logan tenía que estar aquí. Mi dulce, tierno y gracioso Logan. Mi amor de instituto y el mejor padre del mundo. Un hombre con un corazón de oro y supergeneroso... Aunque eso le costó su vida y, ahora, aquí estoy. Sola. Muy sola, cansada y asustada constantemente. Odio que la cosa sea así.

Aunque lo prefiero. Porque esto es seguro.

Menos mal que tengo a mi hermano, a su novia (Scottie) y a los padres de Logan. Mi nueva amiga Vi también ha sido un regalo caído del cielo. Nos conocimos hará cosa de un mes, después de que me mudara a Sky Ridge para estar más cerca de Cal y Scottie, y su amistad ha sido justo lo que necesitaba. Sinceramente, no sé cómo habría sobrevivido a los últimos seis meses sin todos ellos.

Dalton pulsa el botón para abrir la puerta corredera del coche y salta para ayudar a bajar a Penny. Vamos hacia el maletero y lo abro. Suerte que la tecnología moderna nos ha regalado puertas que se levantan sin que tengamos que hacerlo nosotros con las manos porque, ahora mismo, lo de agacharme lo veo imposible.

—Ya llevo yo algunas —dice Dalton, mirándome.

Sonrío y lo despeino un poco. Él agacha la cabeza, pero sonríe.

—¿Y si cogéis vosotros estas dos? —sugiero mientras pesco un par de bolsas que pesan menos y se las paso a Dalton y Penny—. Entrad dentro con Penny mientras yo traigo las demás, ¿vale?

—¡Vale! —gritan al unísono, y echan a correr mientras yo cojo las tiras de plástico.

Me planteo colgarme tantas bolsas en los brazos como pueda llevar físicamente, pero al final desisto. Pillo unas cuantas y sigo a mis hijos por la empedrada entrada que da a nuestra puerta principal. Es una casa adosada de una sola planta dividida en dos dúplex con sus respectivas entradas. No es grande, pero tenemos el espacio suficiente.

Y queda cerca de la casa de Cal y Scottie.

Miro hacia la puerta (idéntica a la nuestra) que hay al otro lado del tabique de ladrillos que separa los jardines y suspiro. Estoy bastante segura de que Cal insistió en que me quedara esta casa en concreto porque su jefe (que también resulta ser su mejor amigo) vive justo al lado y así puede estar pendiente de nosotros por él.

Se lo agradezco y comprendo que mi hermano quiera asegurarse de que estemos todos bien, pero... ¿hacía falta que nos mudáramos al apartamento que hay pegado al de Xander?

Su lado de la entrada está vacío. La camioneta negra de Xander no está en su sitio habitual y, al darme cuenta de ello, suspiro aliviada.

Este hombre me pone nerviosa.

No en el mal sentido, sino como... «Dios mío, este hombre es apabullantemente atractivo y me mira de una forma que hace que me suban los colores».

Hace años que conozco a Xander Macomb. Primero lo conocí como el compañero de trabajo de mi hermano; luego como su mejor amigo, y más recientemente, como su jefe. Estoy bastante segura de que, un par de años atrás, él, Logan y Cal se habían emborrachado juntos jugando al *beer pong* en alguna barbacoa familiar. Ha venido con Cal a algunos partidos de béisbol de Dalton y le envió un oso de peluche a Penny cuando le quitaron las amígdalas a principios de año.

Y vino al entierro de Logan con Cal.

La verdad es que recuerdo más bien poco de ese día. Sé que estuvo ahí, pero el dolor me tenía tan aturdida que, básicamente, no recuerdo mucha cosa de esa semana, y menos aún de ese día.

Cojo las bolsas de la compra para dejarlas en la encimera, acomodo a Penny en el salón con la tablet para que se mantenga ocupada, y luego Dalton y yo salimos fuera de nuevo para ir a por más bolsas. Me inclino como buenamente puedo para coger una que está en el fondo del maletero y refunfuño al oír el sonido familiar de la camioneta de Xander al acercarse a su entrada. «¿Por qué ahora?».

—¡Hola, Xander! —lo saluda Dalton desde la otra punta del jardín.

Acto seguido, oigo el sonido metálico de la puerta de su vehículo al cerrarse. Me entra una contracción de Braxton Hicks particularmente fuerte; se me tensa la barriga y siseo mientras voy soltando el aire por los dientes y me yergo, ejerciéndome presión en el estómago con la palma de la mano.

—¿Teddy? —pregunta Xander sumamente preocupado mientras se nos acerca.

Exhalo a medida que esta falsa contracción empieza a ceder, hago de tripas corazón y levanto la vista para mirarlo. Tiene los ojos más bonitos que he visto jamás; nunca dejan de maravillarme. Son de un gélido azul claro con unas esferas más oscuras hacia el exterior y unas motas grisáceas cerca del iris. Unas oscuras pestañas, fastidiosamente largas, le envuelven la mirada. Tiene la cara y los brazos morenos, como si se pasara mucho tiempo trabajando a plena luz del día, descamisado, y una finísima barba le ensombrece la mitad inferior del rostro.

Va con unos vaqueros que le quedan demasiado bien y una camiseta del Departamento de Bomberos de Petoskey que tiene pinta de ser un poco vieja, pero que se le ciñe bien al torso. Lleva su pelo grueso y oscuro un poco demasiado largo y unas puntas sutilmente rizadas se asoman por debajo de esa gorra de los Detroit Tigers.

—¿Estás bien? —me pregunta con delicadeza, acercándose a mí.

Me estudia el cuerpo entero con la mirada, de arriba abajo, y yo no puedo hacer nada por evitar que el bochorno me tiña las mejillas de rosado.

Asiento mientras me quito la mano del vientre. La bebé vuelve a estirarse. A ella tampoco le gustan estas contracciones. A pesar de

que noto cómo me arden las mejillas y soy plenamente consciente de que sigo sonrojada, le dedico una discreta sonrisa a Xander. «¿Por qué ha tenido que estar aquí para presenciar esto?».

—Solo ha sido una minicontracción falsa. Esta semana he tenido muchas...

—¿Deberías ir al hospital? —pregunta, arrugando esas cejas oscuras que le enmarcan los ojos.

Sacudo la cabeza y me río.

—No, no pasa nada. Es normal, no hay de qué preocuparse. Cuando tuve a este de aquí me entraron dos meses antes de dar a luz. —Río y le envuelvo los hombros a Dalton con el brazo.

—Mamá... —se queja mi hijo, meneándose para apartarse—. Qué vergüenza...

Xander se echa a reír y mi cuerpo reacciona a ese sonido grave, profundo y relajante. Echo de menos oír la risa de un hombre.

—Buenas, campeón —le dice Xander, tendiéndole el puño a mi hijo. Dalton le choca los nudillos y sonríe—. ¿Qué te parece si le llevamos las demás bolsas a tu madre?

—Xander, ya puedo llevar yo la compra... —protesto.

Aun así, cuando me mira fijamente con sus ojos azules, se me apaga la voz.

—Ni de broma —responde en voz baja—. Si tu hermano supiera que te he dejado entrar todo esto sola, no me perdonaría jamás. Tú entra y siéntate; ya nos ocupamos Dalton y yo.

—Xander...

—Teddy —me interpela con un tono que interrumpe mi protesta. Tiene una voz profunda y áspera que va acompañada de cierta calidez. Me sonrojo de nuevo mientras él continúa con los ojos puestos en mí—. Deja que te ayude.

Lo dice tan asertivo que sé que no me servirá de nada llevarle la contraria. Así que asiento y respondo:

—De acuerdo. Gracias.

Hago ademán de coger un par de bolsas, pero el hombre me gruñe. Me gru-ñe.

—No toques esas bolsas, Teddy. Te lo advierto.

Dalton suelta una risita y pongo los ojos en blanco.

—Eres un exagerado...

Xander me apoya las manos en los hombros y me aleja cuidadosamente del monovolumen y de todo ese montón de bolsas de la compra. Me da la vuelta y me coloca de cara a mi casa.

—He dicho que vayas a sentarte. Dalton y yo lo tenemos controlado. ¿Verdad que sí, campeón?

—¡Sí! —exclama mi hijo.

Vuelvo a sacudir la cabeza, pero obedezco.

Cuando cruzo la puerta, Penny me pide que me siente a su lado en el sofá, así que me hundo con cautela entre los cojines y dejo que se acurruque a mi lado mientras Dalton y Xander van haciendo viajes para entrar el resto de la compra. El hombre estudia el espacio con la mirada y yo hago una mueca, mortificada. Tengo los juguetes esparcidos por el suelo del salón porque no me ha dado tiempo a ordenarlos antes, y los platos de la comida siguen en el fregadero; debería enjuagarlos un poco y meterlos en el lavavajillas.

A la que hago ademán de levantarme, Xander me fulmina con la mirada y me señala con un dedo.

—No te muevas. Lo tenemos controlado, ¿recuerdas? —Se gira hacia Dalton y le pregunta—: ¿Me ayudas a guardar todo esto?

—¡Claro! —responde mi hijo, alegre.

No puedo evitar sonreír. Dalton echaba de menos tener a un hombre en casa.

En ese mismo instante, la aflicción regresa a mí. Echo de menos a mi marido. Muchísimo. Tener a otro hombre cerca resulta extraño, por más que solo esté aquí para echarme un cable porque es muy leal a mi hermano y punto.

No tardan demasiado en sacarlo todo de las bolsas, separarlo y guardarlo. Xander me ha preguntado dónde iban algunas cosas y yo le he respondido desde el sofá con una sonrisa.

Antes de terminar, Xander hace una bola con las bolsas de plástico y Dalton le enseña que tenemos «la bolsa de las bolsas» debajo del fregadero. Mi hijo parece superorgulloso de sí mismo y Xander vuelve a tenderle el puño para que se lo choque otra vez.

—Buen trabajo, campeón. Gracias por ayudarme.

Me acurruco en un lateral del sofá y me agarro al brazo del mueble para erguirme un poco, como buenamente puedo. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a conseguirlo, Xander aparece delante de mí con los brazos tendidos.

Río, sonrojada, y pongo los ojos en blanco. Verme así debe de ser todo un espectáculo. Nunca he sido una chica menuda, pero al estar al final del tercer trimestre de embarazo me siento como una ballena encallada. Le cojo las manos y dejo que me ayude a levantarme del sofá. Dios, qué ganas de dar a luz a esta bebé. Las últimas semanas han sido una tortura y ahora tengo el cuerpo machacado.

Xander me sujeta y da un paso atrás para que no le dé en el torso con el estómago. Está duro de los pies a la cabeza, todo musculoso y bronceado. Mi cuerpo entero, en cambio, es grande y mullido, y más ahora. De modo que, al estar tan cerca de un hombre que parece un maldito dios, me siento cohibida. Menuda injusticia.

—Gracias —murmuro a la vez que agacho la cabeza y le suelto las manos para alisarme la camiseta. Como llevo unas mallas finas que se ajustan totalmente a la piel, agradezco haberme puesto una camiseta holgada que me cubra el culo entero—. Y gracias por ayudarme con todo eso. No hacía falta.

—Lo que no hace falta es que lo hagas todo tú sola, Teddy —dice con ternura, a pesar de que retrocede unos pasos—. Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí mismo.

Me río y me cruzo de brazos por encima del barrigote mientras vamos hacia la puerta. Me sabe mal que tanto Cal como él sientan que tienen que hacerme de niñera. Intento hacer todo lo posible por esconder el dolor y ser valiente para que no se preocupen, pero está más claro que el agua que no lo estoy consiguiendo.

—Estás en casa una vez cada dos semanas, Xander.

—Bueno, si estoy en casa y necesitas algo, ven a buscarme, ¿de acuerdo? Ya tienes mi número —responde mirándome a los ojos.

Vuelvo a reír.

—Sí, tengo tu número. Cal me lo dio por si había alguna emergencia... Aunque diría que el 911 también funciona en esos casos. Y puede que, en la mayoría de los casos, hasta lleguen antes que tú.

Xander se ríe y asiente con timidez.

—Bueno, los dos nos quedamos más tranquilos si sabemos que tienes a alguien que procura por ti y por los niños. Al menos, cuando estamos en casa, yo estoy a cuatro zancadas.

—Estamos bien —le aseguro con el corazón en un puño.

Es un hombre tan bueno... Ojalá no me pusiera tan nerviosa. ¿Por qué no podía haberme tocado un vecino majo y de edad avanzada que no se asemejara en nada a Xander físicamente? Alguien que no me mirase como me mira él... Sacudo la cabeza para deshacerme de dichos pensamientos antes de volver a sonrojarme.

—Los padres de Logan vienen a menudo para ver cómo estamos. Y también tengo a Scottie cerca —añado.

Xander asiente.

—Lo digo en serio, Teddy —insiste mientras sale por la puerta—. Si necesitas cualquier cosa, a la hora que sea, ven a buscarme. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —susurro asintiendo con la cabeza.

—Intenta relajarte un poco, ¿vale? Nada de levantar peso.

Se me escapa una risa, lo miro y pongo los ojos en blanco. Ambos sabemos que está siendo un exagerado, pero si así se queda más tranquilo...

—Vale —respondo.

Me mira desde mi terraza delantera.

—Buenas noches, Teddy.

—Buenas noches, Xander —respondo con un hilo de voz antes de cerrar la puerta.

Sus pesados pasos se desvanecen hasta que el silencio lo envuelve todo mientras él se aleja y yo vuelvo a quedarme sola con mis hijos.

3

Xander

Hace casi una semana que no estaba en casa. Acabamos de regresar de un incendio en Wyoming. Como ahora somos uno menos porque King sigue de baja, no ha sido tarea fácil, pero prefiero que esté aquí recuperándose a tenerlo ahí fuera con nosotros.

Ya hemos descargado y limpiado los camiones, y casi todo el equipo está de camino al Shifty's para celebrarlo con una birra o dos. Mientras conducíamos de vuelta al pueblo, Cal ha llamado a Teddy para asegurarse de que estuviera bien y me ha hecho un gesto con el pulgar para confirmármelo e informarme de que estaba en casa. Me paso la mano por la cara y hago una mueca al notar el polvo y la suciedad que me cubren la piel. Me muero de ganas de pegarme una ducha de agua caliente; podría ducharme en las que tenemos en el parque de bomberos, pero prefiero usar la de mi casa.

Así de paso tengo una excusa para ver cómo está Teddy.

Cuando aparco en la entrada, el sol brilla bajo en el cielo y empieza a oscurecer a lo lejos. Me alegra ver el monovolumen de Teddy en su lado de la casa. Veo que tiene las luces de la cocina y el televisor encendidos. Cojo la mochila del asiento del copiloto y salto de la camioneta.

Me muero de ganas de pegarme una ducha de agua caliente, comer y dormir.

Empiezo por ducharme. Dejo la mochila encima de la cama, me meto en el baño y abro el grifo. Me quito mi asqueroso uniforme de Nomex y me ducho en un santiamén. Me froto bien para deshacerme de la suciedad, el hollín y la mugre que he ido acumulando a lo largo de la semana hasta que el agua vuelve a caer

limpia. Meto la cabeza bajo el chorro. Cuando oigo un ruido en el piso de al lado, me alarmo y me quedo petrificado. Presto atención, pero no se oye nada. Debo de habérmelo imaginado.

Apago el agua, salgo de la ducha, pillo una toalla y me seco el cuello y el pelo un poco apresuradamente. Regreso al cuarto, me pongo unos calzoncillos y unos vaqueros y luego cojo una camiseta del cajón y me la paso por la cabeza.

Descalzo, voy hacia la cocina y pesco una cerveza de la nevera. Me la acerco a los labios y le doy un buen sorbo.

Oigo que llaman tímidamente a la puerta, me separo el botellín de la boca y bajo la mano. Vuelven a llamar y, acto seguido, oigo un grito de dolor al otro lado de la pared. Me da un vuelco el corazón y reacciono de inmediato con un nudo en la garganta.

Abro la puerta y me detengo en el acto porque, con las prisas, casi me llevo a Dalton por delante. Está pálido, con su rostro pueril inundado por el pánico, y las lágrimas le resbalan por las mejillas. Lleva unos pantalones kaki manchados de algo húmedo y rosado. Me pongo en cuclillas delante de él y lo cojo por los hombros.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Te has hecho daño?

Dalton niega con la cabeza y traga saliva antes de señalar el otro lado de la casa. Otro grito de dolor retumba bajo la oscuridad. Y ya sé lo que va a decir.

—Es mamá. Ha...

Me levanto y me pongo las bambas. Cojo al niño de la mano y vamos corriendo hacia el tabique que separa su puerta de entrada de la mía. La abro con un empujón, detengo a Dalton en el umbral y le digo con delicadeza:

—Quiero que cojas a tu hermana, te la lleves a la habitación y cierres la puerta, ¿vale? ¿Tienes una tele en el cuarto? ¿Una tablet para que se entretenga?

Dalton asiente y desvía la vista hacia la habitación del fondo mientras oímos otro sollozo. Al darme cuenta de que Teddy tiene los minutos contados, hago una mueca.

—Muy bien, campeón. Voy a ayudar a tu madre. Puedes ser valiente por ella, ¿a que sí? —le pregunto.

El niño asiente. Penny está llorando, así que la cojo en brazos y sigo a Dalton por el pasillo. Dalton se detiene frente a una puerta; dejo a la niña en el suelo y me agacho para preguntarle:

—¿Dónde tienes el peluche? ¿Lo coges y le das un abrazo por mí? —Penny sorbe por la nariz y asiente, cogiéndole la mano fuerte a su hermano. Me levanto, le tiendo el puño al niño y él me lo choca—. Lo harás genial, campeón.

Cierra la puerta y yo continúo andando por el pasillo.

—¿Da-Dalton? —oigo que dice Teddy con la voz débil. Se me encoge el estómago—. ¿Has encontrado mi teléfono, peque?

—¿Teddy? —la llamo con discreción—. ¿Puedo entrar?

—Va-Vale —responde jadeante y con un sutil titubeo en la voz.

Abro más la puerta.

Está de pie en la entrada del baño, intentando limpiar con una toalla el suelo de azulejos que ha manchado al romper aguas. Tiene los nudillos blancos de lo fuerte que se está agarrando al pomo de la puerta; se dobla y veo cómo su barriga esférica se contrae y se le tensa bajo la tela de la camiseta. Dios, eso tiene que doler un huevo. Aprieta los dientes y jadea mientras la contracción cede.

—Perdona —musita mirándome—. No sabía que Dalton había ido a buscarte. Le he pedido que fuera a por mi móvil para llamar a una ambulancia.

Me acerco a ella y le sonrío con amabilidad.

—Ha hecho justo lo que debía hacer, Teddy. Ya te pediré yo la ambulancia, o puedo llevarte al hospital o llamar a Cal...

Empieza a negar con la cabeza y la echa hacia atrás en cuanto le entra otra contracción. No dudo ni un segundo más. Me acerco a ella y me coloco a su alrededor para quedar justo a sus espaldas. El sonido de su sollozo dolorido se me clava bien hondo. Teddy tiene la frente sudada y, a pesar de que lleva una camiseta holgada, se le pega a la piel con el sudor. Al romper aguas, también se le han empapado las mallas.

—¿Puedo? —pregunto antes de tocarla.

Asiente con fuerza y le tiembla el cuerpo mientras la contracción amaina. Le paso los brazos por los costados, por debajo de los suyos, y le coloco las manos bajo el bulto de su enorme barriga.

Teddy se recuesta contra mi pecho y deja caer la cabeza contra mi hombro mientras le levanto la tripa para aliviarle un poco la presión y el dolor.

—¿Cuánto hace que has roto aguas?

Inhala y exhala por la boca, despacio y de forma metódica.

—¿Diez minutos, tal vez? Estaba bien. Ha sido muy repentino. He venido a por el bolso y he roto aguas. Dalton ha intentado ayudarme a limpiar, pero le he dicho que fuera a por el móvil...

Como sigo aguantándole la barriga y Teddy continúa apoyando todo su peso en mi pecho, noto cómo le viene otra contracción. Vuelve a apretar los dientes y se le escapa otro grito agonizante. Tiembla bruscamente y las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—Eso, otra más —le susurro al oído para tranquilizarla—. Voy a soltarte solo un segundo para sacarme el móvil del bolsillo.

Ella vuelve a asentir y yo me llevo el brazo atrás para cogerme el teléfono del bolsillo trasero. Llamo al 911 y pongo el altavoz antes de dejarlo en la encimera del baño. Al cabo de dos tonos, responde una voz familiar:

—Emergencias. ¿En qué puedo ayudarle?

—Laurel, buenas. Soy Xander Macomb. Tengo a una mujer que está de parto; el tiempo entre contracciones parece ser de menos de un minuto y ya ha roto aguas. ¿Puedes enviarnos una ambulancia, por favor?

—Por supuesto. ¿A qué dirección, superintendente?

Hago una mueca al oír ese título; a pesar de que hayan pasado seis años, sigo sin acostumbrarme del todo. Sin embargo, a Teddy le entra otra contracción y me aseguro de volver a sujetarla bien. Ahora tiembla con más intensidad, incluso después de que la contracción ceda. Canto la dirección del tirón y Laurel nos asegura que llegará una ambulancia enseguida. Le pido que no cuelgue.

—¿Cómo te llamas, cielo? —le pregunta.

—Te-Teddy Hansen —logra responder antes de que vuelva a gritar de dolor.

La sujeto con toda la fuerza que me atrevo a ejercer. Como tengo miedo de hacerle daño de alguna forma, me modero un poco.

—¿Hansen? —pregunta Laurel.

Parece sorprendida y yo sé por qué. Puede que Logan no trabajase como paramédico local en este distrito, pero las noticias vuelan; sobre todo, en pueblos pequeños y tan unidos como Sky Ridge y Cedar Valley.

Bajo la vista hacia Teddy y me fijo en cómo le resbala una lágrima por la mejilla mientras ella cierra los ojos con fuerza. Pongo los ojos en su mano izquierda y veo que todavía lleva la alianza en el dedo anular; no se la ha quitado. No la culpo.

—Tiene a dos niños más en casa —le cuento a Laurel cuando la contracción amaina de nuevo, para obligarme a centrarme. Acto seguido, me dirijo a Teddy y susurro—: Teddy, cielo, ¿quieres que llame a Cal?

Niega con la cabeza mientras las lágrimas continúan resbalándole por las mejillas.

—Ni siquiera sabía que ya habíais vuelto. L-los padres de Logan están en Cedar Valley.

Al oír la tristeza que se esconde en su voz, la angustia y la desesperación de su tono, se me encoge dolorosamente el corazón. Odio que esté aquí sola después de haber enterrado a su marido hace seis meses. Se me cierra el estómago. Hostia puta... La abrazo con más fuerza y dejo que apoye todo su peso sobre mí.

—Estoy aquí —le susurro. Tantas emociones hacen que se me cierre la garganta, aunque sé que esas palabras poco significan para la mujer a la que estoy sujetando ahora mismo. Aun así, espero que la ayude, aunque sea un poco—. Apóyate en mí, Teddy.

Aprieta los dientes con dureza y se le escapa un sonido lastimoso y penetrante.

—No puedo. No puedo esperar. Tengo que... —solloza, con las piernas temblorosas.

Se toca débilmente el dobladillo de la camiseta buscando la cintura de las mallas con los dedos. La ayudo con toda la delicadeza que puedo aunar y le bajo las mallas y la ropa interior por las piernas. Ella me agarra los antebrazos con fuerza.

—Teddy, voy a dejarte en el suelo, ¿de acuerdo?

La dejo en el suelo, me levanto y voy hacia la cama. Cojo todos los cojines de la cama y vuelvo corriendo hacia ella para levantarla

un poco y que no quede del todo tumbada sobre el duro suelo del baño. Acto seguido, voy directo hacia el lavabo y me lavo las manos.

—Laurel, ¿cómo van? —pregunto, girándome hacia el teléfono.

—Parece que están a cinco minutos —responde ella.

Suelto un taco y miro a Teddy. No le aparto la mirada de la cara.

—No llegarán a tiempo —musito, y me arrodillo delante de Teddy —. Eh, lo estás haciendo genial. —Ella sacude la cabeza y solloza—. Teddy, mírame, cielo...

Teddy levanta los ojos, que parecen pozos de plata, y me mira mientras me coloco entre sus piernas. Tiene las rodillas flexionadas. Le pongo una toalla doblada bajo el culo, dejo otra al lado y le sonrío. Ya veo la cabeza del bebé.

—Vamos a sacar al bebé, ¿vale? Hace muchísimo tiempo que no lo hago, pero me he formado, ¿de acuerdo? ¿Confías en mí?

—No puedo hacerlo... —lloriquea con un hilo de voz y moviendo la cabeza contra los cojines. Sigue cerrando los ojos con fuerza, pero las lágrimas continúan bajándole por las mejillas y se pierden por su melena rubia oscura—. Él tenía que estar aquí...

Le cojo la mano y se la aprieto con dulzura.

—Teddy, escúchame, sí que puedes hacerlo. Lo has hecho superbién. Vamos a sacar al bebé y luego te llevaremos al hospital, ¿de acuerdo? Quiero que empujes con la siguiente contracción. ¿Puedes hacerlo?

Niega con la cabeza, pero, al cabo de unos segundos, le entra otra contracción y se encoge por pura reacción, a la vez que yo me arrodillo a sus pies.

—Muy bien. Otra más y ya tendremos al bebé fuera. Solo una. Vamos allá...

Se le escapa otro grito agónico de los labios y yo cojo a ese minúsculo y movedizo bebé con la toalla que he preparado. Le paso el dedo por los labios a la criatura para limpiarle las vías respiratorias y lo giro antes de darle unos golpes en la espalda. Tras el segundo más lento de mi vida, el bebé se pone a llorar a pleno pulmón. Teddy solloza y se ríe a la vez mientras le paso a la niña, apoyándola en el pecho de su madre.

—Lo has conseguido —la alabo en voz baja y me inclino para apartarle el pelo de la cara a Teddy.

Está sonrojada y las lágrimas siguen resbalándole por las mejillas, pero ahora me mira con los ojos centelleantes. Y yo me pierdo en su mirada. Me pierdo... Y me resulta imposible apartarle la vista.

—Eres una campeona.

Traga saliva con tanta fuerza que se le mueve la garganta. Abre la boca para hablar...

Y llaman a la puerta de entrada. Le aparto la mirada a Teddy y la desvío hacia la puerta del baño. Oigo que abren la principal antes de que una voz masculina diga:

—¿Superintendente Macomb?

—Estamos en el baño del fondo —respondo intentando no gritar demasiado, por respeto a la minúscula criatura que tiene Teddy en brazos. Oigo el revelador sonido de la camilla mientras atraviesan el salón y avanzan por el pasillo—. Los de emergencias ya han llegado, Teddy. Vamos a subiros a la camilla y os llevaremos a las dos al hospital.

—¿Y mis hijos? —pregunta en un susurro, abriendo sus ojos grises y mirando alternativamente a los míos—. No puedo dejarlos...

—Nosotros os seguiremos —la tranquilizo con amabilidad, cogiéndole la mano que tiene alrededor de la toalla con la que he envuelto a la recién nacida.

Levanto la vista hacia la persona que acaba de entrar por la puerta de la habitación. No puedo evitar suspirar aliviado. Me alegro de que Prescott (Scottie, la novia de Cal) sea uno de los técnicos en emergencias sanitarias que ha enviado Laurel. Me aparto de en medio y me pongo al lado de Teddy para dejar pasar a Scottie. Teddy me aprieta los dedos con fuerza, como si ella tampoco quisiera soltarme la mano.

—Hola, reina —murmura Scottie arrodillándose al lado de Teddy, que suelta un delicado sollozo al ver esa cara amiga y familiar. Me escuece la nariz, llena de lágrimas. Scottie sonríe a Teddy de oreja a oreja y le susurra con devoción—. ¡Mira qué bien lo has hecho!

—¿Puedes llamar a Cal, porfa? ¿Y a lo-los padres de Logan para que uno de los dos pueda cuidar de Dalton y Penny...? —tartamudea

Teddy.

Se le rompen las palabras al llorar y yo le aprieto la mano con fuerza. Teddy le aparta la vista a Scottie y me mira a mí.

—Eh, cielo, está todo controlado, ¿vale? Os seguiremos directos al hospital —repito en voz baja, mirándola fijamente y deteniendo el aluvión de palabras que le salen de la boca. Vuelvo a apretarle la mano—. Teddy, sé que todo esto te asusta y que has tenido que hacerlo todo por tu cuenta, pero ya no estás sola, ¿de acuerdo?

Las lágrimas le centellean en la mirada mientras asiente con suma discreción. Tiene los labios apretados y, ahora que la adrenalina ha cedido un poco, atisbo el dolor que se esconde en su rostro. Le hago un único gesto con la cabeza a Scottie y a Matthew, su compañero de trabajo, y vuelvo a centrar la atención en Teddy.

—No estás sola, cielo —le recuerdo—. Estamos aquí mismo.

Quiero reconfortarla de alguna manera. Abrazarla. Hacer que se dé cuenta de que no, no está sola. Porque yo estoy aquí mismo. Joder, si es que me alegro de haber vuelto a casa en lugar de haberme ido al Shifty's. Le aprieto la mano a Teddy una última vez y, acto seguido, pierdo la batalla interna que estaba librando conmigo mismo y me agacho para darle un beso en su cabellera rubia. Cierro los ojos con fuerza un segundo y vuelvo a abrirlos al separarme.

—Estoy orgullosísimo de ti, Teddy —musito con ternura. Le sonrío y el desgraciado de mi corazón se pone a latir desbocado por esta mujer, tan valiente e increíble—. Lo has hecho genial, cielo. Jodidamente genial.

4

Teddy

Tengo los acontecimientos de la semana pasada borrosos y dolorosamente claros, todo a la vez. Xander llevó a Dalton y a Penny al hospital en mi monovolumen, siguiendo a la ambulancia en la que íbamos la bebé y yo, y aguardó en la sala de espera con mis hijos hasta que Cal le dio el relevo.

Los padres de Logan llegaron al hospital poco después que mi hermano, y Colleen, mi suegra, se va a quedar un par de semanas con nosotros para ayudar. Cuando ha llegado Violette hace un rato, mi suegra ha salido a hacer algunos recados para dejarnos disfrutar de un rato de chicas y que los niños jugaran.

Hoy, Vi ha sido mi salvadora. Les ha traído unos Happy Meal a Dalton y a Penny y me ha dejado comer toda una ración de deliciosas patatas fritas saladas mientras aún estaban calientes. Mi amiga ha aprovechado para achuchar a Bea que, por increíble que parezca, ya tiene una semana. Tanto Violette como su hija Hollie se han ido hace nada. Dios, si es que les debo tanto a todos... De no ser por Colleen o Vi, no podría con todo esto.

Cal llamó a la mañana siguiente de mi parto domiciliario de emergencia para contarme que los habían destinado a Wyoming para ayudar con un incendio, de modo que se han pasado la última semana fuera. Aun así, esto no ha impedido que mi hermano me haya mandado mensajes a diario y me haya pedido fotos de la bebé para farolear, por supuesto. Vi me ha dicho que, según Rowan (que, por lo visto, se muere de ganas de volver a trabajar tras el accidente), la brigada regresará esta noche.

No he visto a Xander desde la tarde en que nació Bea, cosa que me parece ideal. Después de eso, creo que no voy a ser capaz de volver a mirar a ese hombre a la cara nunca más. Por más que me encantaría sufrir un poco de amnesia y ahorrarme los momentos de mortificación que siguen tragándoseme entera cada vez que me acuerdo de lo ocurrido ese día, todavía no se ha dado el caso.

—Ay, Dios... —me quejo y hundo la cara en la mano.

El hombre está de buen ver (de muy buen ver) y no solo presenció el parto de mi hija, sino que, además, lo asistió. Tooodo ahí para que él lo viera. Fantástico. El pobre hombre debe de haber quedado traumado de por vida.

Ni confirmo ni desmiento estar con la vista puesta al otro lado de la ventana para ver si aparece una camioneta negra en la entrada y así evitar al absurdamente sexi de mi vecino hasta el fin de mis días.

«Veo la cara que se te queda cuando hablas de todo lo que hace por ti. Creo que el hecho de que fuese él quien viniera a tu rescate fue cosa del destino».

Ahora no paro de oír las palabras que me ha dicho antes Violette mientras conversábamos. Maldita Vi. A mí no se me queda ninguna cara.

En serio.

Bueno, a ver, no del todo.

Lo que pasa es que está de buen ver. Y es muy majo y amable y odiosamente bueno con mis hijos. Además, seguro que estoy así de sensiblona por culpa de las malditas hormonas posparto.

¿Verdad?

Abrazo a mi bebé para notar su cuerpo minúsculo contra el mío y me la acurruco contra el pecho mientras echo a andar por la cocina con sus tres quilos doscientos a cuestas. Tiene el mismo pelo marrón claro que Dalton y Penny, y los mismos ojos oscuros, también.

Le doy un beso en el pelo e inhalo ese aroma de bebé mientras las lágrimas me inundan los ojos. Vuelvo a subirme las gafas por el puente de la nariz y me seco la humedad que me resbala por la mejilla.

Logan se aseguró de seguir a mi lado. Con todos nuestros hijos. Los tres han salido con su pelo y el mismo color de ojos marrón chocolate.

Es como si mis genes ni siquiera hubiesen intentado esmerarse lo más mínimo.

Se me escapa una especie de risa; sin embargo, noto una punzada de dolor en el vientre y hago una mueca. Me llevo a Bea conmigo, me siento despacio en la esquina del sofá y pongo los pies en alto. Me alegra poder anunciar que ya vuelvo a tener tobillos y unos dedos de los pies que no parecen salchichas. Es una pequeña victoria, pero algo es algo. Bienvenida sea.

Todavía no me he permitido mirarme en el espejo desnuda; no estoy del todo preparada para pegarle semejante revés a mi autoestima. Mi cuerpo está hecho de otra pasta; siempre lo ha estado.

No me malinterpretéis, he aprendido a agradecer todo lo que ha hecho este cuerpo por mí. Ha gestado y dado a luz a tres bebés preciosos y sanos. Pero estoy bastante segura de que el vientre de mamá que tengo me acompañará de por vida. Yupi.

Me llega el ruido revelador del motor de una camioneta y me hundo en el sofá como si así pudiera evitar que me viera el dueño de dicho vehículo. Como si el hombre tuviera visión de rayos X y pudiera atravesar paredes con la mirada o algo por el estilo. Oigo el sonido metálico de la puerta del coche al cerrarse y luego el chasquido sutil de su puerta de entrada.

Hay un momento de silencio. Después de jugar con Hollie, Penny se ha quedado frita, y Dalton está en su cuarto. Con Bea dormida en mi pecho, casi me duermo yo también; sin embargo, oigo que llaman a la puerta y me activo de un sobresalto.

Me impulso para levantarme despacio y sin soltar a Bea, voy hacia la puerta y abro. Encuentro a Xander en el porche, con un ramo de flores y una bolsa de cartón en la mano. Parece que acabe de salir de la ducha; lleva el pelo mojado y las puntas sutilmente rizadas, y va con unos vaqueros limpios y una camiseta que parece haber visto días mejores.

Está guapísimo, cómo no.

Y yo soy dolorosamente consciente de que cuando he salido de la ducha no me he maquillado y me he recogido el pelo en el moño más despeinado del mundo. Voy con unos pantalones de pijama holgados y una sudadera holgada. Las gafas tienen un borrón en una esquina de la lente porque estaba demasiado cansada para limpiarlas. «La alta costura de las madres» en todo su esplendor. Casi vuelvo a reír por lo bajo. Pfff.

—Aquí están las dos chicas más guapas de Sky Ridge —dice en voz baja, desviando la vista hacia la bebé que llevo acurrucada contra mi pecho.

Me sonrojo y pongo los ojos en blanco. Menuda tontería.

—Hola, Xander —murmuro, y le acaricio la espalda a Bea.

—¿Cómo estáis? —Señala a mi hija con la barbilla—. ¿Te encuentras bien? No hice nada que os hiciera daño a ti o a la pequeña, ¿no?

Sonrío y niego con la cabeza mientras me echo un poco a un lado.

—Estamos las dos de maravilla, gracias. No habría sabido qué hacer sin tu ayuda. ¿Quieres pasar?

Entra y cierra la puerta tras de sí. Me sigue hasta la cocina y deja el ramo de flores y la bolsa de cartón en la encimera.

—Mi madre dice que lo mejor que se le puede traer a una mujer que acaba de dar a luz es comida casera. Mi mejor alternativa ha sido un sándwich completo del Leo's. Cal me ha dicho que es tu favorito.

—¿Con pepinillo encurtido cortado en cuartos? —pregunto sonriente.

Él asiente. Como también sonríe, se le arruga la piel alrededor de los ojos y le aparece un pequeño hoyuelo en una de las mejillas, aunque queda parcialmente escondido bajo su barba oscura. Noto el aleteo sutil de unas minúsculas mariposas que todavía no están preparadas para alzar el vuelo en el corazón.

—¿Quieres cogerla?

Xander alterna la vista entre mis ojos y la cabeza de Bea, que tengo apoyada bajo mi barbilla, y asiente. Cojo a mi diminuta hija con las manos y la giro antes de colocársela en los brazos. Parece tan pequeñita en comparación con los brazos musculados y las

manos grandes de Xander que las lágrimas vuelven a mí y me escuecen los ojos mientras él se inclina y le tararea algo en voz baja.

Bea no sabrá lo que es tener un padre.

Me apresuro a secarme la lágrima que me resbala por la mejilla y me giro para quedar de espaldas a él. No quiero que Xander me vea desmoronándome. Tengo que ser fuerte. Por mis hijos, aunque sea. Como Cal o él piensen que no puedo cuidar de mí misma o de mis hijos, no me dejarán ni a sol ni a sombra.

—¿Quieres comerte el bocadillo mientras la sujeto? —sugiere a mis espaldas.

Asiento, voy hacia la encimera y saco ese contundente sándwich completo de la bolsa.

—Siéntate, Teddy. No hace falta que comas de pie.

Me llevo el bocadillo y el pepinillo encurtido hacia la otra punta de la encimera de la cocina y me siento en uno de los taburetes. Al notar un tirón en la parte baja del estómago, hago una mueca y siseo.

Xander se me acerca enseguida y me apoya una mano en la espalda sin dejar de sujetar a Bea con firmeza con el otro brazo.

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo?

—Sigo un poco dolorida, pero ya está —susurro muerta de vergüenza mientras me acomodo en la silla. Mis ojos encuentran los suyos, pero le aparto la mirada enseguida, tímida—. Estoy bien, en serio. Es solo que me he movido un poquito más deprisa de lo que debería. En una semana ya estaré como nueva.

Xander regresa hacia el otro lado de la encimera para seguir de pie en la cocina, meciéndose despacio para acunar a Bea. Le pego un mordisco al bocadillo y gimo ante la esponjosidad de ese pan recién hecho y la salsa *gourmet*. Él ríe con discreción y yo me sonrojo de nuevo. Mecagüen...

—Está riquísimo. Muchas gracias —le digo—. Y tu madre tiene razón. Buenísima idea.

—De nada. Necesitaba una excusa para venir a ver cómo estaba la pequeña. Y para ver cómo estabas tú —añade mirándome—. ¿Seguro que estás bien? Estaba preocupadísimo por si os había hecho daño...

Niego otra vez con la cabeza mientras me limpio la comisura del labio con una servilleta.

—Estamos bien, de verdad. Lo hiciste todo bien. No hace falta que te preocupes por mí, Xander.

Él traga saliva con fuerza sin apartarme la mirada y responde:

—Claro que hace falta.

Pestañeo repetidamente sin apartarle la mirada. Al oír la aspereza de sus palabras, me ha cortocircuitado el cerebro.

Y me saltan las alarmas. Estamos adentrándonos en terreno pantanoso. Mi corazón está cerrado. Es decir, para siempre. Xander debe de saberlo, ¿verdad? Niego para mis adentros. Se me está yendo la chaveta. Xander solo está siendo amable. Porque es mi vecino. Y el mejor amigo de mi hermano.

Le doy otro mordisco al bocadillo y, cuando Bea se mueve en sus brazos, rezo en silencio. Me levanto, rodeo la esquina y cojo a la niña.

—Hmmm, debe de tener hambre —susurro sin demasiada convicción y con la vista baja para no cruzar miradas con él—. Gracias por el bocadillo. Y por las flores.

—Si necesitas algo...

—Lo sé —respondo con un hilo de voz, y lo miro a los ojos mientras se aleja—. Gracias, Xander.

Acto seguido, Xander se acerca y le pasa los nudillos por la mejilla a Bea una única vez. Cuando le deja un beso en el pelo, me escuece la nariz llena de lágrimas y cierro los ojos con fuerza. «Mierda». Necesito que Xander se vaya. Necesito que se vaya para así fortificar los muros alrededor de mi corazón frágil e hipersensible. Solo es eso. Tengo las hormonas del embarazo descontroladísimas, claramente. Además, hice una promesa. A mí y a mis hijos.

—Teddy.

Sacudo la cabeza y doy un paso atrás. No sé qué quiere decirme, pero no puedo oírlo. Trago saliva para deshacerme del nudo que noto en la garganta y pestañeo para que desaparezcan las lágrimas.

—Tengo que darle el pecho —le susurro casi desesperada—. Igual deberías irte...

—De acuerdo —murmura con delicadeza, casi dubitativo, antes de desaparecer por la puerta.

Cuando esta se cierra tras de Xander, dejo caer la cabeza hacia atrás y clavo la vista en el techo para inhalar profunda y temblorosamente.

Mi marido lleva solo seis meses muerto... Me centro en acordarme de la cara dulce y bonita de Logan. En cómo le centelleaban esos ojos color café cuando me miraba; lo cariñoso y pasional que era cuando me hacía el amor...

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, su rostro se vuelve cada vez más y más lejano; el rostro que conocía como la palma de mi mano se ha vuelto borroso. Es como si intentase mirarlo a través de un cristal empañado; siempre se me escapa como volutas de humo. Tengo fotos suyas por toda la casa; para mí, para Dalton y para Penny. Dalton tiene una foto de Logan enmarcada al lado de la cama; es del último partido de béisbol al que fue a verlo. Dalton hizo un *home run*, su primer *home run*, y lo celebramos sacando una foto y yendo a tomar helado al terminar el partido. A mi hijo se le había caído una pala, pero sale sonriendo de oreja a oreja, feliz, mientras sostiene la pelota del *home run* en alto. Logan le envuelve los hombros con los brazos, y su enorme y orgullosa sonrisa lo dice todo; demuestra cuánto quería a sus hijos.

Me hundo en la esquina del sofá y tumbo a Bea bocarriba el tiempo suficiente para quitarme la sudadera por la cabeza y echarla a un lado. Me bajo un lateral del top, vuelvo a coger a mi hija en brazos y guío su boca perspicaz hacia mi pecho. Empieza a succionar. Suspiro y cierro los ojos.

Al abrirlos, me encuentro con la foto de nuestra boda al otro lado del salón, en el soporte del televisor. Éramos unos críos. Éramos muy jóvenes y no teníamos preocupación alguna, igual que tampoco teníamos ni idea de lo que nos deparaba el futuro. Del poco tiempo que tendríamos juntos. A pesar de nuestra absurda ingenuidad y de algún que otro momento complicado, diez años de matrimonio no fueron suficientes. Yo quería más tiempo. Y detesto lo cruel que fue el destino al arrebatármelo. Al arrebatarnos a Logan a todos nosotros. Al arrebatárselo a Dalton, a Penny y a Bea.

Ahora tendrán que crecer sin su padre. Y la culpa es mía.

Bueno, nadie me culpa; solo yo. Fue un maldito accidente, algo que nadie habría podido predecir o evitar. Una crueldad del destino.

Al igual que es otra crueldad del destino poner delante de mí al atractivo e infinitamente amable Xander a sabiendas de que yo nunca morderé el anzuelo. Es un violento recuerdo de lo que ya nunca volveré a tener.

Nunca volveré a salir con nadie. Y punto. Me lo prometí el día que enterré a Logan. Mis hijos han perdido a su padre; no pienso condicionarlos a que vuelvan a perder a una figura paterna. No permitiré que vuelvan a experimentar semejante dolor nunca más. Aunque para eso tenga que quedarme soltera hasta que sea vieja y me haya marchitado y la soledad que habita en mi alma lo haya teñido absolutamente todo de gris. Mis hijos serán mi alegría, mi luz. Y tendrá que bastar con eso. Yo me aseguraré de que baste. No me queda otra.

«Que Xander viniera a mi rescate no fue cosa del destino, Vi», pienso para mis adentros. El destino se ha asegurado de que nunca pueda estar con Xander. Porque yo misma he estipulado esta norma.

Porque Xander es bombero de élite en Sky Ridge. Es su trabajo.

Y yo nunca volveré a estar con alguien que arriesgue la vida en el trabajo.

5

Teddy

Tres meses después

Después de que la minidiablilla de mi hija de tres meses la haya tirado en un ataque de rabia, esa botella de oro líquido (mi leche, que tanto esfuerzo me ha costado bombear a mano) acaba saltando de la sillita del coche que llevo colgando del antebrazo. Miro cómo rueda bajo los estribos de mi monovolumen y desaparece.

Cierro los ojos con fuerza, inhalo para tranquilizarme y suelto el aire despacio.

—No te preocupes, mami. Yo lo cojo —dice Dalton con ternura.

Se pone a cuatro patas y pesca el biberón de detrás del neumático derecho trasero del monovolumen. Gracias a los dioses, el tapón no ha saltado, de modo que la tetina no se ha manchado ni ensuciado. No voy a tener que tirar todo el contenido por el desagüe cuando entremos.

Como tenga que tirar aunque sea un poco más de ese sustento que tanto me cuesta conseguir, igual me echo a llorar.

Me subo la sillita de Bea hasta el codo y me cuelgo la bolsa de pañales en el otro hombro. Dalton mete el biberón en el bolsillo lateral. Le sonrío y le digo:

—Gracias, peque. ¿Puedes darle la mano a Penny?

—No *nesesito* cogerle la mano a *Talton* —se queja Penny. Se cruza de brazos y se esconde las manos bajo las axilas mientras fulmina a su hermano mayor con la mirada—. Ya soy mayor, mami.

Suspiro y me froto el entrecejo con el dedo índice y el corazón. Tengo un dolor de cabeza de mil demonios, pero ser madre es un

trabajo a tiempo completo.

Y sobre todo si eres madre soltera de tres niños de menos de nueve años.

—¿Me prometes que no saldrás corriendo hacia el arroyo? —le pregunto.

Miro a mi hija, a sus grandes ojos color chocolate, y le dedico la mejor «mirada-con-segundas» de madre que sé.

Vuelvo a colocarme la sillita de Bea en el brazo. Por el amor de Dios, cuánto pesa la niña.

—Lo *pometo*.

Suspiro de nuevo y me giro hacia la entrada empedrada que da a nuestro lado de la casa. Pongo mala cara al ver lo alta que está la hierba de nuestro jardín delantero y suspiro. Tengo que cortar el césped, pero ya. Y arrancar las malas hierbas. Pfff.

Cuando llego a la terraza empedrada que tenemos delante de la puerta, Penny suelta un grito estridente, ríe con voz aguda y echa a correr.

—¡Penny! —grito dejando que la bolsa de los pañales me caiga del hombro. Dejo la sillita en la terraza y echo a correr tras mi hija—. ¡Dalton, quédate con Bea!

Joder, qué poco en forma estoy... Echo a correr a toda pastilla por el lateral de la casa, refunfuñando. Mi hija mueve sus cortas piernas tan deprisa como puede para llegar al arroyo y el pequeño cobertizo que hay justo al lado: su nuevo lugar favorito desde hace unas semanas. El arroyo en sí no es profundo, pero hay una parte que, cuando llueve, se vuelve más honda. A pesar de que hace semanas que no llueve, me basta con imaginarme a Penny acercándose allí para que el corazón me vaya a mil.

—¡¡¡Penelope Louise!!! —vuelvo a gritar mientras hago un *sprint*.

Justo cuando está a punto de poner los pies en el agua, una figura sale de detrás del cobertizo y la coge por la cintura, apartándola del agua y alzándola en el aire.

Me detengo de una forma embarazosamente extraña, jadeando. Me doblo y me apoyo las manos en las rodillas mientras respiro pesadamente, en un intento por recobrar el aliento. Madre bendita, menuda humillación.

—Bueno, no es lo que quería pescar, pero voy a tener que conformarme...

Se me ha ido soltando el pelo del moño despeinado en el que me lo había recogido. Soplo para apartarme el mechón solitario que me cae por delante de la cara mientras me yergo y levanto los ojos hacia el hombre que tengo a tres metros. «Dios, ¿por qué tenía que estar él aquí justamente hoy? Y con estas pintas, además».

Xander sujeta a Penny como si fuera un saco de patatas con ese brazo descomunalmente musculado, y cuando le hace cosquillas en la parte de la tripa que le ha quedado al descubierto a mi hija, esta suelta una risa estridente. Le cae la cabeza por el pecho de Xander y empieza a patalear a diestro y siniestro al aire, por encima de la cabeza de nuestro vecino. Yo sacudo la mía. «Hay que ver, Penny...».

—Oye, pues igual te dejo que la cocines... —refunfuño mientras acabo de acercarme los pocos metros que quedan.

Soy dolorosamente consciente de que los *shorts* de ir en bici de color lila ciruela se me han subido por mis gruesos muslos. Y la camiseta Lainey Wilson de corte holgado se me aferra al pecho y a esta barriga mullida que no se va; he aquí el *souvenir* que menos me gusta de haber dado a luz a mis hijos. Vuelvo a subirme las gafas por el puente de la nariz y sacudo la cabeza.

—¡No! ¡No quiero que me *cosine*! —lloriquea Penny, agitándose otra vez.

La risa grave que se le escapa a Xander del pecho es profunda y liviana. Hoy lleva su barba oscura desaliñada, un poco más larga de lo habitual. Va vestido con unos vaqueros que no deberían quedarle tan bien y una camiseta de la brigada de Sky Ridge que parece vieja y gastada y a la que le ha cortado las mangas. Tiene el pelo grueso y un poquito demasiado largo; igual debería cortárselo. Es absurdamente atractivo.

Que yo no me he fijado en eso, eh. Nop. Qué va.

Es intocable. Intocable nivel: chillonas señales de advertencia de neón y bocinazos bien fuertes. Sobre todo, cuando me mira así.

Desvío la atención de nuevo hacia Penny, que sigue dando patadas frenéticamente por encima de la cabeza de Xander.

—Bueno, entonces igual no deberías haberte escapado corriendo después de pro-me-ter-me que no lo harías. Ya hemos hablado de esto, señorita.

Alargo el brazo y cojo a la traviesa de mi hija por la cintura mientras Xander la acomoda en mis brazos. Deja la mano entre la barriga de Penny y mi pecho y yo me pongo más roja que un tomate. «Ay, Dios... ¿Estoy sudada? Claro que estoy sudada, si estamos a treinta y dos grados. ¿Lo notará Xander? Pfff, espero que no».

Hace un calor abrasador. Las temperaturas de finales de verano son brutales y el pequeño *sprint* que he tenido que pegarme para llegar hasta aquí no ha ayudado, seguro.

Xander aparta la mano de entre mi cuerpo y Penny, que sigue moviéndose, y yo me obligo a contener el suspiro de alivio que casi suelto cuando se aleja un poco. Señala la parte trasera de la casa con la barbilla y dice:

—Anda que no estás ocupada ni nada, con esta de aquí.

Gruño mientras me subo un poco a Penny, que sigue colgando bocabajo. Mi hija vuelve a reír y yo no puedo evitar sonreír y poner los ojos en blanco. Echamos a andar hacia casa.

—Ocupada y encantada —me río con picardía.

Es mi respuesta habitual. Porque es lo que dice todo el mundo cuando me ve con los niños. Doblamos la esquina y veo a Dalton sentado en los peldaños de la terraza, meciendo la sillita de Bea. Está jugando con ella al escondite: Dalton se tapa la cara y la niña gorjea; ha empezado a hacerlo hace poco. Se me derrite el corazón. Es el mejor hermano mayor del mundo.

Xander carraspea.

—Si alguna vez necesitas algo, no dudes en decírmelo, por favor —insiste en voz baja.

El peso que notaba en los hombros regresa a mí, como siempre. Quiero tocarme la alianza que llevo en la mano izquierda, pero me contengo. Trago saliva para deshacerme del nudo que siento en la garganta y respondo:

—Xander, estamos bien. Igual que la última vez que me lo preguntaste. Cal, Scottie y los Hansen vienen a menudo para ver

cómo estamos.

Clava sus increíbles ojos en los míos durante lo que parece una pequeña eternidad (para no variar), como si estuviese intentando atravesarme el alma. Nada puedo hacer para evitar que se me sonrojen el pecho y las mejillas. Es tan impíamente atractivo que no puedo sino aguantarle la mirada. A pesar de que en mi pecho habite un corazón marchito y por más que yo misma haya estipulado esa norma de no volver a salir con nadie nunca más, sigo teniendo ojos y sé apreciar a un atractivo portento de hombre.

—Gracias por pescarme a esta fugitiva —digo con cierta torpeza y con un tono áspero y extraño en la voz. Me suben los colores de nuevo y le aparto la mirada a Xander—. Te juro que cumple con todo lo que se dice por ahí del hijo del medio.

Vuelve a reír y se hunde las manos en los bolsillos de los vaqueros. Yo giro a Penny para que vuelva a quedar en una postura normal y la bajo. Aun así, le agarro la mano con fuerza a mi hija.

—Bueno, la oferta sigue en pie. Como siempre —insiste Xander.

Bajo la vista hacia Bea, que continúa en la sillita y a quien por fin ya se le están llenando las mejillas. No puedo evitar sentirme eternamente agradecida por el hombre que vive en la casa de al lado. Aunque ahora mismo preferiría que se me tragase la tierra para así no tener que volver a hablar de esa noche nunca más. Ni tener que reconocer que puede que tenga un minúúúsculo flechazo con él. Total, ¿qué más da?

—Gr-gracias —musito con la voz temblorosa. Vuelvo a bajar la mirada—. Eh... Bueno, debería entrar a los niños...

Xander asiente, le tiende el puño a Dalton y este se lo choca y lo mira con una sonrisa de oreja a oreja. Me quedo mirando a Xander igual de fascinada que siempre mientras él le guiña un ojo a mi hijo, señala a Penny con un dedo y dice:

—Deja de escaparte de tu mamá. Sé que te ha dicho que no te acerques a ese arroyo. Podrías hacerte daño.

Penny asiente con sus grandes ojos marrones bien abiertos. Xander se agacha delante de la sillita de Bea y le sonrío. Juro que me basta con mirarlo para que casi me estallen los ovarios, que llevan muchísimo tiempo mustios. La bebé mueve los brazos como

loca y se le dibuja una amplia sonrisa desdentada en su cara minúscula.

—Madre mía, señorita Bea... ¡Cómo creces!

Xander gira la cabeza sin moverse de ahí y la levanta para mirarme con una sonrisa igual a la de mi hija en los labios. Tiene los dientes perfectamente alineados y blancos; he aquí otra patada en el estómago. ¿Por qué es tan asquerosamente guapo?

—Buen trabajo, Teddy.

Dios, la forma en que pronuncia mi nombre es embriagadora. La grave y rasposa vibración de su voz surte cierto efecto en mi interior, provoca que se me acelere el corazón y despierta partes de mí que tenía olvidadas desde hace casi un año. Hace tanto tiempo que no oigo a un hombre pronunciar mi nombre con un tono tan grave y áspero... Hay días en los que se me olvida que tengo un nombre más allá de las variaciones de «mamá».

Aturullada con mis pensamientos y rezando para que Xander no pueda leérmelos en la cara porque estoy absurdamente roja, no puedo sino asentir y esbozar una media sonrisa temblorosa que parece forzada como la que más. Él se levanta y se endereza. Casi no le llego ni al hombro y tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo; sobre todo, ahora que está tan cerca. Asiente una última vez y, acto seguido, su alta figura desaparece por el tabique que separa su mitad de la casa de la nuestra. El corte casero que le ha hecho en la camiseta deja a la vista sus hombros musculados y su espalda.

—Eh... Mamá. Lo siento mucho. No me he dado cuenta hasta que has salido corriendo detrás de Penny. —La voz de Dalton me devuelve al presente y bajo la vista hacia él, curiosa. Sujeta la bolsa de pañales en alto y añade—: Cuando se ha caído el bibe, ha saltado la tapa y se ha ensuciado.

Suspiro y le acaricio la mejilla a mi hijo con ternura.

—No pasa nada, peque. Estas cosas pasan...

Sigo a Dalton y a Penny y entro en casa con Bea, que sigue en la sillita del coche. Intento no llorar mientras tiro esos casi doscientos mililitros de leche materna por el desagüe.

6

Teddy

Asomo la cabeza por la puerta de la habitación y dejo la luz del pasillo encendida para iluminar un poco el cuarto de Dalton. Tiene su pelo castaño enmarañado, pero duerme plácidamente. Cierro la puerta con tanto sigilo como la he abierto y echo a andar hacia la habitación que comparten Penny y Bea, aunque esta última acabe pasando la mayoría de las noches en la cuna que tengo al lado de mi cama. Penny está fritísima, tumbada en diagonal sobre su nueva cama de niña grande que mi hermano me ayudó a montar la semana pasada. Eligió ella misma las sábanas y la colcha nuevas (de dinosaurios de arcoíris, por supuesto). Por fin duerme mejor.

Y ahora que ya no duerme conmigo y ha vuelto a dormir en su cama, yo también estoy durmiendo mejor. Por fin.

Bea se despertará en un par de horas reclamando su dosis de medianoche, pero, de momento, me contento con dejarla dormir en la cuna. A lo mejor puedo pegarme una ducha de agua fría y quitarme el sudor y la mugre del día.

Sky Ridge (Washington) ha alcanzado temperaturas récord esta semana. Y, según los meteorólogos, no tiene pinta de que vaya a amainar pronto.

Me meto en el baño, dejo el vigilabebés en el lavamanos y abro el agua de la ducha para dejar que se entibie un poco. Me desnudo y tiro la ropa sudada y arrugada en la cesta de la ropa sucia. Está a rebosar, pero estoy demasiado ocupada para ponerme a lavarla esta noche. Tener que hacer la colada siendo madre de tres críos (¿cómo puede ser que los recién nacidos ensucien tanta ropa en un solo día?) es un no parar.

Si existe el Infierno, seguro que consiste en montañas y más montañas de ropa minúscula por lavar durante toda la eternidad.

Una vez delante del espejo, no puedo evitar criticar todas las formas en las que me ha cambiado el cuerpo desde que di a luz a Dalton. Se me han ensanchado las caderas y tengo más grasa en el tronco de la que me gustaría. Cuando me siento, la celulitis se me marca en mis gruesos muslos, aunque con el autobronceado parecen finos y lisos. Me paso las manos por las costillas y por la barriga; ese vientre de mamá sigue siendo una piedra en el zapato. Recorro una de las estrías más perceptibles que tengo en la parte derecha del ombligo. Esa fue cortesía de Penny y ya nunca desapareció; ni esa ni la infinidad de estrías más que acumulé con el embarazo de Bea a principios de este año. Suelo tener unos pechos bastante pequeños, pero la lactancia me los ha llenado más (y también me pesan más). Cierro los ojos y suspiro.

Sacudo la cabeza para no ponerme más de bajón. Me quito las gafas de montura clara y las dejo en la encimera, al lado del vigilabebés. Me meto en la ducha y dejo que la tibieza del agua me refresque tras esta jornada tan calurosa.

«Ufff... Menudo día».

Hay días fáciles, en los que me relajo y disfruto de la falsa convicción de que puedo hacer esto sola. Otros... mis hijos se comportan como verdaderos herejes incivilizados. Esos días suelo llorar hasta quedarme dormida, porque es muy complicado, leches.

Mientras el agua me resbala por los dedos, bajo la vista al anillo sencillo de oro blanco que todavía llevo en la mano izquierda. Me quité el de prometida hace dos meses y lo guardé en el joyero de la cómoda, pero no soy capaz de quitarme la alianza. Todavía no. Hace que todo sea demasiado real. Si me la quito, no me quedará más remedio que admitir que Logan se ha ido. Que por más que yo lo desee, ya no volverá a entrar por la puerta de casa.

7

Xander

La oigo llorando desde aquí.

Me apoyo contra la pared que sé que separa mi baño del suyo y dejo caer la cabeza hacia atrás. El sonido del agua que se cuela a través de estas finas paredes es casi imperceptible. Sus sollozos profundos y exasperantes son más pronunciados y se me rompe el corazón.

Aunque no se permite llorar demasiado. Como siempre. Al cabo de unos pocos minutos, lo peor remite y luego se hace el silencio absoluto. Teddy cierra el agua y yo me obligo a no pensar en la hermana pequeña de mi mejor amigo saliendo de la ducha, desnuda y mojada, justo al otro lado de la pared.

Exhalo con pesadez y dejo caer la barbilla hacia delante. Clavo la vista en el suelo con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Le pido a mi cuerpo que no se ponga a pensar en Teddy desnuda, pero sé que es una causa perdida, por más que dicha acción venga acompañada de un autodesprecio aplastante.

Estaba tan guapa hoy, leches... Con su melena rubia color miel atada en un moño deshecho, las gafas que le resbalaban por el puente de la nariz y las mejillas sonrojadas a causa del calor del verano. Esos pantalones cortos de ir en bici de un tono lila oscuro delineaban todas y cada una de las curvas deliciosas y generosas de ese cuerpo suave que ofrece de dónde agarrarse. La camiseta que llevaba era más fina que el papel de liar y se le aferraba al cuerpo, y el cuello ancho se le resbaló por el hombro moreno después de que echara a correr tras esa pequeña fugitiva. Ese fino material dejaba

entrever la silueta de su sujetador de deporte y, cuando le cayó la camiseta por el hombro, dejó a la vista una de las tiras.

Aunque sé que no debería, me muero de ganas de cruzarme con ella. Como el diablo que soy, cuando estoy en casa y no currando por ahí o de turno en el parque de bomberos, espero encontrármela.

Heredé este apartamento hace seis años, cuando falleció mi padre; por aquel entonces, estaba decidido a venderlo. Pero debo reconocer que, de vez en cuando, eso de tener un lugar al que ir para alejarme del alboroto del parque no está mal. Así que me quedé la casa y paso el tiempo entre un sitio y el otro.

El último inquilino del apartamento de Teddy se jubiló y se fue a vivir a Florida (jamás entenderé por qué narices se iría alguien a vivir en un infierno atestado de cocodrilos). Y, hace cuatro meses, Cal y yo ayudamos a la embarazadísima hermana de mi amigo, que se había quedado viuda hacía poco, a mudarse aquí con sus dos hijos. Ahora que ella vive en la puerta de al lado, paso muchísimo más tiempo que antes en casa.

Es como si fuera incapaz de mantenerme alejado.

Suelto un taco, me desnudo y abro el agua de la ducha. La pongo tan fría como puedo hasta que al final está casi helada y me meto dentro. Cuando noto el frescor del agua en la piel, aprieto los dientes y siseo. Después del calor que ha hecho hoy, agradezco la sensación, aunque la verdad es que tardo varios minutos en acostumbrarme.

Ha sido un verano de locos. No hemos parado de enfrentarnos a incendios y hemos pasado más tiempo fuera de casa que de costumbre. Algo que, por lo general, me encantaría. Cuando estoy en el terreno, con mi brigada, es cuando más feliz soy; sin embargo, detesto saber que Teddy se queda aquí sola.

Después de asistir el parto de Bea, los chicos se pasaron semanas vacilándome y haciéndome bromas, y me dijeron que, de ahora en adelante, cuando se acabe la temporada de incendios, puedo dedicarme a hacer de comadrona. Sé que lo decían siempre de buena fe, pero yo me sentía extraordinariamente protector (y preocupantemente posesivo) con esa madre soltera. Y lo cierto es

que, con el paso de los meses, ese sentimiento no ha disminuido lo más mínimo.

Al salir de la ducha tan solo unos minutos más tarde, al otro lado de la pared que separa el apartamento de Teddy del mío, solo se oye silencio. Me seco de forma perezosa con la toalla, la meto en el cesto y atravieso el cuarto para ir hacia la cómoda y pillar un bóxer y unos pantalones de deporte anchos. Paso la cabeza y los brazos por otra camiseta vieja y andrajosa cuyas mangas están cortadas y echo a andar a toda prisa por la oscura casa hasta llegar a la cocina, donde pillo una birra de la nevera.

Si estoy hoy aquí es porque no tengo guardia, para empezar. Antes solía dormir única y exclusivamente en el parque de bomberos, en una de esas minúsculas literas que les hemos ofrecido a los miembros de la brigada que no son del pueblo. Pero, por lo visto, mi debilidad es una madre soltera de pelo rubio color miel y con curvas para dar y regalar. Así que aquí estoy.

Abro la puerta corredera que hay en la parte de atrás y salgo a la terraza, cerveza en mano. Teddy tiene la misma terraza en su lado de la casa, aunque yo nunca había estado allí hasta hoy, cuando hemos regresado tras pararle los pies a Penny la Fugitiva. Solo he visto algunos atisbos porque no quería que pareciera que estaba espiando. Una pequeña mesa exterior con cuatro sillas; una pequeña mesa de pícnic de madera repleta de juguetes de jardín, y un bate, un guante y un cubo pequeño de pelotas de béisbol. Y tiene el cemento de la terraza recubierto de dibujos hechos con tiza.

En comparación con la suya, la mía tiene un aire triste y aburrido. Solo tengo una silla plegable al lado de una vieja caja plegable de plástico puesta del revés para que haga las veces de mesita. También hay una barbacoa de propano en un lateral. En vida, mi padre casi nunca estaba en casa; cuando no nos destinaban a otro sitio para ir a controlar algún incendio, prefería quedarse en el parque de bomberos. De hecho, solo estaba en casa cuando se acababa la temporada, pero el hombre nunca supo relajarse; siempre tenía otros proyectos entre manos.

Me dejo caer en esa silla plegable de cuero gastado y descolorido por el sol, y las patas de metal chirrían bajo mi peso. Otro

recordatorio de la edad que tengo. Estoy a punto de cumplir los cuarenta y tres, pero sigo siendo más rápido que la mayoría de mis compañeros de brigada con toda la equipación puesta. Y puedo decir con convicción que disfruto de una excelente forma física. Aunque debo reconocer que mi cuerpo está empezando a ralentizarse y a cambiar. La fuerte musculatura de mis brazos, hombros y espalda (en su día, definidos) ha empezado a ablandarse un poco. No disfruto de la misma condición física que a los veinte. Me rio por lo bajo mientras le doy un largo sorbo a la cerveza. Joder, cuánto ha llovido desde entonces... Al cabrón de Cal le encanta recordarme mi «avanzada edad».

El sol se ha ido poniendo por delante de la casa y ya va cayendo la noche. En el horizonte, el color violeta aterciopelado del cielo va dejando paso a un azul marino más oscuro, aportando unas delicadas sombras a mi jardín trasero.

Estoy a medio camino de acercarme la cerveza a los labios cuando aprecio un movimiento por el rabillo del ojo, a mi derecha, y me obligo a no pegar ningún salto. Ni siquiera la había oído abriendo la puerta de su terraza, pero, bajo esa sutil luz oscura, veo que Teddy sale de su apartamento. Lleva el pelo suelto, con las puntas un poco rizadas, y le cae por encima de los hombros. Dejará que se le seque al aire; un aire que continúa siendo empalagosamente caluroso y húmedo. Con el brillo del cielo al oscurecerse, sus mechones rubios parecen adoptar cierto tono azulado. En su cara no hay rastro de lágrima alguna y la luz del crepúsculo que nos rodea parece aportarle algo de brillo a los ojos.

Me muevo un poco en el asiento y le suplico a mi polla que no se empalme al ver a Teddy con lo que parece un albornoz suave y fino que no le llega ni a las rodillas. Se lo ha atado por la cintura y camina con los brazos cruzados. Va descalza, con las piernas completamente desnudas hasta el dobladillo del albornoz. Tiene la piel morena, y parece tersa y tan jodidamente suave que me muero de ganas de acariciársela entera. De subirle las palmas por las piernas, por sus muslos y caderas mientras ella se coloca a horcajadas encima de mí...

—Hola —la saludo con brusquedad desde el otro lado de los cuatro metros y medio que nos separan.

La voz me suena ronca y áspera, cortesía de mis caprichosos pensamientos.

Teddy me saluda con cierta incomodidad al detenerse, aunque veo que me está mirando. Mi polla también se da cuenta y se pregunta si le gustará lo que ve. «Hostia... Relájate, colega».

—He oído que abrías la puerta de la terraza y solo quería salir a darte las gracias otra vez por haber frenado antes a Penny —me cuenta con un tono dócil. Señala su apartamento con la mano y añade—: A veces no sé qué hacer con ella. Creo que me la envió el mismísimo Satanás para ponerme a prueba.

No puedo evitar soltar una carcajada. Ella ríe con ligereza, modesta.

—Creo que es por eso de ser la hija mediana. O igual es que le están saliendo los genes Woods.

Teddy vuelve a reír echando la cabeza hacia atrás y ese sonido me llega muy hondo. Y a la polla, también. La tensión me tira de la tela del bóxer. Dios, ¿cuánto hace que no follo? Sin soltar la cerveza, recuesto el brazo en el muslo para cubrir la erección, aunque dudo que Teddy pueda ver demasiado con tan poca luz.

Se acerca un poco más. Vuelvo a moverme para quedarme mirando hacia delante y apoyar los codos en mis piernas separadas con la esperanza de disimularlo un poco.

—Ahí te doy toda la razón. Es una mini-Cal de los pies a la cabeza. Y también se parece muchísimo a su padre; va siempre directa al lío sin pensarlo dos veces —musita y niega con la cabeza. Veo que se yergue físicamente, como si fuese una marioneta y alguien acabara de tirar de la cuerda que le sujeta por el pelo para tensarle la columna vertebral. Teddy se obliga a sacudir un poco la cabeza, como si quisiera aclararse las ideas, y dibuja una media sonrisa. Joder, si es que es guapísima—. Bueno, solo quería darte las gracias. Estoy tan... Bueno —se señala el cuerpo con la mano, marcando sus anchas curvas, y vuelve a sonreírme pesarosamente antes de añadir —: No la habría alcanzado antes de que llegara al arroyo.

Frunzo el ceño y la fulmino seriamente con la mirada.

—Teddy.

—¿Sí? —pregunta con la voz un poco temblorosa ante la severidad de mi tono.

Ya vuelve a cubrirse con los brazos. Y dale con ese maldito instinto cohibido que tiene de esconder tanto el cuerpo como pueda. Lo odio, joder. Quiero verla entera. Y eso también lo odio.

Suavizo la dureza de mi voz, pero no la intensidad de mis palabras al decirle:

—No quiero volver a oírte hablando así de ti misma, ¿entendido? Eres perfecta tal y como eres.

Arquea las cejas y, sorprendida, separa esos labios rosados que tantas veces he fantaseado con saborear.

8

Teddy

Como la buena cobarde que soy, me apresuro a musitarle un «buenas noches» a Xander y salgo corriendo como si los mismísimos sabuesos del infierno estuvieran pisándome los talones hasta refugiarme entre las seguras paredes de mi apartamento. Cierro la puerta que da a la terraza y corro el pestillo, más por costumbre que por temor a que el hombre que vive en la puerta de al lado vaya a seguirme.

Estoy casi jadeando, con la respiración acelerada y el corazón desbocado.

Sigo intentando asimilar las palabras fuertes y ásperas que ha pronunciado y la forma en que las ha dicho. A pesar del tenue brillo azulado del crepúsculo, he visto que me miraba. No ha dejado de mirarme en ningún momento, simplemente me miraba y esa intensidad se ha abierto paso entre nosotros.

Muy a mi pesar, una importante parte de mí, una que llevaba mucho tiempo muerta, se ha despertado hace poco. No me he permitido sentir nada, no me he dado tiempo para pensar, sentir o hacer nada que no sea sobrevivir al día a día.

La atracción que siento por Xander viene siempre acompañada de una ola de culpabilidad. Por la noche, soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea en cómo sería notar esos brazos morenos y cálidos con mis manos, con mis dedos. Cómo sería notar su boca pegada a la mía; cómo sería notar todo su peso encima de mí...

«No», me reprimo mientras camino por la cocina, donde solo se aprecia la luz del horno. Lo que pasa es que estoy cachonda y me siento sola. Se me pasará. Espero.

Además, aunque quisiera salir con alguien (que no es el caso, por más que Vi vaya dándome empujoncitos últimamente), Xander es intocable.

Es el jefe de mi hermano. Y su mejor amigo.

Y por si fuera poco, es bombero forestal.

Por más muros que haya construido alrededor de mi corazón a sabiendas de que mi vecino es sexi de narices, no puedo evitar preocuparme por él cuando se va con Cal a controlar algún incendio. Me digo que es porque es el mejor amigo de mi hermano y porque me importa como amigo y vecino. Nada más.

Gruño, echo la cabeza hacia atrás y clavo la vista en el techo. Estoy mintiéndome a mí misma. Un poquito, al menos.

Porque es verdad que Xander me importa. Como amigo y como vecino, pero... También como algo más. Este maldito flechazo al que llevo meses intentando resistirme es una estupidez; sobre todo, porque sé que nunca me permitiré actuar en ningún sentido.

Puedo mirar. Pero no puedo tocar.

Bueno, no puedo tocarlo a él, vaya.

Lo que sí hago, en cambio, es tocarme yo, por la noche, cuando... Cuando me permito fingir, aunque sea un ratito (juguete de silicona en mano), que no estoy sola en la cama.

Lo que decía: estoy cachonda y me siento sola.

Es patético, sinceramente. Estoy hecha un desastre descomunal (y eso, siendo amable).

Apoyo la cadera contra la encimera de la cocina y me abanico. Ni siquiera puedo echarle la culpa al calor del mes de agosto, porque si estoy así ahora es solo por Xander y por cómo me afectan sus palabras profundas y ásperas y esa mirada tan intensa.

Desvío la vista un segundo hacia la puerta de la terraza, sumida en la oscuridad que lo envuelve todo fuera, y me muerdo el labio. A la mierda.

Echo a andar despacio por el pasillo, cierro la puerta de mi cuarto y me meto en la cama antes de alargar el brazo hacia el cajón de la mesita de noche y sacar a mi fiel amigo.

Enciendo el juguete, lo meto por debajo de los pliegues del albornoz y abro las piernas.

—Ah, Dios... —susurro envuelta por la oscuridad cuando el vibrador me roza la piel.

Me dibujo círculos en el clítoris mientras cedo y pienso en Xander.

9

Xander

Echo la cabeza hacia atrás, contra el marco metalizado de la silla plegable, y cierro los ojos a la vez que Teddy desaparece por el otro lado del tabique y regresa a la seguridad de su apartamento. Casi estallo al ver cómo se le ciñe el albornoz al cuerpo y, por lo visto, soy demasiado masoquista para apartarle la vista del culo mientras se va. Me ejerzo presión en el pene con la mano y obligo a mi erección a calmarse.

Me termino la cerveza, me pongo en pie y me quejo al notar cómo me duelen los músculos y las articulaciones. Una vez dentro, tiro el botellín en el cubo de reciclaje y echo a andar pasillo abajo. Estos pisos hacen efecto espejo el uno con el otro, de modo que mi habitación y el cuarto de baño adjunto comparten pared con la habitación y el cuarto de baño adjunto de Teddy. A veces oigo a Bea quejándose por la noche, pero nunca dura demasiado.

Me subo a la cama, me acuesto boca arriba, me coloco un brazo debajo de la cabeza y clavo la vista en el techo. Al pensar en Teddy con ese albornoz que le haría perder la cordura a cualquiera, noto que sigo medio empalmado.

Y entonces lo oigo.

Es un sonido discreto y acallado que proviene del otro lado de la pared.

Una vibración silenciosa y... Hostia santa. Un gemido quedo que se convierte en uno más fuerte; uno que suena sospechosamente a mi puto nombre. Y ahí sé exactamente qué está haciendo Teddy al otro lado de la pared.

Nunca había estado tan agradecido de que las paredes fuesen tan finas como en este preciso instante.

Se me pone dura como una roca al instante. Los gemidos bajos y acallados que suelta Teddy mientras se toca me ponen a cien, joder. Me bajo los pantalones y me envuelvo la polla con los dedos para ir cascándomela de arriba abajo. Me aprieto la punta, estrujándomela y escuchando con atención a ver si oigo algo más. Soy insaciable; quiero más.

Debería avergonzarme de mí mismo, pero no lo hago. No cuando ella está haciendo lo mismo, pensando en mí.

«Xander...», oigo que dice al otro lado de la pared.

Esta vez no hay lugar a dudas: es mi nombre. Me pajeo moviendo las caderas al compás de sus sonidos. Un escalofrío me recorre la espalda y se me contraen los cojones mientras mi inminente orgasmo me azota enseguida y me corro con brío, pringándome el abdomen de semen. Oigo a Teddy corriéndose y suelto un sonido gutural mientras sigo navegando el orgasmo, con la boca abierta y la respiración acelerada.

Jo-der. Lo que daría por presenciarlo con mis propios ojos. Notarlo con mis propios dedos, con la lengua, con la polla.

Ahora sí que siento vergüenza. Porque sí: soy un cabrón. A pesar de lo que siento por Teddy, eso que tan en secreto llevo, sé que nunca podrá haber nada entre nosotros. No puedo darle lo que está claro que se merece.

De modo que, mientras me limpio, me voy recordando todas las razones por las cuales lo que siento por ella tiene que seguir en las sombras. Y punto.

10

Teddy

Gruño por lo bajo. Voy con la sillita del coche de Bea colgando de un brazo y agarrándole la mano a Penny con la otra mientras caminamos por la acera en dirección a El Recoveco: una pequeña cafetería-pastelería monísima; una de las pocas que hay en Sky Ridge. Claro que, como el aparcamiento de la acera está atiborrado de coches, hemos tenido que aparcar a media manzana del local.

Me recuerdo que el café lo vale. Al igual que la magdalena de naranja y arándanos rojos absolutamente descomunal que pienso zamparme mientras Penny disfruta de su cita semanal con su mejor amiga, la pequeña Hollie.

Vi trabaja como enfermera en la unidad de quemados del Hospital Bakersfield, pero intentamos vernos una vez por semana para que las niñas jueguen. Y a decir verdad, necesito tantísimo pasar un poco de tiempo con adultos que hasta podría llorar. Adoro a mis hijos, pero a veces una necesita hablar con otro adulto, ¿sabes? Algo que no incluya ruiditos de pedos, la frase «mira lo que sé hacer» sin parar o vómito de bebé.

Pfff. Mataría por una noche de chicas sin críos. Aunque la idea me resulta tan absurda que me entran ganas de reír. A lo mejor le pregunto a Violette si quieren venir pronto a casa, aunque sea para que los niños jueguen todos juntos mientras nosotras nos tomamos una copa de vino... No sería la noche de chicas más relajante del mundo, pero sí podría mantener una conversación adulta. Sé que siempre puedo pedirle a Scottie que venga, pero, como técnico en emergencias sanitarias que es, echa turnos muy largos, así que encontrar un hueco que nos vaya bien a todas es complicado.

Dalton abre la puerta de El Recoveco y me la aguanta para que pase.

—Gracias, peque —le digo con la voz cargada de aire.

Empujo a Penny para que entre primero y vuelvo a subirme la sillita de Bea por el brazo. Hay varias personas haciendo cola para pedir. Sonrío. «Hablando de Scottie...».

Nos ponemos detrás de una mujer pelirroja que se ha recogido el pelo en una elegante coleta. Es unos cuantos centímetros más bajita que yo y tiene un cuerpo delgado aunque atlético; algo que el mío no será jamás.

Lleva unos pantalones tácticos azul marino y un polo blanco de manga corta cuya ligera tela transpirable se le tensa a la altura de los hombros y por la espalda: el uniforme estándar de los técnicos en emergencias sanitarias. Mira el móvil mientras espera; no se ha percatado de nuestra presencia y tampoco parece prestarle caso al ruido de alrededor.

—¡La tía! —grita Penny ilusionada al reconocer a la chica que tenemos delante.

Me suelta del tirón y abraza a Scottie por las piernas, desde atrás. Esta se gira sobresaltada y arrastra a mi hija con ella.

—¡Anda, hola! —Ríe bajando la vista por detrás, hacia Penny, que está abrazándole los muslos con toda su fuerza—. ¿Qué tal está mi niña? Hola, Dalton —le tiende el puño y él se lo choca sonriendo de oreja a oreja.

—Hola, tía Scottie —la saluda mi hijo, acercándosele para darle un abrazo.

El niño es alto para su edad y ya casi le llega a la barbilla a Scottie, que lo abraza por los hombros.

—Pfff, qué alto estás —se queja fulminándolo con la mirada antes de volver a sonreír.

—Yo diría que está pegando otro estirón —murmuro, aunque le guiño un ojo a Dalton—. Desde que ha empezado el verano, ya no le cabe la mitad de la ropa, te lo juro.

Sacudo la cabeza y vuelvo a colocarme la sillita de Bea en el brazo. El asa me está cortando la circulación del codo para abajo. Me he planteado sacar el cochecito, pero me ha parecido demasiado

jaleo, total para esto. Aunque ahora me arrepiento. Exhalo y clavo la vista en la pizarra de tiza que hay encima de la barra y donde aparecen los especiales del día escritos a mano.

—¿Podemos pedir *cake pops*? —me pregunta Dalton, mirándome.

Lo miro de reojo y respondo seca:

—¿*Cake pops* para desayunar?

Mi hijo sonríe y encoge sus hombros esbeltos. Penny le tira de la mano a Scottie y salta alegre. Pongo los ojos en blanco y cedo:

—Pfff. Vale. Pero solo porque hoy vamos a darnos un capricho. Además, como Penny te ha oído, si ahora no los cogemos, armará la de San Quintín.

—Los *cake pops* caen bajo la cláusula de relax maternal. Si con eso consigues evitar que no te monten ningún pollo, vale la pena —musita Scottie casi sin separar los labios y guiñándome un ojo.

Suelto una carcajada y sonrío mientras asiento.

—Pues *cake pops* para desayunar se ha dicho. —Río sacudiendo la cabeza.

Dalton levanta el puño en señal de victoria y Penny se pone a bailar ahí mismo.

La camarera llama a Scottie en voz baja para captar su atención. La novia de mi hermano levanta un dedo y se gira hacia el mostrador. En cuanto la persona que tiene delante se echa a un lado, ella da un paso al frente. Vuelvo a mirar la pizarra en un intento por decidir qué quiero mientras Scottie pide y paga. Cuando se da la vuelta y la veo con dos *cake pops* cubiertos de chocolate y fideos de colores en la mano, bajo la mirada.

—A ti también te he pedido lo de siempre, por cierto —dice sonriéndome.

Protesto, pero ella continúa con una sonrisa en los labios y le pasa un *cake pop* a Penny y otro a Dalton.

Le aprieto la mano a Penny y miro a Dalton con segundas, con la mejor mirada de madre que sé poner. Luego, miro con seriedad lo que tengo delante.

—Chicos, esos modales. ¿Qué le decimos?

—¡Muchísimas *grasias*! —grita Penny a la vez que abre sus ojos marrones como platos para estudiar el *cake pop* que tiene en la

mano.

Dalton sonríe y dice:

—Gracias.

—De nada. Procurad no ser demasiado terremotos con vuestra madre hoy, ¿de acuerdo? —les pide Scottie riendo.

Vuelve a guiñarme un ojo.

Soy muy afortunada de tener una cuñada como Scottie (eso de «cuñada» espero que se oficialice pronto). Molly, la ex de Cal, nunca me cayó bien. Que le vaya bien a la terrible mujer que le rompió el corazón a mi hermano. Ella y Dave, su marido, son tal para cual.

Scottie vuelve a agacharse y arrulla a Bea, que le balbucea animada.

—Eres una monada —le dice. Se yergue de nuevo, me mira y murmura con ternura—: Lo has hecho genial, Teddy.

—Gracias —musito un tanto incómoda.

Es la segunda vez que me lo dicen en una semana y, al oírlo, me acuerdo del tono ardiente y profundo que adoptaron los ojos de Xander al mirarme. Me entra un escalofrío. Le echo la culpa al aire acondicionado que tenemos justo encima.

Scottie vuelve a sonreír y se coloca al final del mostrador para esperar a que acaben de prepararle el pedido. Avanzamos como un caótico grupo para que yo pueda pedir dos aguas con tapa y pajita y la magdalena de naranja y arándanos rojos con la que llevo dos días soñando.

Scottie sigue con Penny de la mano porque sabe que mi hija es experta en desaparecer de repente. Agradezco que esté aquí mientras yo saco la cartera como buenamente puedo del fondo de la bolsa de los pañales que llevo colgada del hombro. Pago mientras sacan la bebida de Scottie junto con el *iced coffee* con caramelo y crema dulce que me ha pedido a mí. Se queda con nosotros mientras esperamos.

Pesco la magdalena que la camarera ha envuelto y ha metido en una bolsa. Acto seguido, la guardo en el bolsillo abierto de par en par de la bolsa de los pañales mientras nos ponemos al final del mostrador para esperar a que nos den todo lo demás.

—¿Habéis quedado con Vi y Hollie? —me pregunta Scottie al acercarme. Continúa sin soltarle la mano a Penny y va balanceando los brazos mientras mi hija se termina el *cake pop*—. Era hoy, ¿verdad?

—Sí. En cuanto salgamos de aquí, vamos directos—le cuento mientras me subo la sillita de Bea otra vez.

Cuando salgamos de la cafetería, tendré el pliegue del codo lleno de ronchas.

La camarera me sonríe amablemente mientras me deja las dos aguas en el mostrador.

—Muchísimas gracias. Penny, toma, el agua —le digo a mi hija mientras cojo uno de los vasos transparentes de plástico, con la tapa y la pajita ya puestas (todo un detalle por parte de la camarera). Le paso la otra a Dalton y cojo mi café, ese que aún no había tocado—. Venga, chicos, vamos. Penny, tú, pegadita a mí, Dalton y la tía Scottie.

Con el asa de la sillita aún en el brazo, cojo el café con la mano y lo sujeto por encima de Bea mientras echamos a andar hacia la puerta. Quién nos viera... Dalton abre la puerta y Penny ve la oportunidad perfecta para soltarle la mano a Scottie y echar a correr hacia la luz cegadora del día.

—Por el amor de... —me quejo echándome hacia delante.

«Tiene que ser una puta broma». Manda narices con la criatura. El sol me ciega un segundo y, acto seguido, oigo el estridente grito de Penny. Se me detiene el corazón y salgo disparada.

—¿Tendré que comprarte una correa? Ya hablamos de esto hace unos días, señorita Penny. Me acuerdo.

Al reconocer esa voz, mi corazón vuelve alegre a la vida. Salgo a la acera y sacudo la cabeza. Xander tiene a Penny en brazos (esta vez, no la está sujetando bocabajo), pero no tiene sus ojos azules puestos en la fugitiva de mi hija, sino en mí.

Desvío la mirada hacia Scottie, que está detrás de Xander. Mi cuñada me guiña un ojo sonriendo de oreja a oreja y se despide de los niños con la mano mientras va hacia mi hermano, que salta del asiento de copiloto de la camioneta de Xander, aparcada no muy lejos. Cal me saluda rápidamente con la mano, pero centra su

atención en la chica que se detiene frente a él. La besa en los labios y ella se pone de puntillas para quedar más a su altura. Me sonrojo y aparto la mirada solo para que mis ojos colisionen de nuevo con los de Xander.

Me pasea la mirada de arriba abajo antes de subirla otra vez para estudiarme entera y volver a clavar los ojos en los míos. La intensidad de su mirada es tal que me quedo sin aliento. El calor se me arremolina en la parte baja del vientre y me sonrojo al acordarme de lo que lo imaginé haciéndome anoche...

Pestañeo y bajo la mirada, tímida, antes de reparar mentalmente en lo que llevo puesto. Violette me ha retado a que me vista con ropa que me saque de mi zona de confort, y esta mañana he sido más atrevida que de costumbre. Sin embargo, ahora que me está mirando Xander, estoy atacada de cojones.

El bodi ajustado con escote cuadrado a modo de top que Vi me convenció para que comprara me aprieta la barriga y se me ciñe la cintura a más no poder, por no hablar del descarado efecto *push-up* de la prenda. Es de color blanco y de canalé, y encima no llevo sujetador (valiente por mi parte, sí, ya lo sé...) porque la tirantez y la compresión de la cosa esta hacen maravillas. Lo he combinado con unos *shorts* vaqueros de tiro alto, claros, sin dobladillo y desgastados, que dejan más bien poco a la imaginación, pero es que Vi dijo que me hacían culazo. Me he vuelto a aplicar autobronceado en las piernas para que no se me vean tan pálidas y voy con las uñas de los pies pintadas con esmalte blanco crema. El toque final: unas chanclas.

El pelo me cae suelto a la altura de los hombros y llevo las puntas sutilmente onduladas. Me he hecho un medio recogido, apartándome unos cuantos mechones de la cara con una pinza. Hoy incluso he conseguido maquillarme, cosa que ahora agradezco enormemente, porque Xander sigue estudiándome con su mirada intensa y ardiente. Es injustamente atractivo.

Tiene uno de sus robustísimos brazos doblados bajo el culito de Penny, como si fuera un asiento, y sujeta a mi hija por la pierna con su mano gigantesca. Exhalo con fuerza mientras me acerco a ellos. Penny parece arrepentida. Esta niña me va a matar.

Abro la boca dispuesta a regañar a Penny por haber salido corriendo ootra vez. Antes de que me dé tiempo a decir nada, Xander me pilla completamente desprevenida al dar un paso al frente e invadir mi espacio personal. Estira el brazo y agarra el asa de la sillita de Bea sin mediar palabra. Muevo las manos de forma totalmente inconsciente (porque, al tenerlo tan cerca, mi cerebro ha dejado de funcionar) y vuelvo a coger el café con la mano que me queda libre, dejando que Xander me quite la sillita del brazo. Como me he pasado tanto rato con el artilugio colgando, me han quedado unas fuertes marcas rojas en el pliegue del codo. En un acto reflejo, estiro mi brazo entumecido hacia abajo para activar la circulación.

Me quedo mirando a Xander, que sujeta la sillita con fuerza, con la mano que le quedaba libre, y la deja colgando en su costado, asegurándose de que no le dé el sol a Bea. No me aparta los ojos de la cara en ningún momento, de modo que yo me pongo como un tomate y acabo apartándole la mirada.

Pero es que pfff, su cuerpo es igual de espectacular que su cara. Va con unos pantalones cargo tácticos de color verde militar que se le ajustan a los muslos y a las caderas, y una camiseta negra un poco ceñida con el emblema de los bomberos de Sky Ridge en el pectoral izquierdo. Lleva su gorra habitual, cuya visera le cubre parte de la cara y lo protege del sol de media mañana. Vuelvo a mirarlo con timidez.

Xander saluda a Dalton con la cabeza.

—Hey, campeón. ¿Por qué no le coges la bolsa de los pañales a tu madre para que no tenga que llevarlo todo ella sola? Deberíamos ayudar siempre que podamos.

Dalton asiente con los ojos bien abiertos, pero yo murmuro:

—No, no pasa nada. Ya puedo...

—Eh —me corta Xander fijando su mirada láser en mí—. Déjanos ayudar, mama.

Me paso el día (¡los! días) escuchando variaciones de las palabras *mami* o *mamá*. Pero... ¿esto?

Mama. Lo ha dicho con un tono de voz tan áspero e íntimo que me ha cortocircuitado el cerebro. Me lo quedo mirando embobada antes de asentir.

Me bajo la bolsa de los pañales por el brazo y se la tiendo a Dalton, que se la carga en el hombro. Se encoge un poco con el peso y alargo el brazo enseguida para volver a cogérsela, pero mi hijo sonríe y dice:

—¡Yo puedo, mamá!

Trago saliva con fuerza y vuelvo a dejar el brazo al costado. Ahora, sin la bolsa de los pañales, la sillita o mi hija pegada a mí como de costumbre, me siento desnuda. De repente, sin mis frecuentes escudos, me siento superinsegura y cuestiono mi elección de vestimenta. De modo que le dedico una sonrisa de agradecimiento a mi hijo, aunque me tiemblan un poco los labios.

—Gracias, peque.

—Ahora ya puedes darle un sorbo al café antes de que se te derrita —comenta Xander en voz baja, señalando la bebida que llevo en la mano con la barbilla.

Río nerviosa. ¿Cómo será? Eso de beberte el café con hielo antes de que se te derrita o el café caliente antes de que se enfríe, digo.

Quien ríe ahora es Xander, y lo hace con un sonido profundo y relajante. Al sonreír, se le arrugan los ojos.

—Teddy, veo que esa idea te resulta tan ajena que a tu cerebro le cuesta imaginárselo. Bebe. ¿Dónde has aparcado? Os acompaño.

Obedezco y le doy un sorbo al café. La nata dulce con caramelo me aviva las papilas gustativas. Dios, qué rico está cuando aún sigue frío y no se ha derretido todo el hielo. Me mancho el labio superior con un poco de nata y me lo lamo para limpiármelo enseguida, atreviéndome a mirar a Xander otra vez.

Sin embargo, él ya no tiene la vista clavada en mis ojos. No. La tiene clavada en mi boca. Y el calor de su mirada es suficiente para abrasarme viva.

11

Xander

Hostia. Santa.

Casi estallo al ver cómo saca la punta de la lengua para relamerse esa espumosa nata del labio. Sobre todo, después de que mi mente se haya imaginado ya lo que podría hacerle esa boca a otra cosa...

Trago saliva en un acto reflejo y me cuesta tanto que noto, físicamente, el nudo que se me instala en la garganta y del que tanto me cuesta deshacerme. Tengo la boca más seca que el papel de lija, aunque por un segundo pienso que igual se me está cayendo la baba y entro en pánico. Soy perfectamente consciente de que su hermano está a escasos metros de aquí.

Ha sido verla salir de la cafetería y... al traste con mi cerebro (y con él, todas mis buenas intenciones de mantenerme alejado de Teddy). El maldito top que lleva puesto debería ser ilegal. Es tan ajustado que mi polla reacciona en el acto, y la forma en que se le ciñe a la cintura y cómo le eleva las tetas... Me la imagino bajándose esa tela delicada y flexible cuando tenga que darle el pecho a Bea, que balbucea y gorjea en la sillita que llevo colgando de la mano. «Manda huevos».

Y esos *shorts*... Son de tiro alto, lo cual no hace sino acentuar su estrecha cintura y la ancha curva de sus caderas. Los deshilachados bajos del vaquero le acarician esos muslos morenos y suaves que ofrecen a qué agarrarse.

Soy un puto pervertido. Además de un amigo y un jefe horrible.

La brisa le hace volar las puntas del pelo alrededor de los hombros y se le sueltan algunos mechones de la pinza con la que se ha medio recogido la melena por detrás, para apartársela de la cara. La fina

montura de las gafas le cubre los ojos, aunque puedo seguir viéndoselos, porque no para de levantar la vista hacia mí. Luego se sonroja y me aparta la mirada. Solo para volver a fijar sus ojos en los míos al cabo de poco.

Como si ella tampoco fuese capaz de dejar de mirarme.

A la que vuelve a mirarme a los ojos, el orgullo masculino me late con fuerza en el pecho; parezco un cavernícola. Echamos a andar por la acera. Tengo a Penny en un brazo y la sillita de Bea en el otro. Bajo la vista para asegurarme de que no le dé el sol a la pequeña.

Cal me mira por encima de la cabeza de Scottie mientras me alejo, arquea una ceja y sonríe de medio lado. Agacho la cabeza, consciente de que me está mirando; él ríe con discreción y envuelve a Scottie por los hombros cuando pasamos por su lado.

Cuando regrese me atormentará que flipas, pero el capullo este puede esperar.

Localizo el monovolumen blanco de Teddy, un Chrysler Pacifica, a lo lejos. Joder, ¿ha caminado todo este trozo para ir hasta la cafetería con la sillita del coche de Bea y la bolsa de los pañales en brazos y, seguramente, llevando a Penny de la mano? Con razón tiene esas marcas tan rojas en la parte interior del codo. Esta mujer es una maldita superheroína.

—¿No había aparcamiento más cerca? —le pregunto, señalando el coche con la cabeza.

Teddy se encoge de hombros y responde:

—No, pero no pasa nada. Ahora ya se me da bastante bien hacer todo esto sola.

Lo odio. Odio que tenga que hacer todo esto sola. La muerte de Logan conmocionó el área entera el invierno pasado. Y sirvió para recordarnos que por mucho tiempo que llevemos en nuestro trabajo y por muy bien formados que estemos... no hay nada que podamos hacer para prevenir ciertos accidentes, simple y llanamente.

Teddy frena a Dalton y le sonríe. El niño le devuelve el gesto mientras se quita la bolsa de los pañales por la cabeza y se la pasa a su madre. Teddy mete la mano en uno de los bolsillos pequeños que hay delante y le da al mando para desbloquear el coche. Dalton abre la puerta, se sube cerca de los asientos individuales que hay en la

fila de en medio y luego se acomoda en los asientos en fila que hay detrás de todo. Teddy abre la puerta del copiloto y deja la bolsa de los pañales en el asiento antes de inclinarse para dejar el café en la consola central.

Se estira un poco más y levanta sutilmente una pierna al inclinarse. Ahora que está medio doblada sobre el asiento para llegar bien donde tenga que llegar, no puedo apartar la mirada de su culo generoso, envuelto por esos *shorts* vaqueros sin dobladillo que le dejan los muslos a la vista, justo por debajo de la pendiente del culo. Ya me he empalmado. Al erguirse, la chancla le rebota contra el talón. Se gira y me sonríe.

—¿A quién te paso primero? —le pregunto.

La voz me sale más rasposa de lo que pretendía. Carraspeo. Joder, cómo me puede esta mujer...

—A Penny —responde tendiendo los brazos.

Le coloco a la niña en brazos, pero se me queda el mío atascado entre el pequeño cuerpo de Penny y el torso de Teddy. Permanecemos así un segundo más del necesario para haber sido un accidente.

Ni confirmo ni desmiento que puede que me haya dado el gusto de rozar su pecho mullido por error al apartar el brazo. El peso sólido de sus pechos rozándome el antebrazo me perseguirá durante toda la semana, no me cabe duda. Igual que la forma en la que se le separan los labios para soltar una delicada y temblorosa exhalación justo cuando me separo sutilmente de ella. Qué guapa es, me cago en la hostia.

Teddy traga saliva con fuerza y alterna la mirada entre mis ojos antes de darse la vuelta para abrir la puerta corredera. Deja a Penny de pie en el coche y le ordena que se siente en su sillita. Dalton salta de inmediato para ayudarla a abrocharse el cinturón.

Cuando Teddy se da la vuelta y se acomoda un mechón suelto detrás de la oreja, me doy cuenta de que le tiembla la mano. Levanto la sillita de Bea haciendo fuerza con el bíceps (ojalá ella también vea cómo se me tensan los músculos). En cuanto Teddy lo coge por el asa, nos rozamos los dedos.

Sin embargo, en esta ocasión no titubea y se gira de inmediato para colocar la sillita del coche de la bebé en la base fija que hay en el asiento que nos queda más cerca. Le da a un par de botones para doblar el asa hacia atrás y luego pliega el parasol. Tiene un pequeño espejo en el reposacabezas del asiento que intuyo que será para ir controlando a Bea mientras conduce.

Teddy tarda varios segundos en dejarlo todo listo. La seguridad de sus hijos es su máxima prioridad, eso está claro.

—Ahora vengo y miro que estés bien atada, Pen —informa a su otra hija—. Dalton, peque, el cinturón.

Antes de que le dé tiempo a cerrar la puerta, asomo la cabeza dentro del coche, apoyándome con una mano en la parte alta del vehículo y con la otra en el lateral de la puerta, y le digo al niño:

—Gracias por tu ayuda, campeón.

Dalton sonríe pletórico y asiente mientras responde:

—De nada.

Le ofrezco el puño y él me lo choca con suavidad. Sonrío. Para ser tan pequeño, este crío carga con mucho peso (en el sentido metafórico de la expresión). Miro hacia Penny y le pregunto:

—Señorita Penny, ¿empezarás a portarte bien con mamá?

La niña asiente mientras pega patadas en el aire con sus pequeñas piernas.

—Sí. Lo *pometo*.

Teddy tose discretamente detrás de mí, como si quisiera disimular la risa. Yo echo mano de todas mis fuerzas para no reír. Ambos sabemos que Penny intentará escaparse de nuevo, pero de momento podemos fingir que ha sido la última vez. Esta pequeña diablilla me tiene comiendo de la palma de su mano, esa que seguro que está escondiendo para cruzar los dedos.

Bea se está comiendo un puño alegremente, entretenida con los nudillos. Las babas le gotean de su mano minúscula; suerte que Teddy le ha puesto un bonito babero de flores, porque está empapada. Río y sacudo la cabeza.

—Hasta luego, renacuaja —digo.

La niña me sonríe, desdentada, con sus grandes ojos marrones bien abiertos y esas oscuras pestañas tan largas. Qué mona es,

narices.

Me separo y Teddy le da a un botón para que las puertas se cierren de forma automática. Rodea el monovolumen por detrás y abre la puerta del otro lado, donde está Penny sentada. Una vez satisfecha, vuelve a cerrarla. La he seguido hasta el otro lado y me he colocado entre ella y los coches que avanzan por la calle a escasos centímetros de nosotros. Estamos en pleno centro del pueblo, así que tampoco se puede conducir demasiado deprisa, pero cada vez me resulta más difícil ignorar este instinto protector.

Teddy me mira mientras yo me inclino por su lado y le abro la puerta. Sonríe y sacude un poco la cabeza.

—No hace falta que hagas todo esto, Xander.

—Ya lo sé, pero quiero. Venga, sube —murmuro señalando el asiento del conductor con la barbilla.

Teddy obedece y le cierro la puerta con cuidado. Arranca el motor y pulsa un botón para bajar la ventanilla. Levanto la mano para colocarme la gorra del revés y que la visera me quede detrás antes de apoyar los antebrazos en el hueco de la ventana del coche mientras Teddy se pone el cinturón. Me tiene jodidamente hipnotizado. Y, por lo visto, nada puedo hacer por remediarlo.

Ahora que estamos tan cerca, veo que unas cuantas pecas le atraviesan el puente de la nariz y se le expanden por las mejillas; me entran unas ganas apabullantes de recorrérselas con los dedos. Le quedan medio escondidas bajo el fino marco acrílico de las gafas. Siempre había pensado que tenía los ojos de un azul pálido, pero, a tan poca distancia, me fijo en que son de un espectacular color gris pizarra plateado. Y me deja fascinado; tanto que me quedo completa e irrevocablemente prendado de su mirada.

Como siempre que la tengo cerca.

—Gracias —susurra con los ojos puestos en los míos.

A pesar de que no debería, estiro el brazo y le acomodo ese maldito mechón de pelo que no para de caérsele a la cara detrás de la oreja.

—No tienes que darme las gracias por nada. Nunca —le digo.

Teddy asiente y agacha la cabeza mientras se le tiñen el cuello y las mejillas de rojo. Joder, está monísima cuando se sonroja. Me

pregunto si alguna de las veces que se ha sonrojado hoy habrá sido por lo que hizo anoche pensando en mí. Eso espero, joder. Quiero verla así de sonrojada; quiero ser el único que oiga todos esos ruiditos tan sexis.

Sonrío y, cuando vuelve a mirarme, le guiño un ojo. Antes de que le dé tiempo a apartarme la mirada de nuevo, musito con la voz áspera:

—Nos vemos pronto, mama.

Joder, me flipa cómo se le dilatan los ojos y cómo se le separan sus rosados labios cuando la llamo así. Ya me he dado cuenta antes, cuando casi le ha cortocircuitado el cerebro, y no pensaba alejarme de ella sin volver a ver esta reacción.

Se muerde su carnoso labio inferior y yo le guiño el ojo de nuevo antes de dar una palmada en el hueco de la ventanilla mientras me enderezo. Me despido de Penny y Dalton con los dedos mientras rodeo el monovolumen por delante y regreso por la acera. Teddy sale del aparcamiento y veo cómo desaparece por la calle mientras yo sigo andando y regreso con Cal, que ahora ya está solo, sin compañía, y apoyado en el lateral de mi camioneta.

Tiene un café en una mano y ha dejado otro apoyado en el capó de la camioneta, a su lado. Debo de haber pasado el tiempo suficiente con Teddy para que le diese tiempo a entrar y pedir la bebida. «Ups...». Cuando llego, Cal pilla el vaso que ha dejado en el capó y me lo pasa. Esos ojos color avellana le quedan escondidos tras los oscuros cristales tintados de las gafas de sol, pero su sonrisa comemierda lo dice todo.

—Ni una puta palabra —suelto con aspereza, rodeando el vehículo por delante.

Me responde con una retorcida risa y pongo los ojos en blanco. El cabrón me la está devolviendo. Yo lo vacilé que daba gusto cuando empezó a salir con Scottie. Menuda mierda será todo esto, leches. ¿He mencionado ya que Teddy es su hermana pequeña? ¿Y que yo soy el jefe de Cal? «Me cago en mi puta estampa».

Me siento detrás del volante, y él, en el asiento del copiloto. Vuelvo a girarme la gorra para que la visera quede hacia delante y

me proteja aunque sea un poco de su escrutinio. Noto su mirada fija en mi perfil, pero me niego a desviar la vista hacia Cal.

Arranco el motor y me alejo de la acera, rumbo al parque de bomberos. Cal le da un sorbo al café antes de pasar un brazo por detrás del reposacabezas del asiento que nos queda en medio. Esta camioneta era de mi padre; es una Dodge Ram del 93 que ya ha sobrevivido a demasiados inviernos. La pintura negra ha perdido todo su brillo y tiene los bujes algo oxidados, pero es eficaz y va bien para conducir por las carreteras de Washington en invierno.

—Bueno... ¿Por eso no te has quedado en el parque? ¿Te mola mi hermana? —me pregunta Cal, sonriéndome.

Refunfuño. Supongo que ha llegado la hora de hablar de esto. Cal me conoce mejor que nadie. Lo sabe, por más que yo no haya dicho nada. Me repiquetea el brazo con los nudillos para llamarme la atención y lo miro. Se ha subido las gafas de sol, que ahora descansan en lo alto de su cabeza, y está mirándome con solemnidad, serio.

—Ve con cuidado con ella, Xander. Bastante ha sufrido ya. Como le hagas daño, te pegaré una buena paliza. Es una cuestión de principios.

Me muevo en el asiento y aprieto el volante con fuerza hasta que se me quedan los nudillos blancos.

—Lo sé —respondo con aspereza.

Él carraspea y se recuesta en el asiento para darle un buen sorbo al café.

—Quién te ha visto y quién te ve...

Vuelvo a moverme y me agarro con firmeza al volante. El corazón me late dolorosamente fuerte.

Mierda.

El muy capullo tiene razón.

12

Teddy

—Pero ¡qué mamá tan sexi!

Me sonrojo y le dedico una sonrisa agradecida y tímida a Violette mientras empujo el cochecito de Bea hacia mi amiga, que está sentada bajo la sombra de un arce. Penny ve a Hollie en el arenero del parque que hay alrededor de la zona de juego y echa a correr, gritando, para ir con su mejor amiga. Tras pedirme permiso, Dalton, bate y cubo de pelotas de béisbol en mano, va hacia el campo que queda justo detrás. Todavía es temprano y tenemos la suerte de estar solos.

Me dejo caer contra el banco de madera, al lado de Vi, y suspiro mientras coloco el cochecito de cara a nosotras, ajustando el toldo para asegurarme de que no le den los fuertes rayos de sol a mi hija. Bea se ha quedado dormida de camino y así seguirá hasta que el hambre la despierte.

—¿Quieres? —me pregunta Vi, levantando un bote de crema solar para niños.

Niego con la cabeza.

—Ya los he embadurnado a los dos. —Río y suelto el aire.

Ella asiente y vuelve a guardarse el bote en el bolso.

—¿Podemos hablar del *outfit*? ¡Estás cañón! —dice Vi, abanicándose mientras me mira de reojo.

Se ha recogido su melena densa y ondulada color castaño en una coleta y, cuando gira la cara para mirar a las niñas mientras juegan, las ondas le caen por la espalda. Tiene las piernas cruzadas a la altura de la rodilla y le quedan prácticamente todas al descubierto. Ella también se ha puesto unos *shorts* vaqueros sin dobladillo y un

top color verde salvia ceñido a la cintura. Lo ha combinado con unas Converse Chuck sin caña y va moviendo y sacudiendo el pie de arriba abajo.

—¿Puedo decir que te lo dije? Porque, oiga usted, este *outfit* es... —Se besa la punta de los dedos y sostiene la mano en alto en lo que vendría a ser una pantomima de ese gesto tan típico de los chefs.

Suelto una carcajada y le sonrío mientras cojo el café ya medio vacío del portavasos que hay en el manillar del cochecito. Vi se acerca el *iced chai* a los labios y vuelve a clavar sus ojos color avellana en mí. Casi no lleva maquillaje, solo un poco de rímel y un toque de colorete en las mejillas. Es de esas chicas que son superguapas de por sí.

—¿Ya te han tirado los tejos?

Me atraganto con el café y escupo un poco mientras toso.

—¡Violette!

—Venga yaaa. Es imposible que no te haya tirado la caña ni un solo tío al verte así de sexi.

—Estaba forcejeando con los salvajes de mis tres hijos mientras intentaba pedir un café —suelto, seca, sacudiendo la cabeza.

Aunque me suben los colores sin que yo pueda hacer nada por evitarlo al acordarme de cómo me ha mirado Xander antes.

—Soy un desastre, en el mejor de los casos.

—Un desastre la mar de sexi. —Vi se ríe, levantando su *chai* hacia mí a modo de saludo. Vuelvo a reír y ella me mira entrecerrando sus ojos color avellana—. A ti te han tirado los tejos. ¿Quién?

—Yo no lo llamaría «tirar los tejos»… —titubeo con cierta incomodidad.

Mi amiga me mira expectante y mueve repetidamente las cejas. Suspiro y me cruzo de piernas a la vez que me inclino un poco hacia ella.

—Penny ha hecho lo de siempre. En cuanto hemos abierto la puerta de El Recoveco para salir, ha echado a correr. Y Xander estaba ahí para frenarla y que no cruzara la calle.

Vi vuelve a mover las cejas y asiente.

—Sigo sin poder creerme que sea tu vecino. Y que te ayudase a dar a luz a Bea, encima.

Reniego. Esto me lo van a recordar de por vida.

—No olvidemos que es el jefe y el mejor amigo de mi hermano —murmuro con el café pegado a los labios.

«O el protagonista de mis fantasías nocturnas...», pienso, aunque no lo digo.

Mi amiga sonríe y, por un segundo, me preocupo por si lo he dicho en voz alta.

Vi y yo nos conocimos un mes antes de que Bea llegase al mundo, y entonces fue cuando mi amiga empezó a salir con Rowan Kingsley, su amor del instituto, que luego se convirtió en su enemigo y que también resulta que es uno de los compañeros de Cal y otro de los bomberos forestales de Xander. Recuerdo que Cal me contó toda su historia hace años, pero lo que no recuerdo es si llegué a conocer a Vi en algún momento antes de que nuestras hijas jugaran por primera vez.

—Bueno, sigue. ¿Y qué ha pasado? —se interesa apartándome un segundo la mirada para desviarla hacia las niñas.

Penny tiene, más o menos, un año más que Hollie, y ahora lleva a su amiga pequeña cogida de la mano mientras van hacia los peldaños revestidos de goma que dan a un pequeño puente colgante en la zona de juego.

—Pues aparte de pillar a la fugitiva de mi hija para que no acabase atropellada en medio de la calle, ha insistido en cogerme la sillita de Bea, ha convencido a Dalton para que me llevase la bolsa de los pañales y luego ha llevado a Bea y a Penny al coche por mí. —Vi enarca las cejas y sonríe pícara, como si no pudiese evitarlo—. Me ha ayudado a subirlos y a abrocharles el cinturón a todos. Me ha acompañado al otro lado del coche y se ha asegurado de que me sentara al volante sin que me pasara nada. —Me muerdo el labio inferior y dudo un segundo antes de añadir—: Y me ha llamado *mama*. Pero es que, Vi... ¡lo ha dicho de una forma...!

Violette ríe, casi se echa a bailar sin levantarse del banco, y echa la cabeza hacia atrás para clavar los ojos en las ramas del arce que tenemos justo encima.

—¡Así sí, reinaaa! Por favor, dime que tú también has tonteado con él.

Se me escapa una risa baja y sacudo la cabeza, perpleja.

—¡Que no estaba tonteando conmigo!

—Vamos que no... ¡Claro que estaba tonteando! —Ríe, me señala con un dedo y lo agita—. Lo conozco desde que era chica y es el típico tío cascarrabias, callado y pragmático. Bueno, menos cuando está con Rowan y Cal, supongo, porque son todos como uña y carne, pero eso ya lo sabes. Cuando he estado cerca de Xander, siempre lo he visto siendo educado pero estoico. Estoy segura de que tú has descubierto otra faceta suya; como eres la hermana de Cal y Xander es tu vecino... A ver, que no puedo garantizarte que esta sea su forma de tontear al cien por cien, pero está clarísimo que está prendado de ti.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una risotada.

—¿«Prendado de mí»? ¿Pero qué estamos, en los cincuenta? ¡Que no me va a pedir que vayamos a una fiesta de adolescentes como las de esa época, Vi! Además, que seamos vecinos no significa que..., no sé, que echemos el rato juntos ni nada. Sigue pasando mucho tiempo fuera de casa. Cuando vienen Cal y Scottie, no traen compañía. Él parece ser más recluido.

—¿Te ha mirado? Porque parece ser uno de esos escrutadores intensos.

Río de nuevo a pesar de que vuelvo a sonrojarme nada más pensar en lo muy fijamente que se me ha quedado mirando.

—¿La palabra *escrutador* existe en este sentido? —pregunto. Vi me fulmina con la mirada y yo pongo los ojos en blanco antes de proseguir—. A ver, sí, supongo que podríamos decir que me ha mirado, pero eso no significa que le gustaran las vistas...

—Acabas de soltar la mayor tontería del mundo —se queja Vi riendo y sacudiendo la cabeza—. Eres guapísima, Teddy. Te aseguro que le han gustado las vistas. Sobre todo con el modelito que llevas —añade señalándome entera—. Con el bodi este estás sexi de cojones, y lo sabes. Si no, no habrías salido de casa con esto, ¿a que no?

Le lanzo una mirada asesina, pero no tardo ni un segundo en sonreír.

—La verdad es que me siento genial, sí. O sea... ¿me has visto la cintura? ¡Tengo cintura!

—Eh... ¿Te has visto las tetas? —pregunta Vi abriendo los ojos como platos—. A mí me van las pollas, te lo aseguro, pero con el bodi este te las estrujaría encantada.

Ahora sí que suelto una buena carcajada y le sonrío alegre mientras le doy un golpecito en el hombro con el mío.

—Eres la mejor.

Dios, cuánto necesitaba esto hoy. Un rato de chicas. Un rato de chicas adultas.

—Ya, bueno, pues que no se te olvide... —bromea antes de darme otro golpecito con el hombro ella también—. ¿Duermes?

Cojo una profunda bocanada de aire y lo suelto despacio. Desvío la vista hacia Bea, que sigue durmiendo en el carrito. Tener que hacerme la valiente delante de todos me deja agotada. ¿Verá Vi lo terriblemente cansada que estoy? Ser fuerte para mis hijos es una cosa. Además, me esmero en esconder la aflicción que siento; sobre todo cuando estoy con Vi, Cal o Scottie, e intento mostrarme alegre y risueña, aunque solo sea una fachada. No quiero que se preocupen por mí a todas horas.

A veces creo que lo escondo bien, y en otras ocasiones, juraría que pueden ver hasta la última de mis heridas. Como ahora.

—No mucho, la verdad. Creo que le están saliendo los dientes. No para de salivar. —Miro a Penny y Hollie—. Aunque he conseguido que Penny vuelva a dormir en su cama, que ya es mucho.

—¿Y Dalton sigue con las pesadillas? —pregunta en voz baja.

Asiento y me encojo de un solo hombro.

—Parece que van a menos... Sé que echa de menos a Logan. —Miramos a mi hijo, de casi nueve años, que va lanzando bolas de béisbol al aire para golpearlas y mandarlas a la otra punta del campo solo para coger la cesta e ir a recogerlas otra vez antes de volver a empezar—. Todas estas primeras veces sin él no han sido fáciles... El cumple de Dalton es el mes que viene y no sé cómo hacerlo para que no se le haga tan cuesta arriba no tener a su padre aquí. —Me escuecen la nariz y los ojos y pestañeo deprisa para deshacerme de las lágrimas—. Cuando Xander le ha hablado hoy, a Dalton se le ha

iluminado tanto la mirada... Sé que necesita una figura paterna, pero es que imaginarme saliendo con alguien otra vez es... —Se me atascan las palabras y gruño. Dejo caer los hombros y vuelvo a levantar la cabeza para clavar los ojos en las ramas que hay en lo alto. Los rayos danzantes del sol se cuelan entre las hojas, mecidas por una delicada brisa—. Imaginarme saliendo con alguien otra vez es mi peor pesadilla, Vi. Literalmente.

—Te entiendo —suspira Vi, recostándose contra el banco y levantando las piernas delante para cruzarlas a la altura de los tobillos—. Después de divorciarme de Troy, estaba quemadísima y agotada. Acababa de mudarme, acababa de empezar a trabajar en el hospital, hacía turnos de doce horas allí y luego echaba unas cuantas más por la noche en el bar, intentaba apañármelas sola y, por si fuera poco, era madre soltera. Y luego apareció el puñetero Rowan Kingsley. —Sacude la cabeza, pero me sonríe con ironía—. Aunque estas cosas pasan cuando menos te lo esperas, ¿o no? Nunca pensé que volvería a enamorarme de Rowan después de que me rompiese el corazón.

Le doy un empujón en el hombro y sonrío.

—Y mírate ahora: pillada hasta las trancas y feliz.

—Meh, el chaval es majete... —bromea.

Sé que no lo dice en serio. Está loca por Rowan y, a juzgar por lo que he visto, él está igual de coladísimo por ella.

—¿Cómo lleva Hollie la custodia y pasar tiempo con Troy? —le pregunto.

Me consta que su exmarido viene a ver a Hollie casi cada sábado. Violette regresó a Sky Ridge al cabo de un año de haberse separado de él para estar más cerca de su familia y porque aceptó ese puesto en el hospital.

—Parece que bien. Creo que nota que aquí me siento en paz —comenta Vi, desviando la vista hacia su hija—. Aunque le encanta que nos hayamos mudado y pueda ver más a mis padres. Por no hablar de lo mucho que quiere a Rowan...

—¿Y qué tal la pierna de Rowan? —me intereso.

Se lesionó a principio de temporada, cayó en un cenicero mientras trabajaban en un incendio y salió con quemaduras de segundo grado

en la pierna. Acabó en el mismo hospital donde trabaja Vi como enfermera en la unidad de quemados y... Bueno, el resto es historia.

—Pues bien, la verdad —contesta asintiendo—. Sigue con algunas molestias, pero, aparte de eso, parece que genial. Se está curando de maravilla. Sigue a tope.

Miramos a las niñas justo a tiempo para ver que Hollie tropieza con la arena y cae de cara. Penny se acerca a ella de inmediato y la ayuda a levantarse. Hollie agacha la cara al llorar y Violette hace una mueca mientras se levanta y se acerca a las peques. Se pone en cuclillas delante de su hija y le limpia la arena de las mejillas y los brazos. La niña asiente para responder a lo que le haya preguntado Vi y sus pequeñas coletas rubias rebotan con el movimiento. Penny se queda cerca, con la mano en la espalda de su amiga.

Percibo un movimiento por el rabillo del ojo y giro la cara para ver que Bea se ha despertado. En una milésima de segundo, se le dibuja un puchero de enfado en la carita. Se echa a llorar frustrada justo cuando me levanto y la saco del carrito. Me recuesto en el banco y cojo la manta ligera que tengo siempre a mano.

Seguimos siendo las únicas personas en el parque, pero me ajusto la parte de arriba del top en un santiamén y la niña se pone a succionar enseguida. La cubro con la mantita, pero Bea mueve los brazos y me la baja del hombro. Vuelvo a levantarla para cubrir a la bebé, pero ella hace aspavientos con brazos y piernas y la manta cae por completo, dejándome el hombro y a mi hija completamente al descubierto. Sacudo la cabeza y me la quedo mirando.

—Bea, dile a mami: «Mamá, con esto tengo demasiado calor» —la arrulla Vi cuando vuelve a sentarse con nosotras. Qué suerte tenemos con esas amigas que son madres y no juzgan, en serio. No sé qué haría sin Vi. Le habla a Bea, que sigue pegada a mi pecho, y bromea—: Pregúntale a ella a ver si quiere que la tapemos con una manta mientras come, ¡a ver si le gusta!

Bea la mira con sus grandes ojos marrones bien abiertos y me va dando golpes en el valle del pecho, animada. Río y pongo los ojos en blanco antes de exhalar despacio. Necesitaba este ratito con Vi.

13

Xander

Cuando entro al bar, la puerta se cierra tras de mí con un discreto clic. Jack Taylor, que fue el jefe de nuestra cuadrilla en vida de mi padre, se jubiló y empezó a regentar el bar con su mujer, Mae.

Lou, nuestro camarero habitual, tiene la noche libre. Violette Taylor, la hija de Jack y Mae y la nueva chica de King, está de pie detrás de la barra. Su hermano Jacob estaba en mi brigada cuando falleció mi padre y también era el mejor amigo de King. Somos demasiados los que sabemos lo que es perder a un familiar en un incendio. El mismo año en el que yo perdí a mi padre, Jacob perdió la vida en otro incendio. Fue uno de los peores años tanto de mi vida como de mi carrera. Después de eso King nunca volvió a ser el mismo, y creo que Violette tampoco ha acabado de pasar nunca el duelo.

Joder, si es que perder a Jacob también fue duro para mí. Me convertí en superintendente después de que muriera mi padre a principios de temporada y, luego, a finales, perdimos a Jacob. Fue brutal. Como yo trabajaba con Jack, conocía a Jacob y Violette desde que eran unos críos. Si casi los vi crecer, hostia. Me gustaba pensar que yo era como un tío molón para ellos. Y luego tuve que estar al lado de Jack mientras enterraba a su hijo. La culpa me carcomió, pero sé que para King fue más duro todavía. Sigue fustigándose por la muerte de su mejor amigo, por más que él no tenga la culpa.

A la que Violette me ve atravesando el local, saca un botellín de PBR de la nevera, y cuando me siento en uno de los taburetes al

lado de Rowan Kingsley, ya tengo la cerveza esperándome. Le doy las gracias a Violette con un gesto de la cabeza.

King está babeando con su novia. Violette me sonríe y oigo que él refunfuña a mi lado y sugiere que me busque a mi propia chica. Río solo para tocarle las narices, pero paso de su comentario y me llevo la cerveza a los labios justo a la vez que vuelve a abrirse la puerta. Entran Cal y Scottie juntos, y Cal se sienta a mi otro lado después de que Scottie haya tomado asiento.

Violette ya ha abierto un botellín de Coors y lo ha dejado delante de Cal. Acto seguido, procede a servirle un tanto de *whisky* a Scottie en un vaso de tubo. Puede que tenga veintiocho años, pero a mí me sigue resultando extraño ver a la niña que conocía detrás de la barra del bar al que llevo viniendo desde hace tantísimo tiempo. Sonríe a Scottie mientras le pasa la bebida. Sé que se han hecho amigas desde que Violette empezó a salir con King, y sé que Teddy también es amiga de Violette.

Me pongo a pensar en la mujer que, por lo visto, no puedo sacarme de la cabeza y me miro el reloj mientras me pregunto, brevemente, si seguirá despierta. No la he vuelto a ver desde que nos hemos encontrado esta mañana en la cafetería, y me siento medio tentado a dar la noche por terminada e irme temprano a casa por si me la encuentro por casualidad.

Es casi como si Cal pudiese leerme la maldita mente en tiempo real, porque enseguida apoya los antebrazos en el borde de la barra y se inclina hacia delante para mirarme el perfil y preguntar:

—Bueno, ¿hoy duermes en el parque o te vas a casa a...?

Lo fulmino con la mirada por encima del cuello del botellín a la vez que me acerco la cerveza a los labios. Está sonriendo. Al cabrón le encanta meter mierda.

—Eso. ¿Dónde narices te has metido últimamente? —se interesa King, inclinándose también hacia delante—. Si no estamos sobre el terreno, no te vemos el pelo. ¿Ya te has cansado de la juventud, vejestorio?

Lo miro y pongo los ojos en blanco. En mi mejor intento por cambiar de tema, digo:

—Mucho hablas sabiendo que soy el que más rápido corre...

—No se ha cansado de nosotros. Lo que pasa es que ahora le gusta más estar en casa por otra cosa —me corta Cal con una amplia sonrisa. No piensa darme una salida fácil.

Scottie también se echa hacia delante con su melena pelirroja recogida en un moño alto deshecho y me mira con una diabólica sonrisa en los labios. Fulmino a Cal con la mirada, pero él añade igualmente:

—El tío casi tropieza hoy en la cafetería cuando ha visto a...

—Tío —refunfuño echándome atrás. Todo el mundo cree que a las adolescentes les encanta cotillear, pero tendrían que ver a ciertos adultos, joder—. No la metas en esto.

—Uy, ¿hay una chica? —pregunta King con mayor interés.

Gruño y echo la cabeza hacia atrás para clavar la vista en las vigas de madera del techo. Dios, si es que debería haberme ido a casa y punto. Teniendo en cuenta que estamos hablando de la hermana de Cal, cualquiera habría pensado que él sería el último interesado en ir gritándolo a los cuatro vientos...

Aunque supongo que cada uno se venga del resto como puede. Y él va a aprovechar la oportunidad al máximo.

Cal le da un sorbo a la birra, dándome una fuerte palmada en la espalda, y me quejo al oír sus siguientes palabras:

—¿Crees que voy a ser más majo contigo porque te pone mi hermana? Pues no sabes lo que te espera, sup.

—¡Aaah, lo sabía!

Al oír ese ilusionado grito ahogado, vuelvo a agachar la cabeza. Violette, que sigue al otro lado de la barra, se agarra al borde con una sonrisa de oreja a oreja. Entrecierro los ojos.

—¿Que sabías qué? —pregunto.

A Violette se le ensancha aún más la sonrisa.

—Que estás prendado de Teddy.

Scottie se inclina otra vez encima de la barra, asoma la cabeza por delante de Cal y me mira. Me guiña un ojo, sonriente, y yo pongo los míos en blanco.

—Fua, aunque lo jures. Tiene un flechazo con la hermana de su mejor amigo.

Refunfuño con ganas y dejo caer la barbilla hasta que casi me toca el pecho. Me. Cago. En. Mi. Puta. Estampa.

—No tengo ningún flechazo con la hermana de Cal —me defiendo.

Una mentira como una catedral.

Violette repiquetea con la uña en la barra frente a mí para volver a llamarme la atención.

—No, señor. Nada de mentiras en este bar. Son las normas de la casa.

La fulmino con la mirada con el ceño fruncido y sin decir nada. Los chicos que tengo a ambos lados se pasarán la vida atosigándome con el tema. Hay que joderse... Me termino lo que queda de cerveza y dejo el botellín vacío en la barra.

—Estaba desbordada con los tres críos...

Violette abre otra PBR, me la deja delante y aparta el botellín vacío de la barra sonriendo, pletórica.

—Claro. Y por eso te has quedado con la lengua fuera, embobado y sin poder apartarle la mirada. Porque «estaba desbordada con los tres críos». —Cal ríe por lo bajo, sacude la cabeza y me mira—. ¿Tú crees que no me he fijado en ningún momento en cómo la estabas mirando?

—Cuánto os odio, joder —le espeto, agarrando el botellín con ambas manos.

Rasco la etiqueta con la uña y mantengo la vista baja.

Pero Cal no se calla. Dirigiéndose a todos menos a mí, prosigue:

—No he visto a un tío pillarse tanto y tan rápido en mi puta vida. Ha sido automático. Como si le hubiesen pegado un balazo en el entrecejo.

Yo no me pillo de nadie. Y punto. Tengo una regla de oro general: no salgo con nadie. Mi trabajo es el amor de mi vida, igual que fue el de mi padre, y me niego a hacer pasar por esto a una novia o, Dios no lo quiera, a una mujer e hijos. Y Cal lo sabe. Pero, entre todos, no paran de hacer bromas de críos sobre Teddy y yo...

—La cosa no va por ahí —musito acercándome la birra a los labios. Sigo hablando con un tono más severo del que pretendía y murmuro, sombrío—: Se ha quedado viuda y tiene a tres hijos a los que cuidar; lo está haciendo todo sola. Lo mínimo que puedo hacer

es asegurarme de que nadie atropelle a la traviesa de tu sobrina o que no se convierta en comida para los peces porque todavía no tiene sentido de supervivencia alguno. Además, vosotros ya lo sabéis: no salgo con madres solteras.

En cuanto Violette deja de sonreír y sus ojos pierden algo de brillo, me arrepiento de inmediato de la crueldad de mis palabras. La chica coge un trapo y se lo pasea entre los dedos con los labios apretados. Noto que a Cal se le tensan los hombros a mi lado, pero no tengo el valor suficiente para mirarlo.

Mierda. Cierro los ojos con fuerza y me froto la nuca con una mano.

—Joder. No... No me refería a eso.

Violette encoge sutilmente un hombro.

—Bueno, pues qué suerte la suya de tener a alguien que esté pendiente de ella, aunque sea por obligación.

Joooder. Ahora seguro que Cal piensa que soy un cabrón que le va detrás a su hermana sin intención alguna de cumplir como es debido. A ver, que tampoco se equivocaría del todo, porque, a estas alturas, no tengo ni idea de cuáles son mis intenciones con Teddy. La cosa no pinta bien. Debería irme a casa, hostia.

Abro bien las manos y digo:

—Un momento. Yo no he dicho...

—Oye, Teddy sabe que viene con una buena mochila —me corta Violette.

Guardo silencio mientras ella clava sus ojos color avellana en los míos. Me siento como si el director del colegio estuviese echándome la bronca; tengo el corazón hecho un nudo y la vergüenza se me come entero. Que me esté pegando ella el broncazo me resulta extraño, porque la conozco desde que era una cría. Noto la mirada de Cal puesta en mí, abrasándome el perfil de la cara. Soy demasiado cobarde para mirarlo. Violette desvía la vista hacia Cal casi a modo de disculpa y luego vuelve a centrar su atención en mí.

—Ya se ve como un desastre de por sí. Y sabe Dios que está haciendo todo lo que puede y más con toda la mierda que ha tenido que atravesar este último año... Pero tendrías una suerte de narices

si alguien como Teddy te prestara la más mínima atención. El simple hecho de que sea madre soltera no quiere decir que sea menos...

—Eso ya lo sé —murmuro en voz baja, aunque marco bien cada palabra con un tono de súplica para frenar su airada invectiva—. Y juro que no lo decía en ese sentido. —Miro a Cal antes de volver a centrarme en Violette—. Ya sabes que mi padre murió en un incendio, el mismo año que Jacob. No salgo con nadie. No se trata solo de que no salga con madres solteras. No salgo con nadie y punto. Porque me basta con imaginarme a una mujer y una familia pasando por lo que pasó mi madre. No es justo. Yo solo sé que la oigo llorar al otro lado de la pared por las noches. —Al oír eso, a Violette se le entristece la mirada y Cal se endereza un poco, pero continúo—: Y preferiría quedarme soltero para siempre antes que hacerle daño a alguien tan increíble como Teddy o hacerle sufrir otra pérdida similar. Si una cosa sé seguro es que como yo salga con alguien, esa persona se preocupará y acabará sufriendo. Teddy se merece algo mejor. Y sus hijos también.

—Bueno, vale —responde Violette despacio y asintiendo, a pesar de que sigue tensa y afectada—. Y solo para que lo sepas: ella tampoco tiene ganas de salir con nadie. Supongo que para ti mejor así, ¿no?

Justo. Teddy tampoco quiere salir con nadie, así que... perfecto. A mi lado, Cal carraspea y le da un largo trago a su cerveza.

Aunque de poco sirve, porque yo sigo notando una punzada en el corazón igualmente. Me froto el esternón como si así pudiese aliviar esa pizca de decepción que me oprime el pecho. Porque aunque acabo de decir esto... no estoy del todo convencido de que lo haya dicho de verdad. Por no hablar de que si me imagino a Teddy saliendo con otro me invaden unos celos que se me comen prácticamente vivo.

Puede que Teddy merezca a alguien mejor que un bombero de élite viejo y acabado que tal vez no regrese a casa. Pero joder si quiero intentarlo.

14

Teddy

—¿Qué tal los niños? ¿Duermen? ¿Y tú? ¿Duermes? ¿Bea come bien? ¿Cómo va ese frenillo?

Me apoyo el móvil entre la oreja y el hombro y suspiro tan bajito como puedo.

—Los niños están bien. Dalton está a punto de empezar la escuela la semana que viene y Penny está entusiasmada con la guardería. Dalton ya no tiene tantas pesadillas como antes, y Penny ha vuelto a dormir en su propia cama. Y Bea come bien; el otorrino le cortó el frenillo hace semanas.

Me estremezco al acordarme del frenillo bucal de Bea. Comer se convirtió en un infierno absoluto durante sus primeras semanas de vida.

—¿Y tú? ¿Duermes?

—Como a Bea le están saliendo los dientes, no ha dormido demasiado en las últimas dos semanas. O sea que yo tampoco estoy durmiendo especialmente bien...

—Kent, ¿tenemos algo previsto para el próximo fin de semana? Podemos pasarnos por casa de Teddy y quedarnos con los niños un par de días, ¿verdad? —le pregunta mi suegra a su marido, alzando la voz para que el hombre la oiga desde el otro lado de la sala.

Colleen y Kent Hansen son los mejores suegros que podría haber pedido jamás. A medida que me he ido haciendo mayor, he agradecido muchísimo que no me hubiesen tocado unos suegros monstruosos. Tras perder a Logan, los dos me ofrecieron todo su apoyo y ayuda, y lo mismo ocurrió después de que naciera Bea.

Colleen se quedó quince días con nosotros, y la verdad es que no sé cómo habría sobrevivido sin ella esas primeras semanas.

Mis padres fallecieron hace años. Cal y yo estamos solos. Sin embargo, los Hansen (los padres de Logan) son verdaderamente maravillosos. Tuvieron a Logan tarde, así que cuando él creció, ellos ya estaban a punto de jubilarse. Disfrutan de su tiempo libre en la costa, y les gusta jugar al golf y visitar bodegas locales.

De lejos, al otro lado de la línea, oigo la grave voz de Kent, pero no consigo distinguir lo que dice.

—Ay, genial —comenta Colleen, alegre. No puedo evitar sonreír—. Vendremos el viernes que viene, cariño. ¿Por qué no te coges una noche en un hotel y nos quedamos nosotros a dormir con los niños?

La idea en sí suena de maravilla, pero sé que no pasará jamás. Imaginarme durmiendo sola en una cama sin el vigilabebés al lado o despertándome en mitad de la noche para darle el pecho a mi hija... es como un pedacito de cielo.

—No sé si...

—¿Tienes leche en la nevera? —se interesa Colleen, que me corta antes de que pueda rechazar su oferta del tirón.

Vuelvo a sonreír. Puede que me conozca demasiado bien. Río por lo bajo, en silencio. Pues claro que me conoce demasiado bien. Logan y yo empezamos a salir en el instituto, y antes de que el accidente se lo llevara, estuvimos más de quince años juntos.

—A ver, sí...

—¿Suficiente para pasar una única noche sola? —insiste.

Suspiro y sacudo la cabeza en señal de rendición.

—Sí —respondo.

—¿Acaso no confías en los abuelos para que cuiden de los niños?

Pongo los ojos en blanco. Ahora solo está poniéndose dramática para hacer coña, así que le sigo la corriente.

—Ni por un segundo.

—Maravilloso. Helado para desayunar, comer y cenar, pues.

Se me escapa la risa mientras me hundo en una esquina del sofá.

—Gracias. A los niños les hará mucha ilusión veros. Y a mí no me vendría mal un achuchón.

—Ay, mi niña... —murmura Colleen, cuyo tono de voz liviano y risueño pasa a convertirse en uno franco—. ¿Qué pasa?

Trago saliva para deshacerme de las emociones que tengo atascadas en la garganta y me río un poco de mí misma.

—No, si es una tontería...

—Si te molesta, no es ninguna tontería —dice ella con amabilidad.

Inhalo profundamente y exhalo despacio.

—Me han llamado de una agencia local. Les quedará una vacante a partir de octubre y ya tienen mi solicitud de cuando nos mudamos. Me han pedido que vaya a hacer una entrevista... Pero no sé si estoy preparada. No sé si volveré a estarlo nunca para volver a...

Las lágrimas vuelven a mí y me escuecen los ojos y la nariz. Jolín. Me prometí que no me pondría sensiblona con esto.

—Sé que debería volver a trabajar. Ya casi se me acaban los cuatro meses de baja maternal que me di para cuando naciera Bea... No puedo vivir de lo que saqué al vender la casa ni..., ni de la indemnización del seguro de Logan para siempre. Y no quiero que penséis que es justo lo que estoy haciendo —me apresuro a añadir —. Lo he puesto todo en cuentas de ahorro de alto rendimiento para los niños. Solo me quedé lo justo para ir tirando hasta que naciera Bea...

—Teddy, no hace falta que me des ninguna explicación —me corta Colleen con ternura. Sorbo por la nariz y asiento, a pesar de que sé que no puede verme—. Siempre has sido muy lista y responsable, y sabemos que harás lo que consideres mejor para ti y para los peques. Conmigo no tienes que justificarte. Y si no estás preparada para volver a trabajar de teleoperadora, puedes quedarte en casa el tiempo que necesites. Quédate en casa hasta que Penny empiece párvulos. Mira, por mí, como si te quedas en casa hasta que Bea empiece la escuela. Tu prioridad siempre serán esos niños y siempre procurarás su bienestar. Lo sabemos.

Me da a mí que ahora vendrá con un «pero». Y no tengo que esperar demasiado. Sonrío cuando oigo que continúa:

—Pero también tienes que procurar el tuyo, Teddy. Encuentra algo que te haga feliz. Para darlo todo de ti, primero tienes que estar tú bien.

Las lágrimas me resbalan por la cara y me las seco a la vez que suelto el aire. Al exhalar, se me hinchan las mejillas.

—Lo echo de menos —confieso en voz baja—. Me encantaba mi trabajo.

—Y se te daba de maravilla —añade Colleen.

—Hasta que la pifié —añado con un hilo de voz.

—Teddy, tienes que dejar de culparte. Nadie te culpa; solo tú. ¿Cuántas otras veces derivaste a Logan a un sitio después de que te llamaran y no le pasó nada? —«Cientos», pienso—. Era imposible que supieras lo que iba a pasar. Fue uno de esos accidentes imprevisibles, tan terribles. Y sé que esto no hace que sea más fácil aceptarlo, pero la cosa fue así. Tú no hiciste nada mal; Logan no hizo nada mal. Echaré de menos a mi hijo hasta el fin de mis días, igual que tú. Igual que esos niños. Pero tú no tienes la culpa de que Logan no esté aquí. Dime que eres consciente de ello, por favor. ¿Has ido a las sesiones de terapia de duelo?

—Desde que nació Bea, no —admito, cohibida. Jugueteo con el dobladillo de la camiseta con los dedos—. Es que no he tenido ni el tiempo ni la energía para ir hasta allí.

No es que quede lejos. En coche, no se tarda ni media hora en llegar al pueblo donde solíamos vivir, donde todavía residen los padres de Logan. Sin embargo, encontrar canguro para tres o meterlos a todos en el coche para dejarlos en casa de Kent y Colleen y que yo pueda seguir yendo a terapia me parece un esfuerzo gigantesco.

—No me obligues a mudarme allí con Kent para asegurarnos de que te cuidas —me amenaza con ternura. Sé que lo dice medio en broma—. ¿Crees que irás a la entrevista, aunque sea?

—No lo sé. Puede. Quiero ir. Si es que lo echo un montón de menos... Pero tengo muchísimo miedo. ¿Y si la lío y a alguien más se le muere la pareja o el hijo por mi culpa? No me lo perdonaría jamás.

—No puedes seguir teniendo miedo de salir ahí afuera y vivir, cielo.

Reniego, derrotada. Odio que tenga razón, leches. Si algo tiene Colleen es que no te insiste en las cosas, de modo que cambia

enseguida de tema y yo se lo agradezco.

—Seguro que hablamos antes, pero, de momento, nos vemos el viernes, ¿de acuerdo?

—Sí, vale. —Río y me siento algo más aliviada que antes de que me llamase—. Gracias, de verdad.

—No hay de qué, Teddy. Nos vemos pronto. Te quiero.

—Y yo a ti. Hasta pronto.

Cuelgo, pero me quedo mirando la pantalla del teléfono. Antes de que me dé tiempo a acobardarme, llamo a Vi.

Cuando responde, lo hace preguntando directamente:

—¿Qué ha pasado?

—¿Acaso tiene que haber pasado algo para que te llame? —respondo, riendo.

—Sí. Porque si no, me mandarías un mensaje y ya —murmura.

Debo reconocer que seguramente tenga razón.

—Estoy intentando vivir sin miedo.

—Claro, porque esto no es para nada misterioso —suelta, seca, y yo vuelvo a reír.

—Mis suegros vendrán el finde que viene y se quedarán con los niños el viernes por la noche. ¿Tienes turno en el hospital? —me intereso.

—No, pero el viernes por la noche me toca trabajar en el Shifty's.

—Ah. Jolín, vaya.

—¿Por qué? —me interroga.

Oigo que se sienta, como si le preocupara lo que tenga que contarle a continuación.

—Quieren que me vaya a pasar la noche a un hotel para desconectar unas horas. Quería preguntarte si te apetecía pasar una noche de chicas —añado apresuradamente—. ¿Comida basura, comedias románticas de las empalagosas y alcohol? —Como no tendré que darle el pecho a Bea en toda la noche, podré tomarme una copa de verdad. Supongo que lo que importa son las pequeñas cosas—. También convenceré a Scottie.

Vi ríe y responde:

—Ostras, pues sí. Total, mis padres se quedarán con Hollie. Le pediré a Lou que me cambie algún turno la semana que viene. Ufff,

sí. Cien por cien. ¡Noche de chicaaasss! —canturrea Violette y sonrío —. Sin niños, sin hombres... Cuenta conmigo.

Sí, será genial. Justo lo que el médico (digo... mi suegra) me ha prescrito.

15

Xander

—¿Qué tal va la mudanza?

Oigo que mi hermano Zach refunfuña al otro lado del teléfono, aunque solo puedo distinguir muy sutilmente un «Barbies para días». Río. Tiene tres hijas (mis sobrinas) de entre cinco y once años. Mi hermano siempre ha sido un tío muy machote, así que tener tres hijas ha sido todo un proceso de adaptación para él.

Si a eso le sumamos que la madre de las criaturas cogió y se largó (porque es una frívola de mierda), Zach está ocupadísimo haciendo de padre soltero. Acaban de mudarse de su antigua casa a un apartamento más pequeño; algo más económico, ahora que está solo, que ya es otro gran cambio de por sí. Me siento mal por él, que quede claro.

—Parece increíble la de mierda que se acumula con el tiempo —se queja—. Y que no se me ocurra tirar uno de esos zapatos desparejados de las Barbies. A Chloe casi le dio un puto ataque ayer cuando vio que había un montón en la basura. Me miró tan mal que cualquiera habría dicho que acababa de matarle al gato.

Suelto una risotada, me cruzo de brazos y me recuesto en la silla que tengo en la terraza trasera. Ya me imagino la cara de traición que debió de ponerle mi sobrina pequeña.

—Es que hay que ordenar tanta mierda... —suspira. Detesto oírlo tan agotado—. Aunque he encontrado algo. Te lo he enviado.

—¿Ah, sí? ¿Qué es?

—Pues... una carta de papá —aclara. Me quedo petrificado—. Hace años, nos envió cartas a Joel y a mí, y esta iba dirigida a ti. Nunca acabé de enviártela. Lo siento, macho.

¿Una carta de mi padre? ¿Me la escribió para que la recibiera antes de morir o después?

—¿Cuándo recibisteis las vuestras? —le pregunto inclinándome hacia delante sin levantarme de la silla y apoyando los codos en mis piernas despatarradas.

—Joder, pues hará —exhala—… ¿seis años? Antes de que mi ex se quedara embarazada de Chloe, segurísimo. Bailey tenía... ¿un año, más o menos? O sea que hace bastante... No sé por qué acabó la tuya sepultada entre mis cosas.

—¿La...? Eh... ¿La has leído?

—Nah —contesta en voz baja y asiento a pesar de que él no pueda verme—. He pensado que como la tuya sea igual de personal que la mía, no debía leerla. Te la envié hace un par de días, así que debes de estar a punto de recibirla.

Joder. Una carta que escribió mi padre antes de morir. ¿No será la mar de raro leer algo suyo a sabiendas de que ya no está aquí? ¿A sabiendas de que falleció poco después de que, técnicamente, yo leyera esa carta?

Una familiar punzada de dolor se me clava hondo, con fuerza. Ya no suelo afligirme tan a menudo como antes, pero el dolor no ha conseguido mitigar para nada esa sensación. Mi padre era una gran persona; era un padre maravilloso, un líder y un jefe justo y honrado, además de uno de mis mejores amigos. Perderlo fue una de las peores experiencias de mi vida, hostia. Durante semanas y semanas, un despiadado vacío se me comió entero. Tardé muchísimo tiempo en salir de la maldita oscuridad en la que me hundí tras perder a mi padre.

Bebí demasiado. Follé demasiado. Me puse en peligro en varias ocasiones a propósito, como si estuviese preso de algún absurdo deseo suicida o algo. Y luego esa neblina desapareció y me di cuenta de la puñetera decepción que se habría llevado mi padre conmigo si me hubiese visto por aquel entonces.

Salí de esa con uñas y dientes y nunca volví a mirar atrás. Todavía bebo (a veces, puede que demasiado), pero me mantengo lo suficientemente sereno para saber cuándo parar. Ya no le meto la polla a la primera que se muestra interesada, aunque me alegra

poder decir que nunca jamás, ni siquiera en mis peores momentos, me he tirado a una pava sin condón. Siempre voy con una precaución de cojones.

Ya solo me faltaría tener hijos sueltos por ahí por no andarme con cuidado.

—¿Y Abigail? —le pregunto con la voz ronca y saliendo de los oscuros pensamientos en los que me había perdido.

Zach suspira de nuevo y me lo imagino frotándose la nuca como si estuviese intentando aliviar el estrés que le pesa en los hombros.

—Le cuesta —confiesa en voz baja—. No la culpo. Es lo bastante mayor para entender que Brit se ha ido y llega un punto en el que no puedo seguir tergiversándole la realidad de la situación, como sí puedo hacer con Bails y Chloe. Creo que, en parte, me culpa por que su madre se haya ido. —Percibo la tristeza que se le cuela en la voz, pero mi hermano continúa antes de que me dé tiempo a interrumpirlo—. Chloe está fatal emocionalmente. A ver, que siempre ha sido una niña vergonzosa y sensible, pero, joder, tío... Basta con que la mire mal para que se ponga a llorar y me pregunte si yo también las voy a abandonar, como Brittanee. Me rompe el puto corazón. ¿Cómo abandonas a tus hijas?

Su pregunta queda suspendida en un silencio absoluto. En realidad, nunca me pregunté cómo lo había hecho mi padre cuando nosotros éramos críos. Para mí, tenía una buena razón para marcharse. Este trabajo, la alarmante falta de personal que hay siempre en esta profesión... Lo entendí. Zach y Joel eran más pequeños, así que a ellos les costó más. Y luego, enseguida que pude, me vine a trabajar aquí con mi padre.

—En fin... Deberías recibir la carta en un día o dos. Solo quería que lo supieras para que estés pendiente del correo. Nunca sé cuándo tienes que irte a currar fuera —añade Zach, conteniendo el dolor y el cabreo que le provoca su propia situación—. Debería seguir deshaciendo cajas.

—Claro —contesto, deseando con todas mis fuerzas que pudiera hacer algo para ayudar más a mi hermano. Sin embargo, soy consciente de que poco puedo hacer a medio país de distancia—.

Gracias por avisarme y por enviar la carta. Cuídate, Z. Y dales un abrazo a las niñas de mi parte.

—Lo haré, tío. Vigila por ahí.

—Siempre —respondo serio antes de colgar.

He ahí la única promesa que puedo hacerle.

16

Xander

Miro el despertador de la mesita de noche, mientras escucho atentamente las órdenes que me dan a través del teléfono que tengo pegado a la oreja. Joder, qué temprano es. Pues nada... «A levantarse, colegas».

—Gracias. Salimos en una hora —le digo a quien me está hablando desde la otra línea.

Cuelgo y abro el grupo que tengo con Cal y King. Les mando un mensaje rápido para informarles de las órdenes que acabo de recibir sobre nuestro último turno. Es temprano de cojones, pero sé que verán el mensaje enseguida. Como capitán y jefe de cuadrilla que son respectivamente, se encargarán de contactar con el resto de la brigada y asegurarse de que se preparen para arrancar. Envío el mensaje, me levanto y echo a andar hacia el armario. Casi siempre tengo la bolsa llena y preparada para pillarla y largarme. La cojo y voy hacia la cocina para poner a hervir el café. Es temprano que te cagas, pero el incendio este lleva activo unas nueve horas tranquilamente.

Me vibra el móvil y desvío la vista hacia el aparato para leer las respuestas a medida que van llegando:

King: Oído, sup.

King: Un poquito temprano para los fuegos artificiales del Día del Trabajador, ¿no?

Cal: Toda California del Sur tiene prohibido encender fuegos. Idiotas.

Por lo visto, ha sido un turista de fuera.

King: Tarado.

Y, por lo visto, ha fallecido.

Cal: La selección natural en su máximo esplendor, peña.

Refunfuño y pongo los ojos en blanco. A pesar de que yo he pensado exactamente lo mismo, escribo:

Que ha muerto una persona, chavales.

Moved el culo.

Nos marchamos en una hora.

Cal: Perdón, sup.

Cal: Nos vemos en una hora.

De pie al lado del fregadero de la cocina y con la vista puesta en el jardín delantero, le doy un sorbo al café. La luna brilla con fuerza, marcando el relieve del exterior. Teddy tiene el cortacésped en medio del jardín, con parte de la hierba cortada; es como si hubiese parado en mitad de la tarea. Dejo el café y arrugo la frente. Si sigue aquí cuando regresemos del incendio, acabaré de cortarle el césped.

Apoyo la cadera contra la encimera y me cruzo de brazos mientras me bebo el café. Y entonces lo oigo. El grito indignado de un bebé. Suena amortiguado, pero lo oigo igualmente a través de la ventana que me queda detrás. Me pregunto si Teddy también estará en la

cocina, deambulando mientras intenta tranquilizar a una Bea llorona cuyo llanto suena cada vez más fuerte hasta que para abruptamente.

Y, entonces, oigo que le murmura y le habla a la niña y me doy cuenta de que ha salido por la puerta de entrada. Veo que baja del porche y echa a andar hacia el monovolumen. Lo desbloquea con el mando que lleva en la mano y las luces del vehículo se encienden.

Atravieso la cocina y salgo por la puerta delantera de mi casa en un santiamén.

—¡Teddy! —la llamo en voz baja, intentando no asustarla.

Aun así, ella grita, alarmada, y se gira hacia mí. Cuando veo lo que tengo delante, se me olvida todo.

—¡Aypordios, Xander! —exhala.

Las mejillas le adoptan un vibrante y bonito tono rosado, cortesía de la vergüenza. Va con el pelo recogido en un moño alto despeinado, las gafas sobre el puente de la nariz, sin maquillar. Lleva las típicas pintas de cuando te acabas de despertar y está guapa de cojones. No puedo dejar de mirarla; de mirar al cuerpo que ahora está todo al descubierto.

Está amamantando a Bea, que tiene la cara pegada al pecho expuesto de su madre, y la acuna expertamente con un brazo. Lleva un sujetador de tipo *bralette* muy fino y que parece cómodo (aunque se ha bajado una de las copas para darle acceso a Bea) y unos *minishorts* que le llegan justo hasta debajo del ombligo; he ahí todo lo que lleva de cintura para abajo. Tiene las piernas al descubierto, de la cadera a los tobillos, y su vientre suave queda expuesto entre la cintura de los pantis y la tira inferior del sujetador. Se ha puesto el mismo albornoz delicado y corto de antes por encima, pero no se lo ha atado, y los bordes le caen por los laterales; además, la tela le ha resbalado de un hombro y le ha dejado un brazo medio expuesto. Es como si hubiese saltado de la cama y ni siquiera se hubiese tomado el tiempo de pasar los brazos por las mangas de la prenda. Coge el lateral del albornoz con la mano que le queda libre y se cubre el cuerpo. Joder, ojalá no lo hubiera hecho. Esta mujer me tiene total y completamente fascinado.

—¿Necesitas que te ayude con algo? —le pregunto con la voz rasposa.

Carraspeo. Mierda.

—Hm... Creo que se me ha caído el chupete de Bea del bolso y debe de estar en el coche. Va atado a un peluche. Iba a buscarlo... —musita y señala a sus espaldas, hacia el vehículo. Sigue sonrojada como la que más—. Siento haberte despertado.

Me acerco y paso por su lado. Teddy hace ademán de seguirme, pero le digo:

—Espera aquí. No llevas zapatos. Ya lo busco yo.

Abro la puerta corredera del vehículo, estiro el brazo y enciendo la luz del techo. Meterme entre esos estrechos asientos, que resultan aún más estrechos por las sillitas de los niños, no es tarea fácil. Aun así, lo consigo y salgo al cabo de un minuto con el chupete pegado al minúsculo peluche de un perrito rosa.

—Dios... ¡Muchas gracias! —susurra después de que haya cerrado la puerta y haya vuelto con ella—. Debería haber salido a buscarlo anoche, pero estaba agotada, los niños por fin se habían quedado dormidos y no me apetecía lo más mínimo volver a salir de la cama...

Bea sigue succionándole felizmente el pecho izquierdo, cuya pendiente le queda al descubierto. Me detengo cerca de ella y le paso el chupete extraviado a la vez que Teddy alarga el brazo para cogerlo. No sé cómo (las madres nunca dejan de maravillarme, porque siempre pueden hacer de todo con una sola mano), pero ha conseguido juntar ambas partes del albornoz y ahora se ha hecho un nudo suelto alrededor de la cintura para cubrirse el cuerpo. Muy a mi pesar.

—Siento haberte despertado —repite levantando la cabeza para mirarme.

Tiene la marca de la almohada en una mejilla. Me la imagino profundamente dormida y sonrío.

—No me has despertado —respondo con un hilo de voz mientras le paseo los ojos por todos los centímetros de la cara.

Es muy temprano, pero no hace nada de frío. La ola de calor sin precedentes que ha llegado a Sky Ridge no está cediendo lo más

mínimo. Aunque a lo mejor soy yo. Tal vez estoy que ardo porque esta mujer me pone a cien. Sopla un poco de brisa; a Teddy le cae un mechón suelto de ese moño enmarañado y le roza la mejilla. No me contengo. Alargo el brazo y se lo coloco detrás de la oreja. Al notar mi tacto, se le entrecorta la respiración, separa sutilmente los labios y... Hostia puta, si es que yo solo quiero agachar la cabeza y ver si ese sonido sabe igual de bien en mis labios.

—Ya estaba despierto. Acaban de llamarnos para que nos vayamos a California. Estaba a punto de irme.

—Ah... —exhala arrugando sus cejas rubias y oscuras. Me estudia la cara con la mirada y la alterna entre los ojos y la boca. Se humedece los labios y asiente—. Bueno, me alegro de que no te hayamos despertado, pues.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame —murmuro en voz baja, alargando la mano para acariciarle el hombro y el brazo, ahora cubiertos. Tiene mi número, aunque nunca lo haya usado—. A cualquier hora. Para cualquier cosa. Lo digo en serio, Teddy.

Pone los ojos en blanco y se le escapa una ligera risa, pero vuelve a asentir. Me encanta ese sonido tan dulce y ronco y cómo se le encorvan los labios cuando sonríe.

—Claro. Si Bea vuelve a perder el chupete mientras estés controlando un incendio a tres estados de distancia, prometo que te llamaré.

—Y yo prometo que llevaré el móvil encima y cargado en todo momento —contesto con tono bromista, aunque, joder, lo digo muy en serio—. Venga, os acompaño a casa.

Esboza una sonrisa de medio lado, pero se gira y echa a andar hacia su puerta de entrada. No puedo evitarlo y bajo la vista hacia la curva generosa y exquisita que dibuja su culo bajo la fina tela del albornoz al andar. No puedo apartar los ojos de ese punto. Se le mece y menea el cuerpo con cada paso que da y yo acabo casi salivando y medio empalmado, hostia. Dios, esta mujer me pone a mil sin intentarlo siquiera.

Yo diría que no sirve de nada que niegue las ganas que le tengo, joder.

Sube los peldaños de su porche y se gira para mirarme. Ahora quedamos a la misma altura, a pesar de que yo sigo sacándole entre dos y cinco centímetros. Arruga la nariz y sonríe, y ese gesto se me clava directo en el pecho.

—¿Debería darte las buenas noches o los buenos días?

Sonrío y se me escapa una risa. Joder, qué mona es.

—¿Cuando entres intentarás dormir unas cuantas horas más? —le pregunto.

—Sí. Siempre y cuando esta de aquí me lo permita —responde meciendo muy sutilmente a Bea con los brazos.

La bebé, que ha dejado de succionarle el pecho, ha vuelto a quedarse dormida y, cuando Teddy la mece, su pequeña boca se separa del pecho de su madre y le deja el pezón al descubierto. Bajo la vista a la vez que Teddy baja la mano para cubrirse con el albornoz mientras ríe avergonzada. Se tapa la cara con la mano que le queda libre y refunfuña estrepitosamente.

—Dios-mio-de-mi-vida. Es como si no pudiera evitar ponerme en ridículo cuando estás cerca, en serio. Estas cosas solo me pasan cuando tú estás aquí para presenciar mi humillación, te lo juro. Lo siento muchísimo. Por favor, olvida que acabas de ver todo esto... —susurra soltando las palabras del tirón mientras se señala entera con la mano.

Aprieto tanto la mandíbula que me late un músculo. A ella se le vuelve a escapar otra risa, avergonzada, y se sonroja todavía más.

—Dios, espero no haberte aterrado de por vida —añade.

Doy un paso al frente, invadiendo su espacio personal y obligándola a retroceder un poco. Teddy baja el brazo a un costado, levanta la vista para mirarme y separa los labios.

—Ni de puta broma, Teddy.

—¿Qué? —pregunta con un hilo de voz casi inaudible.

—Has dicho que me olvide de todo esto —digo con la voz rasposa, rompiendo el contacto visual para pasearle los ojos por todo el cuerpo en dirección descendente antes de volver a mirarla a los ojos —. Ni de puta broma, Teddy —repito marcando bien todas las palabras—. Me moría de ganas de ver más de ti. Y lo que he visto de momento no me ha decepcionado, preciosa.

Sigue con la boca abierta, pero sin decir nada. Se le escapan unas jadeantes exhalaciones mientras me mira alternativamente a los ojos.

Aúno la valentía para pasearle la punta del dedo por el borde de la parte del albornoz con la que tan rápidamente se ha cubierto y, cuando llego al valle de su pecho, le rozo su cálida piel.

—Entra. Esperaré a que corras el pestillo —murmuro con tono grave y áspero.

Teddy da un paso hacia atrás y luego otro, aunque no me aparta la mirada en ningún momento. Señalo la puerta con la barbilla. Ella se gira, la abre y entra.

—Buenas noches, Teddy.

Asiente con un movimiento de cabeza tembloroso y responde:

—Buenas noches, Xander.

Antes de que le dé tiempo a cerrar la puerta, echo a andar hasta quedar cerca de ella otra vez.

—Ah y... ¿Teddy? —la llamo.

La voz me sale rasposa. Me siento osado y necesito que sepa que lo que le he dicho iba en serio.

—¿Hm? —susurra ella alternando la mirada entre mis ojos.

Alargo el brazo y recorro el cinturón del albornoz con un roce suave como la seda. Teddy inhala con fuerza y me mira. Con un grave hilo de voz, exhalo:

—Me encanta oír cómo gritas mi nombre mientras te corres, mama.

Se queda literalmente boquiabierta, se sonroja y en sus bonitos ojos grises veo el momento exacto en el que se da cuenta de a qué me refiero. Dejo que se me dibuje una media sonrisa antes de bajar la mano y volver a bajar del escalón de su porche.

—Corre el pestillo, Teddy.

Me quedo donde estoy hasta que oigo que ha cerrado la puerta con pestillo desde dentro, aunque no oigo pasos que me indiquen que se está alejando de ahí. Y no puedo evitar preguntarme si seguirá al otro lado de la puerta, al igual que sigo yo aquí, porque ella tampoco quiere marcharse.

17

Xander

Mi hermano Zach me dijo una vez que preferiría enfrentarse a cien incendios estructurales que a uno forestal porque, en el caso de los incendios estructurales, sí sabes dónde están las llamas. En los incendios forestales, en cambio, pueden pillarte por sorpresa y acorralarte por detrás.

No sé si será que, como llevo veinte años dedicándome a esto, tengo el ego desmesuradamente hinchado, pero... Y una mierda. Yo siempre preferiré enfrentarme a un incendio forestal que estar atrapado en el interior de un edificio en llamas. Antes de mudarme a Sky Ridge para unirme a la brigada de bomberos de élite de mi padre, me pasé años haciendo eso otro. Y a pesar de que mi pasión siempre ha sido extinguir incendios, los estructurales me ponen nervioso.

Desde este puesto de observación, sé exactamente dónde está mi brigada, aunque no pueda verlos físicamente. Ahora mismo, se han separado y cada cuadrilla se ha puesto a trabajar en su línea. King es nuestro recién instaurado jefe de cuadrilla y quien se encarga de talar árboles, así que tiene a su equipo en la cordillera, cortando madera muerta y apartando obstáculos de la línea. Cal tiene a la otra mitad del equipo unos cuatrocientos metros más abajo, abriendo una línea de fuego. En esta ocasión, hemos tenido la suerte de poder contar con una *bulldozer*, pero, por lo general, las líneas hay que cavarlas completamente a mano. Es un trabajo intenso y agotador; además, cuando estamos en el terreno, empezamos a currar a las cuatro de la mañana. Estamos obligados a

descansar cada dieciséis horas; sin embargo, a veces me toca obligar a mi equipo a parar para que coman y duerman.

Como superintendente, me toca estar siempre ojo avizor. Ahora estoy observando los cambios de viento y las corrientes de aire que azotan la zona más intensa del incendio, que ya se está acercando demasiado a varias casas. Los chicos tienen la extraña superstición de que puedo controlar el clima y guiarlo como me dé la gana, pero... Lo que pasa es que se me da de puta madre entender cómo va esto y punto. O a lo mejor, simplemente, he sido un afortunado de cojones durante gran parte de mi carrera. A la hora de enfrentarte a un incendio, el clima tiene un rol importantísimo. Como de pronto el viento empiece a soplar en otra dirección y vayan llegando brasas a la fronda (la parte de los bosques a la que no ha llegado el incendio), comenzarán a crearse incendios secundarios; y estos, a su vez, pueden acorralar a las brigadas o arder desenfrenadamente cerca de áreas residenciales. Hace unos días, unas rápidas llamas empezaron a desviarse hacia la zona oeste. La antigua brigada de Colorado de Mack consiguió circunvalarlo antes de que se descontrolara. Ahora Mack ya se ha jubilado y la brigada tiene un nuevo superintendente, pero el tipo parece ser buenísimo en lo suyo.

El día que llegamos, King y su cuadrilla casi acaban acorralados en una cordillera, pero King pensó con rapidez y consiguió sacarlos a todos de allí. Estoy orgulloso de cojones; se ha ganado este puesto como jefe de cuadrilla y este incendio no ha hecho sino confirmarme que tomé la decisión correcta. Me paso la mitad del tiempo explorando y la otra mitad ayudando donde me necesiten; sin embargo, no podría hacer mi trabajo si no supiera que puedo confiar en que mi capitán y mis jefes de cuadrilla harán lo que les corresponde. Tengo suerte de poder contar con un equipo así de maravilloso.

Cal y su cuadrilla han ido quemando a lo largo de una línea de poco más de dos kilómetros que contendrá el incendio porque las llamas han atravesado la línea de contención que habíamos construido. Como el contrafuego está arrasando con tanto combustible como puede para evitar que el incendio se siga

expandiendo, cuando las llamas principales lleguen a la zona de quema controlada, ya no tendrán demasiado con lo que avivarse, a no ser que salten ascuas y se vayan creando otros pequeños incendios a ochocientos metros.

Joder. Este incendio ha sido una bestia de principio a fin.

Soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea en Teddy; hay que joderse. A pesar de estar centrado en el incendio, no consigo quitármela de la cabeza.

Tengo cuarenta y dos años, estoy a punto de cumplir los cuarenta y tres, y nunca jamás, en mi vida adulta, me había obsesionado tantísimo con una mujer como me he obsesionado con ella.

Achaco la culpa a Violette, por contarme que Teddy no está interesada en salir con nadie. Porque, ahora, lo único que quiero es que sí lo esté. Teddy siempre ha sido del todo inalcanzable y estrictamente intocable para mí; lo supe nada más conocerla. Respeté su matrimonio. Ahora, en cambio...

Joder. Ahora es sutilmente menos inalcanzable y no tan estrictamente intocable como antes... Y la cosa es que nunca he dejado de desear a esta mujer.

Me la he cascado en demasiadas ocasiones pensando en el cuerpo desnudo que le atisbé esa mañana, cuando nos fuimos de Sky Ridge para venir hacia aquí. Ya hace casi dos semanas de eso y nunca había tenido tantísimas ganas de regresar a casa. Si aguanto día tras día es gracias a su risa, su sonrisa... Joder, toda ella.

Está sola en casa con tres niños. Debería haber organizado algo; debería haberle pedido a alguien que fuera a ver si necesita algo en mi ausencia. Me pregunto si Violette la habrá visto; si se habrá preocupado por cómo está. Seguro que Scottie lo habrá hecho. La cobertura aquí va fatal (cuando va), de modo que no hemos podido hablar.

Y creedme: lo he revisado. En varias ocasiones. No me ha llamado ni me ha escrito ni una sola vez. Espero que esté bien, hostia.

Al final del día, mi equipo (junto con las otras divisiones y brigadas que han venido a ayudarnos en este incendio) ya lo tiene controlado.

Cuando regreso a la cordillera para llegar al campamento base que se ha convertido en nuestra casa a lo largo de las últimas dos semanas, veo que mi equipo ya ha llegado. Ya casi ha oscurecido y algunos miembros de la brigada están fritos en sus sacos de dormir mientras otros devoran la comida. Estamos todos sucios, sudados, agotados y muertos de hambre. Aquí, la mayoría de estos chicos quemarán más calorías de las que consumirán.

King está unos quince metros más abajo del sendero, con el móvil pegado a la oreja. Habla durante unos minutos y, al colgar, regresa con nosotros.

—¿Qué tal Violette? —le pregunto.

Él sonríe y me doy cuenta demasiado tarde de que la he cagado.

—Genial. Me ha dicho que te diga que Teddy y los niños también están bien.

«Será cabrón...».

Más de uno desvía la atención hacia nosotros y los hay que hacen preguntas en tono vacilón. A King se le ensancha aún más la sonrisa mientras se deja caer en un tronco cortado que ahora hace las veces de banco. Los odio a casi todos.

—Sup, ¿tienes jefa y niños y nosotros sin saberlo?

—No es cosa vuestra —respondo con aspereza.

—Es decir... ¿Teddy, la hermana de Cal? —pregunta Opp, hincándole el diente a la comida.

Cal apoya los codos en las rodillas y asiente sin apartarme los ojos de la cara. Manda narices...

Royce, nuestro novato, se endereza en su asiento, animado, y se une a la conversación:

—Espera, ¿la hermana de Cal? ¿La que es tu vecina? ¿Esa a la que ayudaste a...? —deja la frase a medias y hace pantomimas, fingiendo estar asistiendo un parto.

Lo fulmino con la mirada.

Opp le da unas palmadas en la espalda al crío y musita:

—Igual deberías dejar el tema aquí, Roycie. Cuando le hablas de esto, se pone en modo «papá oso».

—Ya ves. ¿Os acordáis de lo que pasó con Morey? —King ríe y sacude la cabeza, dándole un mordisco a la comida.

Aprieto la mandíbula y la rabia me invade de nuevo al acordarme de lo que musitó un imbécil de mi brigada sobre la anatomía de Teddy. Primero, se me tiñó la vista de rojo cuando soltó el comentario ese de la nada diciendo que, con eso, tuve la oportunidad de levantarle la falda. Luego, con unas cuantas copas de más, me preguntó si Teddy me había ofrecido algo para agradecerme el servicio prestado. Yo nunca he sido de peleas, pero... Estuve a nada de molerlo a palos, leches. Si no fuera porque Opp me agarró con fuerza para contenerme, le habría partido las palas al cabrón ese. Me alegro de que Cal no estuviese ahí para oírlo, porque dudo que hubiésemos podido evitar que le desfigurara la cara.

Al cabo de poco, el puerco ese se fue a trabajar con una brigada de Arizona. Que le vaya bonito.

—Hala, es verdad —responde Royce, mirándome con cierta cautela. El crío tiene buen corazón, aunque todavía está un poco verde. King se ha tomado en serio eso de orientarlo. Creo que el chaval le recuerda a Jake, su mejor amigo, a quien perdimos en un incendio la misma temporada que se unieron a la brigada—. Si alguien hubiese hablado así de una persona que me importa, yo también habría hecho lo mismo, sup. Seguro que Cal también te lo agradece.

Guardo silencio y veo, por el rabillo del ojo, que tanto King como Cal sonríen como un par de idiotas. A ellos poco puedo esconderles; aunque tampoco es que haya intentado esconderles nada, en realidad. Cal lleva años siendo mi mejor amigo, cosa que lo empeora todo aún más, y King es como un hermano pequeño para mí, aunque es muchísimo menos pesado que Joel. Bueno..., casi siempre, al menos. Ahora mismo, me encantaría empujarlo por el pecho y que cayera del tronco en el que está sentado.

El receptor emite un ruidito y, acto seguido, se oye la voz del oficial al mando:

—Buen trabajo, chicos. Parece que el incendio está contenido. Os podéis ir a casa.

—Recibido —contesto, apagando el aparato—. Parece que nos vamos a casa, chavales. Felicidades, hemos conseguido controlar

otro incendio más.

Mis palabras suscitan gritos de alegría por todo el campamento base y los chicos entran en acción para empezar a desmontarlo todo. Iremos hacia la zona alquitranada más cercana y nos subiremos a alguna avioneta de mierda que nos lleve hacia el norte (con la equipación a cuestas, claro). Y luego aún nos quedará una hora de trayecto por carretera hasta llegar a Sky Ridge. Pero deberíamos estar en casa por la mañana.

18

Teddy

—¡Ay, mis niños!

Colleen se arrodilla en el porche con los brazos bien abiertos y Dalton y Penny se le echan encima. Sonrío. Mi suegra les llena las mejillas y la frente de besos y los niños ríen. Dalton se frota exageradamente la cara, como si quisiera deshacerse de los besos de su abuela, y sonríe de oreja a oreja. Colleen lo mira entrecerrando los ojos, bromista, pero luego vuelve a besarlos en ambas mejillas, por si acaso.

—¡Abuelo, te juro que han crecido treinta centímetros desde la última vez que los vimos! —dice Colleen, girando la cara para hablar con su marido.

Dalton y Penny se sueltan de Colleen y se abalanzan hacia Kent, que los pilla a ambos mientras mis hijos lo abrazan por la cintura. Le tiendo una mano a Colleen y la mujer refunfuña con dramatismo al levantarse.

—Me estoy haciendo demasiado vieja para arrodillarme en el suelo de esta manera.

Río, pero ella me abraza con fuerza enseguida y me hundo un minuto bien largo en sus brazos. Mi suegra siempre huele a miel y a hierbabuena, y aprovecho la ocasión para impregnarme de su aroma. Durante este último año, Colleen ha sido mi pilar. No sé qué haría sin ella.

—Gracias por venir —susurro, abrazándola con más fuerza antes de soltarla.

Kent tiene a Penny en brazos. Mi hija le está hablando con sumo detalle del fuerte de mantas que construyeron ayer con Dalton en el

salón y le dice que yo fui una «mamá mala» y los obligué a desmontarlo antes de que se fueran a la cama. Kent se ríe y me guiña un ojo antes de decir:

—Esta noche haremos otro, ¿qué os parece?

Penny chilla ilusionada y vuelve a reír. Dalton levanta el puño en el aire.

—¿Pediremos pizza para cenar? —pregunta el niño.

—¿Pizza? ¿Qué os hace pensar que vamos a cenar pizza? —contesta Colleen con tono inocente, a pesar de que ella también me guiña un ojo.

Las fiestas de pijamas con pícnic de pizza en el suelo son la especialidad de Colleen y Kent. A los niños les encanta. Hacen palomitas en los fogones y luego construyen una cama gigante con mantas en medio del salón para ver pelis acampados en el suelo.

—Ya he cambiado las sábanas de la cama. Os lo he dejado todo preparado —les cuento mientras los hago pasar a todos a casa.

Bea está frita en la mecedora que tengo en el suelo y que se va moviendo despacio gracias a ese mecanismo automático. Colleen se inclina para mirarla; luego se separa y deja que siga durmiendo.

—¿Seguro que queréis que me vaya? —le pregunto—. Puedo quedarme y...

—Ni de broma —murmura Colleen, yendo hacia la cocina—. Hoy tienes la noche para ti. Para darlo todo de ti, primero tienes que estar tú bien, cielo. Ya te lo dije.

Entiendo perfectamente a qué se refiere y estoy tremendamente agradecida de tener la oportunidad de irme y no hacer de mamá por una noche, pero me siento tan culpable y egoísta por marcharme que tengo la ansiedad por las nubes.

He escrito una meticulosa lista con la rutina de Bea en una libreta: cada cuánto hay que darle de comer, cuánta cantidad y cuál es su horario de sueño, tanto de día como de noche. He dejado de todo en el cambiador y he preparado los pijamas de los tres niños. Dalton y Penny son de trato fácil, y Colleen y Kent ya están familiarizados con las rutinas de mis dos hijos mayores.

—¿Qué tal la primera semana de cole? —se interesa Colleen.

Dalton procede a contarle cómo le ha ido su primera semana en tercero de primaria con sumo detalle. Acto seguido Penny entretiene a sus abuelos explicándoles qué tal le va a ella en el jardín de infancia. Bea empieza a despertarse justo cuando ambos niños han terminado de contar sus historias.

Colleen me hace un gesto para que me vaya. Coge a mi bebé rechoncheta de casi cuatro meses en brazos y le acaricia su suave mejilla.

—Venga, chicos. Mamá se va. Dadle un beso y un abrazo —les dice Colleen a Dalton y Penny, que vienen corriendo hacia mí como si fueran minijugadores de fútbol americano.

Ya tengo la bolsa hecha, aunque he tardado todo el día en convencerme de que tenía que prepararla. Uno de los pijamas más cómodos que tengo y una muda para mañana, zapatillas, dos novelas subidas de tono que me moría de ganas de leer y todo lo necesario para una buena pedicura, además de mascarillas faciales. También he pillado un par de botellas de vino y varios tentempiés para pasar un fin de semana entero.

Abrazo a mis dos hijos con fuerza y les doy un beso en las mejillas. Dalton no se frota la cara para deshacerse de mis besos. Sonrío y le alboroto el pelo.

—Ayuda a los abuelos con Penny y Bea, ¿de acuerdo? Y portaos bien. Lavaos los dientes antes de iros a la cama. —Dicho esto, miro a Colleen y añado—: Y, por favor, nada de helado pasadas las nueve. Como les deis tanto azúcar a esas horas de la noche, no van a pegar ojo.

—No se me habría ocurrido jamás —bromea, a pesar de que sé que me hará caso.

Puede que sea la mejor abuela del mundo y que tanto ella como Kent mimen a mis hijos a rabiar, pero siempre han respetado mis normas.

Le doy un fuerte abrazo a Penny y le digo:

—Nada de escaparse de los abuelos ni de jugar en el jardín trasero sin el abuelo o la abuela. ¿Cuál es nuestra primera norma?

Penny me mira con sus grandes ojos marrones de gacela y susurra:

—Nada de correr *hasia* el arroyo.

Asiento y le coloco un rizo suelto detrás de la oreja.

—Eso es. Muy bien —la alabo.

Me giro hacia Colleen y Kent de nuevo y señalo la libreta. Colleen le pasa Bea a Kent, que la sujeta como si fuera un balón de fútbol americano y se la acerca.

—Está todo aquí. Ya tenéis mi número de teléfono, por supuesto, y he cogido el cargador por si acaso. El número del hotel está aquí —le cuento señalando el número de teléfono que hay garabateado al final de la hoja—. He dejado leche descongelándose, pero hay más en el congelador. Los biberones ya están listos y esterilizados. Cuando acabéis, no hace falta que los esterilicéis, tranquilos; ya lo haré mañana cuando vuelva. Tengo un montón, así que no tendréis que reutilizar ninguno. Los pañales, las toallitas, la crema protectora para los pañales, los pijamas... Está todo listo.

Kent me pasa a mi hija pequeña y achucho a Bea un segundo. Es la primera vez que me separo de ella y estoy empezando a entrar en pánico. Inhalo su aroma a bebé. Es solo una noche; estarán bien. Yo también tengo derecho a desconectar y a ser una mujer normal por una noche. No habrá ninguna catástrofe.

—Si necesitamos algo, te llamaremos —me recuerda Colleen con ternura al ver que empiezo a agobiarme—. Pero estaremos bien.

—Lo sé —susurro y, como tengo la carita de mi hija pegada a la mía, miro a mi suegra a los ojos por encima del pelo oscuro de Bea.

Le doy otro beso en la cabeza a la bebé antes de darle uno más en su mejilla pequeña y rechoncheta y pasarle la niña a Colleen. Me escuecen los ojos y la nariz, pero pestañeo para deshacerme de las lágrimas. ¡Que me voy unas dieciocho horas, no dieciocho meses, por el amor de Dios! ¡Puedo hacerlo!

Cojo la bolsa que he dejado al lado de la puerta, les sonrío y les lanzo un beso a todos.

—¡Buenas noches, mamá! —grita Colleen, cogiéndole la mano a Bea y moviéndosela. La bebé ríe.

—¡Pasadlo superbién! Os quiero —les digo a todos en general.

Acto seguido, me obligo a salir por la puerta.

Mientras camino hacia el monovolumen, me vibra el móvil en el bolsillo y lo pesco. Me acerco el aparato a la oreja con una sonrisa temblorosa en los labios.

—¿Cómo has sabido que necesitaba esta llamada?

—Porque sé lo duro que es alejarte de ellos por primera vez —responde Vi—. La primera vez que me tocó trabajar de noche en el hospital después de que naciera Hols, estuve hecha un flan.

Río, me siento detrás del volante y arranco el motor. Exhalo y me recuesto contra el reposacabezas. Clavo la vista en mi pequeño dúplex, al otro lado del parabrisas, y me los imagino a todos dentro. Esta noche se lo pasarán en grande, lo sé. Así que... ¿por qué me cuesta tanto hacer algo por mí? A decir verdad, ya sé la respuesta.

—Es la primera vez que me separo de Bea... Pero también es la primera vez que me separo de ellos en general desde que perdimos a Logan.

—Te entiendo. Los niños estarán de maravilla. Y nosotras nos hincharemos a comida basura y vino, y veremos las comedias románticas más cursis habidas y por haber.

—Tienes razón. Nos lo pasaremos genial —murmuro mirando por el retrovisor mientras saco el coche de la entrada—. Llego en quince minutos. Scottie tampoco debería tardar en llegar.

—Genial —canturrea Vi—. ¡Hasta ahora!

Al cabo de media hora, Vi y yo nos encontramos sentadas a lo indio en una de las dos camas de matrimonio que hay en la habitación del hotel, con una bolsa de Doritos abierta entre ambas y bebiendo White Claw. Y, entonces, llaman a la puerta. Vi salta de la cama y va a abrir. Está muy metida en el mundo del yoga y el pilates, así que tiene un cuerpo curvilíneo y tonificado, y está preciosa con este conjunto de color verde jade de tela *waffle*. La mujer es despampanante.

—¡Hombre, si nos has encontrado! —dice sonriendo y abriendo más la puerta para dejar pasar a Scottie.

La novia de mi hermano lleva una bolsa de tela con estampado militar colgando de un hombro y una del súper en el otro. Sigue a Vi por el cuarto y deja la bolsa de ropa en la otra cama antes de dejar la de comida en la cama donde yo sigo sentada. Se ha recogido su

melena pelirroja en un bonito moño alto despeinado y varias pecas le danzan por las mejillas y la nariz. Va con unas mallas de deporte apretadas de color azul marino oscuro y un top blanco que le permite lucir su atlética figura. No me acuerdo exactamente de cuando la conocí (nos cruzamos brevemente a las afueras del Shifty's y Cal y yo íbamos borrachos), pero de la segunda vez que la vi sí que me acuerdo. Fue después de que los rescataran del Quell's Peak. Incluso por aquel entonces, me quedó clarísimo lo muy enamorado que estaba mi hermano de ella. Sigo agradecida de que Scottie haya llegado a su vida, por poco ortodoxo que fuera el inicio de su relación. Me levanto de la cama y me ajusto la camiseta a la altura de la cintura.

—Gracias por hacerme salir de casa esta noche. Lo necesitaba —dice con una sonrisa al acercarse a mí.

Me abraza con fuerza unos segundos y el gesto me sirve de recordatorio de la suerte que tengo de que estas dos mujeres hayan llegado a mi vida.

—No podía tener una noche de chicas impuesta sin mi cuñada y mi mejor amiga. Sobre todo, porque vuestros hombres siguen fuera. ¿Tenéis idea de cuándo vuelven?

Formulo la pregunta lo más despreocupadamente que puedo mientras me separo de Scottie, pero creo que tanto ella como Vi se han dado cuenta de que estoy intentando sonsacarles información de Xander. Vi le sonríe a Scottie y luego a mí.

—Lo último que me dijo Rowan fue que seguramente tendrían que quedarse allí unos cuantos días más —me cuenta sonriendo de oreja a oreja—. ¿Echas de menos al buenorro de tu vecino?

Gruño y vuelvo a plantar el culo en la misma cama donde estábamos antes.

—¡Violette!

Ella se ríe y le hace un gesto con la mano a Scottie mientras se suben ambas a la cama.

—Anda ya... Quiero saberlo todo sobre vosotros.

—Eh, que no existe ningún «nosotros» —me apresuro a decir, enderezándome y alternando la vista entre estas dos mujeres—. A ver... Solo somos vecinos. Literalmente.

—Ajá... —musita, aunque su tono deja clarísimo que no se lo cree en absoluto.

Vuelvo a gruñir.

—Tu hermano lo lleva muchísimo mejor de lo que esperaba —ríe Scottie, sonriendo.

—AyporDiós, si no tenemos nada, ¿icómo lo va a llevar!? —grito. Me arden las mejillas—. Entre Xander y yo no ha pasado nada. Nada.

Se me cierra la garganta al pronunciar esa mentira. No hace falta que sepan que me vio medio desnuda. Ni lo que me dijo en el porche. Ni cómo se le ensombrecieron los ojos con ese centelleo oscuro y peligroso mientras me miraba. Y lo que definitivamente no hace falta que sepan es que, cuando volví a meterme en la cama, me llevé a mí misma al orgasmo pensando en esas acaloradas palabras. Además tuve que echar mano de todo mi autocontrol para no hacer ningún ruido. Le doy un largo sorbo al alcohol.

—Es mi vecino y el mejor amigo de mi hermano. Y su jefe. No siento nada por el buenorro de mi vecino —insisto, aunque esté mintiéndoles descaradamente a la cara.

Vi me fulmina con la mirada de reojo, y señala:

—Te diré lo mismo que le dije a él: nada de mentiras.

«Pues estamos jodidos...».

—Pero reconoces que está bueno —comenta Scottie. La fulmino con la mirada, justo por encima de la bebida. Mi cuñada me guiña un ojo—. Bueno, que conste que yo diría que él también siente cositas por la buenorra de su vecina.

Los celos se apoderan de mí de forma tan inesperada que me sobresalto. No puedo evitar ponerme a pensar en todas las mujeres que viven cerca de nosotros en un intento por descubrir de qué vecina estará hablando Scottie. Pero no se me ocurre nadie. Bueno, supongo que esto me servirá para ponerle fin a este estúpido flechazo del que llevo meses intentando deshacerme.

Vi se inclina y susurra bien alto:

—Eres consciente de que está hablando de ti, ¿no, Teddy? Tú eres la buenorra de su vecina.

«Aaaaaah».

Me sonrojo a más no poder y le doy un sorbo a la bebida. El gas provoca que me escueza la nariz y toso. «Cambiemos de tema. ¡Ya!».

—¿Alguna de vosotras ha traído algo más fuerte? —pregunto, jadeante.

Scottie sonríe y se inclina para coger la bolsa del súper que ha dejado antes en la cama y procede a hacer florituras para sacar una botella de *whisky*.

—¿Chupitos, chicas?

—Nada de alarmas por la mañana —ríe Vi, que salta de la cama y coge los vasos de plástico del baño, cortesía del hotel.

Les quita el envoltorio de plástico y se los pasa a Scottie, que sirve un par de dedos en cada uno. Trago saliva con fuerza y río un poco, nerviosa.

La última vez que me emborraché fue la noche que quedé con Cal para tomar algo en el Shifty's porque mi hermano necesitaba hablar de Scottie. En realidad, él no habló de ella; más bien respondió a preguntas a base de gruñidos y monosílabos, y creo que en algún punto incluso se olvidó de que yo estaba allí. Mi tolerancia al alcohol es tan baja que me bastó con tres copas para emborracharme y ponerme toda risueña. Logan me empujó para que saliera de casa y me fuera a pasar algo de tiempo con mi hermano, básicamente, y me prometió que él se ocuparía de Dalton y Penny esa noche.

Al pensar en eso ahora, me viene un recuerdo completamente borroso y vago de Xander ayudándome a ponerme la chaqueta y el ligero roce de sus dedos en el pelo. Y estoy bastante convencida de que condujo a Cedar Valley, que queda a treinta minutos de aquí, para llevarme a casa. Aunque igual lo soñé...

Sacudo la cabeza y me enderezo. Scottie me pasa un vaso, enarcando una ceja en señal de pregunta.

—A la mierda. Vale. A beber —digo aceptando uno de los vasos—. Por las amigas y por dormir hasta tarde sin el vigilabebés al lado.

—Por el pedazo de mujeres que somos —añade Scottie, sonriendo y levantando su vaso—. Y por los hombres que se arrodillan a nuestros pies.

—Sí, señora. Bien dicho. —ríe Violette.

Se me escapa una risa genuina.

Puede que me arrepienta de esto por la mañana, pero, por ahora, es justo lo que necesitaba.

19

Xander

—¡Sup, esto ya es lo último! —me informa Opp desde el lateral del segundo camión de equipaje.

Con tantos compartimentos pequeños repletos de puertas en ambos lados, que es donde guardamos todo el material durante los trayectos, estos vehículos parecen los típicos camiones de transporte de animales. Si tenemos que ir a controlar un incendio lo suficientemente cerca de casa, vamos en camión y punto. En otros casos, como ahora, que hemos tenido que ir a California del Sur, conducimos hasta el aeropuerto más cercano, desde donde, básicamente, un avión de carga nos lleva al destino.

Asiento para darle las gracias a Opp desde aquí. Estoy acabando de descargar el primer camión. Hace poco menos de seis años que Opp se vino a trabajar con nosotros. Al principio, se unió a la brigada de forma temporal para sustituir a Dixon, que se rompió la pierna en el mismo incendio en el que perdió la vida mi padre, pero encajó tan bien con el resto del grupo que decidió quedarse. Es grande y corpulento como un oso; nunca he visto a un hombre lanzando un obstáculo para apartarlo del camino como lo hace él.

Curly, Gareth y Dixon están llevando sus últimas pertenencias a lo que constituye, en esencia, nuestro parque de bomberos local. Es una gran nave agrícola con postes metálicos venida a más a las afueras de Sky Ridge. Está pintado de unos tonos verdes y grisáceos ya desgastados, pero tiene el espacio suficiente para guardar la equipación, aparcar los camiones, tener algo de material de gimnasio decente, que usamos a menudo para mantenernos en forma para el trabajo, una mesa de billar medio destartalada con el

fieltro verde raspado, un tablero de dardos y un futbolín que se aguanta por un pelo. O por una sola pata, mejor dicho. Lo tenemos apoyado sobre varias guías telefónicas viejas que encontré en el despacho cuando murió mi padre.

Yo tengo la oficina del fondo, con una pequeña cocina, y los chicos la usan a todas horas. Pegadas a una pared hay un par de literas de tres, tamaño XL, para los miembros de la brigada que no viven en Sky Ridge y no quieren buscar alojamiento. En la otra pared de hormigón blanco se encuentran las taquillas donde guardamos el material.

—Buen trabajo con este incendio, chicos —les digo—. Venga, a pegaros todos una puta ducha y a dormir. Apestáis de cojones.

Cal se despide con la mano mientras se sube a su coche y le devuelvo el gesto con la barbilla. King no tarda demasiado en hacer lo propio. Hemos llegado al aeropuerto a las seis de la madrugada pasadas. Luego hemos tardado otras dos horas en llegar aquí, y la última nos la hemos pasado descargando los camiones y limpiando la equipación antes de irnos a sobar.

Por lo general, al regresar de algún incendio, nos vamos todos al Shifty's para celebrar que hemos vuelto. Sin embargo, ahora es demasiado temprano (si es que es primera hora de la mañana, hostias) y estamos agotados, joder. Me muero de ganas de comer, ducharme y dormir.

Aunque, sobre todo, me muero de ganas de ver a Teddy.

En cuanto aparco en la entrada, en mi parte del jardín, arrugo la frente. No veo el monovolumen y, en su sitio, hay un pequeño utilitario. Bajo de la camioneta y estiro mis músculos cansados y doloridos mientras miro a mi alrededor. Hay que cortar la hierba desesperadamente; tanto la de su parte del jardín como la de la mía. Teddy ya no tiene el cortacésped ahí en medio; ahora está más cerca de la terraza, justo al lado de una pequeña lata roja de gasolina.

Del dúplex de Teddy sale un hombre mayor con Dalton detrás. Al verme, el niño me saluda ilusionado y echa a correr hacia mí a la vez que yo cojo la bolsa del asiento del copiloto.

—¡Xander!

—Buenas, campeón. ¿Qué tal? —le pregunto al crío, sonriéndole.

El niño sonríe con tanto ahínco que se le arrugan los ojos.

—¡Superbién! Hemos hecho una fiesta de pijamas con los abuelos y nos hemos quedado despiertos hasta tarde viendo pelis y comiendo helado, y ahora el abuelo y yo vamos a cortar el césped para darle una sorpresa a mamá. ¿A que mola?

Lo suelta todo del tirón, ilusionado y medio saltando sobre las puntas de los pies. Río y le doy un apretón en el hombro antes de ir hacia el hombre, atravesando el césped triste y abandonado que nos separa. Tiene los ojos del mismo tono marrón que los hijos de Teddy y el pelo grueso y canoso. Lo reconozco de cuando fue a ver a Teddy al hospital después de que diera a luz a Bea. Es su suegro, Kent Hansen. He visto a Colleen por aquí en varias ocasiones, pero no había vuelto a ver a Kent desde que nació Bea.

—¿Has estado en algún incendio? ¿Dónde? ¿Era peligroso? ¿El tío Cal está bien? —sigue Dalton, disparando las preguntas tan deprisa que no me da tiempo a responder.

Vuelvo a reír y desvío la atención hacia él.

—¿También has desayunado helado? —se lo pregunto medio en broma.

El crío tiene un subidón de azúcar o algo.

—No, pero la abuela nos ha dejado echar sirope extra a los gofres. El sirope me gusta un montón, pero mamá no nos deja comer demasiado.

—Eso de guardar secretos no es tu fuerte, ¿eh, Dalton? —dice riendo por lo bajo el hombre, que se detiene frente a mí. Me tiende la mano y yo le doy un fuerte apretón; él me mira fijamente con esos ojos marrones—. Me alegro de volver a verte.

Sonrío a Dalton y le guiño un ojo antes de volver a centrarme en Kent.

—Lo mismo digo, Kent. —Asiento, señalo el dúplex de Teddy y me intereso—: Eh... ¿Todo bien con Teddy?

—Uy, sí, todo en orden. Colleen y yo hemos venido a pasar el fin de semana con ellos y ayer la obligamos a que disfrutara de una noche de chicas.

—¿Y no ha vuelto a casa? —pregunto, intentando que no se me note la preocupación en la voz.

La última vez que Teddy se emborrachó, tuve que llevarla yo a casa, en coche, porque había bebido demasiado y no podía conducir. Esta mujer tolera menos el alcohol que una maldita ardilla.

Tenerla sentada a mi lado esa noche, a meros centímetros de mi cuerpo y con su aroma impregnando la pequeña cabina de mi camioneta durante todo el trayecto... fue como una tortura. Esa noche la vi feliz: contentilla y risueña, y su risa sonora y liviana se aferró a la roca que hace décadas que es mi corazón. Gracias a Dios que estaba todo a oscuras, porque casi no pude apartarle la mirada.

Me agarré al volante con fuerza y fui recordándome sin parar que estaba llevándola a casa, con su ma-ri-do. Estaba casada, leches; feliz y alegremente casada.

Con otro hombre.

—Qué va. La enviamos a un hotel para que pasara la noche allí. Acaba de llamarnos. Ha salido a desayunar con sus amigas; volverá luego a casa —me cuenta, despeinando a Dalton y devolviéndome al presente—. He pensado que podía arreglarle el jardín antes de que llegue. Así tiene una cosa menos de la que preocuparse.

Este hombre siempre me ha caído bien, y ahora me cae aún mejor. Al saber que Teddy no ha intentado coger el coche borracha y que, al menos, unas pocas personas más han cuidado de ella mientras yo no estaba, respiro un poco más ligero. El nudo que notaba en el pecho se suelta un poco, aunque enseguida lo reemplaza una emoción a la que no sé si quiero ponerle nombre. Una emoción que llevo años rehuyendo.

Me recoloco la bolsa que llevo colgando del hombro y señalo el cortacésped con la cabeza.

—Déjeme que guarde las cosas y ya me ocupo yo. A mi jardín tampoco le vendría mal un repaso. Ya corto el césped de los dos y así usted puede disfrutar de los niños.

—No te ofendas, chaval, pero tienes pinta de estar reventado —musita Kent con sequedad.

Se me escapa una risa baja y me froto la nuca con una mano. Soy consciente de que, a la que deje de moverme, me quedaré frito de

inmediato; además, tengo el cuello tenso de cojones. Pero quiero hacer esto por Teddy.

—De verdad que no me importa —insisto.

Kent asiente y responde:

—De acuerdo. El césped es todo tuyo, chaval.

Dalton me sigue hasta mi dúplex, donde dejo la bolsa y me apresuro a abrir las ventanas. Entre el calor que hace en agosto y que llevo dos semanas fuera, el apartamento está cargado. Me cambio en un santiamén, me quito la ropa del curro, me pongo unos pantalones cortos de deporte y una camiseta, y me calzo unas bambas gastadas. Dalton se ha quedado esperándome en la puerta y le doy un apretón en el hombro al salir.

—¿Listo, campeón?

El niño me sonríe ilusionado y asiente. Y nos ponemos manos a la obra.

20

Teddy

Puede que esta mañana tenga un poquitín de resaca, pero las últimas veinticuatro horas han sido justo lo que necesitaba. Nada que una ducha caliente, puede que una aspirina y el resto de este gigantesco café de El Recoveco no puedan remediar. Ah, y muchísima agua.

Me he despedido de Vi y Scottie en la acera al salir de El Recoveco; las he abrazado y les he dado las gracias por esta espléndida noche de chicas. Hemos prometido que volveremos a quedar pronto, aunque sea solo en casa de una de las tres para tomar una copa de vino y hablar de cosas de mujeres adultas. Me siento renovada (dejando de lado esta resaca sutil) y lista para comerme el mundo.

Hay que ver lo mucho que pueden alegrarte el alma las buenas amistades; es increíble. Y yo soy afortunada como la que más de poder decir que estas dos mujeres son mis amigas; familia, en realidad. Hermanas, aunque no compartamos sangre.

Giro para adentrarme por mi calle mientras canto al son de la música que suena por la radio; hace meses que no me sentía tan ligera. Y, entonces, lo veo desde lejos: la furgoneta negra de Xander, en su lado de la casa.

Llevaba dos semanas fuera.

Las mariposas alzan el vuelo en mi pecho (aunque tal vez se trate de unos grandes e incómodos pelícanos, porque ocupan muchísimo espacio). No lo he visto desde la mañana en que se marchó... Y ahora no sé si estoy preparada. Me pongo nerviosa.

Venga. No pasa nada. Puedo hacerlo. «Es solo Xander».

Xander... Que por lo visto me ha oído «mimándome» y sabe que pienso en él cuando lo hago.

¡Ay, Dios! Me voy a morir de la vergüenza.

Me miro en el retrovisor y suspiro aliviada al ver que no llevo el pelo hecho un absoluto desastre y que, al menos, me he maquillado un poco antes de que saliéramos a desayunar. Y voy con ropa cómoda, aunque nada sexi; me llevé mis *shorts* favoritos de ir en bici (de color coral) y los he conjuntado con una parte superior blanca holgada que me cae de un hombro y me deja esa articulación y medio brazo al descubierto.

Sin embargo, cuando me acerco, me quedo literalmente boquiabierta y no tengo muy claro si sigo respirando.

«Por el amor de Dios... Sí que tengo un vecino buenorro. Ser tan atractivo debería ser ilegal, en serio».

Cualquiera podría sufrir un accidente mirando a Xander con tanto cuerpo al descubierto.

Acerco el monovolumen a la entrada de mi casa, despacio, y aparco al lado del coche de Colleen y Kent, aunque sea solo para tener mejores vistas de la escena que hay montada en mi jardín delantero.

Tengo casi todo el césped cortado y solo quedan un par de franjas terriblemente altas. Xander está empujando el cortacésped. Descamisado, con el torso desnudo, morenísimo, dejando que se le marquen sus fuertes músculos y sudadísimo, porque estamos a finales de verano y hace calor. Los pantalones cortos negros de baloncesto que se ha puesto le caen por debajo de la cadera (justo encima se le aprecia la cinturilla de los calzoncillos) y lleva unas bambas sucias y manchadas de hierba. Su pelo oscuro y grueso está empapado en sudor y no para de caérsele por la frente.

Desvía la mirada hacia mí y clava sus intensos ojos azules como el hielo en los míos desde el otro lado del jardín. No puedo evitar sonrojarme. Le aparto la mirada enseguida y se me acelera el corazón hasta adoptar un ritmo frenético. Apago el motor y cojo la bolsa del asiento del copiloto. Inhalo con fuerza para tranquilizarme y salgo del monovolumen. Dejo de oír el ruido del cortacésped y

levanto la vista hacia él de nuevo. Echa a andar hacia mí y yo vuelvo a sonrojarme a más no poder.

Intento (vamos que si lo intento) no mirarlo como si no hubiese visto a un hombre desnudo en mi vida. Pero es que, Dios Santo, este hombre es demasiado atractivo para no hacerlo. Se sube una mano por la frente para hundirse los dedos por el pelo sudado y se lo echa hacia atrás mientras sonríe y se le arrugan los ojos. Tras dos semanas sin verlo, esa sonrisa ancha y blanca es como un bálsamo para mi alma.

—Hey —me saluda, deteniéndose a pocos centímetros de mí.

Lleva la barba un poco más gruesa y desaliñada de lo habitual, pero no hace sino potenciar esa pinta de leñador ultramasculino que emana ahora mismo. A las mariposas que habitan en mi estómago les encanta.

—Buenas —musito devolviéndole la sonrisa en un acto reflejo y mirándolo bien. Sus profundas ojeras no me pasan desapercibidas. ¿Cuántas horas debe llevar sin dormir?—. ¿Cuándo habéis vuelto?

—Hace un par de horas. —Baja la vista hacia la bolsa que llevo en la mano—. ¿Qué tal si te cojo eso?

Lo miro con los ojos entrecerrados y me obligo a mantener la vista clavada en los suyos para no desviarla por todos esos centímetros de piel desnuda; lo tengo tan cerca que podría tocársela. Su cuerpo es músculo sobre músculo, y los dedos me piden a gritos que lo toque, que recorra con los dedos la sinuosidad de sus abdominales. Quiero pegar un bocado a esos bíceps como si de unas grandes y jugosas manzanas se tratase.

Por el amor de Dios... «Frena, gatita».

Sacudo la cabeza para dejar de pensar en esas cosas y, despacio, murmuro:

—Llevas dos semanas trabajando fuera de casa y lo primero que haces en lugar de irte a dormir es cortarme el césped...

Gira la cabeza para mirar el césped que ya ha acabado de cortar y luego vuelve a girarse hacia mí con una sonrisa de medio lado. Mecagüen la leche, esos ojos me vuelven loca. Cuando me mira así, me vuelvo impotente.

—Eh... ¿Sí? ¿Qué tiene que ver eso con que me ofrezca a llevarte la bolsa?

—Xander... —lo reprendo con delicadeza y sacudiendo la cabeza de nuevo.

—Teddy... —responde con el mismo tono y acercándose a mí un poco más.

Tengo que levantar la barbilla para seguir mirándolo a la cara y no clavar los ojos en ese majestuoso cuerpo que ahora tengo aún más cerca. Me bastaría con levantar las manos para pasearle las palmas por...

—¿Qué tal tu noche de chicas? —se interesa con un suave tono de voz, sacándome de mi propio sueño, sutilmente pornográfico.

Me pongo más roja que un tomate. ¿Cómo puede ser que este hombre consiga hacerme perder mi más absoluto raciocinio?

—Eh... —murmuro. Mi cerebro está intentando ponerse las pilas. Xander alarga el brazo hacia mí y, como me he quedado tan anonadada, no rechisto cuando me coge la bolsa del hombro. Este hombre me deslumbra demasiado. No es justo—. Bien. Con un poco de resaca, pero lo pasamos genial.

—Me alegro de que hayas tenido algo de tiempo para ti —comenta mientras se cuelga la bolsa en el hombro y nos giramos hacia la casa —. Te lo mereces, mama.

Cuando susurra esa palabra con tono grave, me quedo sin aliento. Y cuando noto la calidez de su mano en la espalda, inhalo con fuerza. Es como si estuviese marcándome a fuego. Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que me tocó un hombre, ni siquiera de forma tan simple como esta. Es... Ay, Dios.

—Teddy, como sigas haciendo este ruidito, voy a quedar en ridículo delante de tus suegros —susurra con aspereza, acercándome su aliento al oído. «Hostia Santa»—. Y me caen bastante bien, así que preferiría evitar situaciones incómodas, a poder ser. Aunque, como se me empalme debajo de los pantalones de chándal, complicado lo veo.

Me sorprende tanto su atrevimiento que, más que una risa, se me escapa una especie de ronquido. Me tapo la boca con una mano y lo miro aterrada por culpa de este sonido. Es como si me resultara

literalmente imposible no dejarme en el más absoluto ridículo cuando estoy con este hombre. Y con lo que me acaba de decir...

Su risa es grave y profunda. Mientras vamos hacia la puerta de mi casa, soy dolorosamente consciente de que continúa con la mano en mi lumbar, justo por encima de la curva del culo.

Me cubre el ancho de la espalda con los dedos, como si acabase de estirarlos, y, acto seguido, los aprieta sutilmente.

—Y antes de que te pongas a cuestionar lo que acabo de decir, sí, joder, lo decía en serio, preciosa.

Juro que tengo la cara al rojo vivo. Justo en ese instante, Colleen decide abrir la puerta con Penny apoyada en su cadera.

—¡Ay, hola, mi niña! Ya decía yo que te había oído aparcando el coche. Bea está en plena siesta matutina y el abuelo y Dalton han ido a ver si encuentran cangrejos de río en el arroyo. Xander, ¡has dejado el jardín impecable! Debes de morirte de sed, con lo sudado que estás. Pasa, deja que te dé algo de beber; así te refrescas un poco.

—Claro. Voy a por la camiseta, un segundo.

Deja mi bolsa dentro de casa y luego deslumbra a mi suegra con su sonrisa antes de bajar del porche a toda prisa para coger la prenda que había dejado allí. Sigo con la vista pegada a su cuerpo mientras él pasa los brazos y la cabeza por los agujeros de la camiseta (a la que le ha cortado las mangas, para no variar) y luego echa a correr hacia nosotras otra vez. Colleen nos hace pasar a todos y cierra la puerta.

Mi suegra deja a Penny en el suelo, mi hija se lanza hacia Xander y él la coge en brazos. La niña suelta una estridente risotada y le pasa los brazos por los hombros, que sigue teniendo empapados en sudor, y le hunde los dedos en el pelo.

—¡Puaaaj! ¡Estás *suraro*!

Xander se ríe liviano, mira a mi hija y le sacude la cabeza. Ella ríe con más ahínco.

Aparto la vista de ellos dos y me giro para coger la bolsa que Xander ha dejado al lado de la puerta. No por nada, sino porque así tengo con qué mantener las manos ocupadas. Es la primera vez que

Xander entra en mi casa desde que me trajo ese bocadillo después de que naciera Bea.

Me enderezo, pego media vuelta y me encuentro a Colleen mirándome con segundas. Me acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja y sonrío lo mejor que puedo.

—Voy a dejar esto en mi cuarto.

—Mhmmm... —musita ella.

La mujer intenta no sonreír, pero se le encorvan muy sutilmente los labios.

Paso por su lado y por el de Xander y Penny, y echo a andar pasillo abajo. Dejo la bolsa en el armario y voy directa al espejo de pie que tengo en una esquina. Me paso las manos por mis *shorts* coloridos de ciclista que se me pegan a los muslos. Muevo los dedos de los pies sin quitarme las chanclas; anoche nos pintamos las uñas. La camiseta me cuelga de un hombro y deja a la vista el moreno discreto de mi piel. Levanto el brazo y me coloco bien la pinza con la que me he recogido el pelo, soltándome unos cuantos mechones. Acto seguido, voy corriendo al baño para aplicarme un par de toques de rímel más y me echo un poco de colorete en las mejillas.

Cuando salgo del baño, freno en seco y retrocedo para rebuscar en el armario hasta dar con ese perfume en *roll-on* que ya está casi vacío. Me lo paso por las clavículas y por las muñecas. Vuelvo a taparlo y lo dejo otra vez en el armario antes de que mis ojos atisben el destello plateado que me brilla en el dedo de la mano izquierda.

Hundo la cara en mis manos temblorosas y la culpabilidad se adueña de mí al notar el frío metal en mis mejillas acaloradas. «¿Qué estoy haciendo, emperifollándome por un hombre cuando todavía llevo el anillo de otro en el dedo? ¿Y con los padres de mi difunto marido aquí? Pero ¿qué me pasa?».

Cuento hasta cinco, inhalando por la nariz y exhalando por la boca. Solo es Xander. Es mi vecino. El mejor amigo de mi hermano. El je-fe de mi hermano. Y solo me ha cortado el césped. Ni que me hubiera pedido matrimonio, por el amor de Dios.

Refunfuño con la cara entre las manos y sacudo la cabeza, desilusionada conmigo misma.

—Diosmiodemivida —protesto miserablemente.

Las palabras me suenan apagadas porque sigo tapándome la cara. Bajo las manos y me miro en el espejo que hay encima del lavamanos para recordarme que soy una mujer adulta y madura (que soy viuda, por el amor de Dios) con tres hijos que cuidar. No puedo permitirme distracciones. Y menos si vienen de la mano del superintendente Xander Macomb.

Cuando regreso a la cocina, Xander está tomándose un vaso de agua con hielo al lado de la encimera, con Colleen. No presto atención a cómo se le mueve la nuez cada vez que da un trago ni a cómo agarra el vaso con fuerza con sus dedos, dejando que los músculos del antebrazo se le tensen y se le marquen con cada movimiento. Penny está sentada en la extensión de la encimera, con las piernas cruzadas a lo indio.

—Penny, ¿aquí nos sentamos? —le pregunto, deteniéndome al lado de la encimera.

—Hmmm... —suelta una risita y mira a Colleen, a quien pillo guiñando un ojo a la diablilla de mi hija. Sacudo la cabeza y pongo los ojos en blanco para no mirarla—. ¿No?

—No te veo yo muy convencida —mascullo. La fulmino con la mirada, juguetona, y mi hija ríe aún más—. Baja de la encimera, por favor.

Xander deja el vaso y coge a mi hija por las axilas para levantarla de la encimera como si fuera un avión, antes de sentarla en uno de los taburetes altos que tengo al lado.

—Ha sido culpa mía, mama. La he sentado yo ahí —me cuenta, girando la cabeza para guiñarme un ojo.

Asiento, aunque hago todo lo posible por mantenerme cuadrada de hombros y no encorvarme como tanto suelo hacer últimamente. Sobre todo cuando está Xander cerca. Sobre todo cuando me llama así. Seguro que sabe lo que consigue esa palabra.

De hecho, estoy casi convencida de que es plenamente consciente de lo que consigue y lo hace a propósito.

Me penetra con esa intensa mirada con la que juro por Dios que es capaz de atravesarme el alma y la comprensión que le atisbo en los ojos me destroza. Es un buen hombre. Lo noto en lo más

profundo de mi ser. Pero... no puedo hacerlo. Xander vuelve a girarse hacia Penny, la despeina un poco y luego le dice a Colleen:

—Muchas gracias por el agua. Debería irme. No quiero que la casa de Teddy apeste por mi culpa; bastante me he quedado ya y, a decir verdad, debería dormir un poco.

Mi suegra le da unos golpecitos en el antebrazo y le sonríe con amabilidad.

—No apestas, pero un poco sí deberías dormir. El césped está perfecto. Y me he alegrado mucho de volver a verte. Teddy, hazme el favor de acompañarlo a la puerta —insiste Colleen cogiendo a Penny y apoyándosela en la cadera—. Creo que he oído algo. Bea debe de estar despertándose.

A pesar de que está de espaldas a mí, la fulmino con la mirada porque sé que eso de que ha oído a Bea despertándose es una mentira como una catedral. Será traicionera...

Me abrazo a mí misma por la cintura y sonrío a Xander mientras vamos juntos hacia la puerta. Al salir a la terraza, suspiro con pesadez.

—Lo siento muchísimo —río y señalo mi casa—. Tienen buenas intenciones, pero se entrometen un poco.

—Está clarísimo que te quieren —señala Xander con ternura, bajando del porche y quedándose en el camino empedrado—. Me alegro de que puedas contar con ellos.

—Yo también —murmuro sonriente. Me abrazo con más fuerza y, cuando él vuelve a clavar los ojos en mí, hago lo de siempre y me encojo. Como me pongo nerviosa bajo su atención, farfullo—: Me alegro de que hayas vuelto sano y...

—Deja de hacer eso —susurra con aspereza, mirándome fijamente a los ojos.

Juro que este hombre me tiene demasiado calada.

—¿Que deje de hacer el qué? —pregunto con un nudo en la garganta. Trago saliva con fuerza.

Me señala con los brazos en general, aunque se centra en mi cintura, por donde estoy abrazándome a mí misma.

—Eso —repite marcando bien la palabra—. Hacerte pequeña. Como si quisieras esconderte o encogerte o algo.

Bajo los brazos a los costados y noto que el corazón me late desbocado ante la aspereza de su voz. Habla con un tono directo y peligroso y, hostia puta, excitante. Lo odio. No quiero que me guste tanto su voz.

Vuelve a subir a la terraza hasta quedar cerca de mí y añade:

—Lo que te dije antes de irme iba en serio, Teddy. No pienses ni por un puto minuto que no me he pasado todos los segundos de estas dos semanas pensando en lo que vi ese día o en el sonido de tu voz. —El calor me sube por el cuello y él prosigue con la voz rasposa—: Eres... Eres perfecta, Teddy, joder. Espero que lo sepas.

Ay, Dios. Esto está fatal. Es superpeligroso. Para mí, para mis hijos y para mi fragilísimo corazón. Y como Cal no lo lleve tan bien como, por lo visto, piensa Scottie, seguramente también lo sea para su cara. Porque no sé si estoy preparada para volver a salir con nadie, y yo no tengo rollos informales.

—Xander...

—Para —exhala en lo que viene a ser casi una súplica. Me mira con sus ojos azules como el cielo, atormentado—. Ya lo sé. No pasa nada. No hace falta que lo digas. Yo solo... quiero que sepas que estoy aquí. Y que te veo, cielo. A toda ti, preciosa.

Me muerdo el labio inferior mientras Xander pega media vuelta y se aleja hasta desaparecer de mi vista.

21

Xander

Después de la ducha más larga del mundo, estoy seguro de que me he pasado las siete horas siguientes en coma. Me he tumbado en la cama y he despertado con el sol abrasador de última hora de la tarde colándose por la ventana de mi habitación. Creo que no me he movido ni una sola vez mientras dormía. Si antes ya tenía el cuello agarrotado, ahora cada vez que intento moverlo es como si una descarga me recorriese la columna vertebral. Hago todo lo que puedo por estirarlo, pero no me sirve de mucho. Aunque con uno de esos parches frío-calor y una cerveza, la cosa mejora un poco.

Vuelvo a mirar el móvil y veo varios mensajes de King y Cal que me sacan una sonrisa. Por lo visto, Teddy, Violette y Scottie pasaron la noche en un hotel del pueblo, se emborracharon a base de *whisky* y bebidas carbonatadas de los cojones (no es a lo que yo llamaría «un combinado ideal», pero para gustos, colores) y, al parecer, las otras dos tienen resaca. Según King, Violette tiene turno en el Shifty's por la noche, y Scottie está de guardia. Casi me siento mal por ellas. Casi. El brillo que he visto en los bonitos ojos grises de Teddy al llegar esta mañana a casa me ha puesto de un extraño buen humor a mí también. Se merecía hacer algo por ella. Y la verdad es que me alegro de que estuviera con Vi y Scottie.

Cal me pregunta si iré luego al Shifty's con el resto de la brigada, pero rechazo la oferta. Me manda un GIF de Chandler Bing que finge pegar un latigazo, en el que pone «¡EEEPAAA!». Pongo los ojos en blanco y recibo otro GIF en el acto. Este es de Bugs Bunny con los ojos en forma de corazón. Respondo con el emoji de una mano haciendo la peineta y apago el móvil.

Echo a andar hacia la cocina y reviso el montón de cartas que he dejado antes de malas maneras sobre la mesa. Veo un pequeño sobre amarillo de manila con la caligrafía de mi hermano en el anverso; lo abro por la parte del remitente y saco otro sobre de dentro. Es sencillo, blanco y de tamaño carta, pero tiene mi nombre escrito con la letra de mi padre.

Ver su caligrafía me sienta igual que un puto balazo en el pecho.

Me quedo sin aliento y noto una punzada en el esternón.

Me dejo caer en una de las sillas de la mesa y me limito a mirar la carta que tengo entre los dedos largo y tendido, tratando de reunir el valor para abrirla. Para leer lo último que me quedará de mi padre.

No sé cuánto tiempo me paso aquí sentado y con la vista puesta en el sobre, pero sacudo la cabeza y suspiro frustrado antes de levantarme. Tiro el sobre en la encimera de la cocina y doy media vuelta, agarrándome al borde del mueble, tenso.

Miro por la ventana de delante, pero no veo el coche de Teddy ni el de sus suegros. Me calzo unas bambas, me pongo la gorra y cojo las llaves. Voy hacia el súper más cercano en un santiamén y, al cabo de quince minutos, vuelvo a estar en casa con los ingredientes para una ensalada mixta, distintas verduras frescas y un filete.

Abro una birra mientras me pongo manos a la obra. Lavo las verduras y las dejo marinar antes de ensartarlas en pinchos. Sazono el filete, lo dejo a un lado y procedo a preparar la ensalada antes de coger los pinchos de verduras, el filete y la birra, y llevármelo todo a la terraza trasera. Una vez allí, enciendo la barbacoa. No suelo tener demasiadas ocasiones para cocinar en casa durante la temporada de incendios y, por lo general, hoy habría salido con los chicos. Estaríamos celebrando que le hemos ganado el pulso a ese maldito incendio de California del Sur. Sin embargo, esta noche no me apetece rodearme de multitudes. Ni del hostigamiento de mi brigada, que no dejan el tema de Teddy ni a la de tres. Están todos pesadísimos.

Menuda pandilla de entrometidos.

Cuando ya tengo el filete medio hecho, oigo dos vehículos aparcando en la entrada y, acto seguido, el revuelo de Teddy y su

familia, que acaban de llegar. Ese sonido me reconforta. El exaltado parloteo de Dalton, la contagiosa risa de Penny... Joder, ni siquiera me molestan los ocasionales quejidos de Bea. La voz relajante de Teddy al dirigirse a sus hijos, su risa genuina cuando hacen algo que le sonsaca una sonrisa... Tengo que reconocerlo: disfruto al oírlos en la casa de al lado.

—¡Dalton, a la ducha, por favor! —oigo que dice Teddy a través de alguna ventana que debe de estar abierta—. Y no te pases, que Penny también tiene que bañarse.

—Solo porque casi se ha bañado en el helado —oigo que comenta la voz grave y profunda de Kent.

No puedo evitar sonreír. Sí, la diablilla esa sería totalmente capaz de algo así.

—Uuuh, ¿por qué huele tan bien? —pregunta Colleen enseguida. Oigo el pesado cristal de la puerta corredera al abrirse—. Xander debe de estar haciendo una barbacoa. Huele que alimenta. ¿Verdad que sí, Teddy? ¿Por qué no vas a saludarlo?

—¡¡Colleen!!

Me río al oír el susurro aterrado de Teddy mientras le doy un trago a la cerveza.

—¿¡Qué!? —pregunta Colleen con tono inocente—. Es solo decir «hola», Teddy.

Vuelvo a sonreír a la vez que les doy un cuarto de vuelta a los pinchos de verduras. Esas setas marinadas con los pimientos, las cebollas y los calabacines sí que huelen que alimentan; se me hace la boca agua. Y con el filete, más de lo mismo. Joder, me estoy muriendo de hambre. Qué ganas de zamparme una comida de verdad en lugar de esas insípidas y crudas raciones de campaña precocinadas. Me rugen las tripas, impacientes. He llegado tan agotado a casa esta mañana que, después de cortar el césped y ducharme, ni me he molestado en comer nada, y he ido directo a dormir.

—¿Por qué me haces esto? —se queja Teddy miserablemente.

Oigo la melodiosa risa de Colleen, que responde:

—Porque es lo que hacemos las madres. Nos entrometemos.

Le doy otro largo sorbo a la birra y sonrío. Es justo lo que ha dicho antes Teddy. Me planteo si saben que estoy aquí o que puedo oír todo lo que dicen. En ese caso, no puede considerarse escuchar a escondidas, ¿no?

—Esto no es normal. ¡Que es el jefe de mi hermano, Colleen! —vuelve a gritar Teddy en voz baja. Acto seguido, oigo que abren la puerta—. Pfff. Eres de lo que no hay.

—Sí, sí, lo que tú digas... —suelta la otra hablando un poco más alto—. Voy a duchar y a bañar a los niños. Tú ve a saludar. Y llévale...

Oigo el tintineo de unas botellas al chocar y, luego, vuelven a cerrar la puerta. Aguanto la respiración y no me muevo de al lado de la barbacoa. Estoy de espaldas al jardín trasero, pero sé en qué momento Teddy rodea el tabique que separa mi jardín del suyo. Es como si mi cuerpo entero estuviese esperando su presencia.

—Eh... Hola —dice titubeante y totalmente avergonzada.

Giro la cabeza hacia ella y hago una mueca ante la ola de dolor que me sube por la nuca y me baja por la columna. Teddy se detiene y se alarma antes de echar a andar hacia mí. Deja el *pack* de cervezas sobre la caja plegable que uso como mesa.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —se interesa enfatizando especialmente esa segunda pregunta y paseándome sus ojos grises por el cuerpo, como si estuviese buscando alguna herida. Se me encoge el corazón. Hace muchísimo tiempo que alguien que no sea de la brigada se preocupa por mí—. Xander...

—Estoy bien. —Acabo de girarme hacia ella y le sonrío amablemente. Luego, alargo el brazo y me toco el parche de lidocaína que sobresale por debajo del cuello de la camiseta—. Solo tengo el cuello agarrotado. Un mal gesto.

—Ah... —susurra, y retrocede medio paso—. Lo siento.

Sacudo la mano.

—No es nada. Cogí una mala posición durmiendo en el saco en el campamento base. En unos días ya lo tendré mejor.

—¿Campamento base? —pregunta, cruzándose de brazos.

Le miro los brazos con segundas y ella pone los ojos en blanco, sonriendo; aun así, los baja a los costados. Vuelvo a girarme hacia la

barbacoa y le doy la vuelta al filete otra vez. Ya está hecho, pero ahora no quiero entrar y alejarme de Teddy.

Asiento mientras apago el fuego y luego me agacho para asegurarme de que la bombona de propano también esté apagada.

—Cuando trabajamos fuera, nos organizamos como si estuviésemos de acampada, básicamente. Los llamamos «campamentos base». Es nuestra casa lejos de casa.

—¿Y tenéis que montar tiendas en el sitio al que vayáis? —me pregunta acercándose para echarle una ojeada al filete y a las verduras que tengo en la parrilla.

Inhala con admiración.

Río y sacudo la cabeza.

—Puesss... No exactamente. Más bien dormimos donde caigamos rendidos por la noche. Con sacos de dormir.

—¿Y dormís en el suelo, a la intemperie?

Levanta los ojos para mirarme y enarca sus cejas rubias, sorprendida, tras esas gafas de montura. Hoy vuelvo a verle las pecas.

—Sí, dormimos a la intemperie. —Me río. Cojo las pinzas para sacar el filete de la parrilla y lo pongo en el plato que he traído antes de dentro; luego hago lo propio con los pinchos de verduras—. ¿Cal nunca te ha contado nada de su trabajo? Es cero glamuroso.

—Supongo que nunca le he hecho las preguntas pertinentes... —Ríe y sacude la cabeza—. Y, detesto tener que admitirlo, pero puede que nunca le haya hecho demasiadas preguntas a propósito. Su trabajo me pone muy nerviosa, y creo que cuanto menos sepa, mejor lo llevaré. Se me da genial eso de imaginarme siempre lo peor. Cuando él y Scottie se perdieron por las montañas el año pasado, lo pasé fatal. Y luego, al perder a Logan...

Se corta abruptamente y sonríe casi con tristeza, como si quisiera evitar que esos pensamientos se adueñaran de ella.

—Te entiendo —musito con delicadeza.

Teddy tiene un corazón enorme, se preocupa un montón por todo el mundo y ha sufrido muchísimo. Ojalá pudiese arrancarle todo ese sufrimiento, pero no puedo.

Yo solo puedo empeorarlo todo.

Trago saliva para deshacerme del nudo que siento en la garganta y aparto esos pensamientos. Me giro hacia ella y señalo la puerta corredera (ya abierta) que da a mi casa, porque si algo me gusta a mí es fustigarme.

—¿Quieres pasar? ¿Tienes hambre?

—Uy, no, gracias. Acabamos de salir a cenar con Colleen y Kent y luego hemos llevado a los niños a comer helado. Aunque huele de maravilla. —Pilla el *pack* de cervezas y me lo pasa—. Quería darte las gracias por haberme cortado el césped. No tenías por qué hacerlo. Pero te lo agradezco, en serio. Un montón. A Bea le están saliendo los dientes y ni ella ni yo dormimos demasiado bien, y no tenía la energía suficiente para cortar el cés...

Señalo las cervezas que lleva en la mano, cortando su verborrea nerviosa, y mascullo:

—Solo las aceptaré si accedes a tomarte una conmigo.

Calla de inmediato, pero me mira con sus ojos grises entrecerrados y con una sonrisa en los labios.

—Me estás chantajeando —se queja.

—Culpable. —Le sonrío y hago un gesto para que pase antes que yo—. Además —susurro, juguetón— no podemos dejar que Colleen se entrometa en vano.

Teddy refunfuña y sacude la cabeza.

—Ay, Dios... ¿¡Lo has oído!?

Me río.

—¿Seguro que no tienes hambre? Dudo que pueda comerme todo esto yo solo.

Es mentira. Pero si quiere, lo compartiré con ella alegremente. Me encantaría cocinar para Teddy.

—No, gracias por la oferta. Huele de maravilla, pero me he quedado llenísima con la cena, de verdad. —Ríe y me sigue hacia la cocina, idéntica a la suya (aunque, puestos a compararlas, la mía está tristísimamente vacía). Teddy arranca dos cervezas de ese endeble soporte de cartón y les quita el tapón antes de pasarme una —. Gracias por la cerveza. Aunque seguramente no me convenga. Todavía no he acabado de recuperarme del todo de lo de anoche.

—La resaca se pasa con más alcohol —afirmo riendo mientras emplato la comida y saco la ensalada que he preparado antes de la nevera.

Teddy asiente mientras bebe, y yo no puedo evitar mirar cómo su labio inferior envuelve el cuello del botellín al acercárselo a los labios.

Ya se me está volviendo a empalmar un poco. Esta maldita mujer no tiene ni puta idea de lo excitante que es.

Esa camiseta blanca se le sigue resbalando de un hombro. Le deja medio descubierto el brazo y la tira del sujetador, que le rodea el hombro y le baja por la espalda, a plena vista. Quiero rozarle el punto donde se le unen el cuello y el hombro con los labios, clavarle los dientes y marcarla antes de calmarle la piel con la lengua y repetirlo otra vez.

Joder. Ahora sí que se me ha empalmado.

Teddy se gira para recorrer mi salón con la vista, y yo aprovecho para ajustármela debajo de la bragueta.

—No estás mucho por aquí, ¿no?

—Durante la temporada de incendios, no —reconozco.

Teddy asiente, comprensiva. Señalo la minúscula mesa que hay en el salón con la barbilla y nos ponemos el uno delante del otro. Me siento un cabrón, comiendo delante de ella. Mi madre me inculcó buenos modales y, a pesar de que soy más bárbaro que la mayoría de la gente (es lo que pasa cuando vives en campamentos base con más hombres medio asalvajados), sigo siendo caballeroso.

—¿Seguro que no puedo convencerte? Puedo prepararte un plato...

Se ríe, apoya los codos en la mesa y envuelve la base del botellín con ambas manos. Sigo el movimiento con los ojos y, aunque odio reconocerlo, debo admitir que enseguida me imagino cómo sería notarla envolviéndome la polla con los dedos de esa manera.

—No, Xander, en serio. Estoy que reviento. Me he comido mi peso en pasta y palitos de pan para cenar. —Ríe y, acto seguido, arruga la nariz. Me estoy dando cuenta de que es un tic nervioso, como si volviese a estar avergonzada. Señala mi ensalada y comenta—:

Debería haberme pedido una ensalada, pero es que los palitos olían tan bien...

Esta mujer... Pienso cambiar cómo se ve a sí misma. Lo juro por Dios, joder.

—Después de haberte pasado la noche bebiendo, seguro que necesitabas comer eso para compensar la resaca —bromeo.

Masculla riendo, se recuesta en la silla y vuelve a acercarse el botellín a los labios.

—No me lo recuerdes. Scottie trajo una botella de *whisky*. No sabría decirte cuándo fue la última vez que tomé chupitos de *whisky*. ¿En la uni, quizá? Antes de que naciera Dalton; eso seguro.

Se muerde el interior de la mejilla y clava la vista en el botellín que tiene en las manos con una mirada casi culpable. Me pregunto si estará pensando en la noche que la llevé a casa, aunque lo dudo. A veces yo sí pienso en esa noche, como un masoquista.

—No debería estar bebiéndome esto, en serio. Voy a tener que tirar toda la leche que me saque hasta mañana antes de dársela a Bea —murmura dibujando una sonrisa tímida con los labios.

Bajo la vista hacia los pechos que se aprecian bajo esa camiseta blanca y lo hago de forma totalmente involuntaria.

—Lo siento —musito y levanto la vista hacia ella.

La voz me suena más áspera de lo que pretendía, y carraspeo. Esos malditos ojos grises son como mi propia criptonita personal.

Le quita hierro al asunto con un gesto de la mano y se encoge de hombros. La parte de la camiseta que le resbala del hombro le baja un poco más por el brazo, revelando muy sutilmente el lateral de la pendiente de su pecho, escondido bajo el sujetador. Cojo la cerveza con más fuerza y me la acerco a los labios.

—Nah, tranquilo. Tampoco me sentía cómoda para darle ya el pecho, y tengo en el congelador leche suficiente para sobrevivir a un apocalipsis, si hiciera falta.

Río y sacudo la cabeza.

—Bueno, pues me alegro de que te divirtieras. Estoy seguro de que las tres juntas sois de armas tomar. —Teddy sonríe con timidez con la botella pegada a los labios. Su juguetona sonrisa es mi perdición. Me gusta tenerla en casa. Teddy le aporta más brillo; es

casi como si aportara más calidez al espacio. Tengo que hacer algo para que este sitio sea más acogedor. Quiero tenerla aquí más a menudo—. Conozco a Violette desde que era una cría. Su hermano mellizo estaba en mi brigada.

—Cierto. A veces se me olvida lo muy unidos que estáis todos —murmura, y se le disipa la sonrisa—. Violette no habla mucho del tema, pero sé que Jacob y Rowan eran mejores amigos.

Asiento.

—Perdimos a Jacob el mismo año que perdimos a mi padre —le cuento, pegándole un mordisco a las verduras asadas.

—Tu padre también era bombero forestal, ¿verdad? —pregunta en voz baja mientras arranca un poco la etiqueta del botellín con las uñas.

—Así es. Fue superintendente antes que yo. Estuvimos trabajando juntos casi quince años antes de que falleciera.

El dolor y la culpa que me invaden son tan feroces como hace seis años. He oído que nunca acabas de pasar un duelo; que, sencillamente, deja de afectarte tan a menudo. Pero, joder... cuando me afecta es como si alguien me pegase un balazo en el pecho.

—Recuerdo que Cal lo comentó. Lo siento mucho —susurra arrugando sus cejas rubias sobre esos ojos grisáceos.

Asiento y clavo la vista en el plato. Muevo el filete de un lado al otro con los dientes del tenedor.

—Mi padre no debería haber estado en ese incendio...

—Lo siento, Xander. No hace falta que hablemos de esto. A mí tampoco me gusta hablar de la noche que Logan... —Deja la frase a medias de golpe, se cuadra de hombros y echa la cerveza a un lado. Todavía le queda la mitad. Inhala y me sonríe, aunque yo sé que el gesto es forzado. Le tiembla muy sutilmente el labio, como si estuviese intentando ser fuerte. Joder, solo quiero abrazarla—. Hay cosas que no acabamos de superar nunca, ¿eh?

Noto un nudo doloroso y fuerte en el pecho. No sé si se debe a la aflicción, a la culpa, a los celos o a una extraña combinación de los tres. Y vuelvo a sentirme como un cabrón. La mujer sigue llorando a su difunto marido, está ocupada de cojones criando a tres niños, y

yo aquí, comiéndomela con los ojos y con un empalme bajo el pantalón.

¿Cómo sería que te quisiera una mujer como Teddy? ¿Disfrutar de esta devoción que persiste incluso después de una tragedia como la que le ha tocado vivir?

Se levanta de la silla y yo hago ademán de hacer lo propio, pero se apresura a decirme:

—No, no te muevas. Acaba de cenar, Xander. Gracias por la cerveza.

Me siento de nuevo y veo cómo se marcha. Sin embargo, Teddy se detiene frente a la puerta corredera y se gira para mirarme con esos ojos grises ligeramente arrugados.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto sano y salvo.

Dicho esto, cruza la puerta que da al jardín trasero y la cierra tras de sí. Y yo me quedo con este dolor en el pecho y una casa vacía en la que casi no ha vivido nunca nadie y que, durante unos pocos minutos, no ha parecido un lugar tan solitario.

22

Teddy

Después de pelearme con Colleen y Kent para ver cómo dormíamos todos, por fin los he convencido de que se queden en mi cuarto; yo ya dormiré en el sofá. A fin de cuentas, son mis invitados. Además, no es un sofá cama, o sea que no tiene sentido que ellos duerman en un sofá tan pequeño y no en una cama de matrimonio. Me he puesto la cuna de Bea al lado y, con una almohada de más y una manta bien suave, estoy cómoda. Total, como les he dicho a ellos, es solo para una noche.

Además, estoy tan agitada después de ese encuentro con Xander que no puedo dormir. Llevo al menos una hora mirando el techo. Ojeando el móvil. Escuchando los sonidos que proceden del otro lado de la puerta corredera que he dejado abierta.

Es tarde. Bea ya se ha despertado para que le dé el pecho; ahora dormirá del tirón y no volverá a despertarse hasta las cinco o las seis de la mañana. Yo debería estar durmiendo. Pero no puedo.

Estoy enfadada conmigo misma, con Colleen por insistirme y con Xander por ser tan puñeteramente perfecto y atractivo y amable. Estoy enfadada con Logan por habernos abandonado y haberme puesto en esta situación. Y luego empiezo a enfadarme conmigo misma otra vez, porque Logan no nos abandonó... Fui yo quien lo derivó a ese turno y por eso murió. Lo mandé a trabajar y nunca volvió a casa.

Pero la realidad es que no está aquí. Nunca volverá a casa. La vida que me había imaginado se ha esfumado.

¿Y sabes qué es lo más aterrador? Que al estar ahí sentada con Xander, bebiendo cerveza y riendo y tonteando (porque sí, estaba

tonteando), he visto cómo podría ser empezar una nueva vida... Si no fuera porque hay tantos impedimentos de por medio. Tantos obstáculos que dificultarán que cualquier futuro que podamos tener juntos pueda darse.

Es bombero de élite. Tiene uno de los trabajos más peligrosos del mundo, un trabajo que le encanta; está clarísimo por cómo habla de ello. Lo lleva en la sangre, en el alma, en el corazón. Vive por y para su trabajo, su brigada, su pasión...

Y yo, por y para mis hijos.

Sería superegoísta por mi parte provocar que cualquiera de nosotros volviese a pasar por un infierno así. Empezar algo con alguien que, el día menos pensado, puede no regresar.

Me cubro los ojos con los brazos y gruño lo más bajo que puedo para no despertar a Bea, que está durmiendo a mi lado. Pero es que, Dios, ¿por qué es tan perfecto? Es considerado y amable y tan jodidamente bueno con mis hijos que no es justo. ¿Por qué no podría ser un contable aburrido y que lo peor que le pudiera pasar fuese que se cortara con el papel?

Cuando oigo el sonido de la puerta de cristal corredera seguido por el traqueteo sutil de la ventana al abrirse antes de que vuelva a cerrarse, se me corta la respiración. La oscura noche me trae el ruido de un crujido metálico desde el otro lado de las puertas de mi terraza y ya me lo imagino sentándose en esa silla plegable vieja y desgastada que tiene toda la pinta de ser de los noventa. Todo cuanto consigo distinguir es el sonido de una botella al abrirse.

Bajo del sofá tan sigilosamente como puedo y me aseguro de que Bea siga durmiendo. Llevo unos *shorts* de pijama y un top de lactancia, cortesía del omnipresente calor de finales de verano que todavía no ha amainado. Sin embargo, me paso mi fino albornoz por los brazos, me lo ato a la cintura y salgo a la terraza.

Rodeo el pequeño tabique que separa las casas y veo a Xander sentado en esa silla, sin camiseta y con solo unos pantalones cortos de hacer deporte. Tiene una cerveza en una mano y está sujetándose la nuca con la otra para soltarse algunos nudos. La luz de la luna que se cuela a través de los árboles lo tiñe todo de un brillo dorado, marca bien el relieve del rostro de Xander y le arroja

ciertas sombras. Me he detenido, pero él me observa con una mirada que parece casi electrizante.

—¿Tú tampoco podías dormir? —pregunto en voz tan baja que parece casi un susurro.

Xander continúa mirándome y yo, descalza, paso el peso de un pie al otro. Señalo con la barbilla el punto en que se está masajeando los músculos del hombro.

—¿Todavía tienes molestias?

Él sonríe pesarosamente y asiente.

—Ya se me pasará. Deberías volver a la cama, Teddy.

En lugar de eso, me acerco despacio hasta quedar detrás de su silla. Le aparto la mano e ignoro la ola de calor que siento con ese simple contacto. Inhalo profundamente y le coloco ambas manos en sus hombros desnudos. Xander entra en tensión, gruñe y gira el cuello hacia un lado. Le noto la piel cálida bajo la mano, suave y delicada. El contraste entre su piel tostada y la mía, pálida, resulta excitante. No me acuerdo de cuándo fue la última vez que toqué a un hombre así.

Empiezo despacio, masajeándole la nuca en el punto en que se le unen cuello y cabeza, y voy bajando. Recorro con las manos sus hombros, tremendamente anchos y duros; son preciosos y están repletos de músculos fuertes. Cuando le aprieto en un punto particularmente tenso en la base del cuello y voy bajando hacia el omóplato derecho, suelta un sonido gutural y agacha la cabeza hasta casi tocarse el pecho. Tiene las piernas despatarradas y ha apoyado los codos en las rodillas, dándome mejor acceso a toda la anchura de su espalda y sus hombros. El cuerpo de Xander es increíble y siento un poco de vergüenza por ponerme tan cachonda con el simple hecho de estar tocándole los hombros.

—Hostia puta, cómo duele —se queja con los dientes apretados.

Río con discreción y suavizo un poco el tacto. Él levanta la mano izquierda y me coge los dedos para que no aparte la mano de ahí. Su roce me abrasa la piel y una ola de calor me invade entera. Aparta la mano y dice:

—No pares. Por favor.

Empiezan a dolerme los dedos, pero sigo hasta dejarle los músculos flexibles y blandos mientras él continúa sentado en esta silla frente a mí. Sonrío envuelta por la oscuridad mientras le miro la nuca. Sigue con la cabeza gacha. Su pelo oscuro tiene pinta de ser increíblemente suave y me permito subirle los dedos por el cuello hasta llegarle a la línea capilar, justo encima de la nuca, rascándosela sutilmente con las uñas. Le paso la punta de los dedos por esos mechones oscuros; es como tocar la seda. Le entra un escalofrío y se le escapa un gruñido. Aunque, en esta ocasión, no es el típico sonido de dolor placentero que sueltas cuando te masajean un punto tenso, sino algo más gutural, más primitivo. Sexual.

El sonido en cuestión me envuelve entera y ahí me doy cuenta de que estoy casi jadeando. Detrás de él y con los dedos hundidos en su pelo. Mecagüen... El corazón me late frenético en el pecho.

Xander levanta la cabeza y se gira muy sutilmente. Le sigo el movimiento con la mano, sin apartársela del pelo, hasta que me lo quedo mirando de perfil. La luz de la luna, incandescente y plateada, le resalta el rostro. Baja la mano para dejar su cerveza abandonada en el suelo sin mirarme y, luego, levanta esa misma mano y me agarra la muñeca con firmeza.

Sigo detrás de él, temblando y con sus dedos cálidos alrededor de la muñeca. Le aparto la mano del pelo y se la apoyo en el hombro. Él me guía con delicadeza para que rodee la silla hasta que estoy delante de él; luego tira de mí para que no tenga más remedio que quedarme entre sus piernas despatarradas. Los laterales de mis muslos (desnudos hasta los bajos del albornoz y de mis pantalones de pijama) se rozan con el interior de los suyos. El delicado vello de sus piernas me hace cosquillas en la piel; hacía tantísimo que no notaba eso que la sensación me resulta excitante y electrizante. Le acaricio sus hombros musculados con los dedos, con la delicadeza de una pluma, y clavo los ojos en los suyos, de un azul claro. Me observa con una mirada ardiente (pero ardiente de cojones) antes de bajar los ojos hacia mi boca.

Como está sentado en la silla, la parte superior de la cabeza le queda a la altura del punto más bajo de mi barbilla. Continúa con una mano en mi muñeca, aunque está agarrándome con suavidad y

de forma tentativa. Me recorre los dedos por la parte exterior del antebrazo hasta llegarme al codo y cogerme el exterior del bíceps.

Cuando gira la cabeza y acerca los labios al interior de mi muñeca, donde seguro que tengo el pulso aceleradísimo, dejo de respirar. Xander besa mi piel sensible y se me acelera la respiración a la vez que una ola de calor me envuelve de los pies a la cabeza (y, esta vez, nada tiene que ver con el clima de verano). Su barba corta me hace cosquillas en la muñeca y tirito.

—Teddy... —susurra con la boca pegada a mi piel y moviendo muy imperceptiblemente los labios.

Habla con tono grave y rasposo. La mera voz de este hombre sirve de afrodisíaco para mi libido famélica.

Vuelve a fijar los ojos en los míos con una mirada tan abrasadora e intensa que me quedo paralizada. Es como si me viera de verdad. Resulta alarmante y apabullante y..., Dios, cuánto echaba de menos que me miraran así.

En algún momento, mientras le masajeaba los hombros, se me ha movido el albornoz. Ahora, la parte de arriba me cae por encima del nudo con el que me lo he atado a la cintura y deja a la vista el top corto que llevo debajo y que a duras penas me cubre los pechos. Xander mueve la otra mano, despacio, como si estuviese intentando no asustarme y evitar que saliera corriendo, y tira de una de las cintas hasta desatarme el albornoz y dejar que quede del todo abierto. Ahora lo único que me cubre es el delgado top de lactancia y esos *shorts* prácticamente inexistentes que se me han subido por la parte más gruesa de los muslos.

Gruñe al exhalar en silencio y vuelve a darme otro beso en la muñeca mientras me recorre la mirada por el cuello y, luego, con los mismos dedos con los que acaba de desabrocharme el cinturón, me recorre la curva de la cintura bajo la tela, acariciándome la cadera. No puedo evitarlo. Cierro los ojos y aprieto la mano sin apartársela del hombro. El calor de la suya que se me cuela por la tela del top es abrasador; tanto que me derrito por dentro. Me coloca esa misma palma en la espalda, instándome a que me acerque más. Y yo no pienso. Simplemente..., lo hago.

Me acerco más a él y mi pecho le queda prácticamente a la altura de la mejilla. Ahora ya estoy casi jadeando, respiro con pesadez, me sube y me baja el pecho, el corazón me late tan fuerte que parece un taladro. Xander gira la cabeza, apartando los labios de la piel sensible de mi muñeca, y me roza la pendiente de un pecho con la boca, por encima del top. Echo la cabeza hacia atrás y clavo la vista en las estrellas que se atisban a través de los árboles. Lo único que se oye en el silencio de la noche es mi respiración jadeante.

—Eres guapísima —susurra, y su voz me envuelve igual que sus brazos.

Me acerca más a él hasta que nuestros cuerpos quedan pegados al del otro. Le hundo los dedos en el pelo de nuevo y le acerco la cabeza para no separarla de mí mientras él sigue besando la sinuosidad de mis pechos doloridos. Me muero de ganas de notar su boca en mi piel, pero me aterra pedírselo.

—Jodidamente guapa, Teddy.

Me pasa sus manos abrasadoras por las caderas y por el culo hasta bajármelas por la parte trasera de mis muslos desnudos. Me clava los dedos en la pendiente que separa mis piernas y me recorre la piel con las palmas una y otra vez. Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos con fuerza, mientras me invade la vergüenza al sentir cómo este adonis de hombre me toca el cuerpo con suavidad.

No estoy en forma. No soy pequeña. Y este hombre es estúpidamente y escandalosamente atractivo.

Jadeo cuando sus dedos se hunden entre mis muslos, separándolos más y, entonces, vuelve a tirarme hacia delante, abriendo mis piernas para que quede sentada a horcajadas sobre sus muslos. Quedo apoyada contra él, inhalo con fuerza e intento levantarme de inmediato para apartar mi peso de Xander. La silla cruje en señal de protesta bajo el peso de ambos y yo vuelvo a morirme de vergüenza.

—Xander, deja que me levante...

Sin embargo, él vuelve a sujetarme por la cintura y me hunde las manos por debajo del dobladillo del top para que no me mueva.

—Estás justo donde quiero que estés, preciosa.

—Pero...

—Shhh —susurra, subiéndome la mano por la cabeza para hundirme los dedos en el pelo con dulzura, con cuidado. Me mira intensamente, con la respiración alterada; el pecho le sube y le baja al compás. Sus músculos fuertes se tensan y se mueven bajo mi cuerpo, y noto lo marcados que tiene los abdominales. Dios, este hombre es hermoso—. Hace tiempo que quería sentirte contra mí. Es una puta pasada tenerte aquí así. Joder, Teddy, si es que no quería nada más. Solo podía pensar en eso.

—Xander... —gimo y alterno la mirada entre sus ojos.

No sé qué estoy haciendo. Hace muchísimo tiempo que no hago nada parecido, y con alguien que no fuese Logan... Bueno, eso no lo he hecho nunca. Pero tengo ganas. Me pica la entrepierna y noto una punzada en la parte inferior del vientre. Creo que estoy casi desesperada por sentir por fin su boca sobre la mía, por saborearlo. Me agarra el pelo con un poco más de fuerza para acercar mi cabeza a la suya.

—No quiero hacer algo que tú no quieras —susurra con aspereza, bajándome los ojos a la boca—. Pero, joder, me muero de ganas de besarte ahora mismo, preciosa.

Se me escapa un suspiro tembloroso y agitado entre mis labios separados. Asiento.

Aunque ninguna parte de mí está preparada para sentir la boca de Xander sobre la mía. Me besa hambriento y separa los labios casi de inmediato para sacar la lengua y provocar la fina línea de los míos. Ahogo un grito y, al hacerlo, aprovecha para colarme la lengua. El primer roce me sienta como si mi sistema nervioso acabase de sufrir una descarga eléctrica.

Tengo el cuerpo entero en llamas y lo único que quiero ahora mismo es la boca de Xander pegada a la mía.

Hostia santa, qué bien besa... Me derrito en su regazo y Xander me empotra contra él, acercándome con sus brazos fuertes y musculados, en los que podría perderme. Me recorre las manos por el cuerpo con seguridad y firmeza, tocándome hasta el último centímetro de piel mientras nos besamos sin parar hasta quedarnos los dos sin aliento. Me pasa las manos por los bíceps, obligándome a envolverle el cuello con los brazos; obedezco y me pierdo en el beso.

No me habían besado así en la vida. Es como si usase el cuerpo entero; es lo más erótico que he experimentado jamás.

Me baja las manos por la espalda hasta apoyarlas sobre la curva de mi cintura, clavándome los dedos en el culo y amasándomelo con aspereza antes de acariciármelo con más suavidad para aliviar un poco el dolor. Me froto contra él y Xander se mueve bajo mi cuerpo, deslizándose un poco por la silla, sentándome mejor y separándome más las piernas encima de sus muslos. Estoy que ardo, temblando. El deseo que siento por él es descomunal. Estoy totalmente fuera de mi zona de confort, pero no quiero parar.

—Hostia puta —suelta con la boca pegada a la mía, volviendo a clavarme los dedos en las caderas y frotándome contra él en esta nueva posición. Lo noto, duro y pesado entre mis muslos, y ejerciendo presión contra mi centro. Suelta un fuerte sonido gutural y me coge la cara con ambas manos para acariciarme la frente con la suya. Nuestras bocas se rozan muy sutilmente cuando, envueltos por la oscuridad, ahogamos un grito a la vez—. Jo-der, Teddy. Eres una puta pasada. Sabes de maravilla, hostia.

Me acaricia las mejillas con los dedos, apartándome el pelo de la cara y volviéndome a besar como si estuviese en el corredor de la muerte y yo fuese su último festín. Nunca me había puesto tanto un beso. Se le da de maravilla y no quiero que pare nunca. No quiero que esta sensación desaparezca jamás. Lo echaba de menos. Echaba de menos sentirme tan deseada como para no poder echar el freno, para no poder dejarlo para después.

Le paso los dedos por los hombros y se los bajo por su torso desnudo. Una capa sutil de vello áspero y oscuro le cubre su ancho pecho y otra línea le baja por el centro del abdomen. La cresta de sus abdominales me pide que los toque y yo me doy el placer de hacerlo. Logan era atractivo, a lo «vecino atractivo», y cuidaba mejor de su cuerpo que yo del mío (él no tuvo que llevar a dos bebés de cuatro kilos y a uno de tres y pico en un cuerpo que se niega a volver a su forma original), pero no estaba tan macizo como Xander. Xander tiene músculo sobre músculo, y yo estoy desesperada por recorrer todos los centímetros de su sólido cuerpo con las manos. Joder, si es que quiero recorrer todos los centímetros

de su cuerpo con la lengua. Lamerlo como si fuese una maldita piruleta.

Me sonrojo como una tonta al pensar en eso. Al pensar en lo que está ejerciendo presión ahora mismo entre nuestros cuerpos y en las ganas que tengo de vérsela, de tocársela, de saboreársela.

Suelta un grave gruñido gutural mientras sigo recorriéndole la piel con la punta de los dedos, familiarizándome con todas las pendientes de sus costillas, con las crestas de sus abdominales y sus musculados pectorales. El corazón le late con fuerza bajo la palma de mi mano derecha; me alegra saber que Xander está igual de ido que yo ahora mismo. Sigo temblando; es como si estuviese tan excitada que no pudiese contener la reacción física del cóctel de emociones y sensaciones que está estallando en mi interior.

Me acuna la mejilla con una mano, con cuidado, y me hunde los dedos en el pelo, apartándomelo de la cara. Tiene los ojos clarísimos y le brillan llenos de ardor bajo la luz de la luna que sigue colándose entre los árboles que se alzan por encima de nuestras cabezas.

—Eres una delicia —exhala tan bajo que casi ni lo oigo.

Me da un vuelco el corazón, se me instala un nudo en la garganta y las lágrimas provocan que me escueza la nariz. La honestidad de su voz casi me mata. Pero, aun así, yo sigo sin acabar de creérmelo.

—No es verdad —respondo en otro susurro, volviendo a apoyarle las manos en los hombros.

Dejarlas aquí es muchísimo más seguro. Xander es demasiado atractivo, leches. Es imposible que todo esto sea real, que me desee de verdad; así, no.

Él vuelve a acallarme con otro beso apasionado y cogiéndome la cabeza con sus manos fuertes y hábiles para que no me separe de él. Cuando rompe el beso, susurra:

—Te dije que dejaras de decir estas cosas. Me vuelves totalmente loco, Teddy. Llevas volviéndome loco desde el primer día que te vi.

Se me escapa una risa sorprendida y entrecortada.

—Venga ya. Es imposible.

Me aparta el pelo de la cara de nuevo, me sonríe con ternura y el corazón vuelve a darme otro vuelco.

—Es muy posible. Pensé que eras lo más hermoso que había visto en toda mi vida.

Sacudo la cabeza, maravillada ante sus palabras.

—Pero estaba...

—Casada. Ya lo sé —susurra y me busca la mirada con los ojos. Me arden las mejillas y evito bajar la vista hacia la alianza plateada que aún llevo en el dedo—. Tenías el pelo más largo y no te lo rizabas como ahora. Y llevabas otras gafas.

Trago saliva con fuerza y me lo quedo mirando. A ver, que yo también me fijé en él y casi me quedé estupefacta de lo atractivo que era. Incluso, a pesar de estar felizmente casada, cuando lo veía con Cal, siempre me resultaba imposible no fijarme en él.

—Aunque estuvieras casada o embarazada con los hijos de otro hombre, yo seguía deseándote. Y, joder, me odiaba a mí mismo por ello —dice con la voz rasposa y rota. Cojo una dificultosa bocanada de aire cargada de emoción—. Llevas años acaparando todos mis pensamientos, Teddy.

Me da vueltas la cabeza. Es demasiado para asimilarlo todo; para procesarlo. Años. Lleva años fijándose en mí. Le subo los dedos por los laterales del cuello, con delicadeza, rozándole la piel solo con las uñas. Se le empiezan a mover los párpados y suelta un gruñido bajo y gutural a la vez que se le pone la piel de gallina.

—Yo también pienso mucho en ti.

—¿Ah, sí? —pregunta, ladeando la cabeza para acariciarme la parte inferior de la barbilla con la boca.

Noto que se le dibuja una sonrisa sutil en los labios, pegados a mi piel. Echo la cabeza un poco hacia atrás para darle mejor acceso, y ahora quien se estremece mientras él me roza la piel sensible del cuello con los dientes soy yo. Asiento a trompicones y noto que vuelven a encorvársele los labios contra mi piel.

—¿En qué piensas, Teddy? ¿Piensas en esto?

—Ah, Dios... —le gimo al cielo nocturno—. Sí.

—¿Y en qué más piensas? —murmura sin apartarme la boca del cuello.

—En lo injusto que es que seas tan atractivo.

Ríe y me envuelve la cintura con un brazo para acercarme más a él. La silla cruje bajo nuestro peso y me muerdo el labio, cohibida. O lo rompo a él o rompo la silla...

Xander les para los pies a mis pensamientos al suspirar con aspereza:

—Lo mismo digo, Teddy. ¿En qué más piensas, cielo? Dime.

Me pega la boca al cuello, justo encima de la clavícula, y nada puedo hacer por contener el gemido que se me escapa o la forma en que se me balancean las caderas para frotarme contra él. Xander gruñe con los labios pegados a mi piel, levantando las caderas. La fricción es perfecta. La presión que ejerce contra mí es una puta pasada. Dios, quiero estar llenísima de él.

—Ya sabes en qué pienso —susurro jadeante.

—Quiero oírtelo decir, cielo. Dime en qué piensas cuando te tocas —exhala trabajosamente. Se me cierran los párpados—. Jo-der, Teddy. Necesito saber en qué piensas mientras gritas mi nombre cuando te corres.

—En ti. Pienso en ti. Así. Y en cómo sería notar tus manos, tu boca —le susurro a la noche con los ojos todavía cerrados.

—¿Dónde quieres notar mi boca, Teddy? —me interroga con un tono de voz rasposo, profundo y gutural.

Me muerdo el labio inferior con fuerza. La profunda aspereza de su voz me aviva todas las terminaciones nerviosas. Si este hombre le pusiera voz a los audiolibros, las mujeres se desmayarían.

—En todas partes.

Xander pasea los labios por las pendientes expuestas de mis pechos. Se me han endurecido los pezones bajo la tela, pero el bochorno y los nervios me impiden decírselo en voz alta. Logan dejó de tocarme ahí después de que diera a luz a Dalton.

—¿Aquí? —me pregunta, siguiéndome el borde del top con los dedos y bajándomelo un poco.

Asiento frenéticamente. Estoy tan empapada que incluso me duele. Como me toque los pezones, puede que estalle. Siempre los he tenido sensibles, y llevan tanto tiempo abandonados...

Me da un golpecito en uno de ellos con los dedos, por encima de la tela, y yo ahogo un grito ante la sensación que me genera y que

va directa a mi centro. Siento cómo se me contrae el cuerpo alrededor de nada; quiero más. Hace muchísimo tiempo que no tengo más. Y, cuando me cubre el pecho con la boca por encima de la tela, acariciándomelo con la lengua, le agarro la cabeza con ambas manos y echo la mía hacia atrás mientras intento (en vano) acallar el gemido que se me escapa bajo el manto de la noche.

Me cuela la otra mano por debajo de la tela, bajándomela y dejándola arrugada bajo mis pechos. Y, acto seguido, vuelve a cubrirme el pecho con la boca mientras juguetea con la mano con el otro.

Hacía tantísimo tiempo... Hacía muchísimo tiempo, y qué bien sienta, leches.

—Por favor... —le suplico frenéticamente, frotándome contra él. Quiero más. Más.

Suelta otro gruñido con la boca pegada a mí, moviendo la lengua con más ahínco mientras me froto con él en busca de más fricción con el clítoris, donde noto la presión de su protuberancia. Ese hilo invisible que conecta lo que está haciéndome con la boca con mi centro se tensa y ahí me doy cuenta de que me voy a correr. Por primera vez desde hace casi un año, estoy a meros segundos de tener un orgasmo que no me he provocado yo misma.

Este hombre, sexi a rabiar, logrará que me corra con solo lamerme y tocarme los pezones, y yo estoy rogando que ocurra.

Estoy rogando desenfrenada y desvergonzadamente.

El bochorno me azota como un tsunami, recordándome lo que estoy haciendo. Me separo de él con un sollozo y salto de su regazo. Me arde la cara; del resto del cuerpo, mejor no hablemos, porque está gritándome internamente por haber parado cuando estaba a punto de correrme.

Me subo el top para volver a cubrirme los pechos con los dedos temblorosos y retrocedo unos cuantos pasos.

Xander respira con pesadez y con el pecho agitado. Tiene la polla empalmada y, al levantarse, veo la erección que se le esconde bajo esos pantalones de chándal.

—Teddy, ¿qué...?

Sacudo la cabeza mientras las lágrimas empiezan a inundarme los ojos. ¿Qué estoy haciendo? ¿En qué estoy pensando? ¿Cómo se me ocurre enrollarme con el buenorro de mi vecino mientras tengo a mis hijos y a los padres de mi difunto marido durmiendo a solo seis metros?

Agarro la tela del albornoz con los puños y me abrazo a mí misma por el torso en mi mejor intento por hacerme pequeña. Por esconderme. La vergüenza se me carcome despiadadamente.

—Lo siento mucho —susurro, miserable. Levanto la vista hacia sus ojos, de un azul tan expresivo y fascinantemente brillante...—. No debería haber venido.

—Teddy —suelta con un tono para nada amenazador. Da un paso al frente con los brazos estirados hacia mí en lo que parece casi una súplica—. Para, por favor.

—Esto ha estado mal —susurro levantando una mano y enseñándole la palma.

Xander se detiene en el acto y sacude la cabeza con los labios bien apretados.

—No es verdad —responde.

Clava sus ojos ardientes en mí, aunque en ellos no encuentro enfado ni resentimiento alguno. Solo súplica. Y me deja destrozada.

Giro la mano y le enseño el dorso mientras separo bien los dedos. La luz de la luna hace resplandecer la maldita alianza que sigo llevando puesta. La alianza que sigue uniéndome a mi marido. A mi difunto marido.

—No puedo quitármelo, Xander —digo marcando bien cada palabra—. No estoy preparada. No estoy... Ya no soy yo. —Sollozo una única vez y me muerdo los labios para evitar que sigan escapándose sollozos—. Estoy rota. No estoy preparada para empezar nada nuevo y yo no sé tener rollos informales. No sé. Eres superbueno y amable y perfecto, pero es que yo me he quedado destrozada...

—Teddy, no estás rota —susurra mientras da otros dos pasos hacia mí. Sin embargo, ahora no retrocedo. Me envuelve con sus brazos, con firmeza pero con ternura, y me acerca a su pecho. Dejo que me

abrace mientras las lágrimas van brotándome de los ojos—. No estás rota, cielo.

Me abraza hasta que dejo de llorar, hasta que dejo de temblar, y me derrito en su calidez, agotada y extenuada.

—Lo siento —susurra, y noto cómo se le mueven los labios contra mi pelo.

Tengo la mejilla pegada a su pecho, y tanto él como yo notamos cómo le late el corazón bajo la piel. Xander huele de maravilla. A cítricos, cedro y humo. Inhalo y dejo que mi cuerpo se relaje contra el suyo.

No quiero desear a Xander, pero, Dios, lo deseo con todo mi ser. Me gusta Xander. Me gusta... mucho.

A medida que el pánico y la ansiedad empiezan a desvanecerse y yo me hundo en su abrazo, me permito creer que quizá... Quizá empezar algo nuevo con alguien amable y delicado como él no sería ese fin del mundo que no paro de imaginarme.

Puedo ser valiente, ¿no?

Me acurruco contra él e inhalo profundo y de forma temblorosa a la vez que Xander me abraza más fuerte. Todo lo que tan desesperadamente he echado de menos. Que me abrazaran, que me besaran, que me desearan... No estar sola y tan jorobadamente triste a todas horas. Xander suspira y me besa en la sien, y yo cierro los ojos con fuerza porque siento que dejar que me abrace así es lo correcto.

A lo mejor... A lo mejor ya ha llegado el momento. Con alguien como él, puedo ser valiente. Podríamos hacer que funcionara, ¿verdad?

—Tienes razón —susurra él entonces. «¿Habré dicho alguna de estas últimas cosas en voz alta?». Sin embargo, sus palabras son silenciosas, tristes, y yo arrugo la frente, confundida—. Seguramente haya sido una mala idea. Yo no soy de los que van a por más. Solo puedo tener rollos informales, Teddy. Mi trabajo...

Se le va apagando la voz, y a mí no me hace falta que acabe la frase, porque ya sé lo que está callando, lo que no dirá. Su trabajo es peligroso y también es lo más importante de su vida. Meterse en

una relación lo complicaría todo. Eso lo he sabido desde el principio, pero he mirado para otro lado.

Pero no por eso deja de encogérseme espantosamente el corazón al oír sus palabras, y se me corta la respiración. Xander me apoya la mejilla en la cabeza y unas esquirlas de agonía me atraviesan entera; aun así, permanezco inmóvil, incapaz de moverme.

Inhala con fuerza y luego susurra de forma miserable:

—Y necesitaba esto para recordar por qué no me lío con madres solteras.

El corazón se me parte en dos y me doy cuenta, aunque ya sea sumamente tarde, de que mi estúpido e ingenuo corazón ya había decidido que quería más. No soy valiente... Lo que he sido es una estúpida al pensar que podía serlo.

23

Xander

Soltar a Teddy y dejar que se alejara de mí puede que sea una de las cosas más dolorosas que he tenido que soportar en la vida.

Al menos, hasta que levanta la vista para mirarme con esos malditos ojos de color gris plateado que dejan entrever lo muy traicionada que se siente. Y, entonces, me siento aún peor, joder. El ruido que se le escapa, una pesarosa y decepcionada risa, me parte el corazón en dos.

—Increíble —susurra a la vez que levanta las manos para secarse las lágrimas que le resbalan por las mejillas, enfadada—. La próxima vez igual deberías empezar por aquí. —Sacude la cabeza, se aleja de mí y musita con amargura—: Cabrón.

—Teddy...

—Vete a la puta mierda —suelta con la cara girada por encima del hombro mientras desaparece por el otro lado del tabique.

Yo me quedo ahí, de pie, escuchando cómo abre la puerta corredera y vuelve a cerrarla. Y luego oigo cómo cierra también la puerta de cristal, más pesada. El clic del cerrojo cuando lo pasa. Es un sonido silencioso, pero oigo el eco mentalmente como si de un pistoletazo se tratara. El hecho de que haya corrido el pestillo va mucho más allá de la sencillez del gesto. Significa que ha cerrado la puerta a lo que podría haber sido; la ha cerrado con llave y luego la ha tirado. A lo que jamás me voy a permitir tener. Porque, a pesar de que ahora Teddy no lo vea, también es lo mejor para ella.

Después me veo aquí de pie, en medio del silencio.

Un pesado y desgarrador silencio.

El fuerte sonido de la alarma se dispara a mi lado y me despierto de un sobresalto. Miro hacia arriba a través de las ramas de los árboles y veo las estrellas ensombrecidas por el pesado humo que permea la zona. Oigo al resto de la brigada empezando a despertarse a mi alrededor. Aquí enseguida dan las cuatro de la madrugada. El asqueroso café instantáneo ya se está haciendo y nos zampamos la comida precocinada desde los envases mismos antes de ponernos la equipación. La mitad de la brigada se va con King, y la otra mitad, con Cal. Asiento a ambos mientras guían a sus cuadrillas entre la oscuridad con los frontales en los cascos.

Subo a una cordillera cercana para llegar al punto de observación más alto que encuentro. Debería estar centrado en este puto incendio, pero no es el caso. No hago más que revivir ese momento con Teddy desde hace una semana. Cuando le solté esa puta bomba a lo mejor que me ha pasado en..., bueno, seguramente, en toda mi vida.

¿Qué derecho tengo a pedirle a una mujer así que se siente a esperarme mientras yo voy y me paso ocho meses al año arriesgando la vida controlando incendios? Ninguno. Yo no tengo cabida en la vida de una mujer como Teddy Hansen. O en la de sus hijos. No me merezco a una mujer como ella.

Atravieso este oscuro bosque con los dientes apretados hasta que me duele la mandíbula. No, Teddy se merece a alguien muchísimo mejor que yo. A alguien que esté ahí para ella. Algo que yo no puedo hacer. Ahora no. Seguramente, nunca pueda.

Me llamaron para que viniéramos a enfrentarnos a este incendio a la tarde siguiente. No fui lo bastante valiente para atreverme a salir fuera, donde oí a Kent y Colleen metiéndolo todo en el coche para regresar a su casa. La vergüenza y la culpabilidad echaron un pulso en mi interior para ver qué emoción predominaría bajo mi caja torácica. Cogí la bolsa y esperé a que Teddy y los niños hubiesen vuelto a entrar después de que Kent y Colleen arrancaran.

Pero Teddy salió por la puerta delantera de su casa en el mismo instante que yo. Cruzamos miradas. Yo solo quería acercarme a ella, pero no lo hice. Sabía que no podía. No después de lo que le había dicho la noche anterior.

No cuando ella me apartó la mirada de inmediato y se giró como si yo no existiera.

De modo que me subí a la camioneta y me largué. De eso hace una semana. Y desde entonces, no he hecho más que pensar en ella. En que la cagué de forma descomunal.

Aunque voy recordándome que es lo mejor. Al final, Teddy pasará página y algún día volverá a estar preparada para salir con alguien, y yo me echaré a un lado y dejaré que lo haga.

Si soy sincero conmigo mismo, creo que no hay hombre en el mundo que se merezca a la mujer que es Teddy Hansen. El tipo tendría que ser un santo de manual para merecer todo lo que tiene ella por ofrecer. Para merecer tener a esos niños en su vida.

Le doy una patada a un tronco chamuscado al pasar porque sí. Llevo toda la semana siendo un bruto cruel, una pésima compañía, y me he limitado a comunicarme a base de gruñidos y rugidos. Incluso Cal, a quien suele darle igual mi humor, me ha dado espacio. No tengo claro si es por mi humor de perros o porque está cabreado conmigo.

Aunque, si lo está, tampoco lo culpo. Me dijo que fuera cuidadoso con su hermana, y con razón. Y voy yo y le hago daño a Teddy a propósito, intencionadamente. Para ser sincero diré que me sorprende un poco que Cal no me haya hostiado todavía. Me lo he ganado a pulso.

Gracias a Dios, ya casi tenemos este puñetero incendio controlado. Es relativamente pequeño y está propagándose despacio, porque el clima ha jugado a nuestro favor. Las cenizas que cubren el cielo y caen a nuestro alrededor se han quedado estancadas porque no hay tanto viento como para transportarlas a otra parte. Cosa que, a mí, me viene bien. Porque esto significa que, si no sopla demasiado viento, las ascuas no llegan a la fronda que rodea la zona que hemos aislado.

Con un poco de suerte, esta noche nos marcharemos a casa. Aunque debo reconocer que ahora, cuando pienso en volver a casa, no estoy tan ilusionado como la última vez.

Porque ahora Teddy seguramente me odia.

24

Teddy

—Venga ya. ¿Cómo que te dijo eso?

Asiento miserablemente acurrucada en una punta del sofá y le doy un buen sorbo al café. Vi, que está sentada con las piernas cruzadas a lo indio en la punta opuesta, se me queda mirando boquiabierta.

—¿Y te lo dijo justo después de besarte como si no hubiese un mañana? —pregunta acercándose la copa de vino a los labios. Refunfuño y echo la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el respaldo del sofá—. Menudo capullo.

Río por la nariz y cierro los ojos. «Eso mismo pienso yo».

—Sí. Y yo soy una idiota de manual por haber dejado que ocurriera. Estaba prácticamente rogándole, Vi. —Hundo la cara en la mano que me queda libre y me froto ambos lados de la sien con el pulgar y el dedo corazón. La vergüenza me puede y soy incapaz de mirar a mi amiga a la cara mientras le confieso mis secretos más sucios—. A ver, que sé que me agobié de golpe y dije que no estaba preparada para nada, pero, jolín, es que es tan majo... que me engañé a mí misma pensando que si lo intentaba, tal vez...

—La idiota no eres tú; lo es él —señala marcando bien la última palabra—. Y si tan majo fuera no haría algo así —musita con tono lúgubre y reacomodándose en el sofá.

Sacude la cabeza y, con los labios pegados a la copa, farfulla:

—Los tíos y sus estúpidos penes... Menuda panda de idiotas.

Río con la taza de café también pegada a los labios.

Hollie y Penny están en la habitación de mi hija jugando con las Barbies, Dalton está en su cuarto jugando a un videojuego y Bea está descansando felizmente en la mecedora que tiene en el suelo, a

nuestro lado. Hoy hemos tenido que cambiar los planes para que las niñas jugaran a media mañana debido a unas lluvias torrenciales (y Dios mío si nos hacía falta), así que hemos decidido quedarnos en casa y beber algo: vino para Vi y café para mí, así podré darle el pecho a Bea por la noche. Scottie está trabajando, pero hemos quedado en que tomaremos un café mañana por la mañana.

Los chicos llevan fuera desde el sábado porque les ha tocado ir a enfrentarse a otro incendio. Según Vi, esta vez era en Montana y lo provocó un relámpago. Las noticias lo cubren más bien poco y de forma generalizada, pero parece que las brigadas que hay sobre el terreno lo tienen bien controlado.

Aunque no es que haya estado pendiente de las noticias por nada en particular, eh. Solo para ir viendo cómo está mi hermano, por supuesto.

No, no he estado echándole alguna que otra ojeada de refilón a la tele en ningún momento cuando aparece alguien de pelo oscuro y ojos azul claro en pantalla.

—Has dicho que te agobiaste —señala Vi, girándose para quedar sentada completamente de cara a mí, sobre el sofá.

Me giro hacia ella y asiento. Me arden las mejillas. No me enorgullezco de lo que ocurrió. Entré en pánico. Y me privé de lo que tenía pinta de haber sido un orgasmo espléndido. Sigo enfadada conmigo misma por eso.

Bajo la vista hacia la mano que tengo apoyada en el muslo y separo bien los dedos. Lo que dije iba en serio.

—Sé que tengo que quitármelo —susurro—. Pero es que entonces será tan definitivo, Vi... Es como si quitarme el anillo lo hiciera todo más real. Como si me confirmara que no volverá a casa, y entonces a mí me tocará hacer lo que más me asusta: seguir adelante.

—Pero es que esto no va a cambiar, te lo quites o no —argumenta ella en voz baja y con dulzura. Vuelvo a asentir—. Lo peor de tener que llorar a alguien que ha muerto es esto: aprender a aceptar la cruda realidad. Da igual que deseemos con todas nuestras fuerzas que la cosa fuese distinta, porque no lo es.

—Ya lo sé... —respondo con un hilo de voz casi inaudible. Entonces me acuerdo de lo que dijo Xander esa noche—. Xander me

comentó que había trabajado con tu hermano.

Violette asiente y esboza una sonrisa sutil.

—Así es. Rowan y Jacob eran uña y carne —dice entrelazando el dedo corazón por encima del índice— y lo hacían todo juntos. Puede que Jacob fuera mi mellizo, pero con Rowan eran como almas gemelas o algo así. Mi padre fue bombero forestal durante muchos años, y Jacob y Rowan siempre decían que se unirían juntos a la brigada. De hecho, conozco a Xander por eso. Su padre fue superintendente y mi padre fue jefe de cuadrilla. Nuestros padres, Xander, mi hermano, Rowan, tu hermano... Hubo una época en la que estuvieron todos en la misma brigada. —Asiento, y ella mueve un poco la copa de vino—. A Rowan no le gusta hablar del tema, y a mí me pasó lo mismo durante mucho tiempo. Los llamaron para que fueran a controlar un incendio en el Monte Adams. Jacob subió a una cordillera para ver cómo iba la línea que habían cavado y cayó en un cenicero. Tuvo complicaciones con las quemaduras y murió más tarde.

Se me llenan los ojos de lágrimas y se me nubla la vista. Estiro el brazo y le doy un apretón en la rodilla.

—Lo siento muchísimo, Vi.

Asiente y se seca las lágrimas que le resbalan por las mejillas.

—Pensé que, si esperaba el tiempo suficiente, si lo deseaba con todas mis fuerzas, Jacob volvería. Que regresaría a casa y conocería a Hols o que saldrían a liarla con Rowan. Que se plantaría aquí solo para tocarme las narices y darme un fuerte achuchón de los suyos. —Río y ella sonríe—. Solo tú sabrás cuándo es hora de quitarte ese anillo —prosigue con ternura—. Es un paso muy importante. No te metas prisa..., pero tampoco tengas miedo de soltarlo. No vaya a ser que te pierdas algo maravilloso.

Río por la nariz.

—Espero que no estés hablando de Xander.

—No. A Xander, que lo follen —farfulla. Acto seguido, suelta una risotada y me guiña un ojo—. Aunque también puedes follártelo tú, si te apetece. Así disfrutas un poco. No seré yo quien te juzgue...

—Veeenga ya... —Río y sacudo la cabeza. Arrugo la nariz y musito —: Ni de broma. Me dejó más claro que el agua que no soy el tipo

de mujer que quiere. Que «no se lía con madres solteras».

—Bueno, pues es idiota. Y pienso decírselo —sentencia Vi, estirando el brazo para coger la botella de vino que hay en la mesita de café y rellenarse la copa.

Ahora que lo hemos hablado, ya me siento un poco mejor.

A pesar de que siga tocándome un montón los cojones.

Al principio me dolió. Luego me cabreó. Luego me cabreó completamente. A lo largo de la última semana, he ido experimentando tantas emociones que ahora ya no sé ni cómo me siento. Traicionada. Dolida. Iracunda. Decepcionada. Avergonzada. Culpable. Llevo rayada con el tema desde que pasó y he dejado que se me vaya carcomiendo hasta que, al final, es como si tuviese brasas en el pecho. De modo que necesitaba esto. Necesitaba que alguien me dijera que mis sentimientos son válidos.

De todos modos, creo que lo que más me jode es la apabullante humillación que siento de la nada. Por cómo me lancé descaradamente a ese hombre; montándolo, casi, y frotándome con ganas contra su erección como si fuera una fresca descarada y una necesitada. Si es que fui rogando, literalmente. Y mira cómo he acabado.

Llegando al maldito límite para luego recordar por qué es una pésima idea que vuelva a salir con alguien. Porque me quedé viuda y soy madre soltera.

Y nadie quiere estar con una viuda con tres hijos.

Y menos el maldito Xander Macomb.

Eso me lo dejó más claro que el agua. Y dolió. Suspiro y le doy otro buen sorbo al café mientras noto otra punzada en el pecho, cortesía de la humillación de esa noche.

25

Xander

Dios, estoy reventado. Llevo despierto desde las cuatro de la mañana, hemos estado controlando un incendio hasta las cinco de la tarde y, luego, nos ha tocado desmontar el campamento y conducir de vuelta a Sky Ridge. Tras haber guardado las cosas en el parque, hemos decidido ir todos al Shifty's a celebrar que hemos vuelto.

Por más ganas que tenga yo de irme a casa y dormir, necesito una copa, joder.

Cal está esperándome en la puerta, sujetándomela sin mediar palabra, a pesar de que nos saludamos con un movimiento de barbilla. Casi no hemos hablado en toda la semana. Yo he estado perdidísimo en mis propios pensamientos y estoy seguro de que él está haciendo todo lo posible por no convertirse en el hermano sobreprotector que es en el fondo.

Nos dirigimos a la esquina donde se encuentra nuestro habitual puñado de mesas y reservados; la mitad de la brigada ya está aquí. King ha sido el primero en llegar porque se moría de ganas de ver a su chica. Violette se nos acerca con una bandeja repleta de cervezas y deja varias en esta mesa astillada y agrietada.

La última me la planta delante. Me inclino para cogerla y murmuro:

—Gracias, Vio... ¡Eeeh!

Me da en la parte de atrás de la cabeza, con fuerza, con la pequeña bandeja circular que lleva y me chocan los dientes. Levanto la mano para frotarme el punto en el que me ha dado y me giro para mirarla con los ojos entrecerrados. Violette, que ahora queda más alta que yo, se coloca la bandeja bajo la axila y se cruza de

brazos. Y me fulmina con una mirada ardiente que no le había visto desde que miró así a King y lo obligó a currárselo.

—Ahórrate preguntar alguna estupidez como «a qué ha venido eso». Ya sabes a qué ha venido. Imbécil —suelta marcando bien esa última palabra y apretando los labios. Al ver que todos los de nuestras mesas nos están mirando, que me están mirando a mí, me acaloro. Me están pegando la bronca como si fuera un maldito crío —. Te portaste como un cabrón, Xander. Me parece increíble que le dijeras eso.

Mierda. Estas mujeres se han confabulado.

Y noto la mirada de Cal clavada en mi perfil como si de un puto láser se tratara.

—Qué pasada de sermón, amor —ríe King desde su asiento.

Le pasa un dedo por la trabilla del pantalón, la acerca a él y le envuelve la cintura con un brazo. Violette sigue asesinándome con la mirada, pero le pasa un brazo por el cuello a King y apoya la cabeza de su novio contra su cuerpo.

—Apestas —musita ella, arrugando la nariz.

King vuelve a reír y, cuando Violette lo despeina, hace como si nada. Acto seguido, la chica se agacha para darle un beso. Y no uno de esos rapiditos y castos. Finjo que no veo cómo King le acaricia el culo con la mano antes de que ella le dé un pico en los labios y se enderece. Él se la queda mirando mientras se va y no le quita la vista de encima en ningún momento. Se recoloca los pantalones y pongo los ojos en blanco.

—¿Queréis unos minutos en la despensa? —le pregunta Cal.

King le hace la peineta sin apartar la vista de Violette y Cal se ríe con la boca pegada al botellín de cerveza.

Me muevo incómodo en el asiento y apoyo los codos en la mesa, delante de mí, mientras agarro la birra con fuerza. Fijo la vista en el trozo de suelo que hay entre mis botas sucias.

—Qué tocapelotas llegan a ser las mujeres —me quejo por lo bajo.

Sé que Violette tiene razón. Joder, si es que ya sé que fui un cabrón con Teddy. Pero lo hice para protegerla. Para proteger a sus hijos.

—Cuidado —musita King con aspereza y fulminándome con la mirada con una expresión seria e intensa.

Suspiro y asiento. Hostia puta, si es que parece que no pare de liarla.

Me encorvo y sigo rascando la etiqueta del botellín que tengo en las manos. Cal también se echa hacia delante hasta dejar los hombros a unos meros quince centímetros de los míos.

—Sé que llevas toda la semana esperando que te dé una paliza, pero creo que bastante estás haciendo tú solito —farfulla por lo bajo, para que nadie más lo oiga.

Exhalo y asiento con solemnidad.

King me da una palmada en el hombro desde el otro lado.

—¿Por qué llevas toda la semana en modo cabrón cascarrabias? ¿Problemas en el Paraíso?

Lo fulmino con la mirada, con la frente arrugada. Cal vuelve a recostarse en su silla y le da un trago a la cerveza. Estira las piernas por debajo de la mesa y se apoya el botellín en la cintura, sobre la hebilla del pantalón.

—El sup siempre va de cabrón cascarrabias —suelta Opp, sonriendo—. Es como si fuera un defecto de fábrica.

—No puede haber ningún problema porque no hay nada —musito dándole un sorbo a la birra.

Me trago la mitad del tirón y cuando Violette me arquea una ceja desde la barra como si quisiera preguntarme: «¿Te traigo otra?», asiento. Reaparece al cabo de un minuto con otra ronda y me deja no uno, sino dos botellines de PBR delante. Como si supiera lo mucho que me estoy autoflagelando por lo sucedido con Teddy. Por más que yo nunca vaya a permitirme decirlo en voz alta. Y menos delante de estos idiotas.

No hace falta que se enteren de que casi me corro con los putos pantalones puestos al tener a Teddy frotándose conmigo, al notar su cuerpo increíble y suave con las manos. Y menos falta hace aún que se enteren de que no he vuelto a pensar en nada que no sea en cómo sabe su boca y en cómo fue tener sus dedos hundidos en mi pelo. Estoy prácticamente convencido de que Cal me pegaría un puñetazo en la tráquea si supiera las obscenidades que me pasan

por la cabeza cuando pienso en su hermana. No hace falta que se entere. No hace falta que se entere nadie.

Ni de eso ni de las ganas que tengo de ser el hombre que vuelva a casa para estar con ella cada puta noche.

Ni de que me he asegurado de que esto no vaya a ocurrir jamás. Vuelvo a notar una punzada en el pecho, como siempre que pienso en cómo me miró Teddy, como si acabase de patear a un cachorro.

Se abre la puerta, Cal gira la cabeza y sonríe con ahínco. Y ahí sé, sin darme la vuelta siquiera, que acaba de entrar Scottie. Deja la birra en la mesa, se levanta y echa a andar hacia ella. Giro la cabeza por encima del hombro y veo cómo le pasa un brazo por la cintura y la levanta del suelo para besarla en los labios.

Scottie todavía lleva el uniforme de técnico en emergencias sanitarias, como si hubiese venido directa aquí al terminar el turno, sin perder tiempo en cambiarse siquiera. Como si ya no pudiese soportar estar lejos de él ni un segundo más. Se me encoge dolorosamente el corazón. ¿Por qué quiero esto ahora, después de tanto tiempo?

—Me alegro de que hayas vuelto de una pieza —le susurra a Cal mientras este vuelve a dejarla en el suelo.

Scottie le pasa la mano por el pecho, como si quisiera asegurarse de que no tiene ninguna herida. Él sonríe y la besa de nuevo.

—Es que conozco a una chica que da un poco de miedo. Me hizo prometerle que volvería de una pieza sí o sí. Y yo lo intento —bromea con ligereza y en voz baja. Acto seguido, baja un poco más la voz y le pregunta con ternura—: ¿Todavía me quieres?

Scottie le sonríe y responde:

—Siempre.

Cal le acaricia la discreta cicatriz que tiene en el nacimiento del pelo, justo encima del ojo derecho, con los dedos. Se le suaviza la mirada un segundo, baja la mano y regresan a la mesa. Aparta los pies de Roycie de la silla vacía donde los tenía apoyados con las botas puestas (una de la mesa de al lado) y la acerca a la nuestra antes de sentarse. Scottie se sienta donde antes estaba Cal a la vez que Violette regresa con un vaso largo lleno de un líquido marrón para su amiga.

—Gracias, Vi —le dice ella, sonriéndole.

Violette le devuelve el gesto y yo aprieto tanto los dientes que me duele la mandíbula. Por lo visto, saluda a todo el mundo con amabilidad menos a mí.

Cal descansa el brazo en el respaldo de la silla de Scottie y le acaricia el cuello con los dedos, justo por debajo del pelo que lleva recogido en un moño prieto. Ella le apoya las manos en el regazo.

Son unos gestos discretos y naturales entre parejas que lo dicen todo. Que evidencian que no quieren pasar ni un minuto separados.

Me termino la segunda birra y voy a por la tercera. Antes de que le dé tiempo a marcharse, le pido a Violette:

—¿Podrías traerme un vaso de *whisky*? Y que sea doble, por favor.

A la mierda. Hoy me emborracho.

26

Xander

—Venga, maldito grandullón —musita Cal pasándose mi brazo por el cuello y bajándome del asiento de copiloto de su camioneta—. Hora de irse a la cama.

Muevo los pies por el camino oscuro que da a mi parte del dúplex, aunque lo hago con unos pasos erráticos e inestables. Joder, hacía años que no me emborrachaba tanto. Desde que murió mi padre, seguramente. Fue una noche dura. Puede que la de hoy también lo sea. Qué mal lo pasaré por la mañana. Las resacas ya no son lo que eran cuando tenía veinte años.

—*Grrracias* por traerme —oigo que le digo.

Me noto los labios resecos y me los humedezco.

—No hay de qué, capullo —vuelve a musitar, guiándome hacia mi puerta.

Está a oscuras. Mi casa está a oscuras y no quiero entrar porque está vacía de cojones y me siento terriblemente solo.

Quiero irme a casa de Teddy.

Quiero verla. Quiero ver la luz que desprende cuando sonríe. Quiero abrazarla. Joder, la echo de menos. Y no tengo derecho alguno a hacerlo. Bajo la cabeza hasta casi rozarme el pecho con la barbilla.

—Ay, Dios. ¿Está bien?

Al oír su voz, levanto la cabeza de golpe. Ha encendido la luz del porche y está de pie, envuelta por ese halo de luz mientras echa a andar por el caminito de su dúplex. Va descalza. ¿Por qué siempre va descalza, hostia? ¿No sabe lo jodidamente peligroso que es salir sin zapatos por la noche? Y ya vuelve a ir con ese maldito albornoz.

Está agarrándoselo con fuerza y envolviéndose su cuerpo generoso con los brazos; un cuerpo que se ha colado en todos mis pensamientos cuando estoy despierto y en todos mis sueños al dormir. Lleva su cabellera dorada recogida en un moño alto despeinado y unos cuantos mechones sueltos le envuelven esa cara que tanto he echado de menos. Está guapísima.

—Sí, está bien —responde Cal riendo por lo bajo mientras hace ademán de seguir guiándome hacia casa. Como yo no quiero, me planto justo antes de poder seguir andando para mirarla un poco más—. Aunque mañana por la mañana estará en la mierda.

—¿Está borracho? —pregunta Teddy, acercándose a nosotros.

Hablan de mí como si yo no estuviese aquí, joder. Como si no los oyera.

—Borracho, dice —ríe él entonces, dándome un apretón en las costillas para intentar que vuelva a moverme—. Va como una puta cuba.

Pero yo sigo sin mover los pies ni apartarle la vista a Teddy, que se nos acerca más. La luz que se colaba por su puerta deja de iluminarle la silueta y, ahora, la envuelve la sombra en la que nos encontramos. Ladea sutilmente la cabeza, como si estuviese estudiándome, y luego me coge por el otro lado y me pasa otro brazo por la cintura.

Y, de pronto, estoy en casa.

Muevo un poco la cabeza para apoyarla en la suya y noto cómo inhala con fuerza a mi lado.

—Venga, sigamos andando —masculla Cal, obligándome a entrar en acción otra vez—. ¿Llaves?

—Bolsillo izquierdo —susurro con la boca seca.

Cal rebusca en mi bolsillo y se oye el repiqueteo de las llaves de la camioneta y las de mi casa. Abre la puerta y cruzamos la entrada ensombrecida. Teddy le da a un interruptor y se encienden las luces del salón que, a su vez, también iluminan el pasillo.

—Ya lo entro yo —dice Cal; su hermana asiente y me aparta el brazo de la espalda.

No puedo evitarlo. Estiro la mano y le cojo la suya. Cuando ella entrelaza los dedos con los míos y me da un apretón, me cuesta

menos respirar. Teddy nos acompaña pasillo abajo hasta mi cuarto. Dios, ojalá no estuviese tan borracho ahora mismo. Quiero decirle un montón de cosas. Quiero disculparme por un montón de cosas. Decirle que soy un idiota y que lo que le dije no iba en serio. Que me da todo igual. Que quiero estar con ella. Que quiero estar con ella todo lo que me permita; con ella y con sus hijos. Pero mi boca se mantiene firmemente cerrada; es como si el cerebro y la boca hubiesen perdido la conexión por culpa de mi sistema neuronal.

—Mañana tendrás que cambiar las sábanas, que todavía no te has duchado —se queja Cal al llegar a mi habitación.

Me deja en la cama y estira el brazo para encender la lamparita pequeña y tenue que tengo al lado. Entro en pánico un segundo porque Teddy verá mi habitación, mi cama, por primera vez. La lamparita arroja un delicado rayo de luz al suelo y a la cama. Entre que no tengo demasiadas cosas y que soy un obseso de la limpieza, la habitación está ordenada y la cama, hecha, aunque gran parte de las superficies estén recubiertas por una capa sutil de polvo.

—Y no seré yo quien te meta en la ducha —sentencia Cal.

—No pasa nada —logro farfullar, hundiéndome en el borde de la cama.

Vuelvo a mirar a Teddy a la cara. Es tan guapa que duele, leches.

Cal se arrodilla y me desata las botas para quitarme primero una y luego la otra y las deja a un lado. Sé que debería avergonzarme que Teddy me vea así, pero, por lo visto, mi cerebro es incapaz de centrarse en nada que no sea el hecho de que esté aquí. Mirándome.

—Enseguida vuelvo —anuncia con delicadeza antes de desaparecer por la puerta.

Cal gira la cara hacia ella y asiente.

—¿Te dejo los pantalones o te los quito?

—Quítalos.

Consigo bajarme los pantalones de Nomex por las piernas, me quito la camiseta interior negra por la cabeza como buenamente puedo y lo tiro todo en la esquina donde tengo el cesto de la ropa sucia. No acierto, pero me da igual porque Teddy reaparece con un buen vaso de agua y un comprimido de paracetamol en la mano.

Estoy sentado en el borde de la cama, completamente desnudo a excepción del bóxer, pero ella me mira única y fijamente a los ojos mientras se me acerca y me tiende la mano. Pongo la palma y Teddy me deja la pastilla antes de pasarme el vaso. Me trago el paracetamol y me tomo la mitad del agua del tirón.

—Si al borracho de turno le parece bien, voy a irme a casa con mi chica —anuncia Cal desde la puerta. Asiento y él golpea el marco con sutileza—. Menos mal que te quiero, tío. —Desvía la vista hacia su hermana, que sigue de espaldas a él, y le pregunta—: Ted, ¿te acompaño a casa?

Ella gira la cabeza para mirarlo y yo me quedo maravillado al ver cómo sonríe con discreción.

—No te preocupes. Gracias, Cal —responde ella.

Cal se la queda mirando un segundo y luego desvía la vista hacia mí. Mantiene una expresión casi neutra, pero no me pasa desapercibida ni la forma en la que aprieta los labios ni la preocupación que le inunda los ojos. Acto seguido, suspira, asiente, se marcha despacio de mi habitación y nos deja solos. Teddy se gira hacia mí y, como yo sigo con la cabeza nublada y soy incapaz de articular nada de forma coherente, me limito a alargar la mano y cogerle la tira del cinturón del albornoz que lleva atada a la cintura para acercarla un poco a mí.

Teddy no se resiste. Se me acerca hasta quedar entre mis rodillas. Igual que hace una semana, antes de que yo la cagase estrepitosamente.

Sigo con las manos sucias y llenas de hollín (voy a tener que frotarme bien las uñas), y mis dedos contrastan con la suave y limpia tira del albornoz. Bajo la cabeza hasta apoyarle la frente en el esternón y cierro los ojos mientras inhalo su aroma.

Teddy me coge el vaso de agua y lo deja en la mesita de noche antes de envolverme la cabeza con ambas manos. Exhalo y trago saliva con fuerza porque, al tenerla tan cerca, noto un nudo de emociones en la garganta. Le suelto el cinturón del albornoz, le paso las manos por las caderas y se las bajo por la parte externa de los muslos. Y, entonces, le envuelvo las caderas con los brazos para

mantenerla cerca de mí, como si fuera mi salvavidas personal. Cuando apoya la mejilla en mi cabeza, inhalo tembloroso.

Nos quedamos así un buen rato, aunque tal vez solo se lo parezca al ebrio de mi cerebro.

—Tengo que irme a casa, Xander —susurra en voz baja, con ternura.

Ha ido acariciándome el pelo, demasiado largo, a la altura de la nuca. Me acurruco contra su tacto porque no quiero que me suelte. No quiero soltarla.

Quiero decirle tantas cosas... Tengo que decirle tantas cosas... No quiero que se vaya, aunque sé que tiene que irse. Ha dejado a los niños solos en casa, durmiendo, y ha venido aquí a cuidarme porque voy borracho.

Dios, si es que soy patético.

Cojo una profunda bocanada de aire para serenarme e inhalo su aroma. Ojalá pudiese quedarme a vivir en su aroma para siempre. Aun así, asiento, le aparto los brazos de las caderas y levanto la cabeza de la almohada que formaban sus pechos.

—Vete a dormir —susurra con ternura.

Me pasa los dedos por el pelo (que sé que llevo sucio, lleno de polvo y, seguramente, también de mugre) y vuelvo a asentir, alternando la mirada entre sus ojos grises. Ahora, bajo esta tenue luz, parecen plateados, y las pecas que le cubren el puente de la nariz se le marcan más con el centelleo de la lámpara que tenemos al lado.

En ese preciso instante, Teddy me sorprende bajando la cara para darme un beso lento y tierno en la frente. Me coge la cara con ambas manos y noto cómo me roza la barba (que llevo más larga que de costumbre) a la altura de las mejillas y la mandíbula con las uñas. Es una maravilla y una tortura a la vez.

Me roza la frente con los labios al exhalar con dulzura y a mí me da la impresión de que casi me lo he imaginado.

—Buenas noches, Xander.

Estira el brazo y apaga la lámpara que tengo en la mesita de noche, dejando que la oscuridad nos envuelva a ambos antes de alejarse, salir de mi cuarto y desaparecer pasillo abajo. Trago saliva

con fuerza justo cuando ella vuelve a apagar la luz del salón y, luego, oigo el delicado clic de mi puerta delantera al cerrarse.

27

Teddy

¿Me explicas por qué ayudé a meter en la cama a un Xander muy borracho cuando Cal lo trajo a casa anoche?

Vi: Eh... Prefiero no responder

🙄 Cómo no

Vi: Espera. Yo los envié a casa pasadas las dos. ¿Qué hacías tú despierta a esas horas?

Oí el sonido de una camioneta que no ubicaba en la entrada. Estaba volviendo a dormir a Bea después de darle la toma que le toca a medianoche. Me levanté para comprobar quién era y vi que Cal intentaba bajar a Xander de la camioneta y lo arrastraba por la acera.

Vi: Ufff. Un poco mal sí que lo vi hacia el final de la noche. Fue como si hubiese estado fustigándose que flipas. Creo que nunca le había servido tantas copas.

Que el hombre casi no podía ni caminar, Vi. Parecía atormentado. No

lo había visto nunca tan... no sé, ¿taciturno?

Vi: Bueno, es lo que tiene darte cuenta de que la liaste cuando podrías haber tenido algo maravilloso con una mujer increíble. Según Rowan, lleva toda la semana fatal y con un humor de perros.

¿Crees que soy increíble? Oooooh, ¿quieres casarte conmigo?

Vi: Es que no eres del todo mi tipo, cielo.

Vaya. Normal. Es porque no tengo pene, ¿a que sí? Puedo ponerme un arnés, si te va más.

Vi: Mujer, que acabo de escupir el café y me he manchado entera. Ahora tengo que cambiarme antes del turno.

O sea, ¿que no es un no...?

Vi: *Selfi de Violette vestida con el uniforme de enfermera manchado de café y la frente arrugada*

Vi: Estás fatal. Pasas demasiado tiempo conmigo y con Scottie. Te estamos corrompiendo.

Sí, pero me queréis igual. Bien que acabas de decirme que soy increíble.

Vi: Oye, chiflada, que tengo que trabajar. Ve a ver cómo está el

resacoso y atormentado buenorro que tienes por vecino.

GIF de un soldado haciendo el saludo militar

Vale. Voy. Deséame suerte.

Vi: No necesitas suerte. Ya tienes tetas, que es todavía mejor.

Salgo del chat y sacudo la cabeza. De pie al lado del fregadero de la cocina, le doy otro largo sorbo al café. Dalton y Penny están en la escuela, así que esta mañana nos hemos quedado solas Bea y yo. Como se ha despertado supertemprano, ahora está en la cuna, durmiendo su siesta matutina.

Cojo una profunda bocanada de aire para tranquilizarme, sirvo una segunda taza de café y me meto el vigilabebés en el bolsillo trasero de mis *shorts* deshilachados. Llevo una camiseta holgada con un cuello en V que me deja buena parte del escote al descubierto. Salgo por la puerta delantera, echo a andar hacia el dúplex de Xander, vuelvo a inhalar y levanto la mano para llamar discretamente a la puerta.

Al cabo de treinta segundos, justo cuando empiezo a cuestionarme si debería haber venido mientras espero a que abra, aparece Xander.

Me quedo literalmente boquiabierta. Soy plenamente consciente de cómo lo estoy mirando, pero no consigo reaccionar.

Lleva una toalla atada alrededor de la cintura, con el torso y toda la mitad superior del cuerpo dichosa y maravillosamente desnudos. El agua le resbala por su pecho ancho, recorriéndole los abdominales. Tiene el pelo mojado y se le pegan algunos mechones a los laterales de la cara y al cuello, aunque se ha afeitado un poco la barba.

—Hey —me saluda.

Sus ojos me aturden más aún que ver su cuerpo desnudo y húmedo.

—Hey —respondo avergonzada al oír la voz aguda y chirriante que me ha salido. «Diosmiodemivida, ¿estoy babeando?». Cierro la boca en el acto y le paso la taza de café con ímpetu, a pesar de que suavizo el movimiento un poco para no verter el líquido—. Que, eh... Quería ver cómo estabas. Y traerte café. Toma.

—Gracias —murmura.

Cuando oigo su voz grave, el estómago me da un vuelco descomunal. Acepta la taza de café y, al hacerlo, sus dedos rozan los míos. Una descarga eléctrica me sube por los brazos y me va directa al corazón. Me acerco la otra taza a los labios para ocupar mis manos temblorosas con algo.

—Y, eh... Gracias por lo de anoche —añade—. Lo siento. No suelo beber tanto.

—No tienes que disculparte —susurro y trago saliva con fuerza—. No es para tanto.

—Bueno, pero sí tengo que disculparme por lo que te dije antes —contesta en voz baja, con los ojos tristes y arrugando la frente.

—Déjalo, por favor. —He aquí todo cuanto logro decir mientras cojo mi taza con firmeza—. Lo entiendo. No hace falta que me expliques...

—Sí hace falta —insiste, recorriéndome el rostro con la mirada como si estuviese intentando memorizarlo. Como si me hubiese echado de menos—. Teddy... Joder. —Baja la vista para mirarse y se le escapa una delicada risa llena de autodesprecio—. Deja que me cambie y... ¿hablamos? ¿Por favor?

Debe de encantarme eso de flagelarme, porque me encuentro asintiendo despacio. Acto seguido, la traicionera de mi boca se abre y respondo:

—Vale.

—Genial —dice Xander suspirando, como si acabase de quitarse un peso de encima. Se le ilumina el rostro y su sonrisa blanca e increíble acaba de alterarme aún más—. Dame..., no sé, tres minutos. ¿Quieres entrar? ¿Tienes a Bea durmiendo?

—Eh... Claro —musito—. Sí, está durmiendo. Tengo el vigilabebés en el bolsillo, por si acaso.

Xander da un paso al lado para que yo atraviese el umbral y luego cierra la puerta. Echa a andar delante de mí y no puedo evitar mirarle esa espalda amplia y morena y la forma en que se le mueven y contraen los músculos con cada movimiento. O en la firme curva de su culo bajo la toalla. Va descalzo y me río discretamente al ver que ha dejado un rastro de agua por el pasillo cuando ha venido a abrir la puerta.

—Lo siento, no quería interrumpirte la ducha. Ni siquiera sabía si te habrías despertado ya.

—Me he despertado con una resaca de tres pares de cojones. —Ríe por lo bajo y girando la cara por encima del hombro. Se detiene en la isla de la cocina y le da un sorbo al café. Murmura por lo bajo en señal de aprobación—. Gracias. Por esto y por el agua con el paracetamol de anoche. Me vino genial.

Me acerco la taza a los labios y bebo un poco mientras él rodea la encimera.

—Ahora vuelvo —anuncia en voz baja.

Asiento. Xander desaparece por el pasillo, se mete en su cuarto y cierra la puerta. Con la taza entre las manos, me paseo por su salón, a pesar de que no hay mucho que observar. Tiene unas cuantas fotos en la pared en las que aparecen los que supongo que serán sus hermanos, su madre y su padre, pero nada más. La casa está limpia y ordenada, pero también... vacía. Y ahí es cuando vuelvo a acordarme de que Xander casi nunca está por aquí.

La puerta que hay al final del pasillo se abre y Xander aparece con unos vaqueros y una camiseta negra que se le ciñe a los hombros y a los bíceps; le queda como un guante. La tela se le tensa alrededor del pectoral y se me seca la boca. Está pasándose la toalla por el pelo mojado con una sola mano, dejándoselo despeinado y enmarañado. Dios, ahora tengo ganas de tocárselo con los dedos.

Al acercarse a mí, deja la toalla en el respaldo de una de las sillas de la mesa del salón. Coge su taza de café y le da otro sorbo.

—Gracias por el café, en serio.

Asiento y Xander señala el sofá para que me siente.

—¿Me acompañas? —sugiere.

Qué peligro. Sentarnos en el sofá tiene un toque muchísimo más íntimo que sentarnos en la mesa porque, en ese caso, tendríamos un mueble entre los dos. Ya sabemos que, cuando Xander está cerca, soy incapaz de controlar mis manos.

¿Sentarme con él en el sofá?

Es peligroso. Muy peligroso.

Me guía hacia allí, me saco el vigilabebés del bolsillo y lo dejo en la mesita que tiene delante del sofá y que parece sacada de los años noventa. De hecho, casi todos sus muebles y la poca decoración que tiene parecen anticuados, como si nunca se hubiese tomado la molestia de modernizar nada cuando se vino a vivir aquí después de que falleciera su padre.

Se sienta en la punta del sofá, separa las piernas y descansa el brazo en el respaldo. Yo me coloco en la otra punta, me siento sobre una pierna, me apoyo la taza en el regazo y la envuelvo con ambas manos.

—¿Cómo estás? —se interesa, rompiendo el silencio.

Le doy otro sorbo al café y encojo un hombro algo cohibida.

—Bien —logro decir con un hilo de voz.

Desvío la vista hacia sus ojos un breve segundo y se la aparto de inmediato. Lo de anoche me dejó tocada. Pero muy tocada. Joder, la semana pasada entera me dejó tocada, más de lo que me gustaría reconocer. Tanto toma y daca, tanto tira y afloja me resulta agotador y confuso de narices. Pero la forma en la que me acercó a él anoche, como si no quisiera soltarme nunca..., como si él necesitara estar así tanto como yo..., me afectó un poco a nivel emocional. Me abrió el corazón de golpe y, jolín, esa pequeña fisura no para de agrandarse y volver a dejar espacio para Xander.

—¿Tú? —le pregunto.

Encoge un hombro y se acerca el café a la boca. Me estudia de cerca. Tan de cerca y con tanta intensidad que me pongo nerviosa.

—Teddy...

Dios, pero es que la forma en la que pronuncia mi nombre... Es como un bálsamo para mis nervios y como una corriente eléctrica para mi cuerpo, todo a la vez.

—No hace falta que digas nada, de verdad —susurro y bajo la vista hacia el café que tengo entre las manos—. Lo entiendo, Xander.

Él deja su taza, estira el brazo hacia donde estoy yo y me quita también la mía. Me quedo mirando, con los ojos bien abiertos, cómo la deja en la mesita que tenemos delante antes de envolverme con los brazos y acercarme a él.

Noto uno de sus brazos fuertes y musculados alrededor del culo y, el otro, en la espalda. Me coloca encima de su regazo hasta que quedo sentada a horcajadas encima de él, con una rodilla a cada lado de su cadera. Tengo las espinillas pegadas al cojín del sofá sobre el que estamos sentados y con los muslos separados encima de los suyos. Cuando se me suben los *shorts* por la parte interna del muslo, me sonrojo.

Le apoyo las manos en el pecho, bien separadas, para encontrar el equilibrio y mantenerme a algo de distancia de él, pero Xander se niega.

¿Cómo puede ser que este hombre quiera tenerme siempre encima?

—Te voy a aplastar...

—Teddy, como vuelvas a decir una sola palabra, te dejaré el culo rojo —suelta con la voz rasposa y ensanchando su mano enorme sobre una de mis nalgas. Noto la calidez de su palma incluso a través de los vaqueros—. Quiero que estés justo aquí, ¿de acuerdo? Aquí —gruñe acercándome más— es justo donde quiero que estés.

Huele tan bien recién salido de la ducha, con la piel y el pelo aún mojados... Me muero de ganas de hundirme en él, de perderme en él aunque sea por un rato. Quiero creerme todo lo que me dice, quiero creerme eso que noto que me ejerce presión en la entrepierna. Me impulso con las manos para alejar mi pecho del suyo y mirarlo a esos ojos del mismo azul que el cielo.

—Xander..., ¿qué haces? —Le busco la mirada, aterrada por lo que veo en ella y por lo que vaya a decir.

—Intento disculparme, pero no te estás quieta —farfulla sujetándome con más fuerza por la cadera.

Me quedo petrificada. Dios, qué confuso es todo esto.

—Dijiste que no te liabas con madres solteras. No he pasado de ser madre soltera con tres hijos a no tener ni uno solo en una semana por arte de magia...

—Para —susurra con fervor.

Obedezco. Él me apoya las manos en la pendiente ancha de mis caderas y me hunde los dedos en la parte más carnosa del culo. Esos ojos en los que sé que podría perderme (eso, si me lo permitiera) adoptan un tono profundo e intensamente triste cuando musita con un hilo de voz:

—Ya sé lo que dije. Cuando me uní a la brigada de bomberos de élite me autoimpuse una norma: no salir con madres solteras. Bueno, no salgo con nadie y punto, Teddy. No me parece justo pedirle a alguien que esté conmigo, y mucho menos a alguien con hijos. Porque sé lo peligroso que es mi trabajo. Mis hermanos y yo vimos, de primera mano, cómo se iba al traste el matrimonio de nuestros padres por culpa de esta profesión. Mi padre era bombero forestal y este trabajo era el amor de su vida. Y a mi madre se le partía el corazón cada primavera, cuando veía que se marchaba para venir aquí sin saber si regresaría o no a casa. Así que, al final, le dio un ultimátum: mi madre y nosotros, o el trabajo. Y mi padre escogió el trabajo. Mi madre nunca lo perdonó y nunca pasó página. Y, luego, hace seis años lo perdió otra vez.

—Xander...

—Déjame terminar, por favor —susurra y traga saliva con fuerza.

Asiento para que continúe, aunque tengo que esmerarme muchísimo para evitar que se me llenen los ojos de lágrimas. Me escuecen tanto los ojos como la nariz.

—Ya sabes que mi padre murió en un incendio. Tenía que jubilarse al final de esa temporada y nunca lo consiguió. —Se me encoge el pecho al oír la tristeza que le inunda la voz y el silencioso dolor que le aporta ese tono áspero—. Salvó a toda nuestra brigada de ese incendio. Estuvimos a punto de no salir vivos de allí...

Las lágrimas que tanto estaba intentando evitar me inundan los ojos y no puedo hacer nada por evitarlo. Me acuerdo del miedo y del pánico que sentí cuando me enteré de que Cal también había estado a punto de perder la vida allí. Mi hermano solo me dio cuatro

pinceladas del tema, pero sé que presenció los últimos minutos con vida del padre de Xander; sé que no pudo ayudarlo y eso lo ha atormentado durante años. Seguramente siga atormentándolo, aunque no me hable demasiado del tema.

Xander sonríe con ternura y con los ojos llenos de tristeza mientras levanta la mano y me pasa el pulgar por la mejilla para secarme la lágrima que me ha resbalado. Tengo un nudo en la garganta, también cortesía de las lágrimas, y el miedo me recorre la columna vertebral.

—Hizo lo imposible para que su equipo saliera de allí con vida, pero le costó la suya. En ese momento, me prometí que honraría su sacrificio. Y he hecho todo lo que he podido por cumplir con mi palabra. Por eso me está costando tanto todo esto, preciosa. Porque nunca me he comprometido con nada más en esta vida que no sea mi trabajo. Nunca he hecho otra cosa que no sea esto. Soy consciente de que solo podría prometerte una vida llena de miedo y preocupación, y no es justo para ti. No es justo para tus hijos; ya han sufrido una pérdida enorme. Ya te preocupas por tu hermano. Detesto pensar que también te preocuparías por mí. Siento mucho haberte hecho daño, cielo. Pensaba que estaba haciendo lo correcto. Me faltan palabras para decirte lo mucho que siento haberte hecho tanto daño por ser un idiota emocionalmente atrofiado.

No puedo contener la discreta risa que se me escapa. Xander apoya la frente en la mía y la mueve un poco, y yo cierro los ojos con fuerza. Tengo el corazón agrietado por completo. Me duele. Y me está dejando dolorosamente vulnerable. Esto es aterrador de narices.

—Te prometo que no lo dije en ese sentido, preciosa. Y, joder, ya sé que no es justo que te pida esto. Que no es justo que te pida que me perdones por haber sido un cabrón y que te abras conmigo. Ya lo sé —susurra con la voz entrecortada y agarrándome la mandíbula con ambas manos para separarme la cara de la suya; para apartarme lo justo para obligarme a mirarlo a los ojos.

Y, entonces, me pierdo irremediablemente en su mirada. Y tampoco quiero volver a encontrarme. Porque este hombre... Este

hombre va a destrozarme el corazón y yo no estoy preparada en absoluto.

Me acaricia los labios con los suyos con la delicadeza de una pluma y, con la voz trabajosa, dice:

—Pero estoy harto de ponerle palos en las ruedas a todo esto. Estoy loco por ti, Teddy. Te pienso todos los días y te sueño cada noche... Estás en todas partes. Solo tú.

28

Xander

—¡A pencar, chavales! —le ordeno a mi brigada.

Los hay que asienten, los hay que responden con alguna que otra afirmación y los hay que simplemente responden con un: «¡Sí, sup!».

Estamos haciendo una quema cerca de un recinto histórico local para proteger el edificio. De hecho, se trata de un granero que convirtieron en un museo y que está en ruinas; personalmente, creo que mejor estaría si acabase de arder en llamas. Sin embargo, el Ayuntamiento lo declaró monumento histórico de Sky Ridge. Entre la ola de calor que llevamos sufriendo desde julio y lo poco que ha llovido, nos han pedido que hagamos una quema controlada por el terreno limítrofe para evitar que los incendios lleguen hasta aquí (esto, en el caso de que llegase a haber algún incendio por la zona).

King y su cuadrilla están por el área oeste de la propiedad, cavando una línea. El cabrón está en su salsa porque puede orquestarlo usando una excavadora para despejar gran parte de los cardos mientras Cal y su equipo se bastan de las antorchas de goteo para la quema.

Es una tarea fácil y bastante mecánica. Las condiciones meteorológicas actuales son perfectas para este tipo de trabajo y así tenemos algo que hacer mientras no nos llaman para ir a controlar otro incendio. Preferimos trabajar de noche porque nos permite ubicar mejor la posición de las llamas y, además, no nos freímos durante el día. Tampoco es que ahora se esté mucho más fresco, pero, sin los rayos abrasadores del sol, resulta casi placentero.

Estaremos aquí hasta bien entrada la noche, joder; más bien dicho, hasta bien entrada la madrugada. Con algo de suerte, tal vez terminemos al alba. Aunque nos da igual a todos.

Echo de menos los días en los que podía trabajar con antorchas de goteo con Cal, codo con codo. Normalmente, yo estaría vigilando a mis cuadrillas de cerca, pero esta quema controlada es pan comido y, hoy, me toca centrarme en la exhaustiva tarea de cavar a mano.

Cualquier cosa con tal de intentar no pensar en Teddy y en la conversación que tuvimos la otra mañana. En cómo me abrí con ella como no lo había hecho nunca antes y menos con una mujer con las ideas claras que me diría que me fuera a tomar viento...

Solo que Teddy no lo hizo. No me apartó ni me rechazó como yo pensaba. No, esta mujer simplemente me devolvió el beso con ternura a lo que resultó no ser otra cosa que un mero roce de labios. Y, acto seguido, dijo:

—Creo que yo también estoy cansada de ponerle palos en las ruedas, Xander.

Sin embargo, antes de que nos diese tiempo a añadir nada más, empezamos a oír el llanto de Bea a través del vigilabebés que había dejado en mi mesita y, cuando la niña empezó a llorar con más ahínco, la luz del aparato pasó del verde al rojo. Teddy saltó de mi regazo enseguida y se bajó los pantalones más roja que un tomate. Joder, me encanta verla así de sonrojada cuando me mira o cuando me pilla mirándola, y estoy desesperado por volver a ver cómo se le tiñe el cuerpo de ese color sin que haya nada que nos separe. Le tengo unas ganas voraces y me muero por que me dé más de ella.

Cogió la taza de café y el vigilabebés y yo dejé que se marchara, pero la seguí hacia la puerta y le pasé la mano por delante del cuello justo cuando intentaba escapar. Y volví a besarla. Solo una vez. Solo otro beso más bien casto a su boca deliciosa y exquisita. Y la promesa de que la vería más tarde. Teddy asintió.

Pasarme más de veinticuatro horas sin verla es casi una tortura. Y no me enorgullece demasiado tener que reconocer que pensar que tenía que alejarme de ella para venir a hacer esto... ha sido una puta mierda.

Los años pasan. Puede que siga en muy buena forma, pero debo confesar que mi cuerpo ya no es el que era. No ha cambiado demasiado, pero yo sí noto la diferencia. Me duelen las articulaciones, me despierto muchas mañanas con la espalda agarrotada, tengo más canas en el pelo y en la barba de las que me gustaría... Y, joder, tras cuarenta y tres años, lo único que tengo es una casa que heredé con mobiliario antiguo de los ochenta y los noventa, unos mecanismos de defensa pésimos ante el dolor, y una profesión que me ha impedido disfrutar de una casa con jardín y una familia.

«Cosa que me daba igual», me recuerdo mientras paso la Pulaski por las hojas y los desechos y voy cavando una línea. Tengo los músculos doloridos, lo cual resulta ser un alivio. Me esmero aún más, metiéndome de lleno en el trabajo, y el sudor me empapa la frente y me resbala por las mejillas. Nunca quise una familia. No la necesitaba. No necesitaba nada aparte de esto, día sí y día también, y mi brigada. Mis amigos, mis hermanos; la familia que encontré por el camino.

Me enderezo, exhalo y miro a mi alrededor. Esas llamas bajas se van esparciendo despacio, que es justo lo que queríamos. Quemar toda esta vegetación seca y muerta convertirá la fronda en tierra quemada, de modo que la zona quedará protegida y en primavera podrá volver a crecer todo.

Es una pasada ver cómo renace la tierra después de semejantes destrucciones; es realmente conmovedor, casi mágico. He ido a sitios que fueron arrasados por incendios forestales años atrás y lo que he visto siempre me ha maravillado. Frondas nuevas, árboles que crecían entre las cenizas, y una vegetación gruesa y saludable que renacía con más fuerza todavía tras una terrible devastación.

—Qué preciosidad —jadea Cal, acercándose a mí y con la antorcha de goteo colgándole al lado, con la llama extinguida.

Nos quedamos mirando a los chicos mientras trabajan y guían las llamas bajas por la colina donde King ha subido una *bulldozer* para excavar una línea que envolviese toda la propiedad a unos ochocientos metros de distancia. Los tonos rojizos, anaranjados y amarillentos de las llamas brillan en la oscuridad. Digno de ver.

—Y que lo digas —concuerdo.

Nunca he visto nada más bonito que las llamas subiendo por una colina. Bueno, hasta ahora.

Hasta que conocí a Teddy.

Dios, qué ganas tengo de llegar a casa. De verla mañana. Por primera vez en toda mi vida, temo despertarme solo. Por primera vez en mis casi cuarenta y tres años, no hay nada que me apetezca más que despertarme al lado de una mujer después de haberme quedado dormido a su lado. No, no solo «una mujer». Mi mujer.

Mi puñetera mujer. Teddy. Quiero irme a dormir cada noche y despertarme cada maldita mañana a su lado.

Puede que todavía no sea mía, pero estoy dispuesto a hacer lo que haga falta con tal de que acabe siéndolo.

Le doy una palmada en el hombro a Cal y le sonrío.

—Vamos a quemar la mierda esta e irnos a casa.

—Bien dicho, coño —suelta él con una risa baja.

Y nos ponemos a cavar una línea. Porque yo tengo que estar en casa por la mañana.

29

Teddy

—Ay, menos mal —mascullo al abrir la puerta y dejando pasar a Violette y Scottie.

Estoy acunando a Bea con un brazo, moviendo sin parar a mi hija de cuatro meses. Tiene mala tarde y no quiere dormir. Hollie me saluda en voz baja y va directa hacia la habitación de Penny. Cuando Scottie se detiene en la terraza, miro justo detrás de ella y veo a Dalton jugando a la pelota en el jardín delantero, con Xander. Y, cuando Cal y Rowan aparecen en medio del jardín, a mi hijo se le ilumina tanto la expresión que parece el Rockefeller Center por Navidad. El fuerte de hormigón envuelto con alambres de púas con el que había protegido mi corazón se quiebra un poquito más. Si es que estoy jodidísima, leches.

Scottie gira la cabeza para mirar por encima del hombro y comprobar qué me había llamado la atención. Acto seguido, vuelve a girarse, sonríe pletórica y dice:

—Uuuh, te ha pegado fuerte, ¿eh? Qué mal.

—¡Calla! —susurro metiéndoles prisa a ambas para que entren y así poder cerrar. Me apoyo contra la puerta, con el cuerpo flácido y la espalda de Bea pegada a mi pecho. Violette y Scottie se burlan despiadadamente y yo intento fulminarlas con la mirada lo mejor que puedo, aunque sé que no me sirve de nada—. Con eso de «qué mal» te quedas corta... Es una catástrofe. Una calamidad. Un desastre en forma de «vecino-buenorro-que-flipas-barra-jefe-y-mejor-amigo-de-mi-hermano-mayor». ¿¡Pero qué me pasa!?

—Hmmm... ¡He traído vino! —ríe Violette, cogiendo no una sino dos botellas de vino por el cuello como quien enseña el pez que

acaba de pescar.

No puedo evitar reírme ante su intento de frenar mi pánico creciente.

Vamos hacia la cocina. Violette abre la primera botella como Pedro por su casa mientras yo pillo un par de copas de vino sin tallo y un vaso largo para el *whisky* de Scottie. A ella no le va el vino, pero se une a las noches de chicas que compartimos con Vi y que tanto necesitamos. Ya se han convertido en un ritual semanal y yo vivo por y para estas pocas horas de conversaciones de mujeres adultas, por más que sigamos teniendo que responder a un sinfín de «¡Mamás!» procedentes de todas direcciones y que yo vaya con una bebé irascible pegada a mí como un accesorio.

—Venga, a ver. Explícame por favor y ¡con sumo detalle! por qué esa cara romanticona que pones es una calamidad. Porque si eso es un problema, qué suerte la tuya —ríe Scottie, sirviéndose un par de dedos del *whisky* que ha traído y dándole un sorbo—. Y ya te digo yo que al pedazo de hombre que tienes ahí fuera se le queda la misma cara de tonto cuando habla de ti.

Estoy meciéndome en una esquina, meneando el cuerpo de un lado para otro para no dejar de acunar a Bea. Está cansada, pero no quiere dormir y, justo por eso, lleva todo el día de un humor de perros. Casi les cancelo los planes a las chicas porque ¿quién quiere oír llorar a una bebé mientras está con sus amigas? Pero es que las necesitaba desesperadamente. Como no hable de lo de Xander, al final, estallaré.

Vi alarga los brazos hacia Bea y, cuando la coge, yo me dejo caer aliviada.

—Gracias —susurro.

Aprovecho que ahora tengo ambas manos libres para darle un sorbo al vino.

—Venga, que sigo esperando una explicación —se queja Scottie, dándose impulso para sentarse con las piernas cruzadas en mi encimera.

—Soy madre soltera.

—¿¡No me digas!? —exclama fingiendo estar sorprendida. Le pongo los ojos en blanco y ella se ríe, señala por la ventana y musita

—: Yo creo que eso ya no es un problema. Siguiente.

—Soy viuda. No hace ni un año que enterré a mi marido —añado y le doy otro trago al vino. El alcohol me ayudará a aunar el valor.

—El duelo o cómo decidas vivir tu vida no se ciñen a ningún cronograma —responde Scottie—. Y si a alguien no le parece bien, que venga y me lo diga a mí.

Violette asiente mientras sigue acunando a Bea con ambos brazos.

—El proceso de sanación no es lineal, Teddy. Habrá días buenos y habrá días en los que se te seguirá haciendo una montaña. Y parece que Xander quiere estar ahí para ti en ambos casos.

—Es bombero de élite —susurro y dejo que se me hundan un poco más los hombros.

Scottie y Vi se miran y luego vuelven a mirarme a mí.

—Ya. ¿Y? También lo son Cal y Rowan.

Hago un gesto con la mano y suelto un pesaroso suspiro.

—Pero vosotras sois muchísimo más fuertes que yo. ¿Cómo lo hacéis? ¿Cómo dejáis que se marchen a sabiendas de que van a enfrentarse a un incendio forestal? A ver, que ya sé que Cal lleva siendo bombero de élite toda la vida, desde que yo era..., no sé, adolescente. Pero esto es... Qué sé yo. Me da la sensación de que es distinto. Me preocupo por Cal, pero no tiene nada que ver con cómo me preocupo ahora por Xander... —Alterno la mirada entre mis amigas y se me hunden aún más los hombros—. ¿No os aterra?

—Claro que sí —contesta Vi en voz baja sin dejar de acunar a mi hija—. Y el miedo que sientes por Cal será distinto al que sientas por Xander; eso, seguro. —Se encoge de hombros—. Cada vez que mi padre se iba, me preocupaba por él. Cuando se marchaba, me podía la obsesión: la primera noche que se iba, cenaba su comida favorita y le dejaba las zapatillas en un punto en concreto al lado de su cama. Pero siempre regresó.

Asiento e inhalo profundamente.

—Cuando Jacob se unió a la brigada, hice lo mismo. Y murió —prosigue con delicadeza sin dejar de mover a Bea. Baja la vista hacia mi hija y le apoya la mejilla en la cabecita. Levanta la vista para mirarme a los ojos y añade en voz baja—: Ahí me di cuenta de que nunca podemos controlar del todo lo que va a pasar. Lo único que

podemos hacer es disfrutar del tiempo que estemos con ellos y esperar que regresen a casa, con nosotras. Tengo que creer que Rowan siempre volverá. No puedo permitirme pensar lo contrario porque, si no, me volvería loca.

Tengo los ojos llenos de lágrimas. Mecagüen...

—Pero es que yo ya me estoy volviendo loca y eso que no tenemos nada —susurro miserablemente—. Ya perdí al amor de mi vida y eso casi me mata. No quiero volver a pasar por lo mismo. ¿Y si no soy capaz de gestionarlo? ¿Y si no soy lo bastante fuerte?

—Solo para que lo sepas... —dice Vi meciendo a mi hija—: eres la mujer más fuerte que conozco, que no te quepa ninguna duda. Perdiste a tu marido, diste a luz a tu hija en un parto domiciliario de emergencia sin medicamento ni nada, encima, y estás criando a tres niños maravillosos. Estás haciéndolo todo sola y lo estás petando, Teddy. Eres la puta ama, hostia.

Río y me froto las lágrimas que se han ido acumulando en mis ojos y que amenazan con resbalarme por las mejillas.

—Teddy, si le dijera a tu hermano que dejara el curro, Cal dimitiría hoy mismo. Pero enfrentarse a esos incendios le hace sentir vivo, y robarle eso sería como perder una parte de su ser. Y a lo mejor es porque, a diferencia de ti, yo no he perdido a nadie, pero... No podría hacerle eso. Sería muy injusto que le pidiera que dejara el trabajo para complacerme a mí —afirma Scottie con ternura. Cojo una bocanada temblorosa de aire y pestañeo para deshacerme de más lágrimas—. Cal es listo, confío en que volverá a casa cuando haya acabado. La terapia ayuda. De hecho, los dos vamos a terapia por razones distintas. No siempre lo hace más fácil, pero si no tienes forma de sacarlo todo, acabarás majara. ¿No ibas a terapia de duelo antes de que naciera Bea?

Asiento mientras Vi continúa acunando plácidamente a mi hija.

—Sí, iba. Pero intentar encontrar una niñera para poder ir hasta allí es una faena. A ver, que tampoco está tan lejos, pero entre que voy y vuelvo de Cedar Valley tengo unas buenas dos horas, dos horas y me...

—¡¡Mamáá!! —grita Penny, que viene corriendo desde su habitación con Hollie.

Grita tanto que Bea se pone a llorar desconsoladamente y monta un berrinche. Le cojo la bebé a Vi, me la acerco y la acuno en un intento por tranquilizarla. Tiene la carita arrugada. Está agotada. Ojalá se quedara dormida...

—Penny —suspiro y miro a mi hija de cuatro años, que tiene sus ojos marrones abiertos como platos—. Te he pedido que no grites de esta manera, y menos en casa...

Se abre la puerta principal, desvío la vista y veo a Xander entrando. Fija su intensa mirada en mí, Bea y una Penny arrepentida a mis pies. Xander se me acerca, mira un segundo a las otras dos mujeres y las saluda con un gesto de la cabeza.

Se pone en cuclillas delante de Penny, la gira hacia él y le guiña el ojo a Hollie.

—¿Por qué no venís afuera con nosotros? Estamos jugando a la pelota con Dalton y creo que sería aún más divertido si vosotras también vinierais. Seguro que al tío Cal le encantaría. ¿Qué os parece?

Penny se pone a saltar, risueña e ilusionada, y dice:

—¡Vamos, Hollie!

—¡Zapatos! —les digo en cuanto echan a correr hacia la puerta.

Se calzan y salen escopeteadas hacia el jardín, dejando a Xander atrás. Como la puerta está abierta, veo que Hollie se choca con las piernas de Rowan, que la levanta por encima de su cabeza. La niña se ríe.

Yo sigo acunando a Bea en brazos. Xander apoya las manos en las rodillas para levantarse, se endereza hasta quedar delante de mí y me veo obligada a levantar la vista para mirarlo. Noto los ojos de Vi y Scottie puestos en nosotros y me sonrojo.

—Deja que te ayude, mama —musita Xander en voz baja, alargando los brazos hacia la llorona de Bea.

Alterno la vista entre los ojos de Xander antes de asentir y dejar que la coja.

Este hombre logra que las mujeres de esta familia nos derritamos por él y, por lo visto, mi hija de cuatro meses tampoco es inmune a sus encantos, porque deja de llorar casi de inmediato. Se acurruca en el pecho de Xander, cuyas manos enormes parecen todavía más

impresionantes al sujetar a mi bebé por la espalda y por el pañal. Bea bosteza abiertamente y yo, como no puedo contenerme, le arrugo la frente a la niña. Será traicionera...

—Andaaa, qué mano tiene Xander para los bebés —bromea Vi desde la encimera y me guiña un ojo con la copa en una mano.

Xander le acaricia delicadamente la espalda a Bea y le apoya su mandíbula barbuda en la cabeza mientras me mira con tanto ardor en los ojos que creo que voy a implosionar. El estómago me da unos vuelcos y unas piruetas descomunales. Por lo visto, las mariposas que habitan en mi interior tienen una rutina de gimnasia rítmica espectacular.

Y, entonces, para mi sorpresa, Xander se inclina y me besa en la comisura de los labios. Se me olvida respirar.

—Yo me ocupo, mama —me susurra con los labios pegados a mi piel.

Me entra un escalofrío. Xander se separa y, dirigiéndose a Scottie y Violette, dice:

—Estamos fuera. Disfrutad del vino, chicas.

Dicho esto, se marcha por la puerta delantera y la cierra tras de sí. Veo a los niños jugando y riendo, y el grave timbre de las voces de los hombres que hay fuera se cuela en la cocina a través de las ventanas, que están abiertas.

—Santo cielo... ¿No os acaban de estallar los ovarios? Porque ese rollo de papá sexi ya es de otro nivel —ríe Vi, abanicándose. Me pongo como un tomate y me llevo las palmas de las manos a las mejillas para disimular—. Muy bieeen, Xander —añade.

Suelto una carcajada. Sorprendida, avergonzada y, seguramente, un poco frenética.

—Chicas..., que no puedo estar con este hombre.

—Ahora entiendo lo que decías de que te llame «mama». ¡Qué sexi! —comenta Vi, guiñándome el ojo otra vez.

Scottie se ríe.

—Pfff. Es que hace que sienta algo... —gimoteo y me señalo la barriga con las manos— por aquí.

—Son tus ovarios que dicen: «Ven con mama...» —canturrea Violette riendo y meneando hombros y caderas.

No puedo evitarlo y se me escapa algo que queda entre medio camino de una risa y un ronquido; es raro de narices. Por Dios, hay que ver lo que dicen estas mujeres...

—Uy, no —río sacudiendo la cabeza y dibujando una X gigante sobre mi cuerpo con las manos—. Ni de broma. No hace ni cuatro meses que di a luz a mi última hija. Y esto es como saltarse..., no sé, cien pasos, Vi. Que ni siquiera nos hemos acostado.

—Pero quieres.

Fulmino a Scottie con la mirada; que sigue sentada en la encimera y sonríe mientras remueve el *whisky* en el vaso. Reniego, echo la cabeza hacia atrás y clavo la vista en el techo antes de asentir patéticamente.

—Dios, me muero de ganas.

—Pues ve a por él, mama —ríe Scottie, guiñándome un ojo—. Hasta me aseguraré de distraer a Cal para que...

—Ay, por favor, frena —me quejo tapándome los oídos con las manos—. No quiero saber nada de las morbosidades que hagáis con mi hermano.

Scottie suelta una carcajada y le centellea la mirada, pícara.

—Sin morbo no hay diversión —comenta.

Gruño y echo la cabeza hacia atrás para volver a clavar la vista en el techo.

—Si vamos a ponernos a hablar de esto, necesitaré beber más.

Vi levanta la botella y sonríe de oreja a oreja.

—Papi Xander seguro que tiene morbosidades escondidas bajo la manga... Qué ganas de que nos cuentes cuáles son.

—¿Qué manga? —pregunta Scottie riendo y acabándose el *whisky* antes de servirse un par de dedos más—. Si siempre va con las camisetas cortadas... No tiene mangas donde esconder las morbosidades que dices. Seguro que... —chasquea los dedos— será dominante, pero en sentido tierno. Como eres una chica dulce, no querrá asustarte, pero ándate con cuidado, porque acabará llegando. Y te vas a correr tantas veces que al final te quedarás sin aliento. Le van los culos, así que prepárate para...

Me atraganto con el vino y lo escupo mientras me río y toso a la vez.

—No puedo... ¿Qué? Espera... ¿Por qué piensas que le van los culos?

Se me queda mirando como si fuera idiota y señala hacia la ventana a través de la cual vemos a los hombres.

—Querida, cuando te tiene cerca, el tío casi no puede ni apartarte la mirada del culo. Tienes a ese hombre obsesionado con tu trasero.

—Y con sus tetas —ríe Vi, señalándome el pecho con la cara. Me pongo de todas las tonalidades rojas habidas y por haber—. No te olvides de sus tetas. Ya te lo dije una vez: yo te las estrujaría encantada.

—Chicas, sois demasiado para mí —río sacudiendo la cabeza de nuevo—. Pero al menos ya hemos dejado de hablar de la vida sexual de Cal y Scottie.

—Uy, no, ahora volvemos a eso —ríe Vi, moviendo repetidamente las cejas—. Yo sí quiero saber cuáles son esas morbosidades. Por si a Rowan se le acaban las ideas. Que no estoy diciendo que no sepa de morbosidades, eh... —susurra sonriendo. Río y pongo los ojos en blanco otra vez—. Pero yo estoy siempre dispuesta a probar cosas nuevas.

Scottie se ríe y mira por la ventana.

—Vi, no mires, pero tu hombre tiene a un minihumano en brazos.

Violette se acerca a la ventana, reniega y le cede un poco el cuerpo. Miro por encima de su hombro y veo que, ahora, quien está acunando a Bea es Rowan. Mi hija parece haberse quedado frita. La tiene cogida con un brazo, como si fuese un balón de fútbol americano, pero la mira con suma adoración.

—Aaah, ¿por qué es tan sexi? —susurra Vi, gimiendo—. Le quedan de maravilla los bebés, leches.

Rowan debe de haberse dado cuenta de que estábamos observándolo a través de la ventana porque aparta los ojos de Bea y nos mira. Al ver a Violette, sonríe y se acerca un poco más a Bea. Señala a la bebé que tiene dormida en brazos, luego se señala a sí mismo y, finalmente, a Violette. Y luego va el tío y guiña un ojo.

—Sip. Veréis el bombo que me hace ese de ahí —musita Violette casi melancólica.

Suelto una carcajada.

—Mejor tú que yo —ríe Scottie, dándole otro sorbo al *whisky*.

—¿No quieres hijos? —le pregunto desviando la vista hacia ella.

—Ufff, no —ríe y sacude la cabeza—. Creo que nosotros no vamos a tener hijos por varias razones. Además, cuando veo la caca de bebé, los óvulos vuelven a retrocederme por las trompas de Falopio. —Tirita con brusquedad. Vi y yo reímos con tanto ímpetu que empiezo a jadear. En eso tengo que darle la razón—. Me viene de perlas ser la molona de la tía Scottie.

Me acerco a ella y le doy un fuerte abrazo.

—Me alegro muchísimo de que mis hijos tengan a la molona de su tía Scottie. Y sí, la caca de bebé es lo peor del mundo.

—¿Cómo hemos pasado de hablar de orgasmos a caca de bebé? —pregunta Scottie, recostándose.

—¿No iban así las conversaciones entre amigas? —bromea Vi.

Sonrío.

Dios, cuánto lo necesitaba. Envuelvo a Scottie con un brazo y a Violette con el otro y las estrujo a ambas a la vez.

—Os quiero, taradas. Gracias por ser mi cuadrilla.

—Ahora ya no te desharás de nosotras —dice Scottie.

Sonrío. Gracias a Dios que existen los pequeños milagros.

30

Xander

Cal tiene a Penny sentada en los hombros y la niña está agarrándole el pelo como si no hubiese un mañana. Hollie quería que King le prestara atención, así que él me ha pasado a Bea para poder coger a la que, si consigue salirse con la suya, pronto se convertirá en su hijastra. King está obsesionado con Violette y me sorprendería que tardaran más de un año en comprometerse. El tío no ve la hora de casarse con ella y darle más hijos.

Bea está frita, durmiendo feliz apoyada en el pliegue de mi brazo. He oído el revuelo que había dentro y he visto que las chicas iban turnándose para intentar tranquilizarla; y, luego, cuando la petarda esa se ha puesto a gritar como una loca ahí dentro, he tomado cartas en el asunto.

Lo mínimo que puedo hacer es dejar que Teddy y las chicas disfruten de un rato sin niños. Somos tres hombres hechos y derechos, podemos ocuparnos de un par de críos, ¿o no? Además, Dalton ha sido de gran ayuda. Menudo chavalín. Es muy maduro, aunque a veces creo que sus ojos marrones esconden una pizca de tristeza. Debe de echar tantísimo de menos a su padre...

Cal se me acerca con Penny pataleándole el pecho. Hace un gesto con la barbilla para señalar a la bebé que tengo dormida en brazos y dice:

—Si estás intentando ganar puntos, yo diría que está funcionando.

Enarco una ceja y me encojo de hombros.

—Solo estoy intentando que disfruten de un rato sin los críos.

—Ajá... —musita. A juzgar por su tono, no se cree ni una palabra de lo que le acabo de decir—. No la cagues, tío. Como vuelva a

enterarme de que le has hecho daño a Teddy, voy a tener que pegarte una paliza.

—No esperaba menos.

Es cierto. Suspiro y me acerco a la bebé, que sigue durmiendo, al pecho. A Bea se le escapa un ruidito y yo no puedo evitar sonreír. Joder, qué mona es.

Estos niños me tienen loco. Al igual que su madre. Perdidamente enamorado. Pero no estoy preparado para decírselo a Cal; al menos, no todavía.

Ya se lo reconocí a Teddy en mi casa la otra mañana, pero sincerarme con mi mejor amigo es distinto. Es su hermano. El tío que siempre ha estado ahí para defenderla y cuidarla; Cal solo quiere lo mejor, tanto para ella como para sus hijos.

Y ambos sabemos que puede que yo no sea lo mejor.

—Esto —dice con aspereza, señalando a la bebé que tengo en brazos, apretando las piernas de su sobrina Penny con los brazos y luego señalando a su sobrino, que está en medio del jardín— es su mundo. Si te está dejando formar parte de su vida en ese aspecto... Hostia, tío, tú solo vigila con ella. Por favor.

Asiento sabiamente. Ahora mismo, no puedo decir nada más.

—Hey, ¿quién se ocupa de la barbacoa? —pregunta entonces King, que viene corriendo hacia nosotros.

Cal se baja a Penny de los hombros; la niña vuelve a chillar y Bea se despierta sobresaltada. Vuelvo a acunarla despacio hasta que se queda dormida de nuevo y luego desvío la vista hacia los chicos.

—La tengo detrás. Si queréis ir preparando las hamburguesas, puedo encenderla —digo, señalando el lateral de la casa con la barbilla.

—Niños, ¿queréis aprender a hacer hamburguesas? —pregunta King girando la cara para hablar por encima del hombro. Dalton y las niñas gritan que sí, alegres, bajo la brisa de la tarde-noche—. Tú primero, sup.

Al cabo de diez minutos, los tenemos a los tres en la cocina. Ya se han lavado las manos y están sentados en las sillas de la encimera. Penny y Hollie están ayudando a aplastar la carne de las hamburguesas en una especie de forma oval que luego King (en

secreto para que las niñas no lo vean) moldea hasta convertirlas en círculos. Y Dalton está ayudando a Cal a preparar una ensalada.

He encendido la barbacoa. Sin embargo, como Bea sigue durmiendo en mis brazos, me estoy dando cuenta de lo complicado que es hacer las cosas con una sola mano. Ahora respeto aún más a Teddy, que consigue hacerlo literalmente todo y, encima, consigue que parezca fácil.

Llaman con delicadeza a la puerta corredera y desvío la atención hacia allí. Cuando veo entrar a las tres mujeres (copa de vino o *whisky* en mano), sonrío. Cal le da un beso tierno a Scottie en los labios cuando esta se les acerca a él y a Dalton para ver cómo van con la ensalada, y Violette se coloca al lado de King y Hollie.

—Ya la has sujetado un buen rato. ¿Quieres que te la coja? —pregunta Teddy, deteniéndose delante de mí y mirando a su hija con ternura.

Me gusta verla así. Con esta mirada tierna, serena y relajada. Feliz.

—Nah —musito en voz baja, estudiándole la cara.

Se ha recogido el pelo con una pinza y le caen unos cuantos mechones alrededor de la cara. Parecen tan suaves... Lleva sus gafas de montura clara, se ha aplicado una capa muy sutil de colorete en las mejillas, y se ha sonrojado a causa del vino. Detrás de los cristales de las gafas, veo sus pestañas largas y delicadas.

—Yo me ocupo, mama.

—Xander... —susurra levantando la vista hacia mí. Sus ojos grises me llaman inmediatamente—. Tienes que dejar de decirlo de esta manera.

Sonrío y acerco la cara a la suya para preguntar:

—¿De qué manera? ¿Mama? —repito la palabra con aspereza, de esa forma que sé que consigue que le cedan las rodillas.

Se le dilatan las pupilas y separa los labios. Dios, qué ganas tengo de besarla.

—Sí —exhala casi trabajosamente y yo bajo la vista hacia sus labios.

—¿Por qué? —murmuro—. ¿No te gusta?

Se le escapa una risa cargada de aire y se pasa la lengua por el labio inferior.

Al verla humedeciéndose el labio inferior, ese que tantas ganas tengo de mordisquearle y tirarle con fuerza hasta oírla jadeando mi puto nombre, me late la polla debajo de los vaqueros.

—Claro que me gusta, ya lo sabes —responde con un hilo de voz, mirándome de nuevo a los ojos.

—Teddy.

—¿Sí? —pregunta con un tono agudo y la voz cargada de aire otra vez.

Tiene las mejillas sonrojadas. Está guapísima, joder.

—Voy a besarte —exhalo.

No es una pregunta. Es una advertencia.

Ella me baja la vista a los labios de inmediato y, luego, despacio, jodidamente despacio, vuelve a subirla para mirarme a los ojos. Y, entonces, asiente.

—Vale...

Con Bea en un brazo, le paso la otra mano por la nuca a Teddy para sujetarla y le echo la cabeza un poco hacia atrás mientras acerco la boca a la suya. Voy rozándole los labios con ternura, repetidamente, y al final dejo los míos allí hasta que noto que ella los separa. Le cuelo la lengua y la saboreo. Solo un minuto. Lo justo para que se me ponga dura como una roca al notar el roce de sus labios y el sabor de su boca.

Me separo a regañadientes. Dios, si es que podría pasarme toda una eternidad besándola y no me cansaría nunca. Le acaricio la mejilla con el dorso de los dedos y sonrío cuando Teddy abre los ojos. Vuelve a tener la misma mirada que antes. Tierna y serena. Feliz.

Teddy es como una droga. Y, ahora que ya la he probado, no puedo vivir sin ella. Lo sé. Quiero ser yo quien le aporte esta felicidad a su vida.

Y haré lo que sea con tal de que así sea, hostia.

31

Teddy

Los chicos nos han echado a las chicas del dúplex de Xander en cuanto hemos terminado de cenar y nos han prohibido ayudarles a fregar los platos (¿y quién soy yo para llevarles la contraria?). Así que nos hemos dado el lujo de salir a terminarnos el vino fuera y disfrutar de un tranquilo rato de chicas. Estamos sentadas alrededor de la mesa de jardín que tengo al otro lado de la puerta corredera de mi casa, riendo y hablando, y estoy tan dichosamente alegre que me resulta un poco desconcertante. Hacía tantísimo tiempo que no me sentía así que la sensación se me antoja casi desconocida.

Hay una vela de citronela encendida sobre la mesa de cristal que tenemos en medio y la llama parpadea con la brisa sutil que acompaña esta tarde-noche.

Me recuesto en la silla, suspiro y cierro los ojos.

—Debería meter a los niños en la cama, pero es que estoy tan cómoda que no quiero levantarme.

Violette coincide con un ruidito, pero ninguna de las dos hace ademán de moverse.

—Ya, si yo también debería llevarme a Hols a casa. Pero esto es una gozada. Cuánto relax...

Oímos a los chicos hablando y a los niños riendo en el apartamento de Xander mientras friegan los platos.

—Esto de no tener que hacerlo todo sola está bien —reconozco en voz baja, con la cabeza echada hacia atrás y sin abrir los ojos—. ¿Soy una persona terrible por haberlo dicho en voz alta?

—Para nada —responde Scottie alto y claro antes de darme un apretón sutil en la mano—. Llevas meses haciéndolo todo sola,

Teddy. No pasa nada por dejar que te echen un cable. Y menos si lo hace alguien que está cañón.

—¿Estamos hablando de Xander o de mi hermano? —pregunto abriendo un ojo para mirarla.

Scottie echa la cabeza hacia atrás con una risotada.

—Pfff, estaba hablando de nosotras —ríe encogiéndose de hombros. Sonrío y vuelvo a cerrar los ojos—. Cal adora a tus hijos, por cierto.

—Eso espero —río con ligereza y recorro el respaldo de la silla con la nuca—. Quien me suplicaba que lo hiciese tío era él. Le encanta malcriarlos todo lo que pueda y luego enviármelos a mí otra vez con un subidón de azúcar.

Scottie se ríe por la nariz y asiente.

—La verdad es que sí —confirma.

Guardamos silencio un rato y nos quedamos escuchando a los chicos y a los niños, que siguen dentro. Es extraño. Somos como una familia formada con retales cosidos al azar, pero parece que sea justo como tenía que ser.

Me acaricio la parte inferior de la alianza con el pulgar y miro el anillo. Inhalo con fuerza para serenarme y, bajo la luz del crepúsculo, les susurro a las dos chicas, que ya se han convertido en mis hermanas:

—Gracias por permitirme estar hecha un desastre, chicas. Todo esto ha sido muy confuso para mí. Tanto a nivel mental como a nivel emocional. Gracias por escucharme sin juzgarme.

—No estás hecha ningún desastre. Eres humana —dice Vi con ternura y alargando el brazo para darme un apretón en la mano—. Y nosotras no juzgamos. Ya lo sabes.

Antes de que nos dé tiempo a decir nada más a ninguna de las tres, oímos un grito indignado que procede de casa de Xander. Suspiro.

—Bueno, la maternidad me reclama...

Se abre la puerta corredera de al lado y vuelve a cerrarse antes de que aparezca Cal, que rodea el tabique que separa los dúplex con una Bea muy despierta y hambrienta en brazos. Me doy las gracias

en silencio por haberme pasado al agua tras mi segunda y minúscula copa de vino.

—Ea, ea... Ya está, gruñona —musita él, pasándome la niña—. Ya lo sé. Ahora mismo, soy la persona que más odias en el mundo.

—Solo porque a ti no te sale leche de los pezones —río haciendo broma.

Cal arruga la nariz y suelta un sonido gutural para nada sexi. Scottie y Vi ríen.

Cojo a Bea, que llora con más ahínco durante los pocos segundos que tardo en moverme el top en la oscuridad. Cal aparta la mirada y, al cabo de un segundo, en cuanto mi hija planta su boca en mi pecho, el enfadado lloriqueo de la niña cesa de inmediato. Me reajusto la parte de la camiseta que me queda suelta para cubrirnos a ambas y Bea no intenta apartársela de milagro.

Cal le apoya las manos en los hombros a Scottie para masajeárselos. Ella rezonga y agacha la cabeza hasta prácticamente rozarse el pecho con la barbilla. Mi hermano se ríe. Ya ha anochecido y la única luz que brilla por aquí es la de la vela de citronela que tengo en el centro de la mesa, a pesar de que poco hace por aportar luz a las profundas sombras en las que nos ha sumido el manto de la noche.

Mi hermano señala la casa de Xander con la barbilla y pregunta:

—¿Te va bien que vengan ya y se vayan a la cama? Penny está frita en el sofá.

—Tocaría, seguramente —respondo apoyando la cabeza en el respaldo de la silla—. Dame un par de minutos para que acabe de darle el pecho a Bea y le ponga el pijama y luego voy a buscarlos.

—Ya te los traemos nosotros —contesta Cal, dándome un apretón en el hombro antes de darle un beso en el pelo a Scottie.

Acto seguido, pega esquinazo y desaparece.

—Qué pasada —musita Vi, hundiéndose un poco más en la silla con los ojos cerrados—. No me costaría nada acostumbrarme a que se ocuparan ellos de los críos.

Se me encoge un poco el corazón por la envidia. Cuando Vi regresa a casa, tiene un hombre que la espera; ellos tres han formado una familia. En una hora, yo volveré a estar sola. Arroparé

a mis hijos y me iré a la cama sola. Como cada noche. Cambio a Bea de lado, suspiro y cierro los ojos. Pero bueno... Ha sido bonito imaginármelo, al menos.

Cuando mi hija ya está saciada, me la apoyo en el hombro, le acaricio la espalda hasta que se le asienta el estómago y luego me levanto. Mis amigas hacen lo propio. Le doy un abrazo a Vi con una mano y, al despedirme, prometo que quedaremos más entrada la semana para tomar café antes de que ellas se vayan a casa de Xander. Me meto en el dúplex, cambio a mi hija y le pongo un pelele. Me la llevo al salón y, cuando veo a Dalton entrando por la puerta corredera con Cal y Scottie detrás, sonrío. Xander trae a una Penny dormida en brazos.

—La diablilla esta no ha aguantado el trote de los grandullones —se ríe él, encogiendo sus hombros musculados y guiñándome un ojo —. ¿Dónde quieres que te la deje?

—En su cama —respondo señalando hacia el final del pasillo con la barbilla. Oigo los pesados pasos de Xander a mis espaldas mientras lo guío por casa y enciendo la luz del pasillo a la vez que él entra en el cuarto de mi hija—. Que duerma vestida. Como intente cambiarla, se despertará y se pasará la noche en vela.

Xander la tumba en la cama y la cubre con el edredón, con cuidado. Enciendo la lucecita que tiene Penny al lado de la cama y salimos de la habitación siendo lo más sigilosos posible.

—Dalton, a lavarte los dientes y a la cama, por favor.

Mi hijo asiente y se gira hacia Cal y Scottie. Ella lo despeina con ternura y Cal le tiende el puño. Dalton se lo choca.

—Buenas noches, chaval —le dicen Cal y Scottie.

—Buenas noches, tío Cal. Buenas noches, tía Scottie —responde sonriente. Acto seguido, mira a Xander, que también le tiende el puño. A mi hijo se le ensancha aún más la sonrisa antes de chocarle el puño a Xander y se me encoge el corazón—. Buenas noches, Xander. Gracias por enseñarme ese truco con el bate.

—No hay de qué. Si sigues practicando, verás cómo lo petas el año que viene. Cuando vengan los de Detroit a jugar contra Seattle en primavera, durante la próxima temporada, intentaremos pillar

entradas para el partido —le dice hundiéndose las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones.

Al traste con mi corazón...

Dalton abre sus ojos marrones y alterna la vista entre Xander y yo.

—¿En serio? ¡Molaría un montón!

Xander sonríe y se encoge de hombros.

—Siempre y cuando a tu madre le parezca bien, por supuesto. A lo mejor tu tío puede venir con nosotros.

Dalton pega un salto y alza los puños en alto, ilusionado.

—¡Eso, tío Cal, ven con nosotros!

—Dejemos que pasen otoño e invierno primero y ya nos preocuparemos luego por los deportes de primavera —río pasándole un brazo por los hombros a mi hijo antes de achucharlo sutilmente —. Venga, hombretón. Ahora sí, hora de irse a la cama. —Le doy un beso en el pelo; él me abraza por la cintura, echa a andar por el pasillo y se mete en el baño. Pongo los ojos en blanco y miro a Xander y a Cal—. No tenéis ni idea de la que acabáis de liar.

Los hombres se ríen. Bea está superdespierta y mucho más contenta que antes, pero yo ya estoy empezando a arrepentirme de haber dejado que se pegase semejante siesta. Ahora se pasará horas despierta. Está moviéndole los brazos a Cal como loca.

—Claro, ahora sí que estás contenta de verme, ¿no? —farfulla él con desdén, a pesar de que le centellea la mirada cuando me la coge del brazo.

Dalton se asoma por el pasillo y dice:

—Buenas noches a todos. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, peque. Te quiero —murmuro y le sonrío.

Mi hijo se despide con la mano y cierra la puerta. Me giro hacia Xander, Cal y Scottie. Esta se me acerca para darme un abrazo rápido y luego yo envuelvo a Cal por la cintura para extender el gesto hacia él. Mi hermano me da un achuchón cuidadoso.

—Buenas noches, chicos. Gracias por venir.

—¿Quedamos con Vi para tomar el café esta semana? —se interesa Scottie.

Asiento con una sonrisa y los acompaño a la puerta.

—¡Buenas noches, chicos! —se despide Scottie.

Al llegar a la entrada, Cal por fin me devuelve a Bea, no sin antes darle una decena de besos en cada mejilla. Mi hija tiene a este pedazo de blandengue comiendo de la palma de su mano.

—Nos vemos pronto, hermanita —me dice y, con un hilo de voz, añade—: Si quieres, puedo pegarle una patada a ese de ahí.

—No hace falta —respondo susurrando y poniendo los ojos en blanco. Le doy un apretón en el bíceps y musito—: Te quiero.

—Lo mismo digo —responde.

Xander se marcha con ellos y se gira para mirarme una última vez.

—Gracias de nuevo por lo de hoy. Buenas noches, Xander.

—Buenas noches, Teddy.

Su voz va directa a mi centro y me tiemblan los dedos a pesar de que esté agarrándome al borde de la puerta. Tiene su intensa mirada clavada en mi cara. Como soy demasiado gallina para pedirle que me dé un beso delante de mi hermano y de Scottie, me limito a sonreír y cierro la puerta. Exhalo largo y tendido, hinchando las mejillas mientras me dejo caer contra la puerta. Oigo sus palabras amortiguadas al otro lado, pero, a medida que se alejan, el sonido se vuelve cada vez más distante.

Bajo la vista hacia mi hija y murmuro:

—Venga, muchachita, que mamá también tiene que irse a la cama.

Me llevo a Bea conmigo, la coloco en su mecedora y luego me cambio para ponerme unos *minishorts* y mi *bralette* de lactancia favorito a conjunto. Me cubro con el albornoz y me lo ato a la cintura antes de que nos acomodemos en la cama. Leo en el Kindle mientras vuelvo a darle el pecho a Bea y mi hija se queda frita de inmediato. La llevo hacia el cuarto que comparten con Penny, la tumbo tan delicadamente como puedo y salgo de la habitación sin hacer ruido. Suspiro aliviada y voy hacia la cocina.

Oigo un golpe sutil en el cristal de la puerta corredera que da a la terraza y me giro, sobresaltada. Es Xander, que aguarda bajo la oscura noche, aunque la luz que emite la lámpara le resalta los rasgos de la cara. Levanta una mano y veo que lleva un perrito rosa con un chupete colgando. Pongo los ojos en blanco y sonrío mientras voy hacia allí.

Abro la puerta y me río.

—El maldito perro este... Lo perdemos una vez al día como mínimo, te lo juro.

—Menos mal que lo he visto —se ríe él, pasándome el chupete de Bea.

—Gracias por lo de esta noche —susurro—. No tenías por qué hacer todo eso, pero te lo agradezco mucho.

Apoya un hombro en el marco de la puerta y se cruza de brazos. Soy perfectamente consciente de cómo me estudia el rostro con la mirada antes de bajarla y volver a subirla hasta clavarla en mis ojos. Trago saliva con fuerza y noto que me tiemblan un poco los dedos mientras agarro con fuerza el muñequito rosa que tengo en las manos.

—Lo he pasado bien —dice él en voz baja. El áspero y profundo timbre de su voz provoca que las mariposas que habitan en mi estómago alcen el vuelo, descontroladas—. Tienes unos hijos maravillosos, Teddy. Has hecho un trabajo estupendo.

—Gracias por, eh..., ofrecerte a llevar a Dalton a un partido —musito pasándome el peluche entre los dedos. Intento sonreír, pero me tiemblan los labios—. Logan tenía que llevarlo a uno este año, pero... —Sacudo la cabeza y me obligo a volver a esbozar una sonrisa—. Sé que tienes unos horarios de locos, pero te lo agradezco igualmente, aunque no vaya a pasar...

—¿Por qué no iba a pasar? —pregunta Xander frunciendo el ceño.

Me enderezo un poco más. La dureza de su tono me ha pillado por sorpresa.

—Solo quería decir que... Que todavía falta mucho, Xander —susurro y me muerdo el labio inferior—. Aún faltan siete u ocho meses.

—¿Y? —pregunta, pasando el peso de un pie al otro, aunque sigue sin descruzar los brazos.

Tiene los bíceps bien marcados y, Dios... Ojalá pudiera acariciarle sus músculos bronceados con los dedos.

—Xander... —Río titubeante y suspiro.

—Estoy loco por ti —prosigue con los ojos fijos en los míos—. En todos los aspectos. Tus hijos incluidos. Puede que tengamos que ir

antes de que empiece la temporada de incendios, pero iremos a un partido. Yo siempre cumplo mis promesas.

—Vaya... —susurro.

La palabra se me escapa al exhalar. Y él esboza una sonrisa socarrona de medio lado.

—Vaya... —repite con la mirada centelleante.

Se impulsa para separarse de la puerta, da un paso hacia mí y me obliga a levantar la cara para mirarlo a medida que se acerca. Me coge la cara con ambas manos y me acaricia las mejillas con los pulgares. Estoy temblando como una hoja.

—Te dije que estoy harto de poner palos en las ruedas a todo esto, Teddy. Lo he intentado. Vamos que si lo he intentado. —Exhala y sacude la cabeza—. Sé que te mereces muchísimo más, pero me gustaría intentar darte el mundo entero, preciosa. Si me dejas.

32

Xander

Alargo el brazo por detrás y cierro la puerta corredera. Teddy tiene las pupilas dilatadísimas y sus labios bonitos y rosados separados. Dios, está guapa que te cagas. Y con este maldito albornoz que deja lo suficiente a la vista para que me vuelva loco completamente al imaginarme el cuerpo que se esconde debajo.

Le paso la palma de la mano por la cadera y se la coloco en la espalda, ejerciendo algo de presión para acercarla a mí. Hasta que tengo todos los centímetros de su glorioso cuerpo pegados al mío; su cuerpo mullido contra mi dureza. Inhala con fuerza y me mira a los ojos, alternando del uno al otro. Le acaricio su carnoso labio inferior con el pulgar, suelto un gruñido y bajo la cabeza para besarla.

Hostia santa. Cómo deseo a esta mujer... No. Cómo necesito a esta mujer. Me consume. Todo mi cuerpo le tiene unas ganas indescriptibles.

Me envuelve el cuello con los brazos para acercarme aún más y yo me muero, joder. Le agarro el culo con las manos y se lo aprieto con fuerza, masajeándoselo y acariciándoselo. Quiero tocarle la piel desnuda.

Nos besamos hasta quedarnos sin aliento, jadeando en esta habitación medio a oscuras. La luz de la lámpara que hay al otro lado de la sala nos ilumina un poco. Sin embargo, por lo general, queda todo escondido bajo las sombras, incluidos nosotros.

La giro para que quede de espaldas a mí, bajo las manos hasta la tira del albornoz y se lo desato despacio. Le doy el tiempo suficiente para que me detenga si así lo desea, pero no lo hace. Le sube y le

baja el pecho rápidamente, con la espalda pegada al mío. El corazón me late desbocado bajo las costillas; le tengo tantas ganas que la polla se me pone tan dura que me duele. Le abro el albornoz y le envuelvo los pechos con las manos, apretándoselos y masajeándoselos antes de pellizcarle los pezones con los dedos. Teddy arquea la espalda y suelta un grito delicado.

—Shhh —susurro erráticamente, levantando una mano para taparle la boca. Río con la boca pegada a su cuello—. Vas a tener que guardar silencio, Teddy.

Asiente contra mi mano y yo se la bajo, recorriéndole la piel desnuda de la cintura, justo entre el sujetador y las bragas.

—Joder, qué suave eres —digo con aspereza, apretándole la cintura con los dedos y hundiéndoselos entre su estómago mullido. Meneo las caderas contra su culo y disfruto del grito amortiguado que se le escapa al notar mi erección—. Hostia, Teddy... Me vuelves loco, cielo. ¿Puedo tocarte? —Sigo bajándole la mano derecha hasta llegarle a la tira de la ropa interior. Jugueteo con la banda elástica con los dedos—. ¿Puedo hacer que te corras?

Asiente desesperada con la cabeza pegada a mi cuerpo y la gira sutilmente para besarme en los labios. Con ansias.

Le cuelo la mano por debajo de la ropa interior y, cuando mis dedos encuentran eso con lo que tanto tiempo llevan soñando, le muerdo el labio inferior. Joder. Jugueteo con su sexo con los dedos y le dibujo círculos en el clítoris. Teddy gime con la boca pegada a la mía y yo sonrío socarrón. Mi preciosa Teddy es de las que gritan. Qué divertido será esto...

Le hundo un primer dedo y jadeo con la boca pegada a la suya.

—Joder, Teddy, estás empapada. ¿Todo esto para mí, mama?

—Sí —exhala con la vista nublada y mirándome con los ojos entrecerrados—. Sí, Xander.

Cuando le meto un segundo dedo, gime y le ceden las rodillas. Le envuelvo la cintura con el otro brazo para sujetarla mientras voy metiéndole y sacándole los dedos por su cálido sexo y noto cómo se le contraen los músculos a mi alrededor. Dios, es perfecta, joder. Se los hundo hasta el fondo, rozándole el punto G, y ella tiembla contra mi cuerpo a la vez que se le escapa un grito fuerte. Será traviesa...

—Shhh —digo con los labios pegados a su sien y desviando la vista hacia el pasillo, donde las puertas siguen cerradas.

Subo la mano con la que la tenía agarrada por la cintura y le cubro un poco la boca sin dejar de mover la otra mano. La tengo tan dura que me duele y estoy convencido de que ya estoy goteando con el bóxer puesto. Teddy está estrujándome los dedos con las paredes vaginales, con una especie de pequeñas convulsiones que me indican que está a punto de correrse y que, cuando lo haga, será intenso. Respira aceleradamente por la nariz y se encorva mientras yo la acerco aún más a mi pecho y noto, a través de su espalda, lo fuerte que le late el corazón. Joder, quiero notar cómo se corre con mis dedos, mi lengua, mi polla...

—Voy a hacer que te corras, Teddy, pero tienes que guardar silencio, preciosa. ¿Puedes hacerlo? ¿O necesitas que te deje la mano aquí?

Teddy asiente contra la palma de mi mano y luego niega con la cabeza a la vez que musita algo ininteligible. Sonrío sin separarle los labios de la sien antes de agachar la cabeza y plantarle la boca, abierta, a la pendiente entre su cuello y su hombro. La masturbo con fuerza con los dedos y le doy justo en ese punto con el dedo corazón. Teddy vuelve a encogerse y explota con mi mano dentro. Empiezan a temblarle las rodillas y yo la abrazo más fuerte para que siga pegada a mí. Suelta un intenso grito de placer y yo sigo sin apartarle la mano de la boca.

Ese sonido amortiguado casi me hace estallar a mí. Me acordaré de cómo suena al correrse hasta el fin de mis días. Se le contraen las paredes vaginales y me estruja tanto los dedos que gruño con la boca pegada a su cuello. Joder, qué pasada.

—Qué buena chica —le digo rozándole el cuello con los labios y sin dejar de mover los dedos en su interior, despacio pero profundo, prolongando su orgasmo.

Teddy tiembla contra mi pecho y se le mueve el suyo. Cuando estoy convencido de que ya no seguirá gritando (no vaya a ser que uno de sus hijos se despierte y presencie esto), le aparto la mano de la boca y ella jadea trabajosamente en esta oscura estancia.

Inhalo su aroma y noto cómo me va empapando la mano que aún tengo en sus pantalones mientras continúo acariciándola perezosamente. La tengo más dura que una roca, empotrada contra su culo mullido y generoso, y Teddy se frota contra mí. Le muerdo el cuello y le rozo la piel con los dientes. Ella inhala sonoramente y vuelven a contraérsele las paredes alrededor de mis dedos. Suelto un gruñido con la boca pegada a su cuello.

—Joder, Teddy...

Le saco los dedos y ella mira, con los ojos abiertos como platos, cómo me los llevo a la boca y me los chupo. Sabe a gloria y a infierno por igual. Quiero saborear el punto exacto de donde salen sus jugos.

Le bajo la otra mano de la boca y le agarro el cuello para que no se mueva mientras la beso como un poseso.

—Xander —jadea con dificultad—. Fóllame. Por favor.

Llevo años esperando estar con esta mujer y ahora la tengo entre mis brazos, rogándome. ¿Cómo voy a decirle que no si me lo pide tan educadamente?

—A la habitación —le digo con la boca pegada a la suya—. Te quiero desnuda en la cama y con estos muslos bien abiertos para mí, para que pueda comerte ese bonito coño rosado. ¿Puedes hacerlo, mama?

33

Teddy

No me puedo creer lo que estoy haciendo.

No me puedo creer con cuánta vehemencia acabo de correrme con los dedos de este hombre. Creo que sigo con la cabeza medio aturdida. Echamos a andar por mi pasillo ensombrecido y Xander no me suelta en ningún momento, aunque no tengo claro si estoy temblando de nervios o de la intensidad de ese orgasmo.

En cuanto cerramos la puerta de mi habitación, vuelve a tocarme y a agarrarme por todas partes, como si nunca tuviese suficiente y quisiera seguir sintiéndome. Me quita el albornoz de los hombros y deja que caiga en el suelo antes de abrirme el *bralette* por delante y bajarme las tiras por los brazos.

Cuando me quedan los pechos al aire, se queda boquiabierto y exhala:

—Joder, Teddy. Eres perfecta, hostia.

Se arrodilla ante mí, me baja las bragas por los muslos y yo le apoyo las manos en los hombros para no perder el equilibrio mientras él me ayuda a quitármelas. Hasta que quedo del todo desnuda frente a Xander. Me besa el estómago y yo cierro los ojos con fuerza, acalorada a causa de la vergüenza.

Me agarra una de las nalgas con la mano, me da un fuerte azote y yo ahogo un grito y abro los ojos de golpe para mirarlo. Sigue arrodillado ante mí. Verlo así me resulta excitante y Xander está siniestramente atractivo.

—Despéjate, mama —me ordena con la voz rasposa—. Esta noche solo puedes pensar en lo bien que disfrutamos juntos, ¿entendido?

¿Cuántas veces puedes correrte antes de que vayas a pedir que sea misericordioso contigo, Teddy?

Se levanta y me hunde las manos en el pelo para moverme la cabeza y besarme apasionadamente hasta que me deshago en sus manos.

—Súbete a esa cama. Ábrete de piernas para mí y déjame ver eso que me muero por saborear.

Me lo quedo mirando, atónita ante sus obscenidades, y se me escapa una risa nerviosa. Aun así, hago lo que me dice.

Levanta el brazo para quitarse la camiseta por la cabeza y tirarla a un lado, y yo disfruto de unas vistas perfectas de su pecho, abdomen y hombros. Veo cómo se apresura a desabrocharse los pantalones y a bajárselos por los muslos hasta quedarse solo con ese bóxer negro que esconde su evidente erección. Me muero de ganas de verlo. Tiene unos muslos largos y musculados, y cubiertos por una fina capa de pelo; sin embargo, con las luces apagadas, no veo tanto como me gustaría. La luz de la luna se cuela a través de la ventana, tiñéndonos de un delicado tono plateado. Xander, desnudo a los pies de mi cama, con solo los calzoncillos y agarrándose la polla con la mano por debajo de la tela, emana unas energías oscuras y peligrosas.

Yo estoy desnuda en la cama, tal y como me ha pedido, y doy gracias por que estemos a oscuras. Soy consciente de que tengo un cuerpo mullido y generoso en todas las partes que desearía que fuesen más esbeltas, así que agradezco que, al menos, esta primera vez (suponiendo que haya más) mis imperfecciones queden un tanto disimuladas.

—Ve despacio, por favor —susurro entonces de forma prácticamente inaudible. Estoy tan nerviosa que casi no me salen las palabras.

Xander se arrodilla en la cama, poniendo su cuerpo hermoso y firme sobre el mío hasta quedar pegado a mí. Arruga la frente, preocupado, y me coloca una mano en la mejilla.

—Es que... no lo hago desde hace mucho, Xander. Y menos desde que nació Bea, obviamente... A veces puede doler un poco al principio...

Se le relaja la expresión y, acto seguido, baja la cabeza para besarme con fiereza. Gruño agarrándole el pelo con las manos y luego Xander me baja la boca por el cuello. Va dejándome besos por ahí y noto cómo se le mueven los labios al decir:

—Entonces supongo que tendré que hacerlo bien y asegurarme de que no sea el caso.

—No pasa nada, es normal —lo tranquilizo.

Xander niega con la cabeza.

—Si te hiciera daño, fuera como fuera, jamás me lo perdonaría, Teddy. Déjame que te prepare, por favor —dice con la voz rasposa y la boca pegada a mi piel.

Siento un escalofrío y le hundo los dedos en el pelo para mantenerlo cerca de mí.

Vuelve a bajar más la cara y yo le tiro del pelo, levantándole la cabeza antes de que pueda llegar a cubrirme las tetas con la boca. Cuando me mira, lo suelto y bajo las manos para cubrirme los pechos.

—Xander...

—¿Por qué no puedo chupártelas, Teddy? —me pregunta acariciándome los dedos con los labios.

Se me escapa una risa confusa y aterrada.

—Po-porque no.

Se le enciende la mirada mientras me recorre el cuerpo con los ojos y sigue acariciándome el dorso de la mano con la que me estoy cubriendo el pecho izquierdo con los labios. Me hace cosquillas con la barba.

—¿Por qué no? Ya me has dejado hacerlo antes. Esa noche. Sentados en esa silla de la terraza. Me dejaste chupártelas por encima de la camiseta y luego también dejaste que te las chupara sin nada. ¿Por qué ahora no?

Se me escapa un suspiro entrecortado. Me aterra lo que vaya a pasar como vuelva a juguetear con mis pezones. Después de la última vez, fui goteando con el top puesto. Y como ocurra de nuevo, me moriré de vergüenza.

—Ya lo sé... Pero... no quiero que te... —Cierro los ojos con fuerza y, a la que me levanta la mano izquierda, protesto. De pronto, noto

su lengua en el pecho, acariciándome alrededor del pezón antes de cubrírmelo con la boca—. Ah, joder...

El placer baja directo a mi centro. Después de dar a luz a Dalton, Logan no volvió a tocarme los pezones. Siempre decía que era raro y yo nunca le insistí. Pero, Dios, cuánto lo echaba de menos...

El profundo y torturado gruñido de Xander le reverbera por el pecho y lo noto en el pezón a la vez que succiona y me lo acaricia con la lengua, disipando esos pensamientos ansiosos con efectividad. Mientras me aparta la otra mano con la suya y me toca el otro pecho con la punta de los dedos, me resulta imposible pensar en otra cosa. Arqueo la espalda, separándome de la cama, y se me escapa un gemido agonizante mientras vuelvo a hundirle las manos en el pelo para mantener su cara pegada a mí.

—Ni te imaginas la de veces que he pensado en esto —dice con la voz ronca y la boca alrededor de mi pezón.

—¿En serio? —pregunto riendo.

Cuando vuelve a pegarme un lametazo, gimo.

Levanta la cabeza y me atraviesa los ojos con la mirada.

—Ya volveremos a hablar de esto luego, preciosa. Pero, ahora mismo, quiero disfrutar de esta deliciosa comida. Y esto solo es el aperitivo. —Me baja una mano por el cuerpo, me separa los muslos y enseguida encuentra mi dolorido centro como si de un imán se tratase. Me cuela dos dedos; arqueo la espalda y pongo los ojos en blanco mientras me los mete hasta el fondo—. Esto es el entrante, preciosa. Y pretendo darme un festín. No he tenido suficiente con lo de antes ni de coña.

—Hostia santa —exhalo con dificultad.

Vuelvo a hundirle los dedos en el pelo y se lo agarro con fuerza mientras él sigue dándome lametazos en el pezón izquierdo sin parar y haciéndome maravillas con los dedos en el sexo.

—Dios... —suelta levantando la cabeza para pasar al otro pecho.

Le dedica la misma adorada atención que al otro antes de ir bajándome por el cuerpo. Cierro los ojos con fuerza, demasiado muerta de vergüenza para mirar cómo se arrodilla en el suelo, a los pies de la cama, y se coloca mis muslos en los hombros. Enseguida

tengo su boca pegada ahí, dándome rápidos lengüetazos en el clítoris para devorarme entera.

Me tiembla todo el cuerpo. Tener sus dedos dentro y su lengua, sus labios y sus dientes en el clítoris es increíble. Abro los ojos y lo veo mirándome con la cabeza entre los muslos. Resulta tan obsceno y erótico que gimo su nombre.

—Sabes a puta gloria, hostia —me alaba en tono grave, alejándose para morder el mullido interior de mis muslos.

Inhalo con fuerza ante el espasmo que me atraviesa entera tras notar esa pizca de dolor. Xander gruñe en señal de aprobación y me besa la zona con ternura. Con los ojos puestos en mí, dice con aspereza:

—¿Vas a correrte con mis dedos, Teddy? Lo noto...

Me folla con los dedos, metiéndomelos bien hondo hasta que acabo retorciéndome y jadeando cuando me aparta la boca de mi clítoris extremadamente sensible. Y me corro. Me tiemblan las piernas sobre sus hombros y me encojo, contrayendo los abdominales de forma casi dolorosa al notar la intensidad del orgasmo. Le agarro el pelo con una mano y, con la otra, me sujeto a las sábanas en un intento por no gritar.

—Shhh —murmura él con la boca entre mis piernas, mientras yo jadeo entrecortadamente y sigo temblando sin control—. Dios, Teddy. Qué bien te corres por mí. Me has empapado la mano. Qué buena chica eres, joder.

Me sonrojo por culpa de la vergüenza y me acaloro mientras voy recuperándome de este subidón.

—Madre mía —suelto aturullada.

Me saca los dedos y yo ahogo un grito en cuanto me planta la lengua en el sexo y me la hunde. Xander suelta un sonido gutural y me pasa los brazos por la parte más gruesa de los muslos para sujetarme a él. Este hombre ha dicho que quería un festín y se lo está dando.

Por el amor de Dios, cuánto me alegro de que dicho festín sea yo. Sobre todo cuando ha conseguido que me corra más fuerte que nunca.

—Mmmm —suelta con la boca pegada a mí. Se separa una milésima de segundo y me ordena—: Córrete en mi cara. Quiero notar cómo te corres con este coño en mi lengua, Teddy.

No puedo negárselo. No podría ni aunque lo intentara. Vuelvo a correrme y estallo con un grito ahogado mirando el techo mientras él me escurre hasta la última gota de placer, como si yo fuera lo más delicioso que ha probado jamás.

Estoy ida. Estoy cubierta en sudor y no paro de arrastrar la cabeza por las sábanas de la cama.

—Oh, Dios...

He ahí todo cuanto consigo articular.

Xander me levanta las caderas de la cama, me coloca una almohada bajo el culo y se arrodilla entre mis muslos, erigiéndose como una lúgubre estatua. Dios, este hombre es precioso. Y está jodidamente desnudo, leches. Le veo la polla por primera vez; la tiene larga y dura y muchísimo más grande de lo que esperaba.

Vuelve a meterme dos dedos y los separa en mi interior. Gimo mientras siguen azotándome más olas de placer.

—¿Preparada para que te la meta, mama? —pregunta. Se agarra la polla con la otra mano y se la sacude despacio. Se me seca la boca. Asiento—. Puedo ponerme condón, Teddy, pero la verdad es que me encantaría notar tu coño alrededor de mi polla, a pelo. Nunca lo he hecho a pelo con nadie.

—Yo nunca he estado con nadie más —susurro humedeciéndome los labios—. Solo con...

Xander asiente y yo dejo la frase a medias. No quiero decir su nombre ahora mismo. No estando así con Xander.

—No tenemos por qué hacerlo, Teddy —dice en voz baja y grave, con un tono apenado pero comprensivo, bajo la oscuridad de mi cuarto.

—Sí —exhalo, estirando los brazos hacia él—. Quiero hacerlo, Xander. Por favor. Fóllame a pelo. Quiero notarte entero.

Me pasea la punta de la polla por la entrada, humedeciéndosela con mis jugos. Me la coloca en la hendidura y ejerce presión; solo un poco. Me agarro con una mano a la cama, a mi lado, y él baja el torso hasta darme un beso abrasador en los labios.

—Si ves que es demasiado, Teddy, dímelo y paro —musita.

Asiento frenética y lo agarro por la cintura mientras él empieza a mecer las caderas contra mí, hundiéndose un poco más.

Abro la boca para gemir en silencio; me está dilatando más de lo que pensaba. Me agarra la nuca con la otra mano, acercando mi boca a la suya. Me pierdo en ese beso, en su sabor, en sentirme tan maravillosamente llena.

—Dios, Teddy, dime que estás bien —dice con la voz rasposa y los labios pegados a los míos—. Lo tienes tan estrecho, cielo... ¿Te hago daño?

—No, no, no —suelto acariciándole la espalda—. Xander...

—Dilo otra vez —me ordena con tono áspero, rozándome la frente con la suya.

Lo miro a los ojos. Estamos conectados de los pies a la cabeza, pero, más que eso, noto cómo le late el corazón pegado al mío.

—Xander... —susurro rozándole los labios con los míos mientras él acaba de metérmela.

Los sonidos de placer que se nos escapan a ambos reverberan por mi silenciosa habitación. Le paso los dedos por la mandíbula, acariciándole la barba antes de volver a acercar su boca a la mía. Al tener las caderas encima de una almohada, Xander puede hundirse más en mí y yo tiemblo bajo su cuerpo.

—Oh, Dios...

Se endereza, se arrodilla entre mis piernas y se coloca mis muslos encima de los suyos. Me acaricia todas las partes del cuerpo que puede; al final, me apoya las manos en la curva de la cintura, justo encima de las caderas, y me aprieta con fuerza. Me la saca despacio solo para volver a hundirse en mí y repite este mismo movimiento varias veces. Esos lentos y profundos empellones me permiten adaptarme a su invasión y me vuelven loca, todo a la vez.

Me pierdo en sus ojos; no puedo apartarle la mirada. Me agarra con más firmeza por la cintura y le tiemblan sutilmente las manos.

—Joder, eres una pasada. Qué estrecho lo tienes, joder. Es como si estuvieras hecha para mí, Teddy.

Sus palabras obscenas, susurradas en voz baja, me envuelven entera. Cuando me contraigo a su alrededor, Xander abre la boca.

Sus pulgares se hunden en mi vientre, me la saca y luego vuelve a embestirme con fuerza. Me penetra con tanto ahínco que me rebotan las tetas y me tapo la boca con la mano para acallar el grito que se me escapa.

—Oh, Dios, sí... —gimo con la vista un poco nublada y sin apartarme la mano de la boca—. Justo así. Por favor...

Repite el mismo movimiento y, después, deja su sexo palpitante en mi interior. Está ejerciendo presión en ese mágico punto tan dentro de mí y gimo de forma entrecortada. Y entonces se mueve. Con unos empellones rápidos y profundos, con sus muslos fuertes y musculados tensándose, se mueve bajo los míos mientras me folla y sus caderas chocan con las mías con brío. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, acompasados; es como si anticipáramos lo que necesita el otro antes incluso de que nos dé tiempo a verbalizarlo.

Nunca había experimentado algo tan íntimo; me pilla por sorpresa y se me encoge el corazón. Pero es que esto es mucho más que sexo. Muchísimo más. Y sé, a ciencia cierta, que me encuentro ante el enorme peligro de perder el corazón por este hombre. Por cómo va curando partes de mí que estaban rotas, y cosiéndolas una a una para volver a juntarlas pedazo a pedazo.

Me aparta las manos de la cadera y me acaricia la parte baja del abdomen con la palma. Solo me da tiempo a sentir vergüenza un segundo porque enseguida me ejerce presión con la mano entre los huesos de las caderas.

—Ah... —jadeo con fuerza.

Me tiemblan los muslos mientras el orgasmo empieza a adueñarse de mí. La presión de su mano en mi vientre y la forma en que roza ese punto en concreto en mi interior forman un torbellino en mi cuerpo sobreestimulado.

—Ah, Xander, voy a...

—Sí —gruñe él, embistiéndome más deprisa y con más fuerza, ejerciéndome algo más de presión en el estómago con la mano.

Esta sensación me lleva al límite.

—Venga, mama. Hazlo. Joder, Teddy, por favor. Deja que sienta cómo me estrujas la polla con tu coño...

Estallo. Arqueo la espalda separándome de la cama y las piernas me tiemblan con violencia. Xander ralentiza un poco el movimiento y veo que también está temblando. Echa la cabeza hacia atrás y abre la boca.

—Dios, qué buena eres corriéndote con mi polla, Teddy. Qué buena chica, joder.

Menea las caderas con unos empellones lentos y superficiales. Empiezo a ver las estrellas y a jadear como si acabase de correr una maldita maratón. Este hombre hace magia conmigo...

Se recuesta en los codos y me pasa los brazos por debajo de los hombros para besarme en los labios. Es un beso tan feroz que resulta casi brutal; como si nunca acabásemos de estar lo suficientemente cerca.

—Por favor... —gimo entrecortadamente, hundiéndole los dedos en el pelo—. Por favor...

—¿Por favor qué, preciosa? —pregunta con aspereza y con los labios pegados a los míos—. ¿Qué necesitas? ¿Que te lo haga lento y suave? —Niego con la cabeza y él sonríe con la boca encima de la mía—. ¿Rápido y duro? —Asiento frenética, rozándole los labios con los míos. Xander me mordisquea el labio y lo succiona antes de volver a besarme—. Agárrate a mí, mama. No te sueltes.

Me aferro a él una vez más y gimo mientras Xander se desata y me embiste con fuerza, haciéndomelo rápido y duro, y nuestros cuerpos chocan entre sí. Estamos tan sudados que resbalamos con el otro mientras nos movemos a la par y, cuando ya estoy a punto de estallar otra vez, me agarra el cuello con una mano para levantarme la cara y que lo mire.

—Me voy a correr, Teddy. ¿Dónde quieres que lo haga?

Estoy delirante y a meros segundos de correrme yo también, de modo que lo único que puedo hacer es jadear y suplicarle con la voz rasposa:

—No pares.

—Teddy —me llama con rudeza y agarrándome más fuerte.

Se me va tensando el cuerpo entero y noto cómo llego al orgasmo. Sí, sí, sí...

—Que-dónde-quieres-mi-semen.

—Encima. Dentro. Me da igual, pero ¡no pares! —gimo y apoyo la cabeza en su hombro mientras vuelvo a correrme; ahora, con más intensidad que antes.

Me tiembla el cuerpo entero y noto cómo mis paredes vaginales se contraen alrededor de su sexo, completamente hundido en mí.

—Shhh —me acalla con aspereza, acercándome la cara a su hombro mientras me corro.

Le muerdo el hombro para acallar los gritos que se me escapan mientras me folla hasta que me olvido incluso de cómo me llamo y él gruñe con una pizca de dolor, pero es que no puedo evitarlo.

—Oh, sí, mama. Joder...

Me embiste de nuevo, hasta el fondo, y se queda ahí. Se le tensa el cuerpo entero, cernido sobre mí, y entonces empieza a temblar a la vez que se le escapa un grave sonido gutural y noto cómo él también se corre. Apoya la frente en el colchón, a mi lado, y exhala con pesadez, laboriosamente y con los labios separados.

—Hostia santa —jadeo con la boca pegada a su cuello besándoselo para que desaparezca la punzada de dolor que le he causado antes—. Ha sido...

Se yergue para besarme en la sien y me aparta el pelo de la cara, empapada en sudor.

—Lo sé —responde con aspereza y acariciándome con ternura—. Eres increíble, Teddy. Jodidamente perfecta.

Acurrucada en sus brazos y con nuestros corazones latiendo a la par, me permito creerle.

Porque aquí, con esta oscuridad y el silencio que sigue a lo que acaba de ocurrir, puedo reconocer para mis adentros que me estoy enamorando de Xander Macomb. Y quiero creer, desesperadamente, que él también se está enamorando de mí.

34

Xander

—Espera aquí —le digo a Teddy, saliendo de ella y bajando de la cama.

Me meto en el baño contiguo. Cojo una toalla limpia y abro el grifo para poner el agua tibia. Me lavo y luego cojo la toalla que he humedecido con agua caliente y me la llevo a la habitación. Teddy se ha tapado entera con las sábanas, pero lo que no sabe es que eso conmigo no va a funcionar. Ya lo trabajaremos.

Tiro de la sábana a la altura de su pie y ella ahoga un grito cuando se la bajo y dejo todo ese cuerpo que todavía no he acabado de admirar al descubierto.

—¿Qué haces? —susurra con la voz rasposa.

Me invade la adrenalina y le suplico a la polla que no reaccione. «Abajo, colega».

—Cuidarte —me limito a responder antes de arrodillarme a su lado, en la cama.

Le subo la mano por el muslo, para separarle las piernas. Recostada contra las almohadas, Teddy se muerde los labios y me mira; ya vuelvo a atisbarle los mismos nervios en los ojos. Cuando por fin abre las piernas, la lavo con cuidado para limpiarle todo el desastre que he dejado a mi paso.

—No te he hecho daño, ¿no?

Al oírme, se le relaja la expresión y esboza una sonrisa. Podría pasarme la vida entera besando esa boca.

—No.

—Bien —exhalo.

Le acaricio la cadera con la mano y se la voy subiendo hasta la cintura. No puedo dejar de tocarla. Dejar de pasarle los dedos por la piel desnuda que le cubre hasta el último centímetro mullido de su cuerpo me duele físicamente. Teddy es mi peor adicción y no hay forma de que pueda librarme de ella. Me inclino y la beso lento aunque con ahínco.

Esta mujer me tiene loco. Mi mente, mi cuerpo, mi alma... Es todo suyo. Por más que ella no lo sepa todavía.

Suspiro con los labios pegados a los suyos y le doy un último beso antes de levantarme, rodear la cama y agacharme para coger mis calzoncillos, los vaqueros y la camiseta.

Teddy se sienta, vuelve a tirar de la sábana para cubrirse hasta los pechos y me mira con los ojos bien abiertos.

—¿Te vas?

—He pensado que no querrías que me quedara por aquí, con los niños en casa.

Me detengo para mirarla y ella asiente con discreción antes de clavar la vista en los dedos. Tiene las manos apoyadas en el regazo y está sujetando la sábana con las axilas.

—Ya. Claro —dice con un hilo de voz—. Me, eh... ¿Puedes pasarme el albornoz, porfa?

Mecagüen... Ya vuelve a hacer eso con los hombros, encorvándose y haciéndose pequeña. Odio que lo haga, es como si no entendiera lo jodidamente increíble que es. Vuelvo a sentarme en el borde de la cama y le cojo la barbilla entre el dedo y el pulgar para levantarle la cara y obligarla a mirarme.

—Hey. No hagas eso —susurro estudiándole la cara con los ojos.

Teddy traga saliva con fuerza y se me parte el corazón. Y entonces me doy cuenta de cómo debe de haber interpretado mis prisas. Le acaricio el labio inferior con el pulgar.

—Pensaba que no querrías que los niños me vieran aquí... Pero yo preferiría quedarme y abrazarte, si tú quieres. No quiero soltarte todavía —confieso.

Le tiembla el labio inferior y me inclino para besarla. Teddy asiente muy sutilmente y contesta:

—Sí, por favor.

—Ven aquí —susurro con los labios pegados a los suyos, apartándole la maldita sábana del cuerpo y sentándome a Teddy en el regazo.

Le hundo una mano en sus ondas rubias (ahora, enmarañadas), encorvo los dedos y le tiro un poco del pelo, limitándole la movilidad. Ella abre la boca, que sigue pegada a la mía, y ahoga un grito delicado cargado de aire. El sonido en cuestión me baja directo a la polla. Le doy un beso ligero.

—Haré lo que sea con tal de hacerte feliz, Teddy. Y si eso significa dormir en esta cama abrazándote toda la noche y escabullirme a primera hora de la mañana para que Dalton no nos pille, lo haré.

Ríe liviana, casi titubeante, y me da un beso en los labios, como si ella tampoco quisiera soltarme. Me coge la mandíbula con la mano y me rasca un poco la barba con las uñas. Se me ponen los pelos de punta en los brazos.

—Estoy muy enfadada contigo —susurra, aunque su tono dice justo lo contrario.

Río y la abrazo con más fuerza. Tenerla en mis brazos es una pasada.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —la provoco.

—Porque acabas de darme uno de los mejores orgasmos de mi vida. —Se ríe y me hunde la cara en la curva del cuello.

—¿Y tan malo es eso? —pregunto riendo yo también.

—No —responde en voz baja—. Pero ahora voy a seguir queriendo más.

Le beso la frente y vuelvo a preguntar con un hilo de voz:

—¿Y tan malo es eso?

Teddy inhala despacio y, al hacerlo, se le ensanchan las costillas. Acto seguido, suelta el aire despacio y me recorre el lateral del cuello con los labios. El corazón me late desbocado en el pecho. A pesar de que Teddy permanece en silencio, yo ya sé lo que quiere decir.

Que tanto ella como yo sabemos que es muy posible que queramos algo que yo no puedo garantizarle.

35

Teddy

Me despierta una vibración. Protesto y estiro el brazo para apagar la alarma.

Cojo el móvil y lo miro con la vista borrosa porque no llevo las gafas. No para. ¿Qué diablos...? Entrecierro los ojos para mirar la pantalla iluminada de mi teléfono y veo que solo son las cuatro de la madrugada. ¿Por qué narices me suena la alarma a las cuatro de la madrugada?

Oigo un pesado y profundo suspiro a mi lado. Me quedo helada y el corazón me late con tanta fuerza que incluso lo noto en los oídos. Ay, mierda. Xander...

Cuando se gira hacia el otro lado, el colchón se hunde bajo su peso y la luz que emite la pantalla del móvil ilumina el cuarto mientras vuelve a tumbarse detrás de mí. Y entonces me doy cuenta de que el móvil que suena es el de Xander, no el mío.

—¿Sí? —se limita a responder cuando coge la llamada.

La voz le suena áspera y raposa por el sueño, y no intenta esconderle que se acaba de despertar a quienquiera que le esté llamando a estas horas intempestivas. Vuelvo a apoyar la cabeza en la almohada, tumbándome de lado, y me giro un poco para mirarlo por encima del hombro.

—¿Oregón? ¿Cuántas hectáreas? Hostia... Vale.

Se apoya en un codo para erguirse, se gira hacia mí y me da un beso en el hombro desnudo. El corazón me da un vuelco enorme y las mariposas que habitan en mi estómago se vuelven locas. Está escuchando a la persona que está al otro lado de la línea, pero sigue besándome la parte trasera del bíceps y del hombro.

Me mordisquea el hombro y yo ahogo un grito envuelta por la oscuridad de la habitación.

—Ahora aviso a la brigada. Gracias, Marty. Salimos en unas horas.

Se me encoge el corazón. No quiero que se vaya. Me gusta tenerlo aquí y ahora tengo que dejarlo marchar. ¿Cómo lo hacen Scottie y Vi? Pensaba que tendría unos cuantos días más para asimilarlo todo antes de que ocurriese lo inevitable. Sé que es su trabajo y que le apasiona lo que hace, pero... leches, soy una egoísta y quiero que esté a salvo. Aquí. Conmigo.

Cuelga y aparta el móvil justo antes de meter la mano por debajo de las sábanas y bajarla por mi cuerpo desnudo. Me pasa un brazo por la cintura, me acerca la espalda al pecho, y me apoya la boca en la curva entre el cuello y el hombro. Suspiro y me acurruco contra él a pesar de que se me acelera el corazón cuando noto su miembro largo y empalmado contra el culo. Se frota conmigo, gruñendo con los labios pegados a mi cuello.

—No te voy a mentir, me gusta despertarme así —susurra contra mi piel, abrazándome con más fuerza.

Me masajea el pecho y me lo aprieta un poco.

—¿Sí? —le pregunto con la voz cargada de aire—. ¿Así cómo?

—Contigo —contesta con la voz rasposa—. Desnuda.

—¿O sea que si estuviera vestida ya no te gustaría? —lo provoco con un agudo tono de voz mientras me pellizca el pezón.

—Qué va. Lo único que pasaría es que tardaría más en hacer esto —murmura mientras me baja la mano por el cuerpo hasta agarrarme la entrepierna. El grave sonido que se le escapa reverbera por mi espalda. Me hunde los dedos como si nada. Me arqueo y separo las piernas para que pueda tocarme mejor—. Joder, Teddy, estás hecha para mí. Lo tienes tan húmedo, tan suave y tan estrecho...

Me mueve para que quede bocabajo y se pone encima de mí, hundiendo las rodillas en el colchón, a ambos lados de mi cuerpo. Estira el brazo y me acaricia la curva del culo antes de hundirme los dedos entre los muslos. Apoyo los brazos bajo la cabeza y recuesto la mejilla en ellos.

—¿Puedo follarte así? —me pregunta con la boca pegada a la sien. Asiento, muevo las caderas y gimo en cuanto noto la punta de su

polla ancha y firme ejerciendo presión justo en la entrada de mi sexo —. ¿Estás dolorida? No quiero hacerte daño...

—No —susurro girando la cara para mirarlo por encima del hombro—. Por favor, Xander, deja de tratarme como si estuviese hecha de porcelana.

—Como tú quieras, mama —responde con un tono oscuro justo antes de morderme el hombro por la parte más mullida.

Ahogo un grito de dolor con la boca pegada al colchón y, cuando me penetra con fuerza hasta el fondo, se me escapa un gemido cargado de éxtasis. Me da solo un momento para que me adapte antes de embestirme con unos empellones fuertes y profundos.

—Hostia puta, Teddy. Eres jodidamente perfecta, leches. Mira qué bien te entra mi polla. Qué pasada, preciosa.

Me agarra el cuello por delante. Me lo aprieta un poco y gimo ante la perversidad de la situación. Es tan distinto a todo lo que había experimentado hasta ahora... No digo que el sexo con mi marido estuviese mal, pero no tenía nada que ver con esto. Es arrollador. Y, Dios mío, cómo sabe lo que se hace este hombre... Me está follando en una posición que le permite darme en ese punto clave. Me tiemblan las piernas y encorvo los dedos de los pies.

—Necesito que te corras. Que me empapes la polla con tus fluidos para que pueda llenarte de semen —dice con la voz rasposa sin ralentizar el ritmo de sus caderas.

Sus palabras obscenas me llevan al límite y me aferro a las sábanas.

—Xander... —gimo.

La voz me suena extraña porque sigue agarrándome el cuello con la mano. Estoy a puntísimo de correrme.

—Dime, preciosa —contesta dándome un beso en la mandíbula.

Tiene el pectoral pegado a mi espalda y noto cómo se le mueven y se le tensan todos los músculos con cada uno de sus fuertes movimientos. Gruñe con aspereza y de forma primitiva. Cierro los ojos con fuerza y grito. Tengo el cuerpo a cien; estoy a punto de estallar.

—Ah, joder. Ya te noto, mama. Lo estás haciendo de maravilla; mira qué hondo te cabe mi polla. Buena chica, Teddy. Buena chica,

joder.

Hundo la cara en el colchón e intento no gritar, pero este orgasmo es tan intenso que temo que vaya a desmayarme. Tengo los ojos cerrados. Empiezo a ver puntitos tras los párpados y, acto seguido, Xander me aparta la mano del cuello. Jadeo de forma entrecortada, gimo mientras me tiembla el cuerpo entero y encojo los dedos de los pies.

Él se mantiene erguido encima de mí, con los brazos rígidos y embistiéndome una vez más, dos, antes de detener el movimiento de sus caderas y soltar un gruñido absolutamente gutural. Se corre con ímpetu, llenándome, y tiemblo al notar cómo le palpita el pene en mi interior.

—Oh, Dios, oh, Dios, Xander...

Se agacha hasta que vuelve a pegarme el pecho en la espalda y respira con pesadez sobre mí mientras me envuelve con los brazos, colocándomelos debajo del pecho para mantenerme cerca. Me besa el cuello y el hombro. Y yo continúo con la cara hundida en las sábanas mientras jadeo temblorosa.

—Por Dios, Teddy. Eres perfecta, cielo. Jodidamente perfecta.

Empiezo a reír y luego gimo porque, al hacerlo, se me contraen las paredes vaginales alrededor de toda su envergadura, que continúa hundida en mi interior. Me sonrojo.

—He dejado las sábanas hechas un cuadro...

—Yo diría que ha sido cosa de dos —se ríe él antes de volver a besarme la nuca y sacármela.

Me sonrojo de nuevo.

—No, no lo digo por eso —susurro y me apoyo en los codos para levantarme.

Me muerdo los labios. Bea ha dormido toda la noche y este orgasmo tan intenso ha tenido sus efectos... Hay un par de puntitos húmedos en las sábanas, debajo de mi cuerpo, justo donde tenía los pechos. Suelto un quejido. La sensación que noto en las tetas es casi dolorosa. Ojalá Bea se despierte pronto.

Xander se ríe liviano antes de bajarme la vista al pecho. Me pasa los dedos entre las tetas y luego me envuelve uno de los pezones, que ya me está goteando. Siento tantísima vergüenza que me

sonrojo, pero el deseo y la intensidad que le atisbo en la mirada me dejan sin aliento. Me pellizca mi pezón endurecido con el índice y el pulgar y, cuando las gotas le humedecen los dedos, suelta otro gruñido gutural.

—Dios, qué sexi es esto, joder.

Río con timidez y me muerdo el labio mientras él sigue acariciándome los pechos y mirándome como si no tuviese suficiente.

Me mira a los ojos, señala el vigilabebés que tengo al otro lado de la cama y donde se ve la cuna que tengo en el cuarto de Penny y comenta:

—Está empezando a despertarse. ¿Quieres que vaya a buscarla?

—Mmmm, todavía no —susurro y me sonrojo de nuevo—. Primero tengo que adecentarme.

Xander me da el albornoz que tiró al suelo anoche y yo me lo paso por los brazos mientras salgo de la cama. Esbozo una mueca sutil y aprieto los muslos.

Él se coloca delante de mí y me coge la cara con ambas manos para levantármela y besarme con ternura en los labios.

—Seguramente parezca un cavernícola por decir esto, pero me encanta pensar que ahora mismo estás chorreando mi semen.

Pongo los ojos en blanco y apoyo las manos en su pecho desnudo. Se ha puesto los calzoncillos, pero nada más. Baja las manos hasta apoyarlas en la curva de mi culo, me lo estruja y me lo masajea.

—Ve a lavarte —susurra.

Asiento, sonrojándome de nuevo, y paso por su lado para meterme en el baño. Cuando he terminado, me lavo las manos y oigo que Bea empieza a quejarse un poco. Salgo corriendo del baño y voy a buscarla antes de que despierte a Penny. Sin embargo, freno en seco al ver a Xander saliendo en silencio del cuarto de Penny y cerrando la puerta de forma casi inaudible. Lleva a Bea acurrucada en el pecho. Me sonríe mientras me acerco. Al verlo así, siento algo en el corazón. Madre mía, ahora sí que la he liado...

—Mira a mama —le susurra con ternura a mi bebé, que ya me ha visto y está a punto de montar un berrinche.

La cojo enseguida y encojo el hombro para dejar que me resbale el albornoz, pero se me queda pegado al brazo. Xander acaba de bajarme la tela hasta que me queda el pecho al aire. Me acomodo a Bea en el pliegue del brazo y ella comienza a buscarme con su boquita de piñón. Xander me sorprende aún más al bajar la mano y levantarme el pecho con ternura, guiando mi pezón hacia la ansiosa boca de mi hija. En cuanto ella se aferra a mi pecho, suspiro y Xander le pasa los dedos por la mejilla a Bea en una caricia que roza lo reverente. Casi muero al ver la absoluta adoración con la que la mira. Estoy jodidísima...

—¿Estarás bien mientras yo esté fuera? —me pregunta en voz baja y levantando la mano para acomodarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Le apoyo la mejilla en la palma de la mano y asiento—. Nunca había querido quedarme cuando me llamaban para ir a controlar un incendio, Teddy. Me lo estás poniendo difícil de cojones.

Me da otro vuelco el corazón y cierro los ojos mientras él me acaricia la mejilla con el pulgar. No sé qué estamos haciendo. No sé cómo conseguiremos que esto funcione porque me parece imposible. Estoy intentando que no me dé un ataque de pánico con solo imaginármelo marchándose. Scottie tiene razón. No es justo que le pida que renuncie a algo que lo hace feliz, algo que le apasiona, solo porque yo soy una cobarde.

—Lo siento... —susurro abriendo los ojos y clavándolos en los suyos.

—No te disculpes —musita agachando la cabeza para besarme—. Esto solo significa que haré todo lo que esté en mis manos con tal de regresar lo más pronto posible. Porque ahora sé que estás aquí esperándome.

36

Xander

—Bueno... —Cal sopla a unos cuantos metros de distancia mientras se yergue y se apoya en la Pulaski—. ¿Esto que te llevas con Teddy tiene nombre ya o no?

Estoy agachado cavando una línea. Lo miro y musito:

—¿En serio tenemos que hablar de esto ahora?

Estamos en las entrañas de Mount Defiance, cerca del inicio del sendero en la zona sur. A un par de excursionistas de aventura novatos se les descontroló una hoguera y se ha extendido hacia el bosque más cercano. Por suerte, no se trata de un incendio de grandes dimensiones, así que deberíamos tenerlo controlado en un par de días. Tarea fácil.

Aunque no por eso quiero mantener yo esta conversación con mi mejor amigo.

Un poco más abajo del sendero, a unos quince metros de nosotros, están Opp, Caleb, Sam y unos cuantos más. Los miro, aunque no parece que estén prestándonos demasiada atención.

—Solo estoy cuidando de mi hermana —señala Cal con tono tenso y cortante—. No es como las mujeres a las que estás acostumbrado...

—Cal, hostia —le espeto enderezándome y apoyándome en mi Pulaski, igual que él. Lo miro y pregunto—: ¿Y a qué tipo de mujeres estoy acostumbrado yo?

Cal aprieta los labios. Se quita las gafas de protección y se frota la cara, manchándosela de suciedad y hollín en ambos lados.

—Solo me refiero a que no es de las que tienen rollos de una noche.

Suelto una risotada sacudiendo la cabeza y respondo:

—¿Acaso crees que no lo sé?

—Lo que sé es cómo eres con las mujeres...

—Sabes cómo era con las mujeres —lo corrijo, volviendo a centrarme en la línea y pillando el hacha.

Cal se ríe por la nariz.

—Siempre has dejado clarísimo que tú no sales con nadie; echas un polvo o tienes algo sin ataduras y ya. Perdona si me preocupo, porque doy por supuesto que ahora ya te estás zumbando a mi hermana y, seamos realistas por un puto segundo, sup, no es tu tipo.

Lo señalo con un dedo y entrecierro los ojos detrás de las gafas de protección.

—Te sugiero que pienses bien lo que quiera que vayas a decir a continuación, Cal. Tu hermana es preciosa.

—Nunca he dicho lo contrario —me espeta, tirando el hacha al suelo y separando las piernas para plantar bien los pies en el terreno rocoso en el que nos encontramos.

Suspiro. Joder, tengo cero ganas de pelearme con este cabrón. Opp deja de cavar, se yergue y se gira hacia nosotros. Mierda. Ahora tenemos público. Aunque tampoco sé si nos oyen.

—Pero no puedes fingir que, desde que te conozco, no has tenido un tipo. Y no es Teddy.

La sangre me hierve bajo la piel. Vuelvo a enderezarme, tiro el hacha al suelo y separo bien los brazos.

—¿Qué quieres que te diga, Cal? ¿Eh? Iba a por mujeres que eran justo lo contrario a propósito. Porque así no podía confundirlas con quien quería en realidad, joder. Llevo años loco por tu hermana, tío. Pero estaba ca-sa-da. Estaba casada con el marido perfecto, que le dio tres hijos increíbles por los que también estoy loco, hostia. Y luego el hombre murió. Ya sé que yo no la merezco, coño. Que no merezco a esos niños. —Exhalo con pesadez y bajo los brazos—. Me convencí a mí mismo de que no quería meterme en ninguna relación por este trabajo, porque se cargó el matrimonio de mis padres. Porque era más fácil ir a por mujeres que no tuviesen nada que ver

con quien yo quería en realidad, que tener que admitir que estaba enamorado de la mujer de otro hombre.

Inhalo con fuerza al ver lo que acabo de reconocer en voz alta por primera vez en mi vida. Cal arquea las cejas de golpe y se queda con cara de póquer mientras nos miramos el uno al otro.

—¿Estás enamorado de Teddy?

Suelto el aire del tirón, le aparto la mirada y me agacho para pillar la Pulaski del suelo.

—Sí.

—¿Y ella lo sabe? —pregunta Cal, pasando el peso de un pie al otro.

Lo veo por el rabillo del ojo y oigo cómo crujen las piedras sueltas bajo sus botas al moverse.

Niego con la cabeza.

—No. Todavía... Todavía no está preparada para oírlo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se interesa con un hilo de voz.

Vuelvo a soltar una risotada.

—¿Qué querías que te dijera, Cal? ¿Y cuándo? ¿Estando ella felizmente casada? Me habrías pegado una paliza. ¿Después de que muriera su marido? Ni de coña. ¿Mientras estaba de parto? Joder, me habría autoflagelado yo mismo.

Ríe por la nariz y asiente.

—Supongo que ahí tienes razón. —Se agacha para coger el hacha y la gira con las manos protegidas por los guantes—. ¿Qué piensas hacer?

—Ni puta idea... —musito poniéndome a cavar de nuevo—. Teddy sigue mal por la muerte de Logan y no la culpo. No debería estar con alguien que vive arriesgándose la vida. Se merece tener a alguien a su lado, a alguien que cuide de ella y de esos niños, a alguien por quien no tenga que preocuparse.

—¿Y tú no eres ese alguien?

—Es una versión de mí para la cual no sé si estoy listo todavía —respondo con honestidad y farfullo mientras intento cavar cerca de una roca particularmente pesada—: ¿Colgar el casco y guardar esto? —Señalo el hacha y sacudo la cabeza—. Llevo haciéndolo toda mi vida. No puedo prometerle nada a Teddy porque todos sabemos lo

rápido que te puede cambiar la vida este trabajo. Le hice una promesa a mi padre y pienso cumplir con eso primero.

—¿Pero cuándo? —pregunta Cal—. ¿Cuándo vas a ver que ya te has sacrificado suficiente por este trabajo para dejarlo sin sentirte culpable?

—No puedo dejarlo —musito—. Por eso es tan complicado, Cal. No puedo dejar esto, por más que ella quiera. La quiero... Pero también adoro mi trabajo. No estoy preparado para dejarlo. Todavía no. Mi padre renunció a su familia para estar aquí haciendo justamente esto. Y yo no puedo dejarlo cuando él perdió la vida para asegurarse de que saliéramos todos ilesos de ese incendio. De que tú salieras ileso de ese incendio.

Asiente, solemne. Hace seis años que falleció mi padre, pero las heridas siguen bien presentes. Creo que, al perderlo, Cal lo pasó peor que yo, porque él lo vio morir. De haber estado en su lugar, yo seguramente también tendría pesadillas. Sin embargo, yo ya estaba bajando por esa puta montaña con la primera mitad de mi brigada porque di por sentado que Cal y mi padre me seguían.

No obstante, el único que bajó luego de esa montaña fue Cal. Fue él quien tuvo que darme la noticia, contarme lo que había ocurrido, con la angustia inundándole los ojos y la voz entrecortada y llena de emoción.

Los dos somos conscientes de los peligros que conlleva este trabajo y siempre que nos enfrentamos a un incendio lo hacemos a sabiendas de que, por más que nos hayamos formado, puede ocurrir cualquier cosa. Pero todos conocemos el riesgo y hemos aceptado que forma parte de este trabajo.

Lo cual no significa que yo no vaya a mover cielo y tierra con tal de asegurarme de regresar con Teddy. Pienso dar siempre lo mejor de mí para volver a ella. Para asegurarme de que vuelvo a tenerla en mis brazos un día más, una noche más. Ahora que ya he saboreado lo que es la vida con ella, pelearé con uñas y dientes por que siga siendo así.

Como si estuviese leyéndome la mente, Cal suspira y me mira.

—Es posible que Teddy sea la mujer más fuerte que conozco... Pero no sé si lo es tanto como para apechugar con esto —señala en

voz baja, apenado y sacudiendo la cabeza.

Ya somos dos. Teddy es una mezcla increíble de fuerza y fragilidad. Y el sentimiento protector que siento hacia ella desde hace tanto tiempo no ha hecho más que aumentar. Cal me da una palmada en el hombro y un apretón sutil mientras dice con aspereza:

—Así que más te vale saber lo que estás haciendo, sup. Vuelve a casa con ella cada puta vez, porque no puedo ver cómo vuelve a pasar por lo mismo.

Las emociones se me atascan en la garganta y no puedo sino asentir en una promesa silenciosa de hacer todo cuanto esté en mis manos.

37

Teddy

Vuelvo a mirarme en el espejo de cuerpo entero que tengo en la esquina de la habitación, cierro los ojos con fuerza, inhalo profundamente y exhalo despacio. Tengo el corazón en la garganta y me da la impresión de que voy a ahogarme. Los nervios se han adueñado de mí; cualquiera diría que acabo de tragarme varias latas de Red Bull del tirón. Estoy inquieta y nerviosa.

Abro los ojos y me paso las manos por el cuerpo. Llevo una blusa de botones suelta de color negro metida por dentro de unos pantalones de tiro alto y pata ancha también negros que se me ajustan a la cintura y me hacen buen culo. Me he puesto un bodi reductor debajo para aplanar mi vientre de mamá y para esconder aquellas partes más sueltas de mi cuerpo. Lo he conjuntado con un *blazer* fino de color azul ceniza que me cubre los brazos y me resalta la cintura, a pesar de que no me lo he abotonado porque hace calor. Estoy empezando a pensar que esta ola no cederá nunca.

Me he recogido el pelo con una pinza y los pocos mechones sueltos que me envuelven la cara me acarician las mejillas. Me he maquillado de forma elegante aunque discreta. Y llevo unas bailarinas de punta cuyo color combina a la perfección con el *blazer*. Es probable que me haya arreglado de más, pero una entrevista es una entrevista, y yo estoy desesperada por causar buena impresión.

Asiento sin apartar la vista de mi reflejo.

—Es una entrevista, Teddy. No van a ejecutarte —me recuerdo a mí misma.

No sirve de nada pero, al menos, lo he intentado.

Salgo del refugio que es mi habitación y entro en la cocina. Las suelas de los zapatos repiquetean contra el suelo de linóleo. Colleen levanta la vista de la bolsa de la compra que está vaciando en la encimera y me sonríe de oreja a oreja. Levanta una mano y mueve un dedo en círculo. Río y me giro despacio para enseñarle el *outfit* al completo.

—El azul este te sienta de maravilla —dice sonriendo pletórica.

Penny y Dalton están en la escuela. Y, ahora mismo, Bea está bocabajo en el suelo, entreteniéndose con varios juguetes.

—Gracias —musito, y me sonrojo. Cojo el bolso y me lo coloco en el hombro antes de suspirar y volver a dejarlo—. Creo que no necesito la bolsa entera de pañales para ir a una entrevista.

—Coge el monedero y las llaves y ya está. No necesitas nada más. Y más te vale que no vuelva a verte por aquí hasta dentro de, por lo menos, tres horas.

—¿Qué? ¿Por qué? Como la entrevista dure tanto, mala señal, Colleen —refunfuño riendo.

—Ve a hacerte las uñas, ve a comer, ve a la librería y cómprate un libro o dos —dice mi suegra haciendo un gesto con la mano—. Me da igual lo que hagas. Pero no vuelvas de inmediato.

La abrazo con fuerza.

—Eres la mejor, en serio —susurro antes de separarme, aunque sigo agarrándola por los hombros—. Pero ya me conoces.

—Pues voy a volver a echarte de patitas a la calle —bromea divertida, empujándome—. Venga, ve a por un café antes de ir hacia allí.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—Lo último que necesito ahora mismo es un café. Bastante nerviosa estoy ya.

—Bueno, ve tirando igualmente. Yo voy a enseñarle a Bea a hacer lasaña.

Río por lo bajo y pongo los ojos en blanco. Aun así, me despido de ella con un saludo militar y un «sí, señora».

Cojo el monedero y las llaves del bolso y atravieso el salón hasta llegar a Bea, que acaba de darse la vuelta y está bocarriba. Tiene un libro de esos infantiles que hacen ruido entre sus manos minúsculas

y está pataleando ilusionada con su conquista. Me pongo a cuatro patas encima de mi hija y le besuqueo la cara y el cuello, evitando sus pequeñas manos (esas que todo lo cogen) para que no me despeine o me manche la ropa de babas.

—Enseguida vuelvo, bichito —le susurro al levantarme.

Y, acto seguido, me marcho por la puerta.

Me subo al monovolumen, arranco y pongo marcha atrás para salir de la entrada antes de que me dé tiempo a autoconvencerme de que esto es una pésima idea.

No tardo demasiado en cruzar el pueblo y llegar al Departamento de Policía del Condado. Sin embargo, una vez allí, me quedo sentada en el aparcamiento un buen rato, con la vista puesta en ese edificio de ladrillos.

Dolor, culpa, tristeza y enfado me azotan sin parar como un caleidoscopio mientras permanezco aquí sentada, mirando el edificio en cuestión y a la gente y a los oficiales que entran y salen de él. Tuve que marcharme de Cedar Valley (un pelín más grande que Sky Ridge, a dos pueblos de distancia de aquí), con tal de alejarme de la vida que compartí con Logan. Me mudé a un condado distinto para escapar de la gente a la que había decepcionado en tantos sentidos. Como teleoperadora de emergencias en Cedar Valley, conocía al personal de emergencias de mi distrito; conocía a todos los oficiales de policía, agentes, bomberos, técnicos en emergencias sanitarias... Fueron mi familia durante diez años. Y, tras el accidente de Logan no..., no pude seguir. El dolor, la aflicción y las miradas compasivas de la gente con quien tanto tiempo trabajé se me comieron viva.

Por eso dejé mi trabajo, por eso pedí la baja por maternidad anticipada y por eso me mudé. No podía seguir viviendo allí, cerca de todas las personas a quienes había defraudado. Cerca de todas las personas que echan tanto de menos a Logan como yo. Por más que ellos no me culpen de lo ocurrido, yo sí lo hago.

Debido a mi antiguo trabajo, conozco a algunos oficiales y técnicos en emergencias sanitarias de los condados colindantes; pero, por suerte, no demasiados. He aquí una de las razones por las cuales accedí a venir a Sky Ridge cuando Cal me lo sugirió. Mudarme me brindaba la oportunidad de empezar de cero estando más cerca de

Cal y Scottie sin alejarme demasiado de los padres de Logan, para que así puedan venir a ver a los niños varias veces al mes.

Cojo una profunda bocanada de aire y me obligo a salir del coche y a entrar en ese edificio.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, vuelvo a estar sentada en el monovolumen, sintiéndome más ligera y más pesada a la vez. La entrevista ha ido genial. Ni siquiera ha sido una entrevista como tal; ya sabían que me querían. Ha sido más bien una especie de reunión de incorporación informal para hablar de mi disponibilidad horaria y sueldo, y para que conociera a los oficiales y al resto de los operadores. Todo el mundo es amable y, al regresar a la atmósfera familiar de un centro de coordinación de emergencias, me he sentido bien.

No me ha sorprendido que me pidan que pase por terapia obligatoria y me someta a una evaluación psicológica antes de empezar, pero tampoco mentiré y diré que no me ha molestado. Al menos, un poquito. Sé que es el procedimiento habitual, una forma de protegerme tanto a mí como a mi nuevo equipo y de asegurarnos de que estoy mentalmente capacitada para hacer este trabajo (más aún, después de todo). Sin embargo, estoy lo bastante sensible para que me moleste, aunque sepa que es lo mejor. Aunque sepa que, dejando mi pasado aparte, el proceso seguiría siendo el mismo.

La adrenalina y la ansiedad que me corrían por las venas ya han empezado a amainar, pero me han dejado agotada. Así que decido darme un capricho y voy a El Recoveco. Pido un *iced coffee* con caramelo y crema dulce y una magdalena de arándanos y limón, y me planto en un reservado que hay al lado de la pared.

Tengo la cabeza hecha un lío y, al coger la bolsa arrugada de papel en la que me han metido la magdalena, la ansiedad vuelve a adueñarse de mí. Tengo un nudo en el estómago y, sinceramente, creo que soy incapaz de pegarle un mordisco sin tener que salir escopeteada hacia el baño para sacarlo todo. Me acerco el café a la boca con las manos temblorosas y le doy un minúsculo sorbo antes de volver a dejarlo bruscamente en la mesa. Hundo la cara en mis manos temblorosas y trato de centrarme en ralentizar mi agitada respiración. Cierro los ojos con fuerza e intento no pensar en lo

aceleradísimo que tengo el corazón, porque ya estoy empezando a marearme. Dios, hacía muchísimo que no tenía un ataque de pánico.

Lo estaba llevando la mar de bien.

Y una única entrevista ha hecho que entre en bucle de esta manera.

Río por lo bajo en señal de ironía y autodesprecio. Me parece preocupante que vean pertinente contratar a alguien en unas situaciones tan caóticas como las mías. A ver si al final resultará que no estoy tan preparada para esto...

En la cafetería hay ruido. Está llena de gente y los clientes hablan alto para hacerse oír por encima de los altavoces, a través de los cuales suena una canción de Taylor Swift.

Sigo centrándome en ralentizar la respiración cuando el asiento que tengo justo al lado en el reservado se hunde con un peso ajeno. Me sobresalto. Aun así, antes de que pueda bajar las manos, esa persona me envuelve los hombros y me acerca con fuerza a su cuerpo duro y musculado.

Enseguida noto el olor a gasoil, humo y pinos, y se me escapa un delicado sollozo casi inaudible.

Xander.

Continúo tapándome los ojos con las manos, pero me recuesto en él mientras él me acaricia el brazo con una mano y me envuelve la cara con la otra para girármela y obligarme a mirarlo. Me acaricia la cara y el pelo con los dedos, y me deja un beso en la sien mientras, en voz baja, me susurra cosas sin sentido contra el pelo.

—Hey —susurra, arrullándome con el timbre relajante y profundo de su voz—. ¿Qué pasa, mama?

Río titubeante. Como me da vergüenza que me haya visto así, cambio de tema:

—No sabía que habíais vuelto —susurro.

—Acabamos de llegar —dice en voz baja. Habla con la boca pegada a mi pelo y sus palabras ásperas quedan medio amortiguadas. Noto cómo se le mueven los labios al hablar—. He llegado a casa y ha salido Colleen. Me ha dicho que tenías una entrevista y que te había dicho que te tomaras una hora para ti. Y como sé que eres adicta al café, he venido directo.

Me recuesto sutilmente hacia atrás y bajo las manos tras secarme los ojos para deshacerme de cualquier lágrima que se me haya escapado. Y entonces lo miro.

—¿Has venido a buscarme?

—Eres la primera persona a la que quiero ver nada más llegar —dice con la voz rasposa mientras me acaricia la mejilla con el dedo.

Su mirada es pura ternura y sinceridad. Va hecho un asco y se ha frotado rápidamente la cara para deshacerse un poco del hollín y de la porquería, pero incluso así sigue siendo lo más hermoso que he visto en mi vida. Baja la cara y me da un beso casto en los labios, sin prisa. Un beso cargado con la promesa de más.

—Venga —murmura con ternura, colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja y recorriéndome la cara con la mirada, como si quisiera memorizar todos mis rasgos—. ¿Quieres contarme qué hace mi chica sola en una cafetería en pleno ataque de ansiedad?

El corazón empieza a acelerarse en mi pecho al oír sus palabras. «Mi chica».

Menudo subidón, joder.

Suspiro y aprieto los labios. Vuelvo a apoyarme contra él y le hundo la cabeza bajo la barbilla, en la pendiente de su cuello.

—Hoy he tenido una entrevista.

—Eso me ha comentado Colleen —responde con ternura, acariciándome el brazo de nuevo—. ¿Para qué era?

—Para un trabajo.

—Teddy —protesta por lo bajo, ladeando la cabeza hacia mí.

Suelto una risa discreta. Chinchar a este hombre resulta hasta divertido.

Cojo una profunda bocanada de aire e inhalo su aroma, que ya se está volviendo dolorosamente familiar.

—Para un trabajo como teleoperadora en Sky Ridge.

—¿Y por eso te ha dado el ataque de ansiedad? —pregunta con delicadeza.

Refunfuño un poco y hago un extraño gesto con la cabeza, algo a medio camino entre un sí y un no.

—¿Tengo que empezar por el principio o vale con que te haga un resumen del tema?

—Puedes contarme lo que te apetezca —responde Xander en voz baja, dándome otro achuchón—. Si quieres contármelo por encima, no pasa nada. Si quieres soltarlo todo, tampoco pasa nada. Te escucharé igual.

Asiento moviendo la cabeza bajo su barbilla.

—¿Aunque tenga que hablar de Logan?

Me abraza más fuerte y asiente.

—Aunque tengas que hablar de Logan.

Suspiro con pesadez y susurro:

—¿Sabías que Logan y yo trabajábamos juntos?

Xander asiente y yo prosigo.

—Supongo que sabrás que era técnico en emergencias sanitarias y que yo trabajaba como teleoperadora en el mismo distrito. Trabajamos codo con codo durante una década y a mí me encantaba mi trabajo. —Cierro los ojos con fuerza y me abrazo todavía más a él. Xander debe de notarlo, porque me envuelve con ambos brazos. Acurrucados en este pequeño reservado, la cafetería a nuestro alrededor ha desaparecido—. ¿Qué sabes del accidente de Logan?

—Lo justo; solo lo que me contó Cal. Que era técnico en emergencias sanitarias. Que tuvo que atender una en pleno invierno y lo arrolló un vehículo que pasaba por ahí mientras él intentaba cargar la ambulancia.

El dolor me azota de nuevo, como si todo eso hubiera ocurrido ayer y no hace casi un año. Las emociones se me amontonan en la garganta, pero consigo susurrar:

—La teleoperadora que lo derivó allí fui yo.

—Hostia... —susurra Xander con aspereza, abrazándome más fuerte—. Teddy...

—Yo ni siquiera debería haber estado trabajando esa noche. Penny se había puesto enferma a principios de semana; tuvo una doble infección de oído y me cambié el turno para quedarme en casa con ella. Estaba agotada porque llevaba días sin dormir cuidando de Penny, nos acabábamos de enterar de que me había quedado embarazada de Bea y por las mañanas estaba supermareada... —Sacudo la cabeza mientras vuelven a asaltarme los recuerdos—. Nevaba y a un señor mayor le resbaló el coche, se metió en la

cuneta y se dio un golpe en la cabeza. Debería haber sido una asistencia fácil, una de esas rápidas. Recuerdo que me pregunté por qué estaban tardando tanto en decir algo; incluso me molestó que no me hubiese llamado para decirme que ya habían regresado. —Inhalo profundamente para serenarme, suelto el aire despacio y susurro—: Y luego respondí una llamada y me enteré de que mi marido había fallecido en el accidente al que lo había enviado yo.

Xander me abraza con todas sus fuerzas y ahí me doy cuenta de que estoy temblando de los pies a la cabeza. Tengo los ojos llenos de lágrimas y la vista nublada, pero él me acuna y no me suelta en ningún momento. Solo había hablado de esto en terapia de duelo; nunca lo había comentado con nadie más. No había podido pronunciar todas estas palabras en voz alta con nadie.

No sé qué tiene este hombre, pero siempre consigue atravesar todos mis escudos. Todos los muros de cemento, revestidos de acero y rodeados con alambre de púas que con tanto cuidado he erigido se reducen a nada cuando estoy con él.

He aquí una revelación aterradora.

No sé qué tiene Xander, pero consigue que quiera abrirme, que quiera intentarlo. Estar cerca de él me recuerda lo que es no estar completamente sola a todas horas, no tener que sufrir y hacerlo todo sin ayuda. Me recuerda qué es tener a alguien con quien compartirlo todo: lo bueno, lo malo y lo feo.

—Me sentía responsable por haberlo enviado allí. Porque mi marido murió por mi culpa —digo en voz baja. Me escuece la nariz, cortesía de las lágrimas—. Me dieron el permiso por fallecimiento de un familiar, pero nunca volví. Me resultaba imposible entrar en el centro, atender esas llamadas y derivar a personas que también tenían seres queridos. No soportaba imaginarme a alguien más muriendo como había muerto Logan por mi culpa.

—No fue culpa tuya —dice Xander con la voz rasposa, rozándome la sien con los labios. Inhalo y asiento despacio—. Por favor, dime que no llevas culpándote por eso todo este tiempo.

—Podría, pero sería mentir. —Río un poco y me acomodo entre sus brazos—. Desde un punto de vista lógico, sé que fue un accidente; una de esas catástrofes que nadie podría haber previsto. Pero sí,

sigo culpándome por ello. Así que ir hoy a esa entrevista ha..., ha hecho que lo volviese a recordar todo. Me encantaba mi trabajo. Se me daba bien mi trabajo. —Exhalo y sacudo la cabeza—. Pero al imaginarme enviando a esos oficiales, técnicos en emergencias sanitarias y bomberos a algún sitio a sabiendas de que tal vez no vuelvan a casa con sus familias... No puedo.

—En el caso de que no volvieran a casa, tú no tendrías la culpa —susurra, acunándome con ternura—. Cualquiera que se dedique a esto sabe cuáles son los riesgos del trabajo y está dispuesto a correrlos con tal de ayudar al resto. Un accidente como ese, que un bombero no consiguiera salir de un edificio en llamas, que un agente se hiciera daño... Nada de eso sería tu culpa, Teddy. Nunca. Es... —suspira con pesadez y me apoya la mejilla en la cabeza—. Es la realidad del trabajo. Y, aunque no sea justo, sabemos a qué nos arriesgamos.

Trago saliva con fuerza para deshacerme de unas cuantas lágrimas más. Escuchar cómo se mete a sí mismo también en el saco es aterrador. Porque tiene razón. Él es el primero que está ahí con el resto, lanzándose de cabeza al peligro sin echar la vista atrás. Igual que Cal. Igual que Scottie, que espero que pronto se convierta en mi cuñada oficialmente. Como es técnica en emergencias sanitarias, yo estaría trabajando directamente con Scottie.

—Si enviase a Scottie a atender a alguien y ella no regresara luego con Cal, nunca me lo perdonaría —digo con la voz rasposa, porque las lágrimas casi no me dejan hablar. Sacudo la cabeza y pongo los ojos en blanco, porque sé que suena ridículo, pero no puedo evitarlo —. No sé si estoy preparada para esto. Dios, menuda blandengue estoy hecha.

—¿A cuántas personas ayudaste durante esos diez años en Cedar Valley, Teddy? —me pregunta levantándome la barbilla. Como me avergüenza que me vea llorando, intento bajar la cara, pero Xander no me lo permite—. ¿Cuántas veces cogiste ese teléfono y fuiste tú la persona que estaba al otro lado de la línea para ayudar a un total desconocido en el peor momento de su vida? ¿A cuántas personas salvaste, cielo? —Me acaricia la mejilla con ternura, con devoción, y me mira mientras las lágrimas siguen resbalándome por la piel—. No

puedes dar por hecho que siempre pasará lo peor de lo peor, ni tampoco puedes dejar que eso te impida hacer el trabajo que sabes que puedes hacer. Un trabajo que se te da de maravilla.

Dios, este hombre... Si fuese más perfecto, sería un unicornio.

—¿Lo echas de menos? —me pregunta entonces.

Me aparta el pelo de la cara y me acaricia la mejilla con el pulgar, secándome el recorrido de las lágrimas que, sin lugar a dudas, me habrán arruinado el poco maquillaje que llevaba.

—Muchísimo —respondo con total honestidad y el labio tembloroso.

Xander me da un beso tierno y delicado.

—Entonces no dejes que la excepción te impida ayudar por miedo a quienes lo necesitan, preciosa. —Vuelve a abrazarme con fuerza y susurra—: ¿Puedo llevarte a casa?

Asiento y suspiro.

—Sí.

Xander se levanta y yo me levanto con él. Me seca de nuevo las pestañas, sonriendo, y me da un beso en la frente antes de que salgamos por la puerta. Una vez fuera, se me acerca, me apoya la mano en la curva del culo, apretando los dedos. Y entonces me fulmina con la mirada. Lo miro confundida ante su cambio repentino.

—El aparato de tortura ese que crees que necesitas ponerte debajo de la ropa para esconderlo todo... —Se agacha para susurrarme al oído y yo me estremezco—. Quítatelo y tíralo a la basura.

Me sonrojo con intensidad y me río sin apartarle la mirada.

—Xander, no voy a tirar la faja. Lo aplana todo...

Niega con la cabeza y nos detenemos delante de mi monovolumen. Me abre la puerta y subo, pero Xander no cierra de inmediato. En lugar de eso, se inclina para besarme apasionadamente, recorriéndome la boca con la lengua. No puedo evitarlo, se me escapa un gemido.

—No te hace falta aplanar nada —suelta en voz baja y rozándome los labios con los suyos—. Además, quiero notar el cuerpo de mi chica cuando la toco.

Vuelvo a sonrojarme. Me da un beso casto y luego me recorre la barbilla y el lateral del cuello con la boca. Alarga el brazo por detrás de mi hombro izquierdo, me coloca el cinturón y se separa. Me observa con una mirada abrasadora y el corazón vuelve a latirme desbocado en el pecho. Pestañea y yo casi me desmayo.

—Nos vemos en casa, mama —sentencia marcando bien esa última palabra.

38

Xander

Cuando aparco en la entrada, poco después que Teddy, Colleen está fuera, con Bea en brazos.

—Ay, ya has vuelto, qué bien —le dice Colleen a Teddy dándole un abrazo cuando sale del monovolumen—. Quería preguntarte si te importa que vaya a recoger a Penny y Dalton al cole y me los lleve a merendar fuera. —La mujer me señala a mí, que estoy bajando de la camioneta, y guiña un ojo—. Así os dejo que disfrutéis del reencuentro como es debido.

—¡Colleen! —susurra Teddy medio gritando.

Se pone más roja que un tomate, pero yo sonrío con ahínco. Colleen me guiña un ojo y río por lo bajo mientras cruzo el jardín y voy hacia donde se encuentran las dos mujeres.

Bea me hace aspavientos con los brazos y dejo que me coja el dedo índice a modo de saludo. Sonrío a la minúscula criatura que tanto me tiene comiendo de la palma de su mano. En realidad, me pasa con todos los hijos de Teddy. Estoy loco por ellos. Todos.

—Muy generoso de su parte, Colleen —murmuro con una pizca de picardía en la voz.

—Me alegro de que tanto entrometerme haya dado sus frutos —responde la mujer.

Sonrío a Teddy, a quien también se le está sonrojando el pecho.

—Eres lo peor... —susurra ella, cubriéndose la cara con una mano y sacudiendo la cabeza—. Esto no es normal, Colleen.

—Pfff... —Colleen desdeña lo que acaba de decir Teddy agitando la mano, se ríe y vuelve a guiñarme un ojo. Dios, adoro a esta mujer. No es para nada convencional ni como yo me la habría imaginado—.

¿Y cuándo he hecho yo algo normal? Venga, voy a preparar a esta señorita de aquí y nos marchamos. Divertíos. Volveremos en unas horas.

—Por el amor de Dios... —se queja Teddy.

Se hunde la cara en ambas manos y le tiemblan los hombros al reír. Colleen regresa a casa con Bea y nos deja solos en el jardín. Teddy baja las manos, exhala medio riendo con timidez y me mira.

—Lo siento mucho.

—No te disculpes. —Agacho la cabeza, le acerco los labios al oído y digo con la voz áspera—: Pienso aprovechar hasta el último segundo de esas horas para venerar tu cuerpo, Teddy.

—Joder... —susurra, dejándose caer sutilmente contra mí.

Río y le planto los labios en la parte inferior de la mandíbula.

—Tengo que ducharme —le digo.

—Vale.

Exhala y cierra los ojos. Gruño y pego mi cuerpo al suyo, ejerciendo presión con las caderas contra ella. Ya se me ha empalmado y la erección se me marca bajo la bragueta de los pantalones de Nomex.

—No tardes demasiado —me pide.

La beso con ahínco durante un breve segundo y le cuelo la lengua entre los labios. Hostia, solo he estado unos cuantos días fuera y ya me moría de ganas de estar con ella.

La suelto, me separo y se me escapa una risa grave mientras ella se mece sin moverse de sitio.

—Enseguida estoy, Teddy.

Asiente, mordiéndose el labio inferior, y me obligo a alejarme. Nada más cruzar la puerta del baño, me desnudo y me ducho rápido, limpiándome bien. Paso de mi apabullante empalme porque estoy tremendamente feliz de esperar para disfrutarlo con mi chica. Bendita Colleen.

Justo cuando salgo del baño oigo que la mujer llama a Teddy desde la entrada y le dice que volverán luego. Acto seguido, Teddy cierra la puerta de entrada.

Casi no me da ni tiempo de ponerme unos pantalones cortos de deporte y una camiseta antes de echar a andar hacia casa de Teddy.

Cuando me ve al otro lado de la puerta de la terraza trasera, las mejillas le adoptan ese bonito tono rosado que tanto me gusta. Y, entonces, abre para dejarme entrar. La agarro en el acto. Se ha quitado esa bonita chaqueta azul, pero sigue con los mismos pantalones de pata ancha que tanto me ponen y esa camisa negra tan suave que ya llevaba antes. Le hundo las manos en el pelo y le suelto los mechones que se ha recogido con una pinza, dejando que las ondas le caigan por los hombros y me cubran las manos. Nos besamos como adolescentes, con ansias y desespero.

—Habitación —suelto con dificultad, separando la boca de la suya. Teddy gime con los labios pegados a los míos, pero asiente—. Te quiero desnuda, Teddy. Joder, cuánto te he echado de menos.

—Yo también —susurra, asertiva.

No la cuestiono lo más mínimo.

La cojo por los hombros para girarla y le doy un buen azote a su culo redondo y generoso por encima de los pantalones. Teddy ahoga un grito y se ríe mientras vamos hacia su cuarto.

Tras cerrar la puerta, vuelvo a abalanzarme a ella. Le quito la blusa de dentro de los pantalones y se la paso por la cabeza antes de dejar que caiga al suelo. Tiene el torso cubierto por un bodi negro que también se ha metido por dentro de los pantalones. Intento tirar de la prenda, pero Teddy me aparta los dedos de un manotazo.

—Primero hay que quitar los pantalones —dice con otra de esas risas tímidas—. Es un bodi de cuerpo entero.

Fulmino al artilugio apretado ese con la mirada y cuelo un dedo por debajo de las tiras que se le clavan en el hombro.

—Esto tiene pinta de doler, Teddy...

Ella se encoge de hombros mientras le desabotono los pantalones y le bajo la cremallera. Le acaricio la cadera con las manos por dentro de los pantalones, que se le resbalan hasta los tobillos con un susurro delicado. Teddy se sonroja y se pasa las manos por esa faja apretada, casi como si estuviese intentando esconderme su cuerpo. Qué mujer, en serio... Voy a tener que demostrarle lo jodidamente preciosa que la encuentro.

Vuelvo a colarle los dedos por debajo de las tiras y no pierdo ni un segundo en bajárselas por los brazos. Lo primero en liberarse de la presión son sus pechos, que caen libres por encima de ese material ajustado. Gruño. Esta diosa no se ha puesto sujetador debajo. Agacho la cabeza, le succiono un pezón con la boca y tiro sutilmente con los dientes. Teddy ahoga un grito y yo me arrodillo mientras le quito este maldito artefacto a mi chica para ir revelando su cuerpo mullido y glorioso centímetro a centímetro.

Me alejo un poco y suelto un sonido gutural al mirarla. Dios, la de cosas que podría hacerle a esta mujer estando así, arrodillado. Al final, levanta los pies para acabar de quitarse la faja y yo agarro la prenda con la mano y la tiro a la otra punta de la habitación.

—Como te vuelva a ver con la maldita cosa esa puesta, la haré añicos —le advierto antes de levantarme.

Teddy se sonroja de nuevo y se humedece los labios, nerviosa, mientras yo me llevo los brazos atrás y me quito la camiseta por la cabeza, dejando que también caiga al suelo con todo lo demás. Y, entonces, me bajo los pantalones del tirón hasta quedar igual de desnudo que ella. No puedo dejar de mirarla. Es jodidamente preciosa. Le paso los nudillos por la pendiente de uno de sus pechos y gruño al notar la suavidad de su piel.

—Dios... —digo con la voz áspera.

Estoy comiéndome cada glorioso centímetro de su cuerpo con los ojos. Los rayos de sol de primera hora de la tarde se cuelan por las ventanas, aportándole un cálido brillo a su piel y tiñéndole el pelo de dorado.

—Cierra las cortinas, por favor —gime cubriéndose el cuerpo con las manos, cohibida.

La fulmino con la mirada y se queda petrificada.

—No.

—Xander, por favor...

Le agarro las muñecas, le aparto las manos del cuerpo que tan desesperadamente está intentando esconderme y sacudo la cabeza.

—Quiero verte, Teddy. Cada glorioso centímetro de ti, joder. Y sin luz, no puedo hacerlo.

—Pero...

—Nada de peros —murmuro con voz grave.

Estudio las curvas que se ven reflejadas en el espejo de cuerpo entero que tiene al otro lado de la habitación. La hago retroceder unos cuantos pasos para que quedemos directamente delante de dicho espejo y le agarro la mandíbula con ambas manos.

—Voy a sentarme delante de este espejo y tú te darás la vuelta para quedar también de cara. Y, luego, abrirás las piernas y te sentarás encima de mi polla.

Abre la boca y yo le acaricio y le beso su carnoso labio inferior.

—No puedo —responde.

—Sí, sí que puedes, preciosa.

Traga con fuerza y abre los ojos como platos, precavida.

—Pero no soy...

—Uy, cielo... Ya lo sé. Y me vuelve loco de cojones.

Le bajo las manos por el culo y por los hombros antes de apoyarlas sobre su cintura generosa, de donde sobresalen sus caderas anchas. Reflejada en el espejo que le queda detrás, su piel parece cremosa y aterciopelada. Le aparto la mirada a Teddy para poder disfrutar de la vista que tengo delante. Tiene un culo de ensueño, así que le envuelvo sus nalgas deliciosas y esféricas. El contraste de mis manos ásperas y oscuras con su piel pálida y suave resulta ligeramente embriagador. Le agarro el culo, se lo aprieto y se lo masajeo, y le separo un poco las nalgas.

Ella hace ademán de agarrarme por la cintura, apretándome las costillas con los dedos mientras sigo masajeando y acariciando hasta el último centímetro que pueda de su cuerpo. Con ella, me siento indefenso. Teddy tiene control absoluto sobre mí y sobre mi corazón. Ejerzo presión con las caderas en su vientre mullido y ella ahoga un grito. El sonido que se le escapa surte un efecto maravilloso y terrible en mi polla, que se alza de golpe entre los dos.

La luz del sol de media tarde se cuela por la ventana que hay al otro lado de la habitación y acaricia la cama, el suelo y la piel de Teddy con sus rayos. Teddy es jodidamente perfecta. De una puñetera belleza etérea. Pienso venerar hasta el último centímetro de su piel.

Vuelvo a arrodillarme y paseo las manos por la forma exagerada de reloj de arena que forman sus costillas, su cintura y sus caderas a la vez que le doy un beso en su estómago acolchado. No tiene nada tonificado; toda ella son curvas, con un cuerpo mullido y al que agarrarse. Siempre quiero más, joder. Su cuerpo me vuelve loco.

Me hunde las manos en el pelo, agarrándomelo con fuerza. Sonrío sin alejarme de su vientre suave y separo los labios contra su estómago blandito antes de sacar la lengua y recorrerle unas cuantas estrías. Ella baja la mano e intenta taparse el punto exacto donde tengo la boca, pero refunfuño y le doy un azote en la nalga a modo de advertencia. Teddy vuelve a ahogar un grito y, al oír ese sonido, me vuelvo casi salvaje.

Me siento sobre los talones con los muslos sutilmente separados. Levanto la vista para mirarla y me doy cuenta de que no quiero estar en ninguna otra parte que no sea aquí. Quiero pasarme el resto de mis días adorando a la diosa que tengo delante, y voy a hacer que ella también lo vea.

La agarro por la pendiente de sus caderas y la giro para que quede de cara al espejo. Teddy aparta la mirada de su reflejo, pero, por ahora, no pasa nada. Cuando hayamos terminado, le habrá quedado clarísimo lo jodidamente preciosa que es.

Le bajo la mano por la cadera derecha, le acaricio con ella la nalga y se la cuelo entre sus gruesos muslos. Teddy se mueve y separa las piernas lo justo para que pueda dejar la mano donde tanto quiero tenerla. Cuando noto lo preparada que está, suelto un sonido gutural con la boca pegada a su espalda suave.

—Joder... —vuelvo a gruñir, mordisqueándole la nalga izquierda—. Estás empapada por mí.

Continúo sentado sobre los talones. Agarro a Teddy de nuevo por la cadera y la bajo. Cuando toca el suelo con las rodillas frente a mí, le sonrío a través del espejo y bajo la mirada por sus pechos generosos y esos oscuros pezones que ya tiene endurecidos y reclaman mi atención.

—Ábrete de piernas por mí, preciosa —le pido con la boca pegada a la delicada piel de su oreja. Titubea un segundo antes de moverse y separar las rodillas. La tengo tan dura que hasta me duele, joder

—. Ahora colócate encima de mis piernas y ve sentándote hasta que te hayas metido mi polla hasta el fondo, Teddy.

Me aguanta la mirada mientras obedece y retrocede hasta dejar los muslos sobre los míos. Tiene las rodillas plantadas en el suelo, a ambos lados de las mías, y está bien abierta de piernas mientras se coloca en posición. Es obsceno y erótico, y tengo que echar mano de todo mi control para no correrme así, sin más. Alargo el brazo entre nosotros y me acomodo en su entrada, arrastrándole la punta por su coño bonito y rosado, que me queda perfectamente a la vista a través del espejo.

—Siéntate.

Acata mi orden. Noto las curvas de su culo en los abdominales y sus hombros me quedan a la altura de la boca. Me inclino y voy besándola por el hombro, acaloradamente y con la boca abierta, mientras ella se acomoda y se la va metiendo con una lentitud lacerante. Clavo la vista en el espejo, por encima del hombro de Teddy, mientras veo cómo se la hunde. Nunca había visto nada tan sexi como esto: Teddy hundiéndose en mi polla. Le envuelvo el torso con un brazo y empotro su espalda a mi pecho. Al notar la absoluta euforia que supone habérsela metido tan hondo, abro la boca de golpe. Joder, qué estrecho lo tiene. Jodidamente estrecho. Echa la cabeza hacia atrás para acabar de sentarse del todo y noto cómo se le tensan los músculos internos alrededor de la polla. Veo las estrellas.

—Hostia santa, Teddy —susurro y gruño con la boca pegada a su cuello—. ¿Lo ves? ¿Ves lo precioso que es esto, joder?

Baja la barbilla y me mira a los ojos a través del espejo. Le agarro el coño con la otra mano y la separo más para que vea cómo se la ha metido hasta el fondo.

—Joder... —gime y a mí me palpita la polla en su interior.

Suelto un sonido gutural para darle la razón.

—Qué preciosidad, hostia... —digo con la voz áspera, dilatándola con los dedos.

Ver cómo me desaparece la polla en su sexo es embriagador, excitante y jodidamente erótico. Y no sé si Teddy lo sabrá ya o no, pero es mía, joder. Le acaricio la protuberancia nerviosa que tiene en

el ápice de la entrepierna con el pulgar y ella ahoga un grito mientras se frota conmigo.

—Mmmm. Justo así, preciosa.

—Xander...

Me mira a través del espejo. Le pesan las pestañas y tiene los labios separados. Me coge el antebrazo con el que la estoy sujetando con una mano. La otra la ha colocado encima de la mía, hundida en su entrepierna.

La alzo con el brazo con el que la estoy agarrando, Teddy se reacomoda y mueve sutilmente los muslos; luego levanto las caderas de golpe mientras vuelvo a sentarla encima de mí. Aprieta los dedos y abre la boca para gritar en silencio. Joder, esto lo es todo. Ella lo es todo.

Lo hace a su propio ritmo, levantándose hasta que solo le queda la punta dentro y bajando de nuevo, hundiéndosela otra vez hasta el fondo. La agarro por su estómago generoso y le planto la boca en la curva del cuello para darle un mordisco antes de calmarle el dolor con la lengua.

Se le contrae el sexo a mi alrededor y sonrío con la boca pegada a su cuello.

—Serás traviesa... ¿Te gusta que duela?

Asiente en un movimiento algo errático y poco fluido mientras sigue follándome. Tiene sus muslos gruesos y cremosos bien abiertos por encima de los míos. Le suelto el torso y el sexo y le agarro sus anchas caderas. La guío y aprovecho que ella está hundiéndose en mí para embestirla con fuerza. De pronto, se apoya las manos en los muslos para no perder el equilibrio. Vuelvo a darle otro empellón y le aprieto las caderas con los dedos. Le mordisqueo otra vez el hombro. Teddy gime y se agacha un poco.

—Qué guapa, joder —digo con la voz rasposa sin dejar de embestirla con fuerza y hasta el fondo en ningún momento—. Estás guapísima, abierta así de piernas por mí. Qué bien te la metes, preciosa.

Sus ojos encuentran los míos en el espejo. Le paso las manos por las caderas, subiéndolas por sus curvas generosas hasta la mullida estrechez de su cintura. Le agarro los pechos y se los aprieto,

masajeándoselos antes de pellizcarle ambos pezones con los dedos. Teddy se menea contra mi cuerpo y el sexo se le contrae alrededor de mi polla.

—Ah, joder, Teddy... —suelto con la voz áspera y pegándole la boca al hombro.

Vuelvo a enroscarle los pezones. Ella se muerde el labio y gime con discreción.

—Ah, Dios, Xander. Así harás que...

Y entonces lo noto. La cálida humedad que me resbala por los dedos. Miro nuestros reflejos, embelesado, mientras se le escapa un líquido blanco de los pezones que estoy apretando. No puedo evitarlo. Al ver cómo chorrea con mis dedos, me vuelvo casi salvaje y la embisto con fiereza. Ella me cubre las manos con las suyas, con las mejillas y el pecho teñidos de un intenso tono rosado.

—Baja las manos —le ordeno con fiereza. Se me queda mirando con los labios separados y exhalando con dificultad—. Teddy. Baja las manos para que pueda verlo. —Obedece y yo sonrío, siniestro—. Buena chica. No volverás a esconderme ni un centímetro de tu cuerpo, ¿entendido? —Titubea y yo vuelvo a embestirla. Teddy ahoga otro grito y me vuelve a palpitar la polla—. Eres la mujer más exquisita que he visto en la vida, cielo. Toda tú. Incluidas esas partes que tú crees que no son preciosas. —Vuelvo a agarrarle las tetas con las manos y se las junto—. ¿Estas tetas? Hermosas, joder. ¿Ves cómo encajan en mis manos? Es como si estuvieses hecha para mí. —Bajo las palmas por su cuerpo hasta agarrarle la cintura y hundirle los dedos en su vientre acolchado—. ¿Sabes cuántas veces me la he cascado pensando en ti estando preñada? Con esa barriga llena y redonda... Joder, me siento como un cabrón, como un puto pervertido. Pero es que, leches, verte embarazada es de lo más bonito que he visto en mi vida, Teddy. Nunca he querido tener hijos, pero, hostia puta... Mentiría si dijera que no he pensado en cómo sería ver cómo te cambia el cuerpo con un hijo mío.

Vuelve a abrir la boca, estupefacta.

—Xander...

A la mierda. Voy a por todas. Y ya era hora de que ella también se diese cuenta.

Le cojo sus caderas anchas y pesadas y la penetro con fuerza. Me palpita el pene; estoy a punto de correrme.

—Estas caderas... No he podido pensar en nada que no fuera en agarrarte por aquí mientras te follo por detrás. Dios, si es que al pensar en meterte la polla con tu culo levantado y la cara hundida entre las sábanas... —Le envuelvo su culo generoso, que se le mueve con cada fuerte embestida, con cada movimiento que hace al follarme. Le doy un fuerte azote en la nalga y ella vuelve a gemir mientras su coño se contrae a mi alrededor. Gruño, aprieto los dientes y le subo las manos de la cintura a las tetas y hacia abajo otra vez, disfrutando de la blandura que noto con los dedos—. Si todo esto no se mueve lo suficiente, señal de que no te estoy dando lo bastante duro.

—¡Ah, Dios! —grita, y sé que está a segundos de correrse.

Le bajo las manos hasta los muslos, apretándoselos con fuerza por su delicado interior y abriéndola aún más de piernas por mí. Le envuelvo el clítoris con los dedos y ella jadea mientras mueve las caderas contra mi cuerpo.

—¡¡Xander, por favor!!

—Eso es, preciosa —digo con la boca pegada a su cuello—. Cabálgame la polla. Córrete conmigo dentro. Dios, qué ganas tengo de notarte...

Teddy gime mientras se encoge sobre sí misma y noto cómo se corre con brío. Cierra los ojos con fuerza y aparta la cabeza, pero no pienso dejar que se pierda todo esto.

—Los ojos en el espejo, Teddy. Mira qué guapa estás cuando te corres por mí.

Abre esos ojos grises y encuentra los míos en el espejo. Joder, es increíble ver cómo tiembla y se agita contra mí, a mi alrededor. Le envuelvo el torso con ambos brazos mientras ella disfruta del subidón. Sus músculos internos me la estrujan con fuerza, pero aguanto porque esto es para ella. Teddy no me aparta la mirada en ningún momento.

Cuando vuelve a recostarse contra mi pecho, jadea con pesadez y yo le paso la nariz y los labios por el cuello.

—Preciosa, joder —digo marcando bien las palabras y besándole la piel con la boca abierta, subiéndole por el lateral del cuello hasta llegarle a la mandíbula.

Gira la cabeza hacia mí, con los ojos abiertos como platos, y continúa jadeando de forma errática. Acto seguido, le empotro la boca a los labios y la beso con ahínco y con fiereza.

Es una mezcla de labios, dientes y lengua que nos deja sin aliento. Y noto cómo va llegando al final de ese clímax hasta que su agitación se convierte en otra especie de temblor.

La suelto y le mordisqueo su hinchado y carnoso labio inferior antes de acariciárselo con la lengua.

—A cuatro patas —le ordeno.

Gime un poco al levantarse y, cuando apoya las manos en el suelo con el culo levantado para que yo me dé un festín, le tiemblan las extremidades. No puedo evitarlo. Me inclino y le hinco los dientes en una de sus nalgas blanditas antes de arrodillarme detrás de ella. Teddy me mira a través del espejo mientras yo vuelvo a acercársela a la hendidura antes de ejercerle presión con la punta ancha de la polla en esos labios húmedos y chorreantes; solo un par de centímetros. Apoyo las palmas de las manos en las generosas curvas que tengo delante, por su espalda, sus suaves y marcadas caderas y su culo, y dejo que mis dedos se deleiten con la piel delicada de la parte trasera de sus muslos. Teddy tiembla bajo mi tacto y se le pone la piel de gallina.

—¿Entiendes ya lo increíblemente maravillosa que eres? —le pregunto con la vista puesta en su reflejo. Teddy se muerde el labio inferior y la incertidumbre le inunda la mirada—. ¿Entiendes que me resultaba imposible mantenerme alejado de ti? Soy tuyo, Teddy. Mi cuerpo. —Le agarro sus caderas generosas con las manos y la echo hacia atrás, hacia mi polla expectante, para hundirme tanto como pueda en una única embestida larga y fuerte. La tengo tan dura que duele. Sé que no duraré mucho más; entre lo estrecho que lo tiene y la sensación que noto cuando me la estruja de esta manera, estoy a nada de llegar al orgasmo—. Mi corazón. —La penetro con la fuerza suficiente para que las tetas se le mezan con el empellón. Gime y

ese sonido me azota con ferocidad. Estoy perdidísimo, joder. Teddy lo es todo. Mi todo—. Mi puñetera alma, Teddy.

Abre la boca y me mira con los ojos bien abiertos a través del espejo.

—¿Notas las ganas que te tengo, Teddy? —Le recorro las manos por el cuerpo, posesivo. Me he vuelto un salvaje por ella—. Esto me lo haces tú. Me vuelves completamente loco.

Asiente y me mira con los ojos centelleantes. Bajo la vista hacia el punto en el que estamos conectados, con su culo contra mis muslos, le acaricio la piel con delicadeza, con ternura. Me separo y, cuando veo cómo se me traga entero mientras se la vuelvo a meter, se me escapa un sonido gutural con los dientes apretados con fuerza. Teddy arquea la espalda para darme mejor acceso y yo se la hundo más hondo. Se recuesta en los antebrazos y apoya la cabeza en la moqueta, separando las manos a lo ancho por encima de esta, en el suelo.

Le azoto el culo y ella vuelve a contraerse a mi alrededor, inhalando con fuerza.

—Ojos, Teddy. Necesito esos ojos, preciosa.

Teddy levanta la cabeza. Vuelve a apoyarse en las manos y se acerca a mí. Sin embargo, sus ojos encuentran los míos, como siempre, y yo me suelto. Me agarro a esas caderas generosas y suaves con firmeza y la embisto con fuerza una y otra vez. Teddy separa los labios en un grito amortiguado y frunce el ceño. Las tetas se le mueven con cada embestida y yo no sé si seguir con la vista puesta en su preciosa cara o mirar cómo su cuerpo increíble acepta todo lo que le doy. Sus paredes vaginales se contraen a mi alrededor y sé que está a punto. Reconozco ese temblor. Volverá a correrse.

—Xander... —gime con un sonido delicado y agudo.

Con desespero. Necesitada. Mía, hostia.

Joder. Oír mi nombre saliendo de su boca, como una plegaria, como una súplica... Es mi maldita ruina. Estoy desatado.

—Mi preciosa chica... —digo con la voz áspera, empotrando las caderas a las suyas sin cesar. Tengo los huevos apretadísimos y el orgasmo empieza a recorrerme la columna vertebral—. Córrete por mí, guapa.

Y lo hace. Arquea la espalda, le tiemblan los muslos y el coño se le contrae a mi alrededor. El clímax se adueña de mí, abrasándome desde dentro, y se me nubla la vista. La embisto con fuerza una, dos veces más, y toda la delicadeza desaparece cuando me corro dentro de Teddy con unos chorros largos y ardientes y la polla palpitándome mientras ella me succiona hasta la última gota. El gruñido que se me escapa parece casi un rugido.

Jadeo con dificultad, con el corazón latiéndome en una desbocada cadencia en el pecho. Por el amor de Dios, no me había corrido con tanto ímpetu... en la vida.

Teddy hunde la cabeza entre los brazos, pero sin acabar de apoyarse en el suelo, temblando. Le acaricio la espalda con las manos, del culo hacia arriba, y luego se las vuelvo a bajar por la pendiente de la columna vertebral. Ella tiembla y se le escapa un gemido cargado de aire.

—Mi preciosa chica, joder....

—No te creía —confiesa en un susurro con la cabeza gacha. Sin embargo, de repente la levanta y me mira a los ojos a través del espejo. A pesar de las lágrimas, esboza una sonrisa tierna y radiante que se me clava en el corazón—. Pero ahora ya sí. Haces que me sienta guapa, sexi y deseable.

—Es que eres todo eso —respondo en otro susurro, aunque me tiembla inevitablemente la voz—. Todo eso y muchísimo más, cielo.

Se la saco y me quejo al levantarme. Me tiemblan las piernas (joder, Teddy ha hecho que me corriese con tanto brío que he visto las estrellas) y le tiendo la mano para ayudarla a levantarse. A ella también le tiemblan las piernas y no puedo resistirme, la abrazo, la acerco a mi pecho y le hundo la cabeza bajo mi barbilla. Me envuelve con los brazos por la cintura y me recorre la columna vertebral con los dedos mientras nos quedamos así, de pie, durante un buen minuto. Disfrutando de esa paz que solo sienten los enamorados.

Y, entonces, retrocede un poco sin llegar a soltarme, levanta la mirada hacia mí y arruga la nariz en un gesto adorable. Le doy un beso en los labios, uno tierno y casto.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Hay que ver cómo te gusta dejarme hecha un cuadro...

Un bonito tono rosado le tiñe las mejillas. Sonrío y siento cómo se adueña de mí el viejo impulso primario de golpearme el pecho con los puños. «Es mía».

—No mentía con eso de que me encanta ver cómo chorreas mi semen —digo con la voz rasposa y la boca pegada a la suya. Se muerde el labio y se sonroja más aún—. Es un recordatorio de dónde he estado, de lo que me haces y de lo que te hago yo a ti. Me gusta marcar lo que es mío, Teddy.

Inhala con delicadeza. Levanta la mirada hacia mí y pregunta:

—¿Eso soy? ¿Tuya?

La agarro por detrás, abriendo bien las palmas de las manos, y le acaricio el cuello con los labios antes de ir besándoselo hasta volver a llegar a su boca.

—Si me dejas, sí.

—¿Estás seguro? —me pregunta con los labios pegados a los míos —. Vengo con una mochila importante, Xander. Y no puedo tener algo informal. Tengo hijos...

—Eres un partidazo. Y lo supe ya antes de que empezara todo esto, Teddy —susurro con ternura, apartándole el pelo de la cara y cogiéndole la mandíbula con ambas manos. Le acaricio los pómulos con los pulgares y la miro a esos ojos preciosos—. Puedes traer la mochila que quieras, que yo seguiré queriendo estar contigo. Pero no quiero que accedas a algo si no estás convencida. Mi trabajo... Sé cuáles son los riesgos. Y por eso intenté frenar todo esto, joder...

—Por lo de Logan... —susurra, y yo asiento solemnemente.

—Porque detesto imaginarme haciéndoos sufrir otra vez, a ti o a esos niños. —Le cojo la mano, me la acerco a la boca y le beso la palma—. Te quiero, Teddy. Creo que te quiero desde hace tiempo, cielo.

—Xander... —exhala con devoción y me mira con los ojos centelleantes.

Sé que no está preparada para decírmelo, pero no pasa nada. Siempre y cuando no me aleje.

Vuelvo a besarle la palma y le susurro con los labios pegados a la piel:

—No pasa nada. Solo quiero que lo sepas. Te dije que estaba harto de ponerle palos en las ruedas a esto y lo dije en serio. Tú y esos niños sois mi mundo. No quiero algo informal contigo. Lo quiero todo, preciosa.

39

Teddy

—¿Qué narices es todo esto? —pregunto riendo cuando abro la puerta y me encuentro con Xander.

Sonríe, me guiña un ojo y ostras... El corazón me late desbocado en el pecho. Entra y se me acerca para darme un beso rápido.

—Voy a preparar la cena para celebrar que mañana empiezas a trabajar.

—¿Que vas a preparar la cena? ¿Aquí?

Asiente y se yergue a pesar de que me recorre la mejilla con los labios. La aspereza de su barba me hace cosquillas y me entra un escalofrío.

—Ajá —responde.

Entra en la cocina, deja un par de bolsas de cartón del súper en la encimera y rebusca en una para sacar una botella de vino. Luego se mete la mano en el bolsillo, saca un sacacorchos y procede a abrir la botella.

—Yo me ocupo de la comida, los platos y los niños. Tú sírvete una copa y ve a darte un baño mientras yo preparo la cena, ¿de acuerdo?

—Xander, esto es pasarse... —exhalo mientras él empieza a sacarlo todo de las bolsas.

Señala el armario con la cabeza. Obedezco y saco una copa. Él la coge (no sin que nos rocemos los dedos en el proceso) y me sirve un poco de vino antes de pasármela. A sus espaldas, me quedo mirando su pelo oscuro como si fuese un ser mitológico.

—Debería haberte preguntado antes... ¿A Dalton y a Penny les gustan los espaguetis? —se interesa girándome para que lo mire.

Se le relaja la expresión, como si pudiese ver lo maravillada que estoy, pero prosigue como si esto fuese la mar de normal entre nosotros.

—Si no, puedo preparar otra cosa.

—¡Nos encantan los *espatetti*! —grita Penny desde el otro lado del sofá.

Está tumbada en el suelo, jugando. Salta por encima del sofá, pasando de mi cara de advertencia, y viene corriendo hacia la cocina para abrazar a Xander por las piernas. Él la coge en brazos y se la apoya en la cintura. Mi hija hace una mueca y señala el envase que hay en la encimera.

—Pero los *pampiñones* no me gustan —dice.

Xander se ríe y sacude los brazos para poder cogerla mejor.

—No pasa nada. Eso es para mamá y para mí.

—¿También has traído pan de ajo? —se interesa Dalton, que se sube a uno de los taburetes que hay al otro lado de la encimera.

Apoya los antebrazos justo ahí y echa una ojeada a las bolsas y a lo que ya ha sacado Xander. Este rebusca en una y saca una *baguette*.

—El pan de ajo tiene que ser casero. ¿Quieres ayudarme a prensar el ajo y a mezclarlo con la mantequilla?

—¡Sí! —responde Dalton asintiendo con la cabeza.

A continuación, Xander se gira hacia mí con una discreta mueca en la cara y pregunta:

—Prensador de ajo tienes, ¿no? A mi padre no le iba mucho esto de cocinar, o sea que tengo más bien pocos utensilios de cocina...

—Sí, tengo prensador de ajo —contesto riendo y pasando por su lado y el de Penny para coger el artilugio de uno de los cajones—. Xander, esto es demasiado...

Me coloca su mano ancha en las lumbares y me acerca para que quede pegada a su otro lado.

—Eso lo decido yo. Venga, coge la copa y ve a darte un baño. ¿Bea ya ha comido?

Me sonrojo y asiento.

—Sí, pero volverá a tener hambre antes de dormir.

—Bueno, una copita de nada, pues —susurra y me guiña un ojo—. Tengo que asegurarme de que mi peque también coma.

—Xander...

—Como sigas pronunciando así mi nombre, la noche dará un giro muy distinto —ríe y agacha la cara para darme un beso breve en los labios. Penny se lleva la mano a la boca y se ríe. Xander gira la cabeza hacia la niña y le pregunta—: ¿Qué te hace tanta gracia?

—Le has dado un beso a mami —se ríe con la mano pegada a la boca.

—Así es —responde él asintiendo. Mira a Penny y luego a Dalton y les pregunta con delicadeza—: ¿Os parece bien, chicos?

Dalton, que sigue mirándonos apoyado en la encimera, se encoge de hombros.

—Supongo —contesta—. Haces sonreír a mamá y eso me hace feliz.

Noto que se me encoge el corazón y que me escuece la nariz.

Xander me abraza más fuerte por la cintura, gira la cabeza hacia mí y dice:

—A mí también me hace feliz ella, campeón.

Pestañeo deprisa para deshacerme de las lágrimas que se me están amontonando en los ojos y evito mirar directamente a Xander. Me da un beso en la sien y suspiro. Estoy jodidísima...

—Venga, mama, ve. Yo tengo cosas que hacer por aquí —me susurra con los labios pegados a la sien.

Asiento.

—Vale —respondo en voz baja, titubeante.

Cojo la copa de vino y echo a andar por el pasillo.

Cierro la puerta del baño, abro los grifos de la bañera para que se vaya llenando e incluso echo un poco del jabón de burbujas que encuentro bajo el lavamanos.

No recuerdo cuándo fue la última vez que disfruté de un baño de burbujas como tal ni tampoco cuándo tuve tiempo de plantearme preparar uno siquiera.

Me bajo los *shorts*, pero dudo un segundo antes de quitarme la camiseta por la cabeza. Cruzo el baño, cojo un par de velas y me las llevo conmigo. Las enciendo, apago la luz y dejo que las llamas

parpadeen y arrojen la luz justa y necesaria. Es agradable y relajante. Dios, menudo lujo.

Me meto en el agua calentita, le doy un sorbo al vino y disfruto del momento. Nunca puedo hacer este tipo de cosas.

Xander me está mimando y, como no se ande con cuidado, podría acostumbrarme.

Debo de estar en el agua una media hora, más o menos, antes de que llamen con delicadeza a la puerta.

—Adelante —digo en voz baja.

Y, entonces, aparece Xander con un vaso de agua para sustituirme la copa de vino.

Casi no me da ni tiempo a sentir vergüenza, plenamente consciente de que lo único que le impide verme entera es la fina capa de burbujas que cubre la superficie del agua. Pero, entonces, Xander se inclina por encima de la bañera. Apoya sus brazos fuertes y sexis en el borde para sujetarse y agacha la cara para robarme el alma con un beso. Hunde una mano bajo el agua, me la cuela entre los muslos y, cuando sus dedos encuentran lo que estaban buscando, gimo con la boca pegada a la suya y con el cuerpo encendido.

—¿Estás disfrutando del baño? —pregunta con aspereza, con los labios pegados a los míos. Asiento y cierro los ojos en cuanto me hunde los dedos, despacio y hasta el fondo—. Bien. La cena estará lista en unos diez minutos. Vístete y ven.

Dicho esto, el cabrón me deja casi jadeando bajo la tenue luz de las velas y terriblemente cachonda. Hostia santa.

Salgo de la bañera, me seco y me envuelvo con una toalla suave antes de ir hacia la habitación. Hago ademán de coger mi *outfit* habitual: unos pantalones cortos de ir en bici y un top holgado, pero me detengo. En lugar de eso, voy hacia el armario y rebusco entre las perchas. Paso los dedos por un sencillo vestido de verano maxi de color azul grisáceo con sujetador integrado, de modo que no hace falta que me ponga uno de lactancia debajo. Tiene unos tirantes delicados y un escote en forma de V, además de un corte que me llega hasta el muslo. La última vez que me lo puse fue el verano pasado, antes de quedarme embarazada de Bea. Es holgado

y cómodo, y lo bastante informal para una simple cena con Xander y los niños, aunque también es lo suficientemente provocador para hacer enloquecer un poco a este hombre.

Dios, espero que aún me quepa...

Me pongo unas atrevidas braguitas antes de subirme el vestido por las curvas. Me he recogido el pelo con una pinza para bañarme y se me están rizando unos cuantos mechones a la altura del cuello y de la sien. Me aplico una delicada capa de colorete en las mejillas y me doy una más de rímel; me miro un segundo en el espejo y me paso las manos por la cintura hasta llegar a mis caderas generosas. El alto corte del vestido, que me llega hasta los tobillos, deja a la vista mi muslo derecho.

Aúno todo mi valor, abro la puerta de la habitación y salgo del cuarto, descalza, exhalando despacio. Huele que alimenta, pero lo que me roba el aliento es la música que suena en el salón y que se cuela por el pasillo. Cuando llego, no puedo evitar reírme.

Xander Macomb, el bombero de élite que lleva toda una vida soltero, está escuchando las canciones de Disney que suenan a través de los altavoces. Penny está cantando a pleno pulmón con Elsa, con los brazos abiertos mientras Xander la hace girar en medio de la cocina con una mano. Tiene a Bea en el otro brazo, con la pequeña espalda de la niña pegada a su pecho y sus brazos, y mi hija va pataleando sus piernecitas como loca. Sonríe pletórica (y casi del todo desdentada). Dalton está repantigado bocarriba en el sofá, con un brazo bajo la cabeza y un libro apoyado en el pecho. Sin embargo, cuando me ve entrar, sonríe.

Me estalla el corazón al ver la escena que tengo ante mis ojos.

Dios, cuánto lo había echado de menos. Y mis hijos también. Estos momentos que son tan significativos, pero que, en el gran esquema de la vida, parecen nimiedades. Algo tan simple como preparar la cena juntos, como una familia, y bailar en la cocina. Me escuece la nariz por culpa de las lágrimas, pero la sonrisa que se me dibuja en los labios es pura felicidad.

Dalton tiene razón. Xander me hace sonreír. Me hace feliz.

Jamás pensé que volvería a tener esto. Estaba convencida de que nunca querría volver a tenerlo.

Los ojos de Xander encuentran los míos en cuanto entro en la cocina y me estudia de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza. El ardor que le atisbo en la mirada cuando vuelve a clavar los ojos en los míos es abrasador. Se humedece los labios y se muerde el inferior con sus dientes alineados y blancos. Juro que oigo cómo se le escapa un gruñido del pecho en cuanto viene hacia mí.

Me coge la nuca con la mano, me levanta la cabeza y me la echa hacia atrás para que lo mire. Se me entrecorta la respiración y le alterno la mirada entre los ojos mientras él me roza la comisura de los labios con los suyos.

—Joder, Teddy —susurra con un hilo de voz extremadamente bajo para que solo lo oiga yo. Estoy casi jadeando—. Estás increíble. Jodidamente guapa, mama. La de cosas que quiero hacerte, Dios...

Penny elige ese instante para interrumpirnos. Me abraza los muslos y se pone a saltar.

—¡Mami, baila conmigo!

Xander me da un beso rápido y se aleja. Se acerca la mano a la cremallera de los vaqueros y el gesto en cuestión no me pasa desapercibido. Me sonrojo y voy hacia Penny.

—Una última canción y a cenar —anuncia Xander.

Rodea la encimera de la cocina para dejar a Bea en el parque para bebés que tengo en el salón. Se asegura de dejarle unos cuantos juguetes a mano y luego regresa a la cocina. Emplata la comida de todo el mundo, preguntándome al servir las raciones de Dalton y Penny, y mi hijo coge los cubiertos y las servilletas y lo ayuda a poner la mesa.

Cuando ya tengo a los dos niños sentados en la mesa, Xander me apoya una mano en la cintura para detenerme. Me acerca la boca a la curva del cuello y dice:

—Esto será la cena, pero yo ya sé lo que quiero de postre.

Río y sacudo la cabeza.

—Xander...

—Siéntate y come ahora que aún está caliente. ¿Quieres un poco más de vino con la comida? —me pregunta al separarse.

Niego con la cabeza. Me rellena el vaso de agua y me lo pasa. Cuando estamos todos sentados, Xander apoya los codos en la mesa

y le pregunta a Dalton:

—¿Qué tal ha ido hoy el cole, campeón?

Me vuelve a estallar el corazón. Dalton se pone a contar todo lo que les han enseñado hoy en clase de Ciencia y, luego, Penny nos deleita con su vasto conocimiento del abecedario entero. Xander y yo estamos sentados esquina con esquina. Me mira, me guiña un ojo y apoya la mano en mi muslo desnudo, cortesía del corte del vestido.

El calor que emana de la palma de su mano me abrasa la piel y Xander me aprieta el muslo justo encima de la rodilla. Me encanta que me preste atención, que sea tan abiertamente cariñoso; no puedo negarlo. Es como un bálsamo para mi alma, para mi corazón.

Estoy loca perdida por este hombre, lo cual resulta un poco ridículo porque no ha vuelto a decirme que me quiere desde esa primera vez. Sin embargo, sus acciones hablan por sí solas. Y se lo veo en los ojos cuando me mira.

Quiero esto. Lo quiero tantísimo que me duele. Con él es fácil de narices. Y es tan bueno con mis hijos que es hasta injusto.

La cena es siempre un poco caótica y a Penny se le acaba cayendo la leche en la mesa. Antes de que me dé tiempo a levantarme y pillar un trapo, Xander se pone de pie, me da un beso en el pelo y dice:

—Yo me ocupo. Tú no te muevas.

Cuando ya hemos terminado de cenar, Xander manda a mis dos hijos mayores al baño para que se laven las manos y la cara y se pongan los pijamas. Justo en ese instante, Bea, que sigue en el parque, empieza a quejarse. Xander lleva mi plato vacío al fregadero mientras yo cojo a la bebé. Miro a Xander casi cohibida (me parece alucinante que, ahora, después de todo, continúe sonrojándome con este hombre), me bajo una de las tiras del vestido por el brazo y coloco a mi hija para darle el pecho.

Con Bea acurrucada en uno de mis brazos, camino por el salón y voy recogiendo los platos para llevarlos al fregadero. Xander los enjuaga antes de meterlos en el lavaplatos y luego se seca las manos. Se da la vuelta, apoya las caderas en la encimera y cruza las piernas a la altura de los tobillos. También se cruza de brazos y se

lleva una mano a la barbilla mientras mira embelesado cómo muevo a Bea de un pecho al otro con suma facilidad (es por la práctica) y me vuelvo a subir la otra tira con una sola mano.

—Me fascinas, ¿lo sabías? —dice mirándome a los ojos.

La maravilla, fascinación y absoluta adoración que le veo en el rostro al mirarme me deja sin aliento.

Vuelvo a sonrojarme. Bajo la vista y acaricio la suave mejilla de Bea para evitar la intensidad de la mirada de Xander.

—Gracias por lo de esta noche, Xander —digo en voz baja y con total sinceridad. Como no tengo el valor de mirarlo a los ojos, mantengo la vista clavada en la carita de Bea—. Ha sido... Me ha gustado mucho que estuvieras aquí con nosotros, así.

—Me gustaría pasar todas las noches así con vosotros, Teddy. Cuando esté en casa. Quiero estar contigo y con los niños —añade en voz baja. Noto que sigue mirándome—. Si tú quieres.

Asiento despacio y levanto la vista hacia él. Se me dibuja una sonrisa titubeante y me tiemblan sutilmente los labios.

—Sí, creo que sí.

—Bien —suspira.

Esboza una media sonrisa adorable. Esa que tanto adoro.

Mierda. ¿Quiero a Xander? ¿Puede ser que me haya enamorado tan rápidamente de él?

Más tarde, cuando ya hemos metido a los tres niños en la cama los dos juntos, Xander me abraza bajo la oscuridad de la cocina y baila conmigo despacio, al son del silencio que se respira en casa. Y reconozco que sí, es muy probable que ya me haya enamorado de Xander.

40

Teddy

—¿Qué tal el nuevo trabajo?

Soplo un poco para apartarme un mechón de pelo de la cara mientras acabo de dibujar las letras de glaseado en el pastel rectangular que tengo delante. A ver, profesional no soy; eso seguro.

Suspiro y pongo mala cara al ver la «D» de «Dalton» que ya he rascado y repetido tres veces.

—Bien. Ha sido toda una adaptación —respondo encogiéndome de hombros y girando la cara hacia Violette y Scottie—. De momento, solo hago dos turnos por semana. Colleen se queda con nosotros esos días para vigilar a los niños por mí. No sé si podría hacer esas horas sin su ayuda. Con Logan nos pedíamos turnos opuestos y era mucho más fácil.

—Me imagino —dice Scottie por encima del hombro.

Está cortando pepinos y pimientos para la bandeja de verduras y Vi está preparando la salsa. Los chicos están entreteniendo a los niños otra vez en el jardín delantero, junto con Colleen y Kent, que han venido a celebrar el cumpleaños de Dalton.

Scottie se gira, blande el cuchillo con un poco de brío (sacándome una risa nerviosa) y dice:

—Pero deberías saber que le caes genial a todo el mundo. No te haces a la idea de cuántas veces me han dicho los otros técnicos que les encanta trabajar cuando estás tú de teleoperadora. Tienes clarísimo lo que haces, reina.

—Gracias —musito sin dejar de reír y con los ojos puestos en el cuchillo que está moviendo Scottie—. Pero vamos a intentar no

llamar a emergencias por haberle cortado un dedo a alguien esta tarde, ¿vale?

Ríe y se gira para seguir cortando las verduras.

—Nunca dejas que me divierta...

Xander entra por la puerta delantera, se detiene a mi lado y me da un beso en la sien.

—El cumpleañero quiere saber cuándo podrá abrir los regalos. Le he dicho que ya venía yo a preguntárselo a la jefa.

Pongo los ojos en blanco y le sonrío.

—El cumpleañero sabe que los regalos no se abren hasta que hayamos acabado de comer. Está intentando estafarlo, señor.

Xander sacude la cabeza y su risa profunda le reverbera en el pecho.

—Ahora entiendo por qué me lo ha preguntado a mí y no a Cal. Seguro que él conoce las reglas.

Tanto las dos mujeres que tengo detrás como yo nos echamos a reír a la vez. Asiento y sonrío a Xander. Me besa en los labios y yo suspiro feliz.

—Efectivamente. Ya casi hemos acabado de preparar la comida. ¿Cómo está Bea?

—Empieza a tener hambre.

Bajo la voz y exhalo:

—¿Y tú, cómo estás?

Le centellea la mirada mientras me estudia la cara y me pasea los ojos por el cuerpo. Noto una repentina calidez en la entrepierna. Por el amor de Dios, ¿acaso voy a querer siempre más, con este hombre?

—También empiezo a tener hambre —dice de forma prácticamente inaudible y mirándome fijamente a los ojos.

—Diooosss —se queja Scottie, girando la cara por encima del hombro y guiñándonos un ojo—. Iros a una habitación, par de salidos.

Xander le sonríe, me coge por la cintura y me levanta. Chillo, la bolsa de glaseado me resbala de las manos y cae en la encimera. Y, entonces, Xander me envuelve con sus brazos gruesos y musculados. Me obliga a envolverle la cintura con las piernas y yo

abro la boca para protestar. Sin embargo, él me sonríe vorazmente y me río.

—Maravillosa idea, Scottie —dice.

—¡Xander! —grito riendo mientras él se me lleva por el pasillo.

Le reverbera el pecho al reír mientras me deja de pie delante de la puerta. Sin embargo, cuando me agarra la cara con ambas manos y me besa con pasión, esa risa muere en el acto. Me empotra el cuerpo contra el marco de la puerta, se inclina para besarme mejor y yo empiezo a empapar las bragas que da gusto.

Cuando Xander no está por ahí enfrentándose a algún incendio, se queda con nosotros, tal como dijo que quería hacer. Se ha acoplado a nuestra rutina habitual y navega los altibajos que supone tener hijos con tanta facilidad que resulta incluso un poco aterrador. Ayuda a Dalton a hacer los deberes, arropa a Penny a la hora de dormir, se pasa las tardes con nosotros y come en nuestra casa...

Y también se pasa casi toda la noche en mi cama.

Haciendo cosas deliciosas e impíamente maravillosas. Con la lengua. Con los dedos. Con la polla.

—Eres un animal —susurro con la boca pegada a la suya cuando deja de besarme.

—No podía esperar ni un segundo más para besar a mi chica —responde.

Me apoya los pulgares debajo de la mandíbula para obligarme a levantar más la cara y así alargar el cuello para que pueda plantar la boca allí. Mordisqueándomelo, besándomelo, lamiéndomelo.

El hombre no puede quitarme las manos de encima.

Y eso hace que me sienta guapa, deseada. Sexi. Y querida de una forma que creo que no me había sentido jamás. Ni siquiera con Logan. Decidí volver a ir a terapia de duelo, y hablar de todo con la psicóloga ha sido tan catártico como emocionalmente agotador.

Lo que sea que tenga con Xander... es intenso y abrasador. Sin embargo, hablarlo en terapia logra que resulte menos aterrador. Todavía no he sido capaz de verbalizarlo, pero ya he aceptado que puede que esté enamorada de él. Lo cual me ha ayudado a disfrutar de los momentos que pasamos juntos sin que se me coma la culpa.

Sigo pasando el duelo, pero la sensación ya no es tan debilitante como antes.

Y que este hombre sea tan salvaje conmigo también ayuda, por supuesto. Además, por lo visto, parece que yo también quiero siempre más con él. Como ahora, por ejemplo.

Lo empujo por el pecho, jadeando, y le digo:

—Vuelve afuera a controlar a los niños. Tengo que terminar el pastel.

—Sí, jefa —contesta con la voz áspera y guiñándome un ojo antes de dejarme pegada contra el marco de la puerta.

Cuando regreso a la cocina, Vi finge abanicarse y desmayarse con dramatismo. Me sonrojo. Estas mujeres me atormentarán hasta el fin de mis días, jolín...

—¡Vaaamooos! Dale, mamasita —ríe Scottie, apilándolo todo en una bandeja bien colorida, con todas las verduras—. Intuyo que la cosa va viento en popa, ¿no?

—Tú dirás... —río y vuelvo a centrarme en el pastel. Dibujo la «D» una última vez y me rindo. Que quede como quede. Puede que no sea el pastel mejor decorado del mundo, pero me contento con que esté rico, gracias—. Vivo esperando a que se tuerza algo, como si esto no pudiese ser real. ¿Puedo volver a ser así de feliz? ¿A..., a enamorarme? —susurro por lo bajo y me muerdo el labio antes de continuar—. Me aterra pensar que la vida vaya a arrebatarme todo esto en cualquier momento.

—Creo que esto nos pasa a todas en un momento u otro —contesta Vi. Deja la salsa en el centro de las verduras y se frota las manos—. Pero este hombre está loco por ti, está más claro que el agua. Yo diría que, llegados a este punto, solo un huracán de categoría cinco podría apartarlo de tu lado.

—O un incendio forestal —añado seca y no del todo en broma.

Cierro los ojos con fuerza y me reprendo por ello. «No vengas con estas ahora. No la líes. Hoy es el día de Dalton».

Antes de que ninguna de las dos pueda decir nada, cojo varias bandejas y salgo por la puerta delantera. Los chicos han tendido unas cuantas sábanas grandes en el suelo, rollo pícnic, y me obligo a sonreír mientras voy hacia allí. Vi y Scottie me siguen por detrás con

más comida. Hago todo lo que puedo por evitar sus miradas curiosas.

Comemos, reímos y jugamos, y luego le cantamos el cumpleaños feliz a Dalton (bastante alto y desafinado) antes de dejar que abra los regalos. Cal está tumbado de lado, recostándose en el codo y con la cabeza levantada, y Scottie está estirada frente a él. Mi hermano le acaricia el lateral a Scottie con la otra mano de forma casi distraída; es como si no tocarla le doliese físicamente. Rowan está sentado con las rodillas levantadas y Vi sentada entre las piernas, con la espalda apoyada en el pecho de su novio. Hollie y Penny están tumbadas bocabajo en una sábana al lado de la nuestra y, cuando desvío la vista, las veo jugando con un saltamontes que han atrapado. Sonrío y pongo los ojos en blanco.

Kent y Colleen se han marchado en cuanto Dalton ha acabado de abrir los regalos, pero mi suegra volverá en unos días para cuidar de los niños mientras trabajo.

Me levanto y le paso mi hija menor a Vi, que la acurruca mientras yo recojo los envoltorios de los regalos y algunas cosas más de la cena. Cal se levanta, coge unos cuantos regalos de Dalton y me sigue dentro.

—Oye... La cosa esta con Xander...

A veces, mi hermano es pesado de narices. Suelto el aire de golpe, me giro y apoyo las caderas en la encimera de la cocina. Lo encuentro mirándome fijamente con expresión precavida; parece casi preocupado.

—¿Estás enfadado? —se lo pregunto titubeante y en voz tan baja que me cuestiono si me habrá oído.

—No —responde despacio y negando con la cabeza—. No estoy enfadado. Pero es que... No quiero que vuelvas a pasarlo mal. Me preocupo mucho por ti, Ted. Más de lo que te imaginas. Eres mi hermana pequeña.

Le sonrío con ternura.

—Ya lo sé. Por eso eres el mejor hermano mayor del mundo.

Pone los ojos en blanco y sacude la cabeza.

—No te pongas ñoña.

—Has empezado tú —bromeo y paso el peso de un pie al otro. Me abrazo por el estómago y le pregunto cohibida—: ¿Tú sabías cómo se sentía él? Antes, digo.

Ladea la cabeza repetidamente hacia un lado y hacia el otro y esboza algo que queda a medio camino entre una mueca y una sonrisa de medio lado.

—Sí y no. No sabía exactamente cómo se sentía, pero me había dado cuenta de algunas cosas. De cómo te miraba, por ejemplo. No acabé de atar cabos hasta hace poco. Está bastante pillado de ti, Ted.

Me arde la cara y clavo la vista en el suelo.

—Creo que me gusta mucho, Cal...

—Lo sé —responde con ternura—. Eso es lo que me asusta.

Asiento sin levantar los ojos del suelo y contesto:

—A mí también me asusta.

Mi hermano acorta el espacio que nos separa y apoya las caderas en la encimera, a mi lado, antes de envolverme los hombros con un brazo y acercarme a él. Lo abrazo por la cintura y apoyo la cabeza en el lateral de su torso durante un minuto bien largo. Me da un apretón en el hombro y dice:

—Puede que sea mi jefe, pero, como te haga daño, pienso darle una paliza. Al traste con las consecuencias.

Suelto una risotada, lo miro y sacudo la cabeza.

—Gracias.

—Venga, volvamos fuera —musita guiñándome un ojo—. Ya ha habido suficientes cursiladas por una noche.

Cuando regresamos con los demás, Xander está arrodillado en medio del jardín con Dalton, ayudándole a montar una máquina lanzadora de balones de fútbol americano que le han regalado sus abuelos. El aparato se mueve horizontal y verticalmente antes de lanzar el balón al aire. Dalton echa a correr hacia la mitad del jardín y acelera cuando la máquina dispara; casi pilla el balón. Sin embargo, falla y cae rodando por el jardín, riendo.

—¡Cómo mola! —grita Dalton, pasándole el balón a Xander, que vuelve a colocarlo en la máquina.

Ahora, cuando el balón sale disparado, Dalton ya está preparado, corre y lo pilla con un garbo espectacular.

Vuelve corriendo hacia Xander, que lo despeina y le tiende el puño. Mi hijo se lo choca y le sonríe.

—Bien hecho, campeón. ¡Menudos reflejos! —lo alaba Xander.

—¡Gracias! ¿Podemos hacerlo otra vez?

Xander me mira y me guiña un ojo.

—Nos quedaremos hasta que tu madre diga, campeón.

Pfff. Mi corazón... Me miro la mano izquierda, donde sigo llevando la alianza. He ido posponiendo eso de quitármela porque, en muchos aspectos, me ayuda a evitar tener que admitir lo que ya sé desde hace un tiempo. Al menos, eso me dijo la psicóloga en la sesión de esta semana. Y tiene muchísimo sentido.

Muevo un poco el anillo y suspiro. Ha llegado el momento de ser valiente y quitármelo. Guardarlo y pasar página tras este maravilloso capítulo de mi vida... Para comenzar uno nuevo.

Con Xander.

41

Xander

Soy demasiado viejo para estas mierdas.

Estamos a un pueblo de distancia de Sky Ridge, ayudando a la brigada de bomberos a controlar un incendio. Se ha prendido fuego a un granero, las chispas han saltado y ahora quema la zona forestal que lo rodea. Hemos llegado enseguida y los daños son mínimos, pero, leches, yo no quería acabar la noche así.

No. Quería acabarla metiéndosela hasta el fondo a mi preciosa chica, envuelto entre las sábanas con ella, en su cama, como llevamos haciendo desde hace varias semanas.

Estoy perdidísimo. Absoluta e irremediablemente enamorado de Teddy y de sus hijos. Por primera vez en mi vida, he detestado tener que venir a controlar un incendio. A pesar de que sabía que era algo sencillo y que estaría de vuelta en casa en unas horas, suponiendo que consigamos evitar que se extienda. Cosa que mi brigada está haciendo de puta madre.

Estoy subido a un *quad* y los discretos faros del vehículo iluminan el camino por la zona boscosa por la que me estoy adentrando a explorar. Los chicos están trabajando rápido y con brío para frenarle los pies a este puto incendio e irnos todos a casa.

Avanzo cuidadosamente por encima de troncos muertos y rocas y subo por un empinado terraplén. Consigo encontrar un punto desde donde observar el incendio. Exhalo aliviado al ver que mi equipo lo tiene controlado. Solo sigue brillando una pequeña sección al rojo vivo bajo la noche oscura.

Así que vuelvo abajo. Para ayudar.

Encuentro una estrecha franja que desciende por un largo alambrado. El terreno es mayoritariamente llano y casi no hay obstáculos, así que piso el acelerador. Los faros del *quad* centellean en la oscuridad, rebotando un poco e iluminando el humo que lo envuelve todo.

A medida que me acerco, oigo a la brigada al otro lado de la arboleda. Y, entonces, la rueda delantera derecha del *quad* se levanta y yo salgo volando por los aires. Tengo una milésima de segundo para asimilar lo que está pasando, porque enseguida me estampo contra el alambrado que iba siguiendo a toda velocidad.

Y al caer, cuando me clavo el alambre de púas, sé que la cosa no pintará bien.

42

Teddy

—Emergencias. ¿Dónde enviamos ayuda?

Tras un largo día, ya estoy lista para irme a casa. Falta media hora para que termine mi turno y me muero de ganas de regresar con Xander y los niños.

—Eeeh... Sí, tenemos a un hombre que se ha quedado atrapado en un alambre de púas. Se lo hemos podido arrancar, pero está en bastante mal estado.

—¿Dónde enviamos ayuda? —insisto con un tono neutro mientras tecleo.

—Estamos en un incendio estructural en Clemmons.

Sigo tecleando. Quien ha respondido a la llamada cuando han dado el aviso sobre el incendio del granero he sido yo y he enviado a la brigada de bomberos local para allá.

—¿La víctima sigue consciente?

—Sí. Pobre desgraciado... —dice el chico.

Aprieto los labios y envío los códigos pertinentes. Los técnicos en emergencias sanitarias me responden de inmediato para informarme de que ya salen.

—Los técnicos están de camino. ¿Sangra mucho?

—Sin luz cuesta de ver... Oye, Opp, ¿sangra mucho el sup?

Se me congelan los dedos sobre el teclado que tengo delante y me enderezo de golpe, como si tuviese una cuerda atada a la cabeza y acabasen de tirar de mí.

—Señor, ¿quién es la víctima?

—El sup. El superintendente Xander Macomb, de la brigada de bomberos forestales de Sky Ridge —responde el hombre

distraídamente. Noto que la sangre me baja enseguida de la cabeza y empiezo a marearme—. Los hemos llamado para que viniesen a ayudarnos porque el incendio se ha extendido hacia el bosque.

Casi no oigo lo que dice. Intento seguir tecleando, pero mi cerebro ha dejado de procesar la información. Y, entonces, me vibra el móvil que tengo al lado y veo que aparece el nombre de Cal en la pantalla.

—Señor, espere un segundo —consigo susurrar. Luego, me dirijo a Laurel, que acaba de entrar—: Laurel, necesito que sigas tú.

—¡Teddy, cualquiera diría que acabas de ver un fantasma! ¿Estás bien? ¿Son tus hijos? —pregunta viniendo directa hacia mí. Me quita los auriculares de la cabeza para ponérselos y echa mi silla a un lado —. Ve. Haz. Yo me encargo.

Cojo el móvil del escritorio y me levanto trastabillando mientras le cojo la llamada a mi hermano.

—¿Cal?

—Está bien —me informa, aunque no consigue tranquilizarme lo más mínimo. El pánico empieza a adueñarse de mí y me da la impresión de que las extremidades me pesan un millón de kilos y de que las tengo llenas de helio a la vez. Salgo fuera y voy corriendo hacia mi coche—. Está irascible de cojones y el tío está menos guapo que esta mañana...

—Callahan Woods, ni se te ocurra hacer bromas con esto ahora mismo —le espeto con la garganta cerrada y lágrimas en los ojos—. ¿Está muy mal?

Suspira y me lo imagino frotándose la nuca. Se oye mucho ruido de fondo.

—De maravilla no está. Ha caído de lado y se ha pillado el brazo derecho de forma un poco fea. Tiene un par de buenos cortes en la cara. La ambulancia acaba de llegar, pero está de un humor de mil demonios y se niega a subir.

—Dile a ese hombre que se suba a la puñetera ambulancia y que nos vemos en el hospital —siseo con un hilo de voz.

Cal se ríe.

—¡Eh, tu chica dice que te metas en la maldita ambulancia! —grita mi hermano.

—¿Teddy? —oigo que dice Xander por encima del estruendo de voces—. ¡Estoy bien, cielo!

Contengo las ganas de sollozar mientras pongo rumbo al Hospital Bakersfield.

—Dile que me lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos.

—Dice que eres un mentiroso de mierda —pasa el mensaje mi hermano.

Oigo que Xander se ríe, pero también protesta, dolorido.

—Cal... —digo con un nudo en la garganta.

—Lo sé —susurra y dejo que las lágrimas me broten de los ojos—. Ya lo sé, Ted.

—Dile que estoy de camino y que más le vale aparecer.

—Hecho —responde con ternura antes de que colguemos.

Espero en el aparcamiento de Urgencias del hospital hecha un manojo de nervios. Cuando veo las luces de la ambulancia al acercarse, salto del coche y echo a correr hacia allí antes de que hayan parado el vehículo siquiera. Las puertas se abren y veo a Scottie y a Matthew antes de clavar la vista en Xander, que está dentro, tumbado en una camilla.

Le han cortado el buzo para quitárselo y lleva el torso y los brazos descubiertos. Aun así, tiene vendas blancas por todo el abdomen, y lleva el antebrazo y la mano derechos completamente tapados. La sangre empapa la venda en un punto en concreto, tiñéndola de un intenso color rojo. También tiene unas cuantas tiras de sutura cutánea en la cara para cerrarle varios cortes.

—Ay, por Dios —gimo y me llevo los dedos a los labios—. Xander...

—Hola, preciosa —me dice sonriéndome mientras lo bajan por la parte trasera de la ambulancia.

Su rostro irradia dolor y tiene los labios apretados. Me preocupo porque nunca lo había visto tan pálido. Empiezan a empujar la camilla para entrarlo y yo los sigo sin soltarle la mano izquierda, que no lleva vendada. Se la aprieto tanto que temo que vaya a hacerle daño, pero entonces él me devuelve el apretón. Sonríe cohibido y se acerca mis dedos a los labios mientras continuamos avanzando.

—No tenía previsto que nuestra noche terminara así —dice.

No puedo evitar soltar una risa y lo miro.

—Eres de lo que no hay.

—No necesitaba tanta cosa, en serio —dice con ligereza—. Podría haberme envuelto la herida y seguir trabajando.

Scottie ríe por lo bajo y pone los ojos en blanco.

—Teniendo en cuenta el pedazo de piel que te cuelga del brazo, no sé yo, eh...

—No pasa nada —farfulla Xander, a pesar de que vuelve a apretar los labios cuando lo cambian de la camilla a una cama de hospital recién preparada en el box de urgencias—. No hay para tanto. Con un poco de *superglue* ya podré volver al ruedo.

—A mí no me hace gracia —susurro.

Le recorro todo el cuerpo con los ojos mientras me acerco su mano sucia, llena de hollín, a los labios. La piel le huele a tierra, humo y gasoil: una combinación de aromas que, seguramente, siempre relacionaré con Xander.

—Ha sido un error de principiante, nada más —masculla a pesar de que me mira a los ojos con ternura. Sé que está intentando quitarle hierro al asunto para reconfortarme—. No es nada, cielo. Te lo prometo. Estoy bien.

—Bueno, hazme el favor, anda... —susurro con el dorso de sus dedos pegado a los labios y con la nariz llena de lágrimas.

Hago de tripas corazón por no llorar. No hace falta que Xander vea cómo me derrumbo por algo que seguramente no sea tan tan grave.

—Vale, mama —musita.

Me suelta la mano y me coloca la palma alrededor de la mandíbula para acariciarme la mejilla con el pulgar. Cierro los ojos un segundo y cojo una profunda bocanada de aire para serenarme.

Me obligan a salir del box, pero me prometen que podré volver a verlo enseguida. Scottie me acompaña a la sala de espera.

—Seguramente le pondrán puntos, le inyectarán antibiótico y le darán el alta —me cuenta—. Sé que parecía que hubiese perdido muchísima sangre, pero el uniforme le ha ayudado a prevenir que fuera a peor.

Me abraza con fuerza y, luego, tanto ella como Matthew se marchan y vuelven a salir fuera. Sentada en una silla incómoda de vinilo de color verde azulado sin dejar de mover nerviosamente la

pierna, llamo a Colleen para contarle lo ocurrido y le digo que volveré pronto a casa. Responde que ya se encargará ella de arropar a los niños cuando tengan que irse a la cama y que esperará a que llegue yo.

Con la cabeza apoyada en una mano y los ojos cerrados, oigo que se abren las puertas automáticas.

—Hey, preciosa. ¿Nos vamos?

Abro los ojos de inmediato, salto de la silla y voy corriendo hacia él. Le han prestado una de las batas del hospital para cubrirse. Va con el brazo derecho completamente vendado, de los dedos hasta el bíceps y, bajo la bata, veo que también le han puesto un grueso vendaje alrededor del torso y del pecho. Lleva el brazo izquierdo colgando por el lateral y, en la mano, un montón de papeles doblados.

—¿Qué indicaciones te han dado? —le pregunto al detenerme frente a él.

Me da miedo tocarlo porque temo hacerle daño y ponerme aún más nerviosa. Xander me envuelve los hombros con el brazo izquierdo, me acerca a él y me besa la sien. Las lágrimas regresan a mí y me escuece la nariz. Dios, cuánto odio todo esto...

—Tengo que dejarme los vendajes un par de días antes de quitarme nada e ir cambiándolos cada equis días hasta dentro de dos semanas. Me quitarán los puntos en quince días. Supongo que tendré que darme un baño de esponja en casa —dice con la voz rasposa al pasar por el lado de una mujer mayor que hay sentada en una silla cerca de la puerta y que lo fulmina con la mirada.

Salimos al aparcamiento, a oscuras. Xander continúa con un brazo en mis hombros y yo me acurruco a su lado.

—Me has pegado un susto de muerte —susurro bajo la luz de la luna mientras caminamos hacia mi coche.

Él vuelve a darme un beso en el pelo.

—Lo sé, cielo —murmura en voz baja y con un tono un poco entristecido—. Lo siento. Me encantaría prometerte que no volverá a pasar, pero tanto tú como yo sabemos que seguramente no sea cierto, y no quiero mentirte, Teddy.

43

Teddy

—¿Todo bien? —pregunta Colleen cuando entro por la puerta.

Dejo el bolso en la encimera y suspiro mientras asiento. Estoy reventada. Las últimas horas han sido emocionalmente agotadoras y estoy echando mano de todas mis fuerzas para intentar no entrar en bucle.

—Xander ha tenido un accidente en un incendio —digo en voz baja.

No sé muy bien cómo ordenar mis pensamientos para aunar algo parecido a la calma.

—Ven, siéntate —sugiere Colleen, sacando uno de los altos taburetes que hay bajo la encimera de la cocina.

Obedezco agradecida y me siento. Ella atraviesa el espacio, coge un cazo pequeño de uno de los armarios y lo llena de agua. Lo coloca encima del fogón para que se caliente y luego coge una taza de otro armario y una bolsa de infusión. Guardamos silencio mientras mi suegra lo prepara todo y, al cabo de unos minutos, me sirve una taza humeante.

—Manzanilla.

He ahí todo lo que dice antes de sentarse a mi lado.

—Gracias —contesto con un hilo de voz, y envuelvo la taza con los dedos para entrar en calor.

No me había dado ni cuenta del frío que me había entrado en la sala de espera de urgencias. El miedo y la preocupación por Xander me invaden de nuevo, seguidos de un aplastante sentimiento de culpa que provoca que se me entrecorte la respiración. Me escuece la nariz y pestañeo rápidamente para deshacerme de las lágrimas.

—Siempre supe que tú y Logan acabaríais juntos —confiesa Colleen envuelta por el silencio de la cocina—. Lo tuvimos clarísimo cuando te trajo a casa por primera vez. Vimos que nadie más encajaría tan bien con él como encajabas tú. Os mantuvisteis constantes en cada etapa de la vida. Que no quiero decir que fuese todo siempre coser y cantar. —Sonríe bromeando un poco. Yo sonrío con la vista puesta en la manzanilla y los ojos llenos de lágrimas—. Pero siempre encontrabais la forma de que todo encajara. Hiciste a mi hijo el hombre más feliz del mundo, Teddy. Le diste una vida maravillosa y tres hijos increíbles. Te quería con todo su corazón. Y, cuando tú lo mirabas, te brillaban los ojos e irradiabas calidez. Lo quisiste con todo tu ser, cielo.

Siento un nudo de aflicción en la garganta. Sí que quería a Logan. Mucho. Muchísimo. Y una parte de mí lo sigue queriendo. Fue mi único amor durante gran parte de mi vida. La persona a quien más he querido. Pero ahora, con Xander...

Mi suegra estira el brazo, me envuelve una mano con las suyas y me da un delicado apretón. Levanto los ojos hacia ella con la vista nublada.

—Irradias calidez, Teddy. Y veo cómo te vuelven a brillar los ojos cuando miras a Xander. No me gustó nada ver cómo perdías ese brillo después de que muriese Logan —susurra con sinceridad y con lágrimas danzándole en sus ojos marrones—. Lo quieres.

Abro la boca para decir algo, pero no me salen las palabras. No sé si estoy preparada para reconocerlo, pero tampoco me veo capaz de negarlo.

—No quiero que te enfades conmigo —consigo susurrar finalmente. La voz se me rompe a cada palabra que pronuncio—. Porque Logan era tu hijo.

—Teddy —musita Colleen, abrazándome con fuerza—. Eres tan hija mía como lo fue él. Una parte de ti siempre lo querrá y siempre añorarás el amor y la vida que te arrebataron... Igual que yo siempre añoraré a mi hijo. Puede que me entrometa más de lo que debería y que insista más de lo que tal vez sea habitual, pero te quiero y quiero volver a verte feliz. Aprovecha esta oportunidad. Por más miedo que dé, aprovéchala. ¿Cómo voy a decirte que te quiero

y enfadarme porque estás volviendo a encontrar la felicidad? El amor no es eso —me recuerda con un tierno hilo de voz, los ojos centelleantes y agarrándome las mejillas. Ahora ya estoy llorando con todas las de la ley—. Te quiero mucho y quiero que vuelvas a ser tú, mi niña.

¿Quién tiene la suerte de tener a una suegra así? No hay juicio alguno en su mirada, su tono o sus palabras. Lo que sí hay es amor. Simple, puro e incondicional.

—Soy muy afortunada de tenerte —contesto en voz baja y sonriendo antes de volver a abrazarla con fuerza—. Eres la mejor segunda madre que habría podido tener.

—La madre de Kent no es que fuera majísima conmigo —confiesa riendo y sacudiendo la mano—. Me prometí que, si un día tenía la suerte de tener una nuera, nunca sería como ella. Y tú eres fantástica, que también ayuda.

Suelto una carcajada y me separo para secarme las lágrimas.

—Te quiero.

—Normal —bromea ella. Le sonrío agradecida y Colleen añade—: Te quiero, Teddy. Y no pasa nada por que vuelvas a ser feliz. Te lo prometo.

44

Xander

Le he dicho a Teddy que vaya a casa a arropar a los niños mientras yo entro en la mía. Voy hecho un asco y estoy manchado de sangre. Tengo que lavarme.

Me quito la bata que me han prestado en el hospital, las botas y los pantalones de Nomex, manchados de sangre. Me limpio el cuerpo lo mejor que puedo sin mojarme los vendajes del costado y del brazo derecho. Me valgo del teléfono de la ducha para lavarme el resto del cuerpo y, luego, me encojo tanto como puedo en la bañera para lavarme el pelo y quitarme la suciedad y el hollín del cuello y de la cara. Me seco con una toalla, me la cuelgo en el hombro y voy hacia la habitación, donde encuentro unos pantalones de chándal que puedo ponerme fácilmente y una camiseta. Por más que me hayan dado medicamento en el hospital, el dolor abrasador de los cortes persiste.

Voy descalzo hacia la cocina y miro por la ventana. Veo que Colleen arranca para irse a pasar la noche a su casa. Esta semana, Teddy ya ha hecho sus dos turnos, así que Colleen no regresará hasta la próxima.

Cojo una cerveza de la nevera, la abro, me la llevo a los labios y me trago la mitad de golpe. Me estremezco y la dejo. Se me había olvidado que estoy con medicamento. Mierda.

Me dejo caer en una de las sillas de la mesa del salón y cojo un sobre que todavía no había abierto, pero que llevo semanas mirando. Lo arrastro por toda la casa. Me siento y me lo quedo mirando una vez más. Ahora lo cojo, lo dejo en la mesa que tengo delante y doy un delicado golpe con un dedo en una de las esquinas.

Pero soy incapaz de abrirlo. De leerlo. No quiero saber cuáles fueron las últimas palabras que me dedicó mi padre. Casi lo tiré sin abrirlo, pero entonces empecé a soltar una retahíla de tacos y volví a cogerlo, lo dejé en la encimera con un manotazo y me fui cabreado. Y lo dejé para otro día.

No paro de decirme que lo leeré cuando vuelva del próximo incendio.

Pero entonces vuelvo del incendio en cuestión y me encuentro de nuevo en el punto de partida. Me quedo mirando el sobre fijamente solo para dejarlo apartado y decirme que «cuando vuelva del próximo incendio, lo abriré».

Oigo un golpe delicado y tímido en la puerta de cristal de la terraza. Me giro y sonrío antes de levantarme. Es Teddy, esperando que la deje entrar. Mi preciosa chica.

Cuando pasa, veo que lleva el vigilabebés en una mano. La abrazo y ella me envuelve la cintura con los brazos, con cuidado. Nos quedamos así un minuto bien largo, inhalando el aroma del otro y disfrutando de la cercanía. Noto cómo le late el corazón pegado a mi pecho y me besa delicadamente los pectorales, paseándome los labios por puntos en los que sé que ella también puede notar cómo me late el corazón a mí.

—¿Y esto? —me pregunta, señalando el sobre que hay en la mesa.

Suspiro, la abrazo con más fuerza por los hombros y le apoyo la barbilla en la cabeza.

—Una carta de mi padre.

—¿De tu padre? —pregunta con un hilo de voz, sorprendida.

Asiento.

—Mi hermano está en plena mudanza y la encontró entre sus cosas. Me la envió, pero no he sido capaz de abrirla.

—Cuando Logan murió, tenía un mensaje de voz suyo que me negué a escuchar —susurra abriendo bien las manos al acariciarme la espalda. Ríe un poco por lo bajo, con ligereza, y prosigue—: Cuando por fin auné la valentía para escucharlo, me enfadé un montón.

—¿Qué decía? —me intereso y me froto la mejilla que no tengo herida con su pelo.

Teddy sacude la cabeza y se le vuelve a escapar otra risa baja.

—Que me quería y que nos veríamos cuando acabase el turno, nada más. —La abrazo con fuerza—. Me enfadé muchísimo con él por haberse marchado. Por no haber vuelto a casa al terminar el turno. Por haberme dejado con dos niños y un tercero de camino. Borré el mensaje y luego lloré porque quería recuperarlo.

Río un poco y la mezo con delicadeza.

—No me estás convenciendo demasiado para que lea la carta, cielo.

Se encoge de hombros.

—Nunca lo sabrás hasta que la leas —dice, y levanta la barbilla para mirarme—. ¿Vienes a la cama?

Le acaricio el pelo con los dedos de la mano izquierda y le doy un beso casto.

—Hoy seguramente no, mama. Me voy a pasar la noche moviéndome y cambiando de posición, y no quiero despertarte.

—No me importa —susurra con los labios pegados a los míos. Sonrío—. Por favor, no me obligues a dormir hoy sin ti. Necesito saber que estás bien, que estás aquí.

Detesto verla preocupada por mí, pero sé que no servirá de nada que le diga que no hace falta que se preocupe.

—Vale.

—Pero sin jueguecitos —me advierte y me fulmina con la mirada.

Está adorable.

Río y alargo el brazo por detrás de ella para apagar la luz.

—Si crees que un par de cortes harán que no te folle esta noche, estás equivocadísima, preciosa.

—Xander...

—Dime, mama —susurro y la vuelvo a abrazar.

Acerco la boca a la suya y la beso apasionadamente. Teddy suspira y abre los ojos para mirarme.

—No es justo...

—¿El qué?

—Que me distraigas con un beso.

—¿Eso hacía? —pregunto mordisqueándole el labio inferior.

Gime y yo sonrío.

«Eso pensaba...».

Me tira de la mano izquierda para salir por la puerta de la terraza y entrar en su casa. A decir verdad, ahora mismo, su dúplex es más mi casa que la mía propia. Hace semanas que no duermo en mi cama y, sinceramente, tampoco quiero. Quiero estar donde esté ella.

Tiene una lámpara encendida en la esquina del cuarto que ilumina sutilmente el espacio. Deja el vigilabebés en la mesita de noche y se gira hacia mí, buscándome con las manos.

—Se me ocurre otra idea que requerirá un poquito... menos de esfuerzo... por tu parte —susurra poniéndose de puntillas para besarme en los labios.

Juguetea con el dobladillo de mi camiseta y me roza el abdomen con el dorso de los dedos. Me levanta la prenda despacio, paseándome las manos por toda la zona abdominal, las costillas y el pecho hasta que me la quito por la cabeza y dejo que caiga al suelo. Cuando vuelve a bajarme las manos por el abdomen y me las hunde por debajo de la cintura de los pantalones de chándal, inhalo con fuerza. Ya se me había medio empalmado (me pasa con solo besarla), pero, ahora, con sus roces tentativos y provocadores, toda la sangre me baja de la cabeza de golpe.

Le subo la mano izquierda por el lateral del cuello y se lo envuelvo por delante con el pulgar. El discreto gemido suspirado que se le escapa de los labios me vuelve loco. Es tan jodidamente receptiva, tan cándida... Me encanta ver cómo se aviva bajo mis dedos, bajo mi boca.

—¿Qué tenías pensado, mama? —exhalo, acariciándole los labios con los míos sin cesar.

Tiene las manos a ambos lados de la cadera y me las va hundiendo por dentro de la cintura del chándal hasta agarrarme el culo y bajarme los pantalones. No me he puesto calzoncillos porque con una sola mano era demasiado complicado, de modo que, en cuanto me suelta la prenda, mi pene rebota entre los dos, pesado y empalmado.

—Quiero tu polla en mi boca —susurra con los labios pegados a los míos.

Hay que joderse. Qué mujer...

—¿Sí? —le pregunto. Esa única palabra se me escapa de la boca como un gruñido.

Le agarro el cuello con más fuerza, muy sutilmente, mientras le levanto la cara.

Teddy asiente y sus cristalinos ojos grises adoptan un tono plateado bajo la luz tenue. Le noto el pulso con los dedos.

—¿Quieres chuparme la polla, Teddy? —Vuelve a asentir. Joooder —. De rodillas. Enséñame las ganas que tienes.

Pensaba que estaba listo para ver a Teddy arrodillada frente a mí, pero nada podría haberme preparado para esto. Dios, esta mujer es increíble. Jodidamente preciosa. Se ha recogido su melena dorada con una pinza, de modo que estiro el brazo y se lo suelto antes de tirar la pinza al suelo y dejar que el pelo le caiga por los hombros. Ahora seré yo quien le sujete el pelo con las manos. Le acaricio la mandíbula con los dedos, de forma reverente, y le aparto el pelo de la cara.

—Abre la boca —le ordeno con la voz áspera.

Me agarro la polla y me la acaricio despacio. Ella se humedece los labios y obedece, sacando la lengua. La miro y asiento con picardía.

—Qué avariciosa... Tienes ganas, ¿eh?

Vuelve a asentir y yo le acerco el glande a los labios. Teddy abre aún más la boca y, cuando la cierra alrededor de la punta y me la acaricia con los labios, agarrándomela con la mano para metérsela más hondo, gruño.

—Hoooostia —suelto con la voz rasposa.

Cuando la punta de mi polla le toca la campanilla, cierro los ojos de golpe. Le agarro el pelo con la mano izquierda para apartárselo de la cara y me lo envuelvo alrededor de los dedos mientras ella sigue chupándomela. Teddy está jodidamente gloriosa. Jadeo al respirar con dificultad y el pecho me sube y me baja mientras la miro. Mientras miro a la mujer que me tiene loco de remate.

Las caderas se me mueven como si tuviesen vida propia, y voy sacándole la polla de la boca y volviéndosela a meter. Qué vistas, coño. Se la hundo de nuevo y a ella le entran arcadas con toda mi envergadura, pero no se separa.

No. Esta mujer es increíble, joder, y me agarra por detrás de los muslos para acercarme más aún. Y, luego, traga saliva y los músculos del cuello se le contraen a mi alrededor.

Veo las putas estrellas.

—¡Joder! —siseo y abro la boca—. Hostia santa, Teddy. Lo estás haciendo de putísima madre, mama. Qué pasada.

—Hmmm —suelta sin quitársela de la boca, y a mí me entra un escalofrío.

Se la saca un segundo y me mira.

—Fóllame la boca, Xander. Córrete en mi lengua. Por favor.

«Hostia puta. Cásate conmigo».

La agarro por detrás de la cabeza con brusquedad, me agacho e ignoro la fuerte punzada de dolor que noto en el lateral para darle un beso fuerte, uno abrasador. Tiene los labios hinchados y suaves, y noto mi propio sabor en su boca. Me contengo para no golpearme el pecho como un neandertal.

—¿Quieres que te folle la boca, Teddy? —le pregunto con aspereza, mordisqueándole su hinchado labio inferior con fuerza.

Ahoga un grito y asiente frenéticamente. Sonrío con los labios pegados a los suyos. Dios, con esta mujer siempre quiero más. Es como si estuviese hecha para mí, hostia.

—¿Quieres mi semen?

—Sí —jadea con la respiración laboriosa.

Me mira a los ojos con los suyos, plateados. Es tan guapa que duele. Se mueve un poco sin levantar las rodillas del suelo y aprieta ligeramente los muslos. Uy... A mi chica le gusta esto...

—Por favor.

—¿Cómo voy a decirle que no a mi chica si me lo pide con tanta educación? —pregunto con un gruñido sombrío. Me enderezo, le vuelvo a recoger el pelo con la mano y se lo sujeto con más fuerza que antes—. No dejes de mirarme, Teddy. ¿Entendido? No cierres los ojos. Quiero que veas lo que me haces, cielo. Y, cuando me corra por tu garganta, más te vale estar corriéndote tú con los dedos.

Abre la boca, sorprendida, y las mejillas se le tiñen de un bonito tono rosado.

—¿Quieres que me...?

—Quiero que te toques el coño, Teddy —le ordeno acercándole la punta de la polla a los labios. Teddy abre la boca por mí—. Juega con tu coño bonito y rosado hasta que te corras en los dedos. Pero no cierres los ojos. No dejes de mirarme.

Asiente. Su mano desaparece entre sus muslos y se desliza dentro de sus pantalones de pijama, que ya se había puesto antes de venir a casa a buscarme.

—Venga, abre la boca y métetela hasta el fondo —susurro. Vuelvo a hundírsela y ella me la chupa succionando las mejillas—. Dios santo, Teddy. Como sigas haciendo esto, no voy a durar...

Repite el movimiento y yo gruño en señal de advertencia. A la muy traviesa le centellean esos ojos plateados. Y entonces, empieza a dibujarse círculos en el clítoris. Me encanta ver cómo gime con mi polla en la boca mientras se da placer. Le agarro el pelo por detrás de la cabeza con más fuerza todavía.

—¿Preparada, mama? —le pregunto, y Teddy asiente.

Me suelto y empiezo a follarle la boca con unos breves aunque profundos empellones. Le entran náuseas de nuevo, pero no me detengo. Teddy sigue mirándome a los ojos y, al verla así, estallo. Está tan jodidamente preciosa... Todo su puto cuerpo está hecho para mí. Tiembla con mi pene en la boca y se le van cerrando los ojos mientras gime. Y ahí sé que está a punto de correrse. Joder.

—Me voy a correr, Teddy. Ni se te ocurra cerrar los ojos. Vas a mirarme mientras me corro. Vas a mirarme mientras te doy hasta la última maldita gota de...

Grita con mi polla en la boca, sacudiendo los hombros mientras se corre con los muslos temblorosos.

—Eso, Teddy. Córrete en tus dedos por mí —le digo de forma casi salvaje al ver cómo se corre con mi polla en la boca.

Teddy gime con los ojos puestos en mí, con la mirada acuosa y los párpados pesados. Y, entonces, yo también me corro con un áspero sonido gutural y con tanta intensidad que se me nubla un poco la vista. Unas largas y cálidas gotas de semen empiezan a caerle por la garganta y Teddy se las traga todas, como la buena chica que es. Me estremezco y le agarro el pelo antes de acercarle la mano a la

cara para acariciarle la mejilla y la mandíbula con ternura mientras se la saco.

—Dios, qué preciosa es mi chica... Lo has hecho de maravilla, joder.

Acto seguido, me río y le seco la comisura del labio. Los tiene hinchados. Nunca la había visto tan guapa.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunta falta de aliento, con la voz rasposa y una mirada provocadora en los ojos—. Podrías cargarte la confianza de cualquier chica, haciendo esto...

—Tendrás cojones... —gruño en señal de advertencia y sonriendo mientras niego con la cabeza sin apartarle la mirada. Me agacho y la beso despacio—. Ha sido la mejor mamada que me han hecho en la puta vida. Solo estaba pensando que no ha requerido menos esfuerzo ni de broma... Y ahora solo quiero saborear tu coño húmedo y hacer que vuelvas a correrte.

—Xander... —se queja gimiendo, aunque de forma casi inaudible.

Tanto ella como yo sabemos que la noche no acaba aquí. Ni de coña.

45

Teddy

—¿Qué le ha pasado a Xander en el brazo? —se interesa Dalton desde el asiento trasero.

Miro por el retrovisor y siento una punzada en el pecho al ver cómo juguetea con la gorra entre las manos. Le sonrío tan ampliamente como puedo y me esmero por intentar borrar la preocupación que inunda su rostro juvenil.

—Anoche volcó el *quad* trabajando y se cortó un poquito el brazo. Pero está bien.

Vuelvo a centrar toda mi atención en la carretera, avanzando por el tráfico, rumbo a la escuela de Dalton. Siempre dejo primero a Penny. Mi hijo me ha preguntado por Xander en cuanto he regresado al coche tras entrar a la niña.

—Mamá... —pregunta en voz baja. Miro otra vez por el retrovisor —. ¿Xander también se morirá? ¿Como papá?

—Ay, cariño... No —musito y se me encoge el corazón.

Tengo un hijo la mar de dulce y sensible.

—Pero su trabajo es peligroso, ¿a que sí? Más que el de papá — sigue. Odio ver cómo le centellean las lágrimas en los ojos. Empieza a partírseme el corazón—. ¿Y si él también se muere?

Pongo el intermitente, me detengo en el arcén y paro el coche. Salto del vehículo y abro la puerta trasera para poder entrar. Me escuece la nariz, pero contengo las lágrimas. Ahora mismo, mi pequeño hombrecito necesita a su madre.

—Ven aquí, cielo —le susurro.

El niño se desabrocha el cinturón y viene hacia mí para que pueda abrazarlo.

Qué tierno es... Está en esa edad en la que empieza a querer más independencia pero, a la vez, sigue siendo un niño que, a veces, también necesita algún que otro arrumaco de más. En dos minutos le dará vergüenza haberse mostrado así de vulnerable, pero quiero que sepa que no pasa nada por sentir mucho. Y menos por sentir mucho por las personas que tanto nos importan.

—Algunas personas tienen trabajos importantes y peligrosos, pero también se han formado superbién. Xander lleva tanto tiempo dedicándose a esto que seguramente podría hacer su trabajo con los ojos cerrados —lo tranquilizo en voz baja, acunándolo un poco. Trago con fuerza y continúo—: Lo que le pasó a papá fue un accidente terrible, bichito. Ninguno de nosotros podría haberlo visto venir. Pero quienes se dedican a este tipo de trabajos, Dalton, saben que a veces pasan cosas feas. Saben que están salvando a gente que necesita ayuda. Y es maravilloso que haya personas tan generosas dispuestas a hacer algo que da miedo porque saben que a los demás a lo mejor les da más miedo todavía. Pero siempre habrá quienes necesiten ayuda o que los salven.

—Echo mucho de menos a papá... —susurra, se le rompe su voz delicada y empiezan a temblarle los hombros. Lo abrazo fuerte y las lágrimas comienzan a brotarme de los ojos ante el sufrimiento y el dolor de mi hijo—. No quiero que Xander también se muera.

—Ay, mi niño... —musito abrazándolo más fuerte—. No vas a perder a Xander, ¿de acuerdo?

—Pedí un deseo por mi cumple. Pero ahora me da miedo que no vaya a hacerse realidad.

—¿Qué deseo, cariño? —le pregunto con ternura mientras le acaricio la espalda.

Inhala profundamente.

—No te enfades... Pensé que, como os gustáis mucho y a nosotros también nos gusta Xander, no estaría tan mal... Pero pedí que Xander fuese mi nuevo papá. Como ya no tengo... Y creo que Penny y yo le caemos bien. Y Bea nunca ha tenido padre... Pero me da miedo que, si al final se convierte en mi nuevo padre, vaya a morirse como papá. Y entonces habremos perdido a dos.

Me quedo petrificada y sin saber qué decir mientras el pequeño pedazo de mi corazón que seguía intacto acaba de romperse en mil pedazos.

Y entonces me doy cuenta de que no soy la única persona que está enamorada de Xander. Mis hijos también lo quieren.

Cuando consigo que Dalton se calme, ya ha pasado la hora de entrada al cole, pero me da igual. Llamo a la escuela, aviso de que llegaremos un poco tarde y me llevo a mi hijo a desayunar: solo nosotros dos y Bea. Cuando ya se ha recompuesto, lo llevo al cole y lo acompaño a secretaría para firmar. Mi hijo me abraza con fuerza por la cintura y se marcha.

Conduzco a casa hecha un mar de lágrimas. No paro de llorar y llorar, y tengo la sensación de que se me está rompiendo cada vez más el corazón. ¿Qué tengo que hacer? No tengo ni idea de cómo darle la vuelta a todo esto. Mis hijos están enamoradísimos de este hombre... ¿Cómo puedo prometerle a mi hijo que Xander no se hará daño o algo peor? No puedo prometerle algo así. Nadie puede.

Bajo a Bea del asiento trasero y llevo la sillita del coche dentro. Xander tiene la camioneta en la entrada, pero no está en mi casa, así que supongo que se habrá ido a su parte del dúplex mientras nosotros estábamos fuera. Le doy el pecho a Bea y mi hija enseguida se queda dormida para su siesta de media mañana habitual. La arropo, cojo el vigilabebés y abro la puerta corredera que da a la terraza trasera para ir a casa de Xander.

Llamo con delicadeza, aunque, como está en la cocina, sé que me ve al acercarme. Tiene el móvil pegado a la oreja, pero viene hacia mí y abre para dejarme entrar.

—Sí —responde mientras regresa a la encimera, donde tiene una taza de café. Hace ademán de cogerla, pero se da cuenta de que, con la mano derecha tan vendada, no puede. Suelta un taco por lo bajo y se recoloca el móvil para sujetarlo entre el hombro y la oreja. Coge la taza con la mano izquierda y se la acerca a los labios—. ¿Cuántas hectáreas? —Cuando oye la respuesta, hace una mueca—. ¿Ha desaparecido la brigada de Vantage? Mierda... —Escucha en silencio a quienquiera que esté al otro lado de la línea, me mira a los

ojos y yo ya sé qué dirá a continuación. Se me parte otra vez el corazón—. ¿Cuántos desaparecidos hay? ¿Y desde cuándo?

Me agarro con fuerza al respaldo de una de las sillas de madera de la mesa. Me sujeto con tanta fuerza para no caerme que se me ponen los nudillos blancos.

—Salimos en una hora —contesta.

Cierro los ojos con fuerza y noto que me tiembla el cuerpo entero.

Xander cuelga y marca otro número de inmediato. Cuando responden, dice en tono bajo:

—Nos vamos en una hora. —Guarda silencio un segundo y entonces reconozco la voz de la otra persona—. La brigada de Vantage ha desaparecido. —El taco brusco que suelta mi hermano permea el silencio—. Vale. Llama a los chicos. Nos marchamos dentro de una hora.

Cuelga por segunda vez. El silencio que nos envuelve es ensordecedor.

—Tengo que irme, Teddy —dice finalmente con un hilo de voz.

Abro los ojos y detesto que vuelva a escocerme la nariz por culpa de las lágrimas.

Maldigo a este hombre por haberme robado el corazón. Por haber hecho que me enamorase de él; por haber hecho que mis hijos se enamorasen de él. Y maldigo a mi propia debilidad por hacer exactamente lo que dije que no haría...

¿Cómo voy a proteger mi corazón y el de mis hijos cuando Xander se los lleva todos con él cuando sale por la puerta?

46

Xander

—¿Y tu brazo? —pregunta ella, señalándome el costado derecho.

Su tono quebradizo se me clava hasta lo más hondo. Detesto verla así de afectada.

Bajo la vista hacia las vendas y encojo los dedos con tanta fuerza como puedo con el vendaje puesto. Será una mierda tener que currar con una sola mano; eso seguro. Aunque igual me corto la maldita cosa esta y rezo por que no me salten los puntos.

—No le pasará nada —musito acercándome a Teddy para abrazarla. Está tensa, rígida. Exhalo con pesadez y le apoyo la mejilla en la cabeza—. Tengo que ir a por la bolsa.

La suelto y echo a andar por el pasillo en dirección a mi cuarto. Ella me sigue, despacio y abrazándose a sí misma como si estuviese intentando no derrumbarse.

—No sé cuántos días estaremos fuera —comento mientras cojo la bolsa del armario.

La dejo en la cama y me aseguro de tenerlo todo a punto para irme.

—No quiero que te vayas —susurra.

La miro desde la cama, donde estoy preparándolo todo, y me enderezo.

—Lo sé. Pero tengo que irme, ya lo sabes —respondo con delicadeza. Joder, me lo está poniendo difícil de cojones—. Ese incendio... Pinta mal. Ha desaparecido una brigada entera. Tengo que ir a ayudarles...

—¡Estás lesionado, Xander! ¿Todavía no te has curado y ya vas directo a enfrentarte a otro incendio? ¿A uno que tú mismo acabas

de reconocer que es extremadamente peli...?

Deja la frase a medias de golpe y sacude la cabeza, incrédula, mientras se le llenan los ojos de lágrimas. Parecen hechos de plata fundida. Por esto no salgo con nadie, leches. Porque esto, estos minutos justo antes de que me toque salir por la puerta para ir a controlar un incendio, es siempre lo peor de todo. Y no puedo culparla en absoluto.

—Justamente por eso tengo que ir, Teddy —respondo obligándome a mantener un tono de voz neutro mientras sigo guardándolo todo —. Ahí fuera hay equipos que necesitan nuestra ayuda. No puedo quedarme aquí sentado y obligar a mi brigada a ir sin mí. No puedo quedarme aquí esperando mientras los otros equipos se enfrentan a esas llamas a sabiendas de que yo podría estar ahí ayudando...

—¡¡Que estás lesionado!! —vuelve a sollozar, señalándome el brazo derecho otra vez—. ¿Qué vas a hacer allí si estás lesionado, aparte de arriesgarte a hacerte más daño aún...?

—Aunque no te lo creas, sé lo que me hago —mascullo con un tono más severo del que pretendía. Teddy retrocede y arruga la frente. Exhalo con pesadez y me froto la cara con la mano—. Llevo controlando incendios desde que tú ibas a primaria, Teddy.

—No quiero que te vayas —dice en voz baja, desesperada. Está haciéndose pequeña, como de costumbre, y detesto ser yo el causante, joder. Le resbala una lágrima por la mejilla y se la seca enseguida, aunque a mí se me clava en el pecho por igual—. Por favor, Xander... No puedo ver cómo sales por esa puerta. Quédate. Quédate por mí, por favor...

—Sabes que no puedo hacerlo. —Susurrarle esta frase me duele físicamente. A Teddy le tiemblan los labios y se abraza a sí misma de esa forma que tanto odio—. Teddy, si pudiera, me quedaría. Por ti, si pudiera, me quedaría. Pero no pue...

—¡¡Sí que puedes!! —grita mientras las lágrimas siguen resbalándole por las mejillas—. Dijiste que me querías... Solo tienes que elegirme a mí. A nosotros.

Al pronunciar la última palabra, se le quiebra la voz y agacha la barbilla sin dejar de llorar. Me muero de ganas de abrazarla, pero sé

que, como lo haga, no tendré el valor de cruzar esa puerta, reunirme con mi equipo y hacer el trabajo que sé que debo hacer.

El trabajo que estoy obligado a hacer por una cuestión moral.

—Le dije a Scottie que no te rogaría que te quedaras, pero es que yo no soy tan valiente como ella, Xander. No puedo ver cómo te alejas de mí a sabiendas de que estás dispuesto a enfrentarte a algo tan peligroso. Por favor... —suplica en voz baja y levantando la vista para mirarme a los ojos. Casi cedo. Joder, casi le digo que sí con tal de hacerle desaparecer ese dolor de la cara—. Por favor, no te vayas. No me obligues a preocuparme por si te pierdo. No soy lo suficientemente fuerte para volver a pasar por esto.

—Perdiste a tu marido, Teddy. Y entiendo que todo esto te dé miedo. Pero me estás pidiendo que renuncie a algo que me apasiona —susurro marcando bien las últimas dos palabras y sacudiendo la cabeza—. Algo que se me da bien; algo que me permite ayudar a la gente. Me estás pidiendo que renuncie a lo que me apasiona porque te da demasiado miedo intentar...

—¡Sí! —solloza con las manos en el pecho y bien abiertas, como si estuviese intentando contener el dolor—. ¡Sí, me da miedo! ¡Estoy aterrada! Perdí al amor de mi vida, pero ¿por qué soy yo la mala de la película por no lanzarme de cabeza a la posibilidad de volver a sufrir así otra vez? Al perderlo a él, casi me muero, Xander. Y ya no te cuento cómo afectó a mis hijos...

Todo esto me está costando más de lo que pensaba. Me siento como si me estuviesen pisoteando el corazón dentro del pecho mismo.

Ya suponía que no había superado lo de su marido, pero oírla decir esto, que él fue el amor de su vida... Duele mucho más de lo que me gustaría. Dolor, cabreo y rencor se me carcomen por dentro y alzo mis propios muros. Aprieto la mandíbula y le señalo la mano izquierda, que sigue teniendo sobre el pecho. No me enorgullezco de las palabras que me salen a continuación de la boca:

—¿Cuándo piensas quitarte ese anillo, Teddy?

Traga con fuerza y palidece un poco bajo la luz tenue del cuarto a la vez que mueve sutilmente los dedos sin apartar la mano del pecho.

—Xander...

Niego con la cabeza, una única vez, y ella aprieta los labios mientras se le siguen llenando los ojos de lágrimas.

—Me estás pidiendo que renuncie al amor de mi vida mientras tú sigues llevando el anillo de otro hombre.

Las lágrimas le brotan de los ojos y pestañea rápidamente, aunque no me aparta la mirada en ningún momento.

—Era mi marido, Xander...

Lo susurra, pero sus palabras resultan casi ensordecedoras en esta silenciosa habitación. Y, en mi cabeza, repican igual que si estuviesen tocando a muerto.

—Te quiero, Teddy. La pregunta es: ¿me quieres tú a mí?

Me da la impresión de que las palabras me suenan huecas. Vuelven a llenársele los ojos de lágrimas y le tiemblan el pecho y los hombros, pero Teddy permanece decisivamente en silencio.

El dolor que siento en el pecho es casi extenuante. ¿Por qué nos hacemos esto a nosotros mismos? Menuda puta mierda.

Retrocedo y le aparto la mirada. Tengo que largarme de aquí. Bastante tarde voy ya. Mi equipo me está esperando.

—Xander... —solloza con la voz rota, dando un titubeante paso hacia mí y alargando la mano. Me aparto de una sacudida antes de que pueda tocarme y Teddy solloza, deteniéndose en medio de mi cuarto con los hombros temblorosos—. Era mi marido...

—¡Era! —grito abriendo bien los brazos.

Las lágrimas le resbalan por las mejillas sin cesar y le tiembla sobremanera el labio inferior. La agonía que le veo en la mirada casi me mata. Respiro con dificultad, tengo el pecho agitado y se me está rompiendo el puto corazón. Sé que no estoy siendo justo, pero arrinconad a un animal y veréis que casi nunca opta por jugar limpio.

—¡Era, Teddy! Ya no está. Él ya no está, ¡pero yo estoy aquí, joder! —Me pego un manotazo en el pecho, justo donde el corazón amenaza con parárseme—. ¡Estoy aquí, hostia!

Solloza y le tiembla el cuerpo entero al llorar.

—Xander, tienes que entender que esto no es fácil para mí...

Se me escapa una risa baja, fría y sarcástica, y a ella se le escapa otro sollozo roto que me arranca el corazón del pecho. Quiere estar conmigo, pero no lo suficiente para dejarme entrar en su corazón. Fui un estúpido al pensar que podía ganarme el amor de Teddy cuando todavía le pertenece a otro.

Y, como tengo el corazón roto y soy un cabrón de manual, exploto de la única forma que sé.

—No, si lo entiendo perfectamente —mascullo, cogiendo la bolsa y girándome hacia ella, aunque me niego a dejarme influir por sus lágrimas. No puedo seguir con esto. No puedo seguir anhelando a una mujer que nunca me querrá como la quiero yo—. Cuando estés preparada para soltar al fantasma que sigue en tu cama, avísame, Teddy. Porque no puedo seguir compitiendo con el fantasma de un difunto para ganarme tu corazón, y menos aún voy a estar calentándote la cama en su ausencia.

Continúa llorando con los hombros temblorosos y los labios bien apretados mientras solloza en silencio y se le sacude el cuerpo entero.

—Necesito que te vayas —escupo, a pesar de que me duele decir estas palabras. Me duele la mandíbula de lo mucho que estoy apretando las muelas y señalo la puerta que le queda detrás—. Llego tarde y la brigada me está esperando.

47

Teddy

Nunca he sido de las que siguen las noticias de los incendios forestales.

Solo me enervaban más porque sabía que mi hermano estaba ahí fuera. Así que, por lo general, solía evitarlas. Esperaba a tener noticias de Cal porque, para mí, no tener noticias era sinónimo de buenas noticias. Si no me escribe para decirme que está bien, será que está ocupado y no puedo preocuparme mientras él está ahí arriesgándose la vida.

¿Pero ahora?

Llevo dos semanas pegada al televisor. Todas y cada una de las menciones al incendio que arde en las montañas de Arizona no han hecho más que avivar mi pánico y ansiedad, pero es que me encanta autofustigarme y no puedo mantenerme alejada de la tele. Mi hermano me ha escrito para decirme que están todos bien, pero ni Scottie ni yo sabemos nada de él desde hace días. Violette dice que ayer consiguió hacer una breve videollamada con Rowan, pero nada más. Se había hecho un poco de daño (se había torcido el tobillo), pero sé que, después del accidente que tuvo Rowan a principios de año (cuando sufrió unas terribles quemaduras), mi amiga lo está pasando mal.

No he oído nada de Xander, aunque agradezco que Cal, Scottie y Vi me mantengan al tanto de cómo está. Por más que se me parta un poquito más el alma cada vez que alguien lo menciona. No lo culpo por no haberse puesto en contacto conmigo.

Scottie y Vi están sentadas en el sofá, conmigo. Tenemos una caja de pizza abierta en la mesita que nos queda delante, pero ninguna

ha comido demasiado. Este incendio ha sido brutal, una bestia descomunal. La brigada de Vantage que mencionó Xander perdió a tres miembros antes de que pudieran sacarlos de ahí. Entre los fuertes vientos, la impredecibilidad de los puntos calientes y lo escarpado que es el terreno, ha quedado demostrado que este incendio no será fácil de extinguir. Han evacuado varios pueblos pequeños situados en las montañas y el fuego está arrasando con todo lo que encuentra por el camino.

Al ver las imágenes que pasan desde el aire, ya sea gracias a un dron o a un helicóptero, se me cierra la garganta. La destrucción es masiva. Hay terreno chamuscado por doquier y las llamas se alzan altas hacia el cielo, enroscándose como una lengua viperina con el viento. Me entran ganas de vomitar.

Las imágenes acaban y, de pronto, se ve al equipo que hay sobre el terreno. Me quedo sin aliento mientras espero para ver si vislumbro a Xander, aunque sé que, con la de brigadas que hay trabajando en ese incendio, es bastante probable que no lo vea.

—¡Eh, ese es Cal! —grita Vi, señalando a la cámara. Scottie se endereza y abre más los ojos para observar el televisor. Exhala con pesadez y esboza una sonrisa débil. Le aprieto la mano—. ¡Y Rowan! Ay, gracias a Dios...

Y entonces aparece Xander, de cara a la cámara aunque a unos cuantos metros de distancia. Tiene el rostro casi negro de hollín. Va con las gafas de protección puestas, pero veo lo mucho que le centellean esos ojos azules. Lleva la ropa sucia y manchada de hollín, y solo consigo atisbar el vendaje que lleva en la mano derecha y que se le ha quedado mugriento.

Parece agotado; él y todos. Sin embargo, la sonrisa que le veo en la cara cuando mira a su brigada... Está haciendo lo que le apasiona; nació para esto. Este hombre nació para ser un héroe.

Vuelvo a cogerle la mano con fuerza a Scottie y centro tan fijamente mi atención en el rostro de Xander que ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando.

—¿Ves? —me pregunta Scottie, devolviéndome el apretón—. Están todos bien.

Río y luego empiezo a sollozar. Hundo la cara en las manos. Me tiemblan los hombros y las lágrimas comienzan a brotarme de los ojos.

Tenía tanto miedo de decirle que lo quería que dejé que se marchara sin confesárselo. Dejé que se marchara a controlar ese incendio pensando que no lo quería cuando la cosa no podría distar más de la realidad.

Quiero a Xander hasta mi último aliento, hasta el último latido de mi corazón. Me dijo que lo quiere todo y yo dejé que se marchara pensando que yo no. Porque tenía demasiado miedo de volver a intentarlo.

—Fui superegoísta —farfullo sin dejar de llorar, levantando por fin la cara de entre las manos para secarme las lágrimas—. Dios mío de mi vida —me quejo, echo la cabeza hacia atrás y clavo la vista en el techo—. Debe de odiarme.

—Lo dudo mucho —contesta Vi con ternura, dándome unas palmaditas en el hombro—. Ya saben que nos ponemos sensiblonas y que tenemos miedo. Es normal.

—Pero dudo que vosotras les rogarais a Cal o a Rowan que se quedaran —susurro desconsolada y exhalando temblorosa para serenarme—. Le supliqué, chicas. Hasta me habría arrodillado. Fui una egoísta descomunal al pedirle que renunciara a esto porque no soy lo bastante fuerte para soportarlo.

—Una noche, llamaron a Rowan para que se marchara a controlar un incendio y a mí acababa de bajarme la regla —musita Violette, y esboza una mueca—. Cuando me dijo que tenía que irse, puede que le tirase un tenedor y que me echara a llorar porque no quería que se fuera.

Suelto una risa, sorprendida, y la miro incrédula. Ella abre los ojos como platos y extiende las manos.

—¿¡Qué!? —exclama riendo—. ¡Que no apunté hacia él en sí, solo lo lancé en su dirección!

—Madre mía... —río y sacudo la cabeza—. Esto es buenísimo. Y un poco aterrador también.

—Calla —se ríe Vi, dándome un empujón en el hombro antes de alargar el brazo para coger un trozo de pizza.

Ahora, las imágenes que salen en pantalla ya no son de la brigada y yo me he quedado desamparada. Podría haberme pasado la vida entera mirando el rostro sucio y absurdamente atractivo de Xander.

Necesito que vuelva a casa sano y salvo. Tanto como el aire que respiro.

Me miro la mano izquierda, la apoyo sobre el muslo y separo bien los dedos.

Todavía me estoy acostumbrando a verme el dedo desprovisto de anillo, pero no me duele como pensaba que me dolería. La marca pequeña y pálida donde llevé la alianza durante más de diez años tardará en desaparecer, pero... No es del todo incómodo.

Me recuerda a la primavera, al principio de algo nuevo y fresco. Solo necesito que Xander vuelva a casa para poder decírselo todo.

48

Xander

Ha pasado un mes desde que vinimos a enfrentarnos a la puta bestia de incendio esta y estoy agotado. Listo para marcharme a casa.

Ha pasado un puto mes desde que hablé con Teddy, desde que oí su voz. Esa mañana, cuando me fui, casi me muero, hostia. Pero estar con ella... Joder, no puedo seguir con esto. La necesito desesperadamente, coño; a toda ella. Su preocupación, sus miedos, su risa, su amor... Lo quiero todo.

Cal y Rowan me han ido manteniendo informado con lo que les han ido contando Scottie y Vi, pero poco más. Solo sé que tanto Teddy como los niños están bien.

Basta.

Esta locura de incendio en el estado de Arizona está acabado y me muero de ganas de que nos den órdenes para largarnos a casa, hostia.

Sentado en un tronco caído, le doy un sorbo al café ardiente y asqueroso del campamento y me quedo mirando el sobre que metí en la bolsa antes de marcharme esa mañana. Me lo traje aquí y lo he llevado siempre encima, en uno de los bolsillos interiores.

Sin embargo, ahora, al ver el fin de este incendio en el horizonte, lo he sacado. Continúo mirando la caligrafía que aparece en el anverso.

—¿Piensas leerla algún día? —me pregunta Cal, sentándose a mi lado con un plato de comida en cada mano. Me pasa uno y yo lo acepto con un simple «gracias»—. Llevas una hora mirándola.

Río irónicamente y sacudo la cabeza.

—Joder, dos meses llevo mirándola.

—¿Qué es? —me pregunta con la boca llena de comida.

Está despatarrado, con los codos apoyados en las rodillas y sujetando el plato frente a él, sin apoyarlo en nada.

Doblo el sobre, me lo guardo en el bolsillo delantero del buzo para que no se estropee y como un poco antes de contestar:

—Es una carta de mi padre.

—No jodas...

Asiento y le doy otro mordisco a la comida. Me muero de hambre, coño.

—Zach la encontró con sus cosas al mudarse y me la envió, pero no he tenido los cojones de abrirla.

—¿Te da miedo lo que vaya a decir? —pregunta Cal.

Me encojo de hombros y vuelvo a suspirar.

—No lo sé... ¿Quizá?

Cal ya se ha zampado todo lo que tenía en el plato. Se endereza un poco, se levanta y me da un golpe en el hombro.

—Léela, gallina.

Dicho esto, echa a andar y desaparece bajo la luz del ocaso. Me acabo la comida y dejo el plato a mi lado. Me paso las manos por la cara y luego me las froto. La ansiedad se adueña de mí; es como si acabase de electrocutarme.

—A la mierda —exhalo mientras cojo el sobre que me he guardado en el bolsillo y lo abro del tirón.

Detesto que me tiemblen tanto las manos mientras saco la carta que hay ahí dentro y la desdoblo. El corazón empieza a latirme tres veces más deprisa al ver la caligrafía de mi padre en esa página. No lleva ninguna fecha. Me paso la mano por mi mandíbula barbuda y empiezo a leer.

Hijo:

Llega un punto en la vida de cualquier hombre en que se pone a reflexionar sobre las decisiones que ha tomado y el camino por el que lo han llevado estas decisiones. Yo llevo varios meses pensando en ello y creo que ha llegado el momento de que ponga

mis divagaciones de viejo por escrito con la esperanza de que, tal vez, mis decisiones te ayuden a ti.

Zach y Joel no me preocupan tanto como tú. Zach tiene a Brittanee y a las niñas, y Joel aún es joven. Puede que sea un poco bala perdida, pero creo que no tardará demasiado en encontrar su camino. Aunque... No le digas a Zach que te he dicho esto, pero la mujer esa que tiene nunca ha sido fruto de mi devoción. A lo mejor es que no la conozco lo suficiente y me equivoco...

No os imagináis lo orgulloso que estoy de vosotros tres por haber seguido mis pasos a vuestra manera. Llevamos eso de enfrentarnos a los incendios en la sangre, en el corazón. Nacimos para esto. Y estoy orgulloso de narices de que todos mis hijos se hayan decantado por esta profesión. A lo largo de estos años, has demostrado lo mucho que vales como bombero forestal, y el viejo de tu padre se emociona al pensar que pronto te convertirás en sup. Has sido un jefe de cuadrilla y un capitán tremendos, y me muero de ganas de ver cómo lideras esta brigada como sup. Eres justo, honesto y currante como el que más, y también eres un buen hombre. Siempre has tenido la cabeza sobre los hombros, hijo. Previendo situaciones, planeando. Observando.

Esto me lleva a lo que de verdad quiero decirte y, como tú bien sabes, yo nunca he sido de expresar mis emociones ni cursiladas de estas. Solo espero que sepáis lo mucho que siempre os he querido y os querré a los tres. Puede que no lo dijera tan a menudo como debería, pero espero que lo sepáis igualmente. Nunca dediqué el tiempo y el esfuerzo suficientes a querer a vuestra madre como ella necesitaba que la quisiera, y eso me costó el amor de mi vida. Si de algo me arrepiento en esta vida es de una única cosa: haberme alejado de ella, haberla perdido. Dejé que mi pasión por este trabajo, el deber que siento por seguir dedicándome a esto, eclipsaran lo mucho que la quiero, y esa fue la mayor pérdida de mi vida, hijo. Tu madre me pidió que me quedara y yo me marché porque era un puto orgulloso y no quise reconocer que la necesitaba más a ella que al aire que respiro, porque eso me acojonaba.

Ahora, cuando veo cómo miras a alguien, me recuerda muchísimo a cómo imagino que solía mirar yo a tu madre. Como si ella fuera el mismísimo Sol y yo fuese un idiota que no podía dejar de mirarla por más que eso me matara. Puede que nadie más se dé cuenta, pero yo sí.

Así que si puede darte un consejo tu viejo, Xander, que sea este: si tienes la oportunidad de tener un amor así en tu vida, no lo sueltes. Aférrate a ese amor con ambas manos, con todas tus fuerzas, y no dejes que el orgullo o un atrofiado sentido del deber te impidan disfrutar de esto. Elígela a ella, hijo. Siempre. No cometas los mismos errores que tu viejo. Encontré el amor de mi vida y lo eché a perder por irme a controlar incendios. Y me he pasado los últimos treinta años de mi vida siendo consciente de que mi corazón latía en la otra punta del país con una mujer a quien no valoré como prometí que lo haría.

Si tienes la oportunidad de tener algo así, no la desperdicies. Prométeme que no dejarás que se te escape un amor así de las manos. Nunca acabamos de merecer del todo a estas mujeres, leches, pero podemos intentar quererlas como se merecen hasta nuestro último aliento. Así que si alguna vez viene esa chica y te pide que la elijas (y, si te quiere como estoy seguro de que te quiere, lo hará), no dudes. No te lo plantees. Porque te prometo que no quieres llegar a mi edad y darte cuenta de que perdiste lo mejor que te había pasado en la vida.

No te acostumbres tanto a esta vida como para perder algo increíble, hijo.

Papá

Debo de leerla entera unas tres veces, de principio a fin, antes de volver a bajar la mano y dejarla entre las rodillas. Cierro los ojos con fuerza y aúno las que me quedan para mantener a raya las lágrimas que me inundan los ojos.

Me pellizco el puente de la nariz y me froto las lágrimas que se me acumulan en el rabillo del ojo. Joder, cuánto echo de menos a este hombre.

Sin embargo, mientras permanezco aquí sentado, me doy cuenta de que echo muchísimo más de menos a otra persona. Echo de menos a Teddy con todo mi ser. Sin ella, me falta algo. Sin Dalton y Penny y Bea. Los necesito. Muchísimo. Los quiero. Con toda mi alma.

Me levanto, me acerco a Cal y le doy una palmada en la espalda. Sé lo que tengo que hacer y, por primera vez en mi vida, no dudo ni por un puto segundo de estar haciendo lo correcto.

—Tenemos que hablar —le digo con aspereza y Cal asiente.

Porque voy a elegir a esa mujer cada maldito día.

49

Teddy

Las hojas ya han empezado a cambiar de color y Xander todavía no ha vuelto.

Llevan fuera más de un mes y yo me estoy volviendo loca mientras espero que regrese a casa. Tengo tantas cosas que decirle... Me he planteado ponerme en contacto con él, llamarlo o mandarle un mensaje, pero el miedo que siento por si me lo cargué todo al no decirle cómo me sentía me lo impide. Además, Xander se merece oírlo en persona.

Los niños lo echan terriblemente de menos y yo sigo diciéndoles que volverá pronto, antes de lo que creen. Espero no equivocarme. Sé que, cuando les toca enfrentarse a incendios de esta envergadura, los obligan a tomarse una pausa, pero conozco a Xander y a su equipo: no habrán acatado órdenes y se habrán quedado a ayudar.

Porque estos hombres son de las personas más valientes y nobles que conozco.

Me suena el móvil, lo cojo de la encimera y respondo a la llamada de Scottie.

—Hey...

—Han vuelto. Acaban de llegar al parque de bomberos y están descargándolo todo —se apresura a decir. Me quedo petrificada—. Lo siento, Cal me pidió que no te dijera nada hasta que estuvieran aquí...

—No pasa nada. Gracias por avisarme —respondo con un hilo de voz. Giro sobre mí misma, me río y el sonido me sale un poco más

agudo de lo que pretendía. Me tapo la boca con la mano y añado—: Nos vemos allí.

—Eso. No pienso esperar a que venga a casa para saludarlo —se ríe Scottie con la voz grave. Sé que ha echado un montón de menos a mi hermano—. Hasta ahora.

Colgamos y grito:

—¡Niños, poneos los zapatos! ¡Xander ha vuelto, vamos!

Dalton grita ilusionado, salta por el respaldo del sofá, y echa a correr hacia su habitación para ponerse una sudadera y los zapatos. Penny, con sus coletas torcidas, empieza a dar brincos entusiasmada a la vez que agita los brazos como loca. Señalo sus zapatos y ella se los pone mientras yo me apresuro a meter a Bea en la sillita del coche.

Me tomo medio segundo para ir al baño, solo para asegurarme de que no voy hecha una pocilga, y salimos por la puerta. Los vaqueros me abrazan las caderas a la perfección y el top de manga larga que llevo ensalza la generosidad de mis pechos y la estrechez de mi cintura. Llevo el pelo recogido en una media coleta y me subo las gafas por el puente de la nariz.

Cuando ya he metido a todos los niños en el coche y les he abrochado el cinturón, arrancamos. Sé dónde queda el parque de bomberos porque, a lo largo de los años, he ido en un sinfín de ocasiones con Cal. El sol de última hora de la tarde se cuela entre las hojas coloridas de los árboles mientras conducimos.

Dios, espero no habérmelo cargado definitivamente. O que Xander haya cambiado de opinión sobre mí, sobre todos nosotros. Rezo por que siga queriéndome.

Al entrar en el aparcamiento, veo el coche de Violette y, a lo lejos, atisbo a Rowan abrazándola con fuerza. La ha levantado del suelo y está sujetándola con un brazo por debajo del culo y el otro alrededor de la espalda mientras se besan. Mi hermano y Scottie están abrazados y con las frentes pegadas mientras hablan y se besan.

Dalton ayuda a Penny a quitarse el cinturón. Desabrocho a Bea y la saco de la sillita para acercármela al pecho mientras estudio a la gente que hay por aquí. Le cojo la mano a Penny y echamos a andar los cuatro juntos. Debemos de ser todo un espectáculo.

Voy girando la cabeza de lado a lado, estudiando todos los rostros, pero sigo sin verlo. ¿Dónde está?

—¡Xander! —grita Penny.

Me sobresalto y tanto mi hijo como mi hija echan a correr hacia el hombre que acaba de salir del parque de bomberos.

Lo miro y las lágrimas empiezan a amontonárseme en la nariz. Él sonríe y se agacha enseguida, con los brazos bien abiertos, mientras mis hijos se abalanzan a él con tanto brío que Xander pierde el equilibrio. Los envuelve a ambos y se los acerca para abrazarlos con fuerza. Desvía sus ojos azules hacia mí mientras me aproximo a ellos y luego se levanta.

Me lanzo a él. Sigo con Bea en un brazo y río y lloro mientras le paso el otro brazo alrededor de su figura fuerte y firme. Xander también me abraza. Me siento como si acabase de volver a casa.

—Hola, mama —susurra. Al oír que se le atasca la voz, no puedo contener las lágrimas—. Joder, cuánto me alegro de verte, preciosa.

Me separo muy sutilmente. No estoy dispuesta a soltarlo todavía, pero tengo que decirle algo.

—Lo siento mucho —balbuceo mientras le estudio la cara con la mirada y lo agarro por el buzo. Me da igual que vaya hecho un asco. Necesito tenerlo cerca—. Xander, fui muy egoísta y lo siento mucho. Eres el hombre más maravilloso que he conocido en la vida y cometí un error colosal al pedirte que renunciaras a algo así. A algo que te convierte en el hombre al que quiero.

Sonríe despacio y se le arrugan los ojos al hacerlo. Levanta una mano para colocármela en la mejilla y me acaricia la piel con ternura con el pulgar. Sorbo por la nariz, pero me resulta imposible apartarle la mirada.

—¿Me quieres? —pregunta en voz baja.

—Muchísimo —sollozo y asiento mientras apoyo la mejilla en su palma. Casi no soy ni consciente de que Violette se nos acerca y me coge a una movidísima Bea del brazo—. Una barbaridad. Te quiero. Lo quiero todo, Xander. Si tú puedes ser valiente para ir a controlar incendios, yo puedo serlo para estar a tu lado mientras lo haces. Y estaremos todos esperándote a que vuelvas en cada ocasión.

Xander se me queda mirando mientras me coge la cara con ambas manos y yo, con los dos brazos libres, lo agarro por detrás del bíceps para mantenerlo cerca.

—Fui una cobarde. Me aterraba lo mucho que te quería, lo mucho que te querían mis hijos. Debería haberte dicho que te quería un montón de veces. No debería haber dejado que te marcharas pensando que tú no eres el amor de mi vida. —Xander me seca las lágrimas que me resbalan por las mejillas con una sonrisa tierna y encantadora en los labios, pero deja que continúe. Se me entrecorta la voz debido a todas las emociones que siento. Me humedezco los labios, temblorosos y prosigo—: Quería a Logan. Y una parte de mí siempre lo querrá. Siempre recordaré con amor el tiempo que pasamos juntos y la vida que tuve con él. Pero no hay ningún fantasma, Xander. Porque te quiero y quiero ver qué nos depara este futuro que nos ha brindado la vida. Lo quiero todo contigo. Solo contigo. Quiero esto, cueste lo que cueste, sea lo que sea o por más que a veces tengas que alejarte de nosotros. Quiero ser valiente por ti. Quiero aprovechar esta oportunidad y estar contigo.

Xander baja la vista hacia mi mano izquierda y juro que veo cómo se relaja al ver que no llevo la alianza. Apoya la frente en la mía, me la acaricia con la suya, y nos quedamos con la nariz pegada y los labios a meros milímetros de los del otro.

—Te quiero muchísimo —susurra dándome unos besos escuetos aunque dulces en los labios. Luego, ríe y noto su aliento en la cara —. Pero, cielo...

Ay, Dios. Se me parte el corazón en dos. Va a decirme que no puede hacerlo. He tardado demasiado y me lo he cargado todo.

—Vas a tener que aguantarme mucho más que de costumbre —continúa mirándome con los ojos centelleantes—. Porque acabo de dimitir. De forma inmediata.

Me quedo estupefacta, paralizada. La mente me va a paso de tortuga; es como si estuviese intentando avanzar entre melaza.

—¿Qué? —susurro falta de aliento y conmocionada.

Me acaricia las mejillas con los dedos y luego me aparta el pelo de la cara con cuidado. Me estudia entera con los ojos antes de volver a

clavarlos en los míos. Sonríe con tanta ternura que se me encoge el corazón.

—Me estoy adelantando, cielo. Primero tengo que decirte que lo siento mucho, Teddy. Por lo que dije antes de marcharme, por haber sido un capullo integral. Sabía que no estaba siendo justo contigo y, como tenía el orgullo herido, estallé contigo. Un hombre muy sabio me ha dado un gran consejo. La voy a pifiar que flipas y no seré nunca perfecto, pero quiero pasar todos los días contigo, Teddy. Los bonitos, los mundanos, los aterradores y también los feos. Quiero que estés a mi lado para experimentarlos todos. Quiero esta familia. Me he dado cuenta de que no puedo volver a alejarme de ti. No puedo alejarme de estos niños. Aunque sea temporal. Os quiero más que a mi trabajo como bombero, Teddy —exhala reverentemente y apoya la frente en la mía. Lo agarro con fuerza por la camiseta, acercándolo a mí mientras las lágrimas me resbalan por las mejillas —. Te necesito como el aire que respiro y haré lo que sea con tal de asegurarme de que tengamos todo lo posible en esta vida. Quiero pasar cada puto día contigo. Eres mi «para siempre», cielo. Y no pienso esperar ni un segundo más.

—Pero si esto te apasiona... —susurro con la boca pegada a la suya—. No puedo pedirte que renuncies a esta vida.

—Me apasiona, sí, y todavía te quiero más por estar dispuesta a apoyarme, pero... Sé que ahora debo hacer esto. Para estar contigo. Para vivir esta vida. A lo mejor puedo ponerte mi anillo en el dedo y hacer todo lo que pueda para darte otro bebé.

Sonrío, sacudo la cabeza y le rozo los labios con los míos al reírme.

—Estás fatal. ¿Qué vamos a hacer con cuatro niños?

—Te daré tantos hijos como me dejes —susurra envolviéndome con todo su cuerpo—. Creo que nos saldrían unos niños monísimos. Y así Bea puede hacer de hermana mayor.

—Pillaos una habitación.

Xander le hace la peineta a mi hermano, que está a mis espaldas, y yo vuelvo a reír. Tengo el corazón completamente lleno.

—¿Qué me dices, mama? —me pregunta Xander dándome otro beso—. ¿Quieres ser mi chica?

Suspiro y le envuelvo el cuello con los brazos mientras sonrío.

—Supongo... —susurro provocándolo. Él refunfuña y entrecierra los ojos—. Imagino que lo suyo sería convertirme en una mujer honrada. Como lo del bebé ya lo has hecho...

Levanta la cara de golpe y me mira con los ojos como platos. Me abraza con más fuerza y, con la voz grave, dice:

—Teddy...

Tiro de él por detrás del cuello hasta que vuelvo a tener sus labios sobre los míos y le digo:

—Bienvenido a casa, papá.

50

Teddy

—Tengo que ayudar a descargar y limpiar los camiones. A lo mejor tardamos otra hora más en acabar —me informa Xander pasándome un brazo por la cintura y estrechándomela.

Tiene a Dalton a un lado y ha cogido a Penny con el otro brazo. Yo llevo a Bea acurrucada contra el pecho. Levanto la cabeza para mirarlo y a Xander se le relaja la expresión al mirarme a mí.

Como si yo misma hubiese colgado la Luna en el cielo o algo. Que no me quejo, eh.

Después de darle esa sorpresa, la brigada entera ha estallado de alegría. Scottie y Vi me han reñido por no habérselo contado, pero sé que el enfado no les durará demasiado. Cal me ha abrazado con fuerza y me ha levantado del suelo. Cuando ha vuelto a centrarse en Xander, le ha tendido la mano derecha y Xander se la ha apretado con firmeza. Cal le ha dado una palmada en la espalda con la otra mano y lo ha acercado para darle el «abrazo de machos» más masculino que he visto en la vida. Al separarse, mi hermano tenía los ojos sospechosamente acuosos y Xander me ha mirado con adoración en los suyos, aunque no sé qué se habrán dicho tan bajo como para que nadie más lo oyera.

—¿Por qué no te llevas a los niños a casa y yo vengo enseguida? Quiero ducharme antes —me cuenta.

Niego con la cabeza.

—Dúchate en mi casa. Me ducharé contigo.

La lujuria le ensombrece la mirada y se muerde el labio inferior a la vez que suelta un gruñido gutural. Aun así, niega con la cabeza.

—Estoy hecho un asco, Teddy.

—Lo sé. Por favor. No quiero pasar más tiempo del necesario lejos de ti. Déjame que sea yo quien te mime a ti por una vez —susurro buscándole la mirada.

Cuando sonríe, se le arrugan los ojos de esa forma que tanto me gusta y yo también sonrío.

—De acuerdo, mama. Nos vemos en casa —responde con ternura y me da otro beso. Asiento sin separar los labios de los suyos—. Te quiero, Teddy. Tanto que hasta me cuesta respirar.

—Eso igual es un infarto, vejestorio —se ríe King al pasar mientras regresa al camión después de haber enviado a Vi y a Hollie a casa—. Igual te interesaría hacértelo mirar, sup.

—Ya no soy tu superintendente —contesta con una sonrisa. Me da un vuelco el corazón. Joder. Lo ha dejado de verdad. King se gira, echa a andar de espaldas y ladea la cabeza en señal de pregunta. Xander señala a Cal con la barbilla y anuncia—: Ahora, ese título es suyo.

Las lágrimas me centellean en los ojos y sonrío a mi hermano, que esboza una sonrisa discreta y se encoge de hombros.

—Sí, bueno, alguien tendrá que mantener a estos *hooligans* a raya ahora que tú te vas a convertir en un hombre de familia y mierdas de estas.

King le da una palmada a Cal al pasar y veo cómo se marchan juntos hacia las puertas del parque de bomberos.

Xander nos acompaña al monovolumen, me ayuda a acomodar a Bea en la sillita y a Penny en la suya, y vuelve a revisar que estén bien atadas, igual que me gusta hacer a mí. Se me derrite el corazón.

—¿Estarás en casa cuando nos despertemos mañana? —pregunta Dalton desde el asiento trasero mientras se pone el cinturón.

—Por supuesto que sí, campeón —responde Xander desde la puerta corredera. A mi hijo se le ilumina la cara al sonreír y asiente ilusionado—. Venga, mama. Dentro.

Me abre la puerta para que me coloque detrás del volante y se acerca para abrocharme el cinturón. Río y lo miro como si estuviese loco.

—¿Qué haces?

Se asegura de que el cinturón esté bien puesto y me apoya la mano en la barriga. Cuando me doy cuenta de lo que está haciendo, las mariposas alzan el vuelo en mi interior. Me besa con ternura y dice:

—Solo quiero asegurarme de que estéis todos bien. Mi corazón entero está en este coche, Teddy.

Las lágrimas vuelven a escocerme en la nariz. Dios, este hombre es de ensueño, joder.

—Nos vemos en casa en una hora, ¿vale? —me recuerda acariciándome el vientre con el pulgar. Asiento—. Te quiero.

—Yo también te quiero —susurro. Me encanta cómo me siento al decírselo—. No tardes demasiado.

Xander asiente y se agacha para salir del coche y cerrar la puerta con cuidado. Tras llegar a casa, preparar la cena y meter a los tres niños en la cama, oigo a Xander aparcando la camioneta. No se molesta en entrar en su parte del dúplex; viene directamente a mi casa, como si tanto él como yo supiéramos cuál es su lugar.

Le envuelvo el cuello con los brazos a la vez que él me abraza por la cintura, me pongo de puntillas y le doy un beso apasionado y largo en los labios que me deja con ganas de más.

—Vamos a lavarte.

Se separa para que pueda darme la vuelta y echar a andar por el pasillo, pero no me suelta la mano, como si no tocarme le resultara insoportable. Ya en el baño, me inclino por encima de la bañera y abro los grifos para que el agua empiece a salir caliente. Él se quita su sucio uniforme de Nomex, lleno de hollín, y yo saco un par de toallas limpias y los botes de su gel y champú favoritos del armario que tengo debajo del lavamanos. Se los compré de sorpresa antes del accidente para que pudiese ducharse aquí, pero entonces tuvo que irse.

Cuando ya se ha desnudado, señalo la ducha para que entre. Obedece sin rechistar. Dejo las gafas al lado del lavamanos, me desnudo, me meto en la ducha después de él y corro la cortina. Xander está completamente sumergido bajo el chorro del agua, frotándose la cara con ambas manos y echándose sus mechones de

pelo mojados hacia atrás. Se le tensan los músculos bronceados de la espalda, los hombros y los brazos con cada movimiento que hace.

No puedo contenerme. Doy un paso hacia él y le apoyo ambas manos a la altura de las costillas, por los costados, antes de bajárselas por el abdomen. Me acerco y le doy un beso en medio de la columna vertebral. Dios, este hombre es precioso. Y quiere estar conmigo, me quiere.

Me cubre el dorso de las manos con las suyas para que no me separe y gira la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—Joder, cuánto te echaba de menos, cielo.

Vuelvo a darle un beso en la columna y murmuro:

—Y yo a ti. Me alegro de que ya estés en casa.

Me acaricia los brazos con los dedos un segundo antes de que me separe y estire el brazo por delante de él para coger el champú. Xander se gira y yo hago un cuenco con la mano para verter un poco del producto antes de volver a dejar el bote en la repisa.

—Agáchate para que pueda lavarte el pelo —le digo amablemente pero con cierto autoritarismo.

Xander sonríe y ese hoyuelo hace acto de aparición bajo su barba espesa. Creo que nunca se la había visto tan larga, pero no me molesta. Es sexi de narices.

Hinca una rodilla en el suelo y me agarra las caderas con las manos, hundiéndome los pulgares en la barriga. Se inclina, me besa en el esternón, justo en medio de los pechos, y respira con pesadez. Y, ahora que lo tengo arrodillado frente a mí, le hundo los dedos en el pelo y procedo a lavarle meticulosamente los mechones. Le froto el cuero cabelludo con las uñas y él gruñe, echando un poco la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Sonrío con picardía, alegre de ver que consigo que se sienta así de bien.

Estiro la mano por encima de nuestras cabezas y bajo la alcachofa de la ducha para aclararle el pelo. Xander no me aparta las manos de las caderas en ningún momento, aunque me va apretando los dedos mientras yo lo lavo.

Le lavo el pelo con champú una segunda vez para quitarle cualquier sobra de suciedad y mugre que le haya podido quedar y se

lo enjuago de nuevo. Acto seguido, Xander se levanta. La polla le rebota, pesada y empalmada, entre nosotros.

—Tsss —hago con ligereza, negando con la cabeza.

Él frunce el ceño y protesta quejumbroso.

—Por favor, cielo... Quiero tocarte. Necesito tocarte.

—Todavía no he acabado de mimarte —musito pasándole la mano por un lado para coger el bote de gel y la esponja vegetal que tengo colgada en la pared. Xander me observa con su mirada acalorada mientras me pongo un poco de gel de baño con olor a cedro y cítricos en la mano y froto para acumular espuma—. Gírate, porfa.

—Eres pícara de cojones, tanto provocarme... —se queja en tono grave.

De todos modos, asiente. Sonrío a sus espaldas. Me encanta volverlo así de loco.

Empiezo por sus hombros, pasándole la esponja por todos los centímetros de la piel. Se la bajo por la espalda y continúo por sus fuertes nalgas; luego le lavo los brazos, del hombro a la muñeca, y después me arrodillo para frotarle los muslos por detrás y las pantorrillas. Al levantarme, lo giro para que quede de cara a mí.

Está prácticamente jadeando con cada respiración y me mira con un brillo abrasador y hambriento en los ojos. Me muerdo los labios para contener la sonrisa y levanto el brazo, repitiendo el mismo proceso. Le paso la esponja por los hombros, bajo por el abdomen, las caderas y lo lavo peligrosamente cerca de esa erección, más dura que una roca. Suelta un grave sonido gutural y me entra un escalofrío, pero no paro.

Me arrodillo de nuevo, le lavo ambos muslos y sigo bajando hasta los empeines. Y, entonces, solo entonces, levanto la vista para mirarlo. Xander exhala con pesadez y va cerrando y abriendo los puños a los costados, como si estuviese echando mano de todo su autocontrol para no tocarme. Me muerdo el labio y le sonrío coqueta. Él sacude la cabeza y se ríe.

—Mira que llegas a ser mala... —comenta con la voz raposa y el tono grave.

Dejo la esponja, pero levanto mi mano enjabonada y le envuelvo toda su envergadura con los dedos, acariciándosela de la base a la

punta. Me aseguro de enjabonársela entera, despacio.

—Me cago en la leche, Teddy —suelta de golpe, perdiendo el control y agarrándome la cabeza por detrás—. Por favor, mama. Necesito estar dentro de ti.

Vuelvo a levantarme, lo empujo con una mano por el pecho hasta que queda debajo del chorro de agua y la espuma le va bajando por el cuerpo. Estira la mano hacia atrás y cierra los grifos. Al cabo de un segundo, me agarra a mí y me acerca a él de golpe. Me hunde una mano en el pelo, que llevo recogido en un moño, y me levanta la cabeza para empotrar la boca a la mía. Me besa con fiereza, con ganas. Como si fuese un hombre hambriento. Me devora la boca hasta que acabamos los dos jadeando y faltos de aliento.

Suelta un gruñido, agarra las toallas que había dejado yo al lado de la ducha y me envuelve con una antes de salir, darme la mano y ayudarme a salir a mí también. Se seca en un santiamén, tira la toalla por encima de la cortina de la bañera y vuelve a cogerme, pero yo ya me estoy secando. Xander me arranca la toalla del tirón y también la tira. En cuanto me agarra las caderas con las manos y me levanta del suelo para llevarme del baño a la habitación, me río. La lámpara que hay encendida en una esquina tiñe el cuarto de una luz tenue y aporta unas fuertes sombras al espacio.

En parte, espero que me suelte en la cama de golpe, pero, obviamente, no lo hace. Me sienta con cuidado, me empuja un poco para tumbarme bocarriba y me separa los muslos al acomodarse encima de mí. Pero no vuelve a besarme. En lugar de eso, se agacha y me besa en el abdomen, apoyándome las manos en las caderas para agarrarme bien la parte baja del vientre. Le hundo las manos en el pelo mientras él va dejando unos besos tiernos y dulces en la zona donde ahora mismo se está formando nuestro bebé. Las lágrimas regresan a mí y me escuece la nariz, así que pestañeo deprisa para que me desaparezcan de los ojos.

—Hola —le susurra con veneración.

Le aparto los mechones húmedos de la frente con ternura. Xander levanta la mirada hacia mí y me sonríe con los ojos empañados.

—¿En serio tienes a mi bebé aquí dentro?

—En serio tengo a tu bebé aquí dentro —repito en voz baja, asintiendo. Sonrío con los labios temblorosos—. El médico me confirmó que estoy de seis semanas. Todavía es muy temprano, Xander, pero sí, vamos a tener un bebé.

Me va subiendo por el cuerpo, me coloca un brazo por debajo del hombro y otro por debajo de la cabeza y me besa despacio pero con pasión.

—Te quiero muchísimo, joder —dice con la boca pegada a la mía.

Muevo las caderas en círculos para notar su erección en la cadera. Sigue sin dejar caer todo su peso encima de mí, pero necesito notarlo. Necesito notar su peso sobre mí, necesito que me llene.

—Por favor, Xander...

Ríe con discreción y me mordisquea el labio. Ahogo un grito. Se mueve para colocar sus caderas sobre mis muslos separados, donde tantas ganas tengo de notarlo.

—¿Quién me está rogando ahora?

—Descaradísimamente —jadeo con la respiración trabajosa mientras le bajo las manos por la espalda hasta agarrarle su culo perfecto—. Llevo esperando muchísimo, por favor... Recuérdame que soy tuya, Xander.

—Eres toda mía —dice con la voz rasposa, acomodándose contra mi sexo. Ya estoy empapada; tanto provocarlo en la ducha me ha puesto igual de cachonda que a él. Se apoya en las manos, separa el pecho del mío y agacha la barbilla para mirar entre nuestros cuerpos —. Mira cómo hundo la polla en tu coño, Teddy. Mira qué bien te cabe.

Me penetra centímetro a centímetro y gemimos a la par en lo que resulta una obscena y codiciosa melodía en esta habitación medio a oscuras.

—Joder, Teddy. Ay, mierda. ¿Voy a hacerte daño, a ti o a...?

—No, no —vuelvo a jadear con la voz abierta y negando con la cabeza pegada a la almohada.

—Bien —responde apretando la mandíbula con fuerza mientras se hunde en mí, despacio, metiéndomela y sacándomela con unos ligeros empellones—. Esta noche me lo voy a tomar con calma,

mama. Pero, ahora mismo, quiero follarte. Duro y rápido, Teddy. Ya me lo tomaré con calma luego.

—Madre mía... —exhalo aturullada y asiento frenética mientras miro cómo su sexo enorme desaparece en mi interior.

Me la mete hasta el fondo y empieza a mover las caderas en círculos, pegado a mí. Al hacerlo, me da en ese punto exacto y yo no puedo contener el gemido que se me escapa de la boca. Xander sonríe con picardía, con su pelo largo y húmedo cayéndole por encima de las cejas. Me la saca hasta la punta y vuelve a embestirme con brío. Le agarro la mandíbula con ambas manos y lo acerco para besarlo; al hacerlo, su barba me hace cosquillas en las palmas de las manos y en los labios. Me embiste con fiereza, con unos empellones largos y profundos, y no tardo demasiado en empezar a temblar a medida que voy llegando al clímax. Me resbala una lágrima por la mejilla mientras estallo en sus brazos y le digo:

—Te quiero.

—Eso es, así —suelta él, gruñendo y embistiéndome con las caderas. Me besa en los labios mientras continúo corriéndome y temblando contra su cuerpo. Las paredes vaginales me convulsionan deprisa alrededor de su erección y Xander sisea—: Qué bien te corres por mí, hostia. Te quiero una barbaridad, Teddy. ¿Tu dulce coño echaba de menos a mi polla, cielo?

—Ah, Dios... ¡Sí, Xander! —grito.

Sin embargo, él acalla el sonido con un beso.

—Repítelo —me exige con la voz áspera y sin separar los labios de los míos.

Levanto la mano para hundirle los dedos en el pelo que le cae por la frente y, falta de aliento, susurro:

—Te quiero, Xander.

Apoya la frente en la mía, gruñe y se corre con unas erráticas embestidas. Sigo con las manos hundidas en su pelo húmedo para mantenerlo cerca de mí mientras Xander tiembla y me llena.

Le sube y baja el pecho, se deja caer a mi lado y me acerca a él. Me acaricia el pelo mientras respiramos despacio, pero con el corazón aceleradísimo.

Se coloca mi muslo por encima de la cadera y me acaricia la piel hasta la cintura antes de seguir el recorrido en dirección descendiente para luego apoyarme la mano en el abdomen.

—Gracias —me susurra, rozándome la frente con los labios.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—¿Por qué? —exhalo.

Le acaricio la frente con los dedos, luego la mejilla y le cojo la mandíbula con ternura. No puedo dejar de tocarlo. Gira la cabeza y me besa la palma de la mano antes de apoyar la mejilla en ella.

—Por darme todo lo que no sabía que quería y necesitaba. Por quererme —murmura en voz baja, flexionando los dedos de la mano que tiene en mi vientre.

—Gracias a ti por querernos —contesto. Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas; maldita sea—. Gracias por haberme visto siempre, incluso cuando yo no te veía a ti.

Vuelve a girar la cara y me besa otra vez la palma de la mano antes de susurrar con devoción:

—Siempre me viste, Teddy. Solo teníamos que esperar a que llegase nuestro momento. Pero no pienso soltarte nunca y no pienso perder ni un segundo de esta vida contigo, mama. Cásate conmigo —me pide. Siento la más absoluta felicidad y el corazón me da un vuelco enorme—. No me obligues a esperar más para llamarte «mi mujer». Por favor, Teddy.

—Vale —respondo con un hilo de voz, asintiendo y mirándolo a los ojos con los labios temblorosos de nuevo—. Sí. Sí, Xander.

Con Xander a mi lado, amándome, puedo ser valiente. Yo tampoco quiero esperar. Nuestro futuro juntos, esta vida, esta oportunidad. Nuestro nuevo «para siempre».

Epílogo

Xander

Siete meses después

—Mira a quién traigo... —anuncio en voz baja, empujando la puerta despacio.

En esta habitación de hospital se respira silencio y los rayos de luz de primera hora de la tarde se cuelan por las cortinas medio cerradas.

Entramos los cuatro y veo a mi preciosa mujer sentada en la cama, con una sonrisa de oreja a oreja. Dalton lleva un ramo de flores en las manos y las deja en el ancho alféizar, tal y como le he pedido que hiciera antes de cruzar la puerta. Penny camina de puntillas por este suelo pulido para hacer el menor ruido posible, justo como hemos practicado. A lo largo del último año, esta diablilla se ha relajado un poco (aunque muy sutilmente).

Llevo a Bea, que ya tiene trece meses, en brazos. He intentado recogerle sus rizos cortos y castaños en unas coletas tan bien como he sabido. Kent y Colleen nos siguen, se meten en la habitación y el espacio se llena de cháchara, aunque hablan en susurros. Antes de que la puerta se cierre a sus espaldas, aparecen Scottie y Cal. Sacudo la cabeza. Creo que ya no cabe nadie más en este cuarto minúsculo.

Voy hacia el lado de la cama y me inclino para darle un beso delicado en la frente a mi mujer. Ella levanta la cara hacia mí y sonríe alegre y serena. Dios, tengo a la mujer más guapa del mundo.

Bea alarga los brazos hacia Teddy y yo la bajo despacio.

—Vale. Recuerda: tenemos que ir con mucho cuidado —le susurro a la niña. Ella se acomoda al lado de su madre y le apoya la cabeza en el pecho—. ¿Cómo te encuentras? No he tardado demasiado en volver, ¿no? —le pregunto a Teddy.

—Xander, no has tardado ni una hora. Estoy bien —se ríe liviana y estira el brazo para acariciarme la mejilla. Me rasca mi barba espesa con las uñas. Le cojo la mano y me acerco los dedos a los labios para besárselos con ternura. Joder, cuánto quiero a esta mujer—. Rowan y Vi han venido a verme y a conocer a la bebé mientras no estabas.

Los dos miramos a nuestra hija recién nacida, Spencer Leigh Macomb, que duerme felizmente arropada en el otro brazo de mi mujer. Penny me tira de la camiseta. Me agacho para levantarla con cuidado y la siento en el borde de esta cama de hospital. Se inclina por encima de la bebé y suelta un «oooh» casi inaudible.

Me va a estallar el puto corazón. Dalton se queda rezagado y voy hacia él.

—¿Quieres verla?

—¿Puedo cogerla? —me pregunta el niño levantando la vista hacia mí.

Miro a Teddy y ella asiente.

—Vale, campeón. En esa silla —le indico—. Espera que coja una almohada...

Pillo la almohada que usé anoche para dormir en la pequeña cama supletoria que hay en la esquina de la habitación. Preparo bien al niño y luego le cojo mi hija recién nacida a Teddy. Le doy un beso por encima del gorro rosa que le cubre su pelo oscuro (ese que tanto ardor de estómago le dio a Teddy los últimos meses) y, acto seguido, con cuidado, la coloco en el brazo de Dalton, que tiene apoyado sobre la almohada.

—Bien hecho, chaval. Eres todo un experto.

El crío pone los ojos en blanco y responde:

—No es la primera vez que lo hago.

Río con discreción y asiento mientras me pongo en cuclillas a su lado. Kent, Colleen, Cal y Scottie se han acercado a Teddy y nos han

dejado a Dalton y a mí con la bebé. Miro a mi hijastro mientras él estudia a su hermana con sus ojos marrones llenos de adoración.

—Qué mona —comenta.

En eso tiene razón. Teddy y yo hicimos un trabajo espectacular, leches.

Y, gracias a Dios, no tuvimos un parto domiciliario de emergencia, aunque todos los chicos se aseguraron de recordarme a qué podía dedicarme ahora que he dejado mi curro como bombero de élite. Este parto fue la mar de normal y estoy agradecidísimo por ello. No sé si habría estado igual de tranquilo y sereno en esta ocasión.

Cal tenía el puesto de superintendente merecidísimo y ha demostrado ser el líder justo y exigente que yo esperaba que fuese. Al poco de asumir el cargo, ascendió a Rowan a capitán. Estoy orgullosísimo de ellos dos, simple y llanamente. Son mis hermanos, de por vida.

A lo largo de este último año, esa parte de mí que hacía que me sintiera tan atado a mi trabajo por una cuestión de moral se ha ido disipando. Supongo que se debe a que, ahora, me toca hacer el trabajo más importante de toda mi vida. Y me siento honrado de cojones de tener esta oportunidad.

La de haberme convertido en marido y padre. La de ver crecer a todos mis hijos (porque, ahora, los hijos de Teddy también son los míos); es lo mejor del mundo. La de pasar todos los días con el amor de mi vida a sabiendas de que, cuando me meta en la cama cada noche, ella estará a mi lado. La de poder hacerle el amor y demostrarle que mi amor por ella y por esta familia es inquebrantable e incondicional.

Nos hemos ido del dúplex (tanto del suyo como del mío) y nos hemos mudado a una casa en la misma calle que Cal y Scottie. Tenemos un jardín lo bastante grande para que jueguen los niños (sin arroyos detrás, por suerte) y espacio para nuestra familia, que no para de crecer. Desvío la vista hacia Teddy y no me avergüenza en absoluto reconocer que lo que más me gustaría en este mundo es añadir, como mínimo, un miembro más a nuestra familia... Cuando ella esté lista, por supuesto.

Mientras íbamos decorando la nueva casa, Teddy sugirió, discretamente, que dejáramos las fotos de Logan en las cajas, pero yo la abracé y me negué. Dalton y Penny (y, algún día, también Bea) necesitan algo que les recuerde a sus raíces. El amor que compartimos con Teddy, esta vida que ahora tenemos la oportunidad de vivir, no se verá amenazada ni mermada por la vida que vivió ella con Logan. Ahora lo sé. Y estos niños merecen saber quién era su padre y lo mucho que los querían, tanto él como Teddy. Tenemos una foto de nuestra boda al lado de una de hace muchísimos años donde salen Teddy y Logan muy jóvenes. Estos niños siempre sabrán lo mucho que los queremos nosotros también.

—¿Xander? —me llama Dalton en voz baja para captar mi atención.

Me giro un poco sin levantarme, aún en cuclillas, y lo miro.

—Dime, campeón.

—¿Esta niña te llamará «papá»? —me pregunta con un hilo de voz para que nadie más lo oiga.

Asiento, le coloco la mano en el hombro y se lo aprieto con delicadeza.

—Sí, así es.

—Ah... —responde. Asiente con la cabeza, desvía la vista hacia la bebé de nuevo y luego me mira a los ojos—. ¿Crees que yo también podría llamarte «papá»?

Miro por encima del reposabrazos y veo a Teddy. Está mirándonos fijamente y diría que ha oído la conversación, porque tiene los ojos llenos de lágrimas. Vuelvo a mirar a Dalton con el corazón encogido.

—¿Sabes una cosa, campeón? Sería un honor para mí que me llamaras «papá» —logro responder con un susurro, a pesar de que tengo un nudo enorme en la garganta.

Miro de nuevo a mi mujer y, al acordarme de la carta que me escribió mi padre, me gusta pensar que habría estado orgulloso de narices de la vida que tengo ahora.

Porque he encontrado ese amor que solo se encuentra una vez en la vida... Y pienso aferrarme a él con ambas manos, con todas mis fuerzas.

Agradecimientos

Para ser sincera, no sé ni por dónde empezar, chicos. Tengo que darles las gracias a muchísimas personas no solo por haber hecho de este libro y esta serie una realidad, sino, también, por haber logrado que fuese semejante éxito.

En primer lugar, a Sloane y Paisley. Faltan palabras para poder agradeceros a las dos que creyerais en esta alocada idea que tuve y por subiros al carro. Esta serie no habría visto la luz si vosotras no hubieseis trabajado conmigo codo con codo, y estoy enormemente agradecida de que seamos no solo amigas-autoras, sino también amigas en la vida real. No podría haberlo hecho sin vosotras.

Sloane, chica... Te lo digo en serio: podría darte las gracias mil millones de veces y no sería suficiente. Gracias desde lo más profundo de mi corazón por haber confiado en mí y en esta colaboración, y por tu amistad genuina e incondicional. Me muero de ganas de que lo celebremos juntas con champán. Eres mi mejor amiga-autora, mi amiga del alma. ¡Te quiero, reina!

Paisley, ¡lo hemos conseguido! Esta serie no habría estado completa si tú no hubieses formado parte de ella, así que ¡te estoy superagradecida por haber aceptado! ¡Gracias por los ánimos, las ideas y los chats de grupo interminables para que quedase todo perfecto! ¡A brindar por nosotras, cielo!

Mamá, mi fan número uno, mi animadora principal y la mejor revisora que hay. Me dijiste que mi idea no era una completa locura; todavía no sé si iba en serio o no, pero creíste en el proyecto y en mí. Gracias por quererme y por creer en que esa niña de quince años con montones de libretas llegaría aquí algún día. Tú siempre lo supiste.

Kara, mi mejor amiga del trabajo, mi mejor amiga literaria, la que siempre está ahí cuando algo tiene que ver con eventos literarios y la mejor asistenta personal que cualquier autora podría pedir. Gracias por no dejar que me pierda cuando mi corazón de escritora quiere desviarse del calendario estipulado y ponerse a hacer diecinueve cosas distintas a la vez. Consigues que me centre en solo..., bueno, tres. Gracias por darme tu más sincera opinión sin tapujos y por decirme cuándo algo es bueno y cuándo no. Siempre tienes razón, jolines, ja, ja, ja. Gracias por creer en este cambio y no dejar que ganara la inseguridad que tantas veces amenaza con comerme entera. ¡Te quiero!

Rachel, gracias por asegurarte de que no estuviéramos en planetas distintos a nivel de trama y cronología mientras escribíamos estas novelas. Las correcciones que hiciste para el desarrollo de las historias fueron impecables. Te enfrentaste al caos de tres autoras y tres novelas separadas y lo convertiste en una refinada serie. Como Thanos y las Gemas del Infinito. ¡Eres increíble!

Whiskey Ginger. Por Dios... ¡Qué portadas! Sigo sin superar lo preciosísimas que son. ¡Gracias por coger nuestras ideas mal concebidas y convertirlas en unas portadas tan maravillosas!

Cathryn, ¡gracias por hacer que estos libros sean tan bonitos tanto por dentro como por fuera! Son una pasada, desde la portada hasta la contraportada. ¡¡Gracias!!

Shannon, la mujer que nos ha controlado a todas y se ha asegurado de que siguiéramos los tiempos... ¡No me imagino lo mucho que debemos de haberte estresado! Gracias por absolutamente todo lo que has hecho con tal de asegurarte de que supiéramos qué narices estábamos haciendo a cada momento de este proceso, ja, ja, ja.

A las lectoras beta, a las lectoras de galeradas y al Escuadrón del Bombo: ostras... ¡Gracias por todos vuestros comentarios, por recibir esta serie y a estos personajes con el mismo amor que le hemos puesto nosotras, y por alabar y promocionar los libros tan abiertamente!

S., nuestro extraordinario bombero de élite. Gracias por cada uno de los mensajes, por cada captura de pantalla, por cada mapa de

incendios y por toda la información que nos has dado. Muchísimas gracias por colaborar con tres mujeres locas de remate que no tenían ni idea de lo que estaban haciendo, pero que estaban más que dispuestas a asegurarse de que mantenían la autenticidad de esta profesión, que merece que se la valore muchísimo más de lo que se la valora realmente. ¡Es usted increíble, señor! ¡Gracias!

Y, finalmente, a vosotros, los lectores. Mil millones de gracias a todos mis lectores, tanto a quienes me conocéis desde que empecé como a quienes acabáis de descubrirme. Gracias. Me parece increíble que pueda vivir de esto y, si es posible, es gracias a todos y cada uno de vosotros. Os estoy enormemente agradecida.

Espero que Xander y Teddy os hayan encantado tanto como a mí.

Incendio
Danielle Baker

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Honor*
© del texto: Danielle Baker, 2025

© de la traducción: Mariona Gastó, 2026

Ilustración y diseño de cubierta: The Whiskey Ginger | @whiskeygingergoods

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2026

ISBN: 978-84-08-32313-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta